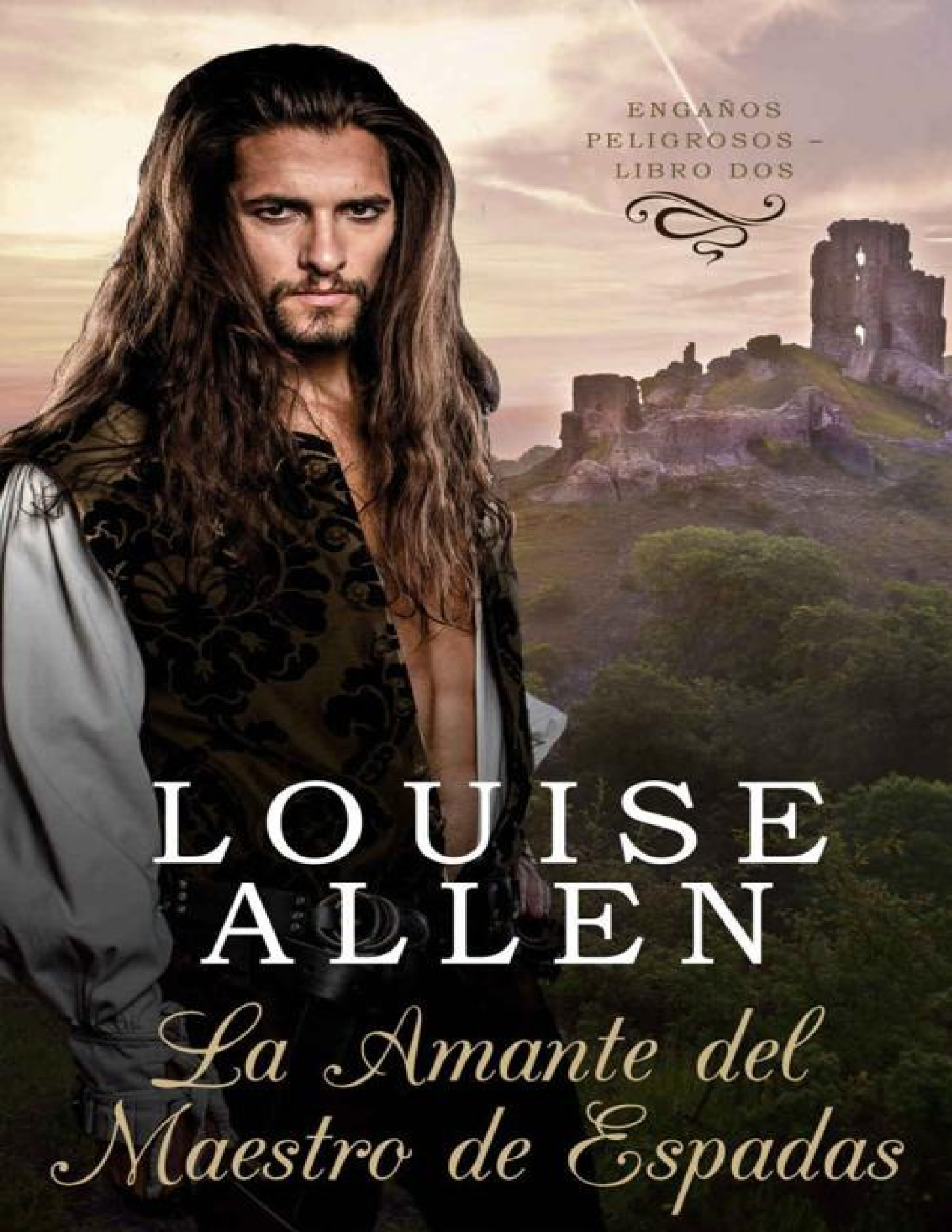




ENGANOS
PELIGROSOS -
LIBRO DOS



LOUISE
ALLEN

*La Amante del
Maestro de Espadas*

La amante del maestro de espadas

Engaños Peligrosos

Libro Dos

Louise Allen

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo Uno - Donde Jared Compra una Cama](#)

[Capítulo Dos – Donde Guin Adquiere un Protector](#)

[Capítulo Tres – Cuando algo descende por la chimenea](#)

[Capítulo Cuatro – Donde Jared Invade una Tienda de Ropa](#)

[Capítulo Cinco – Donde Guin Descubre los Peligros del Chismorreo](#)

[Capítulo Seis – Donde Jared Consigue un Criado de Cámara](#)

[Capítulo Siete – Donde Jared Asistió al Baile](#)

[Capítulo Ocho – Donde la Muerte Llama](#)

[Capítulo Nueve – Donde el Forense Llama](#)

[Capítulo Diez – Donde el Deseo Alza la Cabeza](#)

[Capítulo Once- Dónde se Realiza una Investigación](#)

[Capítulo Doce – Donde se Alcanza un Veredicto](#)

[Capítulo Trece – Donde el Camino Conduce al Norte](#)

[Capítulo Catorce – Donde el Deseo se Hace Peligroso](#)

[Capítulo Quince – Donde Guin Revela Algunos Secretos](#)

[Capítulo Dieciséis – Donde Jared Visita una Tumba](#)

[Capítulo Diecisiete – Donde El Escándalo es Impreso](#)

[Capítulo Dieciocho – Donde la Pasión se Abre Camino](#)

[Capítulo Diecinueve – Donde las Familias no Podían Evitarse](#)

[Capítulo Veinte – Donde la Muerte Lo Vuelve a Intentar](#)

[Capítulo Veintiuno – Donde Guin Descubre un Secreto](#)

[Capítulo Veintidós – Donde Jared Enfrenta su Pasado](#)

[Capítulo Veintitrés – Donde la Muerte se Acerca](#)

[Capítulo Veinticuatro – Donde se Monta una Trampa](#)

[Capítulo Veinticinco – Donde Jared Teme lo Peor](#)

[Capítulo Veintiséis – Donde el Amor lo Conquista Todo](#)

[Acerca de la Autora](#)

Derechos de Autor © Louise Allen 2017. Todos los Derechos Reservados.
Edición Revisada 2024.

El derecho de Louise Allen a ser identificada como la autora de esta obra ha sido reivindicado por la autora de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso por escrito previo de los editores.

Este libro se vende con la condición de que no sea prestado, revendido, alquilado ni de circular de otro modo, ya sea con fines comerciales o de otro tipo, sin el consentimiento escrito previo de la autora ni en ninguna forma de encuadernación o cubierta que no sea aquella en la cual fue publicado y sin que se imponga una condición similar al comprador posterior.
Diseño de Cubierta por Diseños JD Smith.

Las solicitudes para publicar extractos de este libro deben realizarse a través de www.louiseallenregency.com/contact

Engaños Peligrosos

Libro Uno – Amando al Duque Perdido

Libro Dos – La Amante del Maestro de Espadas

Libro Tres - El Peligroso Engaño del Vizconde

Capítulo Uno - Donde Jared Compra una Cama

30 de Marzo 1812. Londres.

—¿Debo cometer un asesinato para mantener tu interés? ¿Te aburres sin misterio y caos? — Gareth Thorne, Duque de Calderbrook, empujó la botella de brandy hacia el hombre que yacía sentado frente a él en la larga mesa—. No quiero perderte, ¿por qué sientes que debes irte?

El matrimonio ha hecho que Cal sea más abierto en sus sentimientos, pensó Jared Hunt. Hacía mucho tiempo que no veía a su amigo dejar caer tanto la máscara de control. Casi siete años de exilio autoimpuesto y el conocimiento de que alguien, o algo, en el corazón de sus grandes propiedades ducales estaba tratando de asesinarlo eran suficientes para explicar cualquier grado de reticencia, y mucho menos para reprimir declaraciones de afecto abiertas hacia alguien. Él y Cal habían sido tan cercanos como hermanos durante años, sin embargo ninguno de los dos había sentido nunca antes la necesidad de hablar de ese vínculo.

—No me estás perdiendo, Cal. Jared permitió que su propia compostura se desvaneciera, solo un poco. No temía a muchas cosas en la vida, y desnudar su alma era una de ellas. Se aclaró la garganta. —Ya no seré un miembro de tu personal, ya no viviré bajo tu techo como uno más de la casa. Pero seguiré siendo tu amigo, tu maestro de espadas. Es hora de que continúe mi propio camino. Además, piensa en el ahorro en la factura salarial —añadió con una sonrisa. Cal descartó la gentil broma con un gesto. Lo último que necesitaba considerar era ahorrar y ambos lo sabían. —¿Es esto por mi matrimonio?

Ambos hombres miraron hacia la puerta entreabierta a través de la cual podían escuchar a Sophie, la nueva Duquesa de Calderbrook, en medio de una enérgica discusión con su madre sobre el último escándalo del gobierno.

—Por supuesto que no, aunque tu vida esté cambiando, pronto habrá una familia aquí, sin duda. Y Su Señoría me encuentra... que siniestro. Pero tu matrimonio coincidió con el descubrimiento de lo que se ocultaba tras de los accidentes y enfermedades de tu juventud, y eso significa que ya no necesitas a nadie cuidándote las espaldas.

—Eres siniestra —señaló Cal—. Disfrutas siéndolo. Cultivas lo siniestro. Y basta de tonterías sobre Su Señoría. Sophie te considera nuestra amiga ahora, sabe que me has salvado la vida en más de una ocasión. Esta es tu casa, ¿por qué marcharte?

—Tu tío me contrató como tu maestro de espadas cuando tenía diecinueve años. Nos fuimos al extranjero para escapar de quien fuera, o lo que fuera, que intentaba asesinarte cuando yo tenía veintidós años. Eso fue hace siete años. Ahora tu vida está a salvo, estás de regreso en casa. —Se encogió de hombros—. He pasado casi una cuarta parte de mi vida a tu lado. Ya es hora de que siga adelante.

Jared tiró de la goma que sujetaba su apretado mechón de pelo y dejó que los mechones se desenredaran. Sacudió la cabeza y la colocó sobre sus hombros, suelta y cómoda de una manera que solo se permitía cuando estaba solo o con amigos muy cercanos, como este hombre. No estaba de moda llevar esa goma tanto tiempo, pero era su estilo, parte de su imagen cuidadosamente construida.

—Me olvidé de lo joven que eras cuando llegaste por primera vez a Calderbrook. —Los ojos de Cal habían perdido el foco cuando miró hacia atrás—. Yo era un chico de apenas dieciséis

años ignorante, protegido y enfermizo y tú eras tan sofisticado, tan sabio a mis ojos.

—Me alcanzaste bastante pronto —observó Jared. Se sirvió un escaso dedo de brandy en su copa y empujó la licorera hacia atrás sobre la mesa.

¿Sofisticado? Había aprendizaje de la peor manera durante dos años para aprender a fingir al menos la apariencia de eso, lo suficiente para persuadir a los fideicomisarios de Cal para que lo contrataran como maestro del joven duque. Luego, esos años de viaje por el mundo al lado de Cal habían perfeccionado tanto sus habilidades como su confianza. Y su capacidad para ocultarse detrás de la máscara que había creado.

—Entonces, ¿cómo vivirás? —preguntó Cal, mirándolo con el ceño fruncido.

—Puede que no tenga la riqueza de un duque. —Jared hizo un gesto vago con la mano en dirección a los tapices, los retratos y la platería que los rodeaban—. Pero tampoco estoy en la ruina. He ahorrado, he comprado piedras preciosas en el extranjero, he enviado mercancías para comerciar e invertido las ganancias, como bien sabes. Ahora, permíteme decirte, que cuento con mucha demanda. Tengo una muy respetable lista de espera de caballeros que quieren que les enseñe el arte del manejo de la espada.

—¿Y? —insistió Cal, inclinándose hacia delante—. Hay más, te conozco. —Estaba interesado, preocupado, pero Jared no pasó por alto el destello de sus ojos hacia la puerta, hacia su esposa.

Sí, ahora era el momento de irse, de seguir adelante. Sería tan doloroso como lo había sido dejar el hogar hacía todos esos años, aunque las circunstancias eran considerablemente más agradables. “Compré una tienda en la calle Great Ryder y la estoy remodelando para contar con una sala de armas, vestuarios, una oficina y una armería. Arriba tiene un apartamento, que en este momento es habitable, pero también lo están renovando. Los albañiles comenzaron a trabajar hace tres días”. Y me estaba costando mucho autocontrol no estar allí cada minuto del día regodeándome. En lo mío.

“¿Por qué no me lo dijiste antes?”

—Porque se te habrían ocurrido todo tipo de buenas razones por las que no debería hacerlo. Tienes una cabeza brillante para los negocios y seguramente ya habrías señalado algo que yo habría desconocido. Confío más en el instinto que tú, habrías arruinado mi diversión con el sentido común. Cal soltó una carcajada. Relajado ahora, se arrellanó en su silla, el chaleco desabrochado, el vaso girando distraídamente entre sus dedos. —Entonces, como aún no está listo, ¿permanecerás un poco más de tiempo en tus habitaciones aquí como nuestro invitado?

—Gracias, pero no. Jared negó con la cabeza. —Mañana mismo me mudaré. Necesito mantenerme alerta a las cosas. Y el duque y la duquesa, recién regresados de su luna de miel, necesitaban su gran casa en la ciudad para ellos solos, si uno ignoraba a una docena o más de personal.

—¿Podrías usar algún mueble? Cal empujó su silla hacia atrás y se puso de pie. —El Señor sabe que tenemos suficiente aquí y, si conozco bien a Sophie, pronto estará reorganizando el lugar. —Hizo un gesto con la mano en dirección al comedor con vista a la plaza San James—. Toma prestado lo que necesites.

—Te lo agradezco, pero ya tengo todo lo que necesito. —Que era básicamente nada más que su ropa y sus armas. Esta era su nueva vida y la iba a construir exactamente como quería, un objeto a la vez, comenzando mañana en la sala de subastas del Señor Christie, al doblar la esquina.

—Entonces ven y cuéntale a Sophie y a sus padres sobre tus planes y prepárate para recibir una avalancha de buenos consejos acerca de cómo establecer un hogar. Cal se detuvo justo antes

de la puerta y sonrió. —¿Te das cuenta de que ahora comenzarán a buscar casamenteras?

—Pueden intentarlo —dijo Jared, devolviéndole la sonrisa ante la broma. Y fracasarán. Porque cuando un hombre usa un nombre que no es el suyo, vive una vida muy alejada de la que le tocó vivir, había una mínima posibilidad en el Hades de que pudiera solicitarle una mujer para que se convirtiera en su esposa. No y conservar un ápice de honor.

Era una cama realmente magnífica, del tipo que un sultán o un monarca Tudor consideraría adecuada. Irremediablemente pasada de moda y casi tan grande como su nuevo dormitorio, por supuesto.

Pero qué demonios, pensó Jared, abriéndose paso entre los lotes de subasta amontonados a su alrededor. Me gusta y ¿para qué sirve un dormitorio si no es para dormir?

Deambuló alrededor de los abultados postes de la cama, buscando signos de carcoma o podredumbre, pero el antiguo roble negro era duro como el hierro. Si se puede subir por las escaleras... Sí, se hizo pedazos.

Reemplazar la red de cuerdas, poner un nuevo colchón encima y darle una capa de cera, sería todo lo necesario. Las cortinas de cama elegantes podían esperar, aunque el damasco carmesí estaría a la altura.

—Esa es una cama que o bien satisfaría a un hombre de confianza en su propia destreza o bien provocaría un severo caso de decaimiento —comentó una voz detrás de él. Una voz profunda con un humor genuino más allá de la diversión ante el atrevido comentario.

Jared volteó y se encontró frente a un hombre grande, casi tan alto como su propio metro ochenta y tanto, ancho de hombros y comenzando a hundirse cómodamente en el vientre. Supuso que tendría sesenta y tantos años, luego echó otro vistazo, vio la hinchazón debajo de los ojos, la piel suelta alrededor del cuello y ajustó su estimación hacia arriba en diez años.

Setenta, pero tan agudo como la cuchilla de un carterista, apostaría, al encontrarse con los ojos azules descoloridos que lo evaluaron de inmediato, con mucha más franqueza. El caballero, porque no era uno de los comerciantes que prácticamente vivían en la casa de subastas, estaba demasiado cerca, había llegado allí demasiado silenciosamente.

Un hombre del que hay que cuidarse. Jared maldijo su propia falta de atención, sonrió cortésmente, respondió con suavidad. “Estaba pensando en un buen colchón de plumas de ganso y una noche de sueño aún mejor en lugar de un deporte enérgico en la cama. —¿También está buscando una cama, señor? —No. —El hombre mayor sonrió, todavía jovial, todavía cercano—. Lo estaba buscando a usted, señor Hunt.

Por una fracción de segundo, tras ese comentario sobre la cama y el desempeño sexual, Jared pensó que le estaban haciendo una proposición. Ya había sucedido antes. No era un adefesio, lo sabía sin vanidad, y algunas personas, de ambos sexos, encontraban excitante el manejo de la espada.

Pero no a ese hombre, se corrigió después de un momento de escrutinio. Lo estaban estudiando, pero no había ardor en esa inspección.

—¿De verdad, señor? ¿Y en qué puedo ayudarlo? A pesar de la aparente aptitud del canoso, parecía un candidato poco probable para lecciones de esgrima, y mucho menos para algo más extenuante.

—Puede esperar hasta que haya terminado su negocio, señor Hunt. El mío es bastante urgente, pero preferiría que se concentrara por completo en el asunto.

—Estoy pujando por varios lotes, señor. Tal vez si me diera su dirección podría reunirme más tarde con usted. El subastador se dirigía a su tribuna y la multitud se giraba para mirarlo de frente.

—Mi tarjeta, señor Hunt. Esta tarde lo buscaré. Le hizo un gesto con la cabeza a Jared y se dio la vuelta para abrirse paso entre el público, tomándose su tiempo, usando un bastón, aunque no apoyándose demasiado en él.

Acostumbrado a que le obedecieran, el hombre. Jared miró el rectángulo de cartón grabado. Augustus Quenten, vizconde de Northam, Northam Hall, Dorset. Calle Clarges, Londres.

Pasó el pulgar por encima, sintiendo la profundidad del grabado, y guardó la tarjeta en su libreta de bolsillo. Nunca había escuchado nada de él, buena dirección. Pero claro, había permanecido fuera de Inglaterra durante siete años y sólo había regresado por unos seis meses, y había estado la mayor parte de ellos en el campo. No era de extrañar que muchos miembros de la alta sociedad le resultasen desconocidos, aunque parecían saber de su nombre y reputación.

Su ignorancia necesitaba remediarse rápidamente porque las clases elegantes eran donde residían sus futuros ingresos, aunque ya tenía suficientes averiguaciones para empezar. Posiblemente Lord Northam tuviese un nieto con manchas que necesitaba lecciones de esgrima.

Lote uno, una hermosa mesa de nogal y diez sillas, incluidas dos talladoras, últimamente propiedad de un caballero...

Volvió su atención hacia la tribuna.

Jared se retiró de la casa de subastas a las dos, propietario de la enorme cama, una mesa de comedor de caoba, seis sillas, un aparador y un par de sillones de cuero. Además, había adquirido un gran lote mixto, en gran parte por la gran bañera de cobre y el hermoso juego de atizadores que se incluían con las ollas y sartenes.

Su billetera ahora estaba más liviana, pero no tanto como esperaba, y se sorprendió al descubrir que había disfrutado de la experiencia, posiblemente porque nunca había tenido una casa propia con la que hacer lo que quisiera. Había sido un ejercicio interesante construir una nueva vida, una cacerola y una silla de comedor a la vez.

Durante sus veintinueve años, Jared había transitado desde el lujo descontrolado a dormir en una buhardilla, luego a las habitaciones de un sirviente superior cuando el tío de Cal lo había empleado.

Al lado de Cal, había conocido los variados y diversos alojamientos durante el viaje alrededor del mundo que los dos habían emprendido como iguales. Habían variado desde el lujo hasta la miseria y viceversa, casi de un día para otro.

Ahora todo era muy cómodo. Demasiado cómodo, la comodidad de otro, pero ahora ese era su mundo, que podía moldear a su gusto.

Cuando llegó a su nuevo hogar, se sacudió el polvo de la sala de subastas, se bebió una jarra de cerveza del barril que había en lo que parecía su cocina, examinó críticamente a los trabajadores de la salle d'armes, aprobó el color de la pintura de la pared y salió al sol de la tarde para subir la cuesta de la calle San James.

Giró a la izquierda y cruzó Piccadilly para evitar la habitual aglomeración en torno a la bodega Caballo Blanco, donde llegaban y salían los carruajes hacia el Oeste, y giró a la derecha por la calle Clarges.

Como siempre, portaba un estoque colgando a su lado, algo poco frecuente en las calles en aquellos días. Sólo los militares iban abiertamente armados, mientras que los caballeros con atuendos de corte llevaban una delicada espada de gala, un juguete simbólico.

El suyo era cualquier cosa menos un juguete, era una herramienta letal, pero también parte de su imagen, junto con la ropa negra, el pelo largo y bien recogido, la expresión impasible. Los

hombres se apartaban a medida que él se acercaba, las damas lo miraban de reojo. A veces las pillaba.

El mayordomo del vizconde lo acompañó hasta Northam sin demoras, deteniéndose solo para tomar la vaina y el cinturón de la espada que le entregaron.

La prontitud era interesante. A la mayoría de los caballeros, según la experiencia de Jared, les gustaba afirmar su superioridad haciendo esperar un rato a un inferior. Es cierto que los maestros de espadas estaban varios niveles por encima de los maestros de baile, los boticarios y los curas. Eran equivalentes, a los ojos de la mayoría de los caballeros, si no a los de sus esposas, a los abogados, los médicos y el vicario. Pero, desde luego, nunca iguales.

Cal lo trataba como a uno porque eran amigos: Jared no cometió el error de esperar que cualquier otro aristócrata hiciera lo mismo.

—Señor Hunt, gracias por complacerme con su asistencia.

Bueno, eso fue bastante amable. Jared se contentó con una cortés inclinación de cabeza, separó los pies, puso las manos tras la espalda y esperó, aparentemente con toda su atención puesta en el hombre que tenía delante.

También observó las otras puertas que daban a la habitación, la calidad de los muebles, los libros sobre la mesa auxiliar, los débiles sonidos de la casa más allá de las puertas cerradas y, automáticamente, las diversas rutas de escape.

Una habitación agradable, de buen gusto, un poco desordenada por la acumulación de años de vida, un poco desgastada en los bordes por comodidad, no por falta de fondos. Un espacio cálido y confortable que hablaba bien de su dueño.

«Pase, siéntese ». Lord Northam se acomodó rígidamente en uno de los sillones frente a la fría chimenea, utilizando el respaldo y el brazo como apoyo. Era el primer signo real que delataba su edad que Jared percibía, más allá de la piel flácida y las canas.

Jared se sentó enfrente, cruzó las piernas y esperó. La espera se le daba bien.

«Me lo recomendaron», dijo Northam bruscamente.

«¿Puedo preguntar quién?».

«Le encargué a mi criado que me consiguiera el hombre que necesitaba. Escuchó rumores y habló con Flynn, el hombre del Duque de Calderbrook, y luego hablé con varias personas que asistieron a una fiesta en cierta casa. Usted causó una impresión muy definitiva de la manera más discreta, señor Hunt».

Michael Flynn era el criado de Cal, su compañero de viaje y muy buen amigo de ambos. Él habría respondido por Jared incluso si Jared se hubiera presentado como Arzobispo de Canterbury.

Sin embargo, en cuanto a los demás, debían de ser los invitados masculinos a la fiesta en la que Cal estuvo a punto de morir y en la que por fin se resolvió el misterio de la enfermedad casi mortal que lo había enviado al extranjero en su juventud. Era preocupante que los invitados se hubiesen dado cuenta de que había una situación que resolver. Las heridas de Cal y la muerte de otro huésped fueron atribuidas a causas accidentales y en aquel momento nadie pareció creer lo contrario.

«¿De verdad?»

«Efectivamente. Nadie estaba muy seguro de lo que pasaba, pero algo pasaba, y te describían como el Deus ex Machina que se aseguraba de que las cosas permanecieran así, ambiguas. Por lo poco que Tonkin logró sonsacarle a Flynn, yo me inclinaba más por preguntarte si tenías algo de sangre italiana; había una clara insinuación de floretes tras las arras en cuanto al asunto».

Jared mantuvo una expresión imperturbable, a pesar de las ganas de soltar una carcajada al ser

descrito como el dios de la máquina. «¿Floretes y arras, milord? Un detalle tan de Hamlet como de Maquiavelo. Nadie fue acuchillado, se lo aseguro».

Envenenado y disparado, sí. Acuchillado, no.

«No pediré detalles y sé que me importarían muy poco si lo hiciera, como debe ser». Lanzó a Jared una aguda mirada desde debajo de unas cejas rebeldes varios tonos más oscuras que su pelo. «Tonkin lo describió como un hombre peligroso, absolutamente leal y preocupantemente inteligente. Necesito mucho a un hombre así, señor Hunt, aunque se esfuerce mucho por ocultar su pasado».

«¿Mi pasado?» Jared levantó una ceja. La quietud absoluta era tan traicionera como el nerviosismo. «Es un libro abierto. Fui aprendiz de armas de monsieur Jacques Favel y luego, por recomendación suya, conseguí un puesto como maestro de espadas y compañero del joven Duque de Calderbrook. Pasé casi siete años en el extranjero con él durante sus viajes y, ese mismo año, he regresado con él a Inglaterra.»

—Su Señoría ya no necesita un compañero de viaje y, por lo tanto, quedo libre de montar mi propia salle d'armes. —¿Y antes de su aprendizaje? —No creo que mi infancia sea relevante, mi señor. No he estado en prisión, en algún barrio bajo ni incurriendo delitos de ninguna clase, tiene mi palabra. —Entonces, ¿por qué el secreto? —Eres un viejo tonto y persistente, ¿no? Jared consideró concluir la entrevista en ese mismo instante. No podía permitir que se corrieran rumores sobre ser sensible acerca de sus orígenes, o de que existía una historia intrigante que contar. —Debido a que es mi negocio, mi señor. —Sonrió, cuidando de que la calidez llegara a sus ojos—. Un cierto misterio es parte de mi personalidad, mi tarjeta de presentación, por así decirlo. Si decide contratarme, mantendré sus secretos tan en secreto como los míos. Pero si mi privacidad es un obstáculo para usted, entonces me retiraré de inmediato. —Esperó. Un latido, dos...

Bueno, espero que el anciano no sea un chismoso. Apoyó las manos en los brazos de la silla y se preparó para ponerse de pie.

—De acuerdo. —El vizconde le invitó a volver a sentarse—. O confío en ti, o no confío y descubro que sí. —Tomó un papel doblado de la mesa junto a su silla y se lo entregó a Jared—. Eso es lo que estoy dispuesto a pagarte, además de tus gastos.

Jared lo desdobló y se encontró sosteniendo un cheque bancario. Un cheque bancario extremadamente grande. Levantó la mirada para encontrarse con la del anciano que lo observaba fijamente a través de los pocos metros que los separaban. —¿Y cuál sería mi trabajo para ganar esto? —Parecía ser aproximadamente la mitad de la tarifa vigente por asesinar a un Duque real o robar el Banco de Inglaterra.

—Hay alguien que está tratando de matar a mi esposa. Encuéntralo y deténlo por todos los medios necesarios.

Capítulo Dos – Donde Guin Adquiere un Protector

Intento de asesinato. Eso explicaba la magnitud de la tarea: debería emplear recursos justos o injustos, entonces. Y quizá deshacerse de los cuerpos, si los hubiere. “¿Y qué le lleva a pensar que alguien está intentando acabar con la vida de Lady Northam?”, preguntó Jared.

“Aparte del disparo a través de la ventana abierta de su carruaje que no la alcanzó por una pulgada, la barandilla casi cortada en las escaleras de la habitación de la torre que es su refugio favorito, una serpiente dentro de su cesta de costura y el hecho de que alguien le dio un feo a su caballo con media raíz de jengibre pelado mientras ella se encontraba visitando a un inquilino?”, preguntó Northam.

El feo a un caballo (introducirle un pequeño trozo de jengibre en el recto para literalmente ponerle un feo a un animal perezoso o apático) un antiguo truco de los tratantes de caballos, que a veces se usaba en el hipódromo. Una gran cantidad usada en un tranquilo caballo de montar con un jinete desprevenido y mayor podía llegar a ser letalmente peligroso.

—Parece que Lady Northam ha sido afortunada en varias ocasiones si ha sobrevivido a esa serie de ataques. ¿Sospecha de alguien por todo eso?

—De hacerlo, ya estarían muertos —gruñó el anciano, sus nudosos nudillos se pusieron blancos mientras apretaban los brazos de la silla—. ¿Quién podría tener un motivo? ¿Su familia puede ofrecer alguna sugerencia? Debo admitir que no se nada sobre sus parientes, Milord. Estuve fuera del país durante demasiado tiempo.

Si alguien estaba intentando asesinar al vizconde, entonces habría algún motivo: un título y, a juzgar por la casa y ese giro bancario, no faltaba dinero que heredar. ¿Pero a una anciana? ¿Por qué no esperar a que la naturaleza continúe su curso?

—Mis hijos murieron durante la infancia —dijo Northam con firmeza—. Tengo dos hijas, una casada, otra viuda. Susan es la esposa de Sir Hugh Grantford, baronet, y Lucinda, la viuda del Vizconde Knotley. Susan tiene un hijo y dos hijas y Lucinda también tiene un hijo, ahora el vizconde Knotley, y una hija.

“Dos nietos, pero ambos por línea femenina”. Jared sacó una pequeña libreta y tomó nota de los nombres. “¿Entonces Milord, quién es su heredero?”

“Mi hermano menor Claud, que se encuentra muy enfermo, me temo, y después de él, su hijo Theo. La primera esposa de Claud no le dio hijos y se volvió a casar a finales de los cuarenta. Theo tiene veinticuatro años, la misma edad que mis nietos menores y continúa soltero”.

Dudó un momento y Jared levantó la vista, pero todo lo que dijo Lord Northam fue: “No tengo más parientes cercanos, aunque mi abuelo tenía un hermano”.

Jared hizo una marca con lápiz junto al nombre de Theo Quenten. Había algo allí que debía investigar. “Y más allá de esos dos, ¿el hermano enfermo y el sobrino joven y soltero? La línea de su tío abuelo, por ejemplo”.

—Nunca conocí a mi tío abuelo porque hubo una gran disputa familiar pero es una historia tan antigua que desconozco las causas. Su nieto Charles, mi primo segundo, supongo, era contemporáneo mío, pero está muerto. Creo que debo haberlo visto quizás dos veces en toda mi vida, ambas en funerales. Fuimos bastante educados, pero las dos líneas se han distanciado tanto que bien podría haber sido un completo extraño.

“Curiosamente, fue su propio funeral lo que me llevó a conocer a Guinnie. Mi segunda esposa, ¿comprende? Asistí al funeral para presentar mis respetos y su hijo Julian me vendió una de sus casas; parecía estar endemoniadamente necesitado, para ser honesto, y sentí que era mi deber ayudar. Decidí pasar por el lugar de camino a casa, para ver si había obtenido gato por liebre o no. Guinnie se encontraba en el Red Griffin, la posada del pueblo”.

Se interrumpió y sonrió con nostalgia. “Es extraño cómo funciona el destino, ¿no? De todos modos, volviendo a esos primos lejanos, solo está Julian, que se casó con una mujer aburrida que nunca me gustó, aunque nadie está en su mejor momento con las viandas del funeral. Creo que tienen hijos.

Apartando a los primos lejanos, eso era incómodamente cercano a la situación en la que se había encontrado Cal cuando su vida estuvo en peligro, con sus herederos, su tío y su primo, ambos con un muy buen motivo para asesinarlo. Pero no debía ser por el título. Si lo fuese, entonces el propio Northam sería el objetivo, no su esposa.

“¿Cuenta usted con enemigos, mi señor, alguien que busque vengarse por algún desaire, real o imaginario, lastimando a su esposa?” Northam era un anciano duro, no se contendría a la hora de expresar lo que pensaba o hacer lo que creyese necesario y eso podría causar resentimientos. “¿O hay alguien que pudiera beneficiarse con la muerte de Lady Northam o que guarde rencor contra ella?”

“No. Nos hemos devanado los sesos pensando, pero no se nos ocurre nadie ni ningún motivo para llegar a eso”.

“¿Lo han conversado, entonces? ¿Lady Northam está muy consciente de que ahora es un objetivo en lugar de simplemente creer que ha sufrido algún accidente?” Muchos hombres habrían protegido a sus esposas de una revelación tan aterradora.

El vizconde resopló. —Tras haber despachado a la víbora con un zapato, comentó que podría haberse sentido halagada de que su enemigo la viera como Cleopatra, si no fuese por el hecho de que ella consideraba que la reina egipcia había sido una mujer singularmente tonta.

—Ah. —La imagen de una dulce dama de cabello blanco se desvaneció, para ser reemplazada por la de una arpía de lengua filosa blandiendo una resistente bota mientras murmuraba acerca de Shakespeare.

—¿Ha tomado algunas precauciones para su seguridad? Supongo que quiere que encuentre al perpetrador, no que actúe como guardaespaldas.

—Ambos. Quiero ambos. —Northam golpeó el brazo de su sillón con el puño—. Oh, por supuesto, estoy consciente de que no puedes estar en dos lugares a la vez, Hunt. Mientras ella se encuentre dentro de esta casa, tengo varios lacayos fornidos y confiables afuera de su puerta en rotación en todo momento y hay un par de guardabosques armados de mi propiedad haciendo guardia debajo de las escaleras, día y noche. Cuando mi señora salga, entonces necesitaré que la acompañes, ya sea que yo esté con ella o no.

—Entiendo. —Eso debería darle tiempo tanto para dilucidar cuál será la mejor manera de supervisar los trabajos de construcción. Una dama de setenta años, que ha afrontado varias experiencias de combate por parte de un enemigo desconocido, difícilmente pasaría mucho tiempo fuera de la ciudad, por muy hábil que pudiera ser con armas improvisadas. —Eso debería ser factible. —Volvió a doblar el giro bancario y lo deslizó en su bolsillo del pecho.

—Excelente. ¿Puedes empezar de inmediato? Sin esperar la respuesta de Jared, el vizconde se levantó. —Deseo que esto se resuelva lo más pronto posible.

—Eso es bastante comprensible, mi señor —murmuró Jared, retrocediendo para permitir a su nuevo empleador liderar el camino.

Lo que resultó ser al otro lado del pasillo, subiendo las escaleras y, después de un golpe en una puerta, en lo que parecía la habitación de una dama. Periféricamente, Jared percibió la apacible elegancia, casi severa. En el centro, una mujer yacía sentada en un pequeño escritorio. La luz del sol caía sobre su cabello negro y el oro sobre las brillantes alas de un cuervo.

—Querida, aquí está el señor Hunt para ayudarnos. El señor Hunt es un maestro de espadas que te protegerá y nos ayudará a resolver este misterio.

Al cabo de un momento, Jared se acordó de respirar. Entonces, Lady Northam se puso de pie y él lo volvió a olvidar.

Si esa mujer tenía veintiséis años, él era el Sha de Persia. Era alta, delgada, de piel pálida, con grandes ojos ensombrecidos por la tensión o la falta de sueño y una boca generosa que ahora estaba apretada.

Controló su respiración con la misma concentración salvaje que habría empleado en una pelea de espadas y se inclinó. —Mi señora. Estoy a su servicio. Y a sus pies.

—Señor Hunt. —Su voz tenía la mordacidad de un viento del este y se preguntó si habría dejado ver su reacción masculina instintiva, lo cual era poco probable, o si simplemente era antipática por principios.

«No es perfecta», se dijo, enfadado por haberle hecho sentir como un joven maravillado.

Su nariz era un poco demasiado larga y fina, su altura no estaba a la moda, sus ojos eran de un azul pálido desconcertante, o gris azulado, o quizá había algo de verde en ellos... Y no hacía nada para atraer, nada para seducir, simplemente se encontraba allí de pie con el más sencillo de los vestidos de mañana de color rojo oscuro, sin joyas, ni pintura, ni artificios. Todo esa convicción de que estaba siendo hechizado o hechizado retumbaba en su cabeza.

Lord Northam, quién debía tener edad suficiente para ser su abuelo —bisabuelo, pensó Jared con furia— miraba de uno a otro con una sonrisa cariñosa para su esposa, una mirada inquisitiva para Jared.

¿Cómo demonios había logrado hacerse con esa fría belleza? Por su voz, por su misma presencia, era una dama, educada desde sus primeros años en la conducta y la confianza. No era una actriz ni una cortesana, deslumbrada por algún título y una riqueza que la obligaba a protagonizar ese matrimonio desigual.

No obstante, de alguna manera, en cuestión de segundos, ella lo había hechizado, porque de otra manera ¿qué haría sintiendo repugnancia por el desperdicio de ese matrimonio de invierno y primavera, sintiéndose excitado por esta mujer?

Todo su sustento, a menudo su vida misma, dependía de su desapego, de su control. La seguridad de esa mujer dependería de su capacidad para pensar desapasionadamente, actuar con incisión, tomar decisiones de vida o muerte en segundos. Además, era una mujer casada.

No le agradó, lo percibió. Eso no era una sorpresa y tampoco importaba. Debía confiar en él y obedecerlo en una crisis, pero no debía gustarle.

"Los dejaré juntos", dijo Lord Northam, aparentemente sin notar nada fuera de lo normal en ninguno de los dos. "Tengo que consultar con mi hombre de negocios sobre algunos asuntos urgentes y podrás suministrarle al señor Hunt todos los detalles de los diferentes incidentes, ¿Verdad, Guinnie, querida? ¿No te molestará hablar de ellos?"

—De ninguna manera, milord. —La sonrisa que le dirigió a su marido fue inmediata y cálida. Jared habría jurado que era cariñosa y sincera. Sería real o no, transformó su rostro, la hizo parecer aún más joven y mucho más vulnerable. Inocente—. Siéntese, señor Hunt.

La sonrisa desapareció en cuanto la puerta se cerró detrás del vizconde. Se sentó en una silla vertical, con sus faldas rojas a su alrededor como los pétalos de una rosa contra el brocado verde

de la tapicería.

Jared eligió una cómoda silla tapizada, dejando en claro sutilmente que no era un sirviente doméstico, y sacó su cuaderno y un lápiz.

—Qué oficinista de su parte, señor Hunt —comentó lady Northam—. Habría esperado ver espadas y pistolas en un guardaespaldas, no anotaciones en una libreta.

Alzó la vista y la miró a los ojos. «Me está provocando deliberadamente», pensó. ¿Por qué debería ser así?

—Mi memoria es buena, lady Northam, pero necesitaré mucha información de usted. Prefiero no arriesgarme a omitir ningún detalle por olvido. Así que comenzaré siendo muy administrativo y anotaré su nombre. ¿Guinnie?

Guinevere.

La esposa de Arturo, la belleza que encantó al caballero Lancelot para que traicionara a su rey por un amor condenado al fracaso con su reina. Él no era un caballero y ella no era una reina, se recordó a sí mismo y tampoco tenía intención de distraerse, fuese cual fuera la tentación.

¿Su apellido de soltera?

Hubo una leve vacilación.

¿Es éste su primer matrimonio, Lady Northam?

La vacilación era evidente esta vez.

Sí. No. No exactamente.

¿Cuál, milady?

¿Por qué importa eso? ¿Qué importancia tiene eso?

Ella estaba fingiendo enojo y desdén para ocultar algo más, se dio cuenta, levantando la mirada del cuaderno para estudiar su rostro. Ella le devolvió la mirada, con la barbilla en alto. ¿Miedo? Posiblemente. Hablar de su pasado la angustia, así que me ataca para darse valor.

—Cualquier detalle puede ser relevante. Necesito entenderla, sus antecedentes, su vida actual, su pasado, si deseo descubrir quién desea su muerte.

—Usted es muy franco, señor Hunt. ¿No teme que me desmaye o que rompa en llanto al hablarle tan directamente?

—No —dijo Jared sin rodeos—. No lo temo. ¿Su primer marido, señora?

—Un matrimonio escocés —espetó ella—. Eso seguiría siendo legal aquí siempre que se haya celebrado de acuerdo con la ley escocesa ante testigos. Un matrimonio fuera de control, sin duda, si ella lo defendía tanto.

—Lo fue. Pero eso ahora es irrelevante. Mi... Está muerto.

—Su nombre, por favor. Y ¿Cómo y cuándo murió?

—Francis Willoughby. Cayó de una ventana a una terraza de piedra mientras estaba ebrio y se rompió el cráneo. Estaba muerto cuando lo alcanzaron. Eso fue hace casi dos años.

—Lo siento mucho —dijo Jared—. Fue un accidente, ¿supongo?

—Sí. El forense se mostró satisfecho, aunque no hubo testigos de la caída. Como dije, se encontraba bebido.

“Debió ser bastante angustioso para usted. Puedo imaginar su dolor”. Las declaraciones insulsas y los clichés como ese a menudo tenían el efecto de provocar una respuesta y esta vez funcionó.

“¿Puede imaginar cómo me sentí? Es usted bastante inusual si puede, señor Hunt”. Lady Northam giró la cabeza y lo miró directamente a los ojos. “¿O ese comentario pretendía ser provocativo? Sí, creo que lo fue. Muy inteligente”.

Se las arregló para no hacer una mueca ante su percepción, convirtió el movimiento en un asentimiento.

“Sin duda alguna, preferiría no tener que sacarme esto a la fuerza, tanto como yo preferiría que no lo hicieran”, dijo ella con aspereza. “Así que aquí está, sin adornos: fui una chica tonta que se enamoró de un seductor plausible. Me escapé con él, mi familia me dejó de lado, él se enfureció debido a que no recibí mi dote. En otras palabras, una historia común y corriente sobre un hombre común y una muchacha bastante ingenua. Era un marido muy insatisfactorio y yo me habría alegrado de quedar libre si no hubiese por la una montaña de obligaciones y deudas con que me enfrenté.

Estaba fingiendo una dureza y una sofisticación que no le eran propias, supuso Jared.

Una esposa no es responsable de las deudas de su marido -dijo con suavidad-. Pero lo que hereda puede ser totalmente disipado en el pago de esas deudas antes de que pueda recibirlas. Lady Northam se encogió de hombros.

No es que yo haya heredado nada más allá de amenazar a los deudores con exigencias que creían que yo no podría cumplir.

¿Era Lord Northam alguien a quien el señor Willoughby le debía dinero?

No. Eso sucedió cerca de una propiedad que había adquirido recientemente.

Ya veo. Por supuesto, la propiedad que había comprado para ayudar a sus primos lejanos.

Lo dudo mucho -dijo Guin.

Los ojos cautivadores que parecían capaces de leer su mente se entrecerraron, y entonces Jared Hunt volvió a mirar sus notas. Este extraño de rostro duro pensó que se había vendido a un anciano como una forma de salir de sus problemas.

Hubo eso, por supuesto, pero había habido mucho más. Más sobre lo que no tenía intención de discutir con un guardaespaldas. ¿Dónde lo había encontrado Augustus? Jared Hunt ciertamente no era un corredor de la Calle Bow al que se pudiera contratar. Una mirada a él con su ropa oscura y severa, esos ojos penetrantes, la había puesto nerviosa, a la defensiva.

¿Tu familia Willoughby, tus amigos?

No obstante, al menos, tuvo la sensibilidad de no llamar a Francis su marido. Tal vez eso sería como ir al dentista, donde el que se las arregló para sacarle la muela dolorosa con fuerza y brutalidad, fue el que causó menos dolor a largo plazo.

“No conozco a nadie”.

No le había dicho nada sobre una familia. *Estoy completamente sola, Guin querida. Eres todo para mí, mi mundo. No necesitamos a nadie más, sólo el uno al otro.* Era una forma eficaz de aislarla, de controlarla, hasta que se dio cuenta de que no había nadie a quien recurrir, ningún amigo, ningún confidente. Ninguna ayuda.

“Nadie se presentó en la investigación ni asistió al funeral. Durante veinte meses no ha habido nada en veinte meses y, sin embargo, se publicitó ampliamente en su momento”.

“No fue local, creo. No cerca de la propiedad de Lord Northam en Dorset”.

“No. Fue en el Norte”. El dinero no había durado lo suficiente para llevarlos muy al sur de la frontera.

—Entonces, es poco probable que el matrimonio tenga alguna relación con su situación actual.

—El señor Hunt hizo otra breve anotación.

Guin no estaba segura de si se trataba de una afirmación o de una pregunta. Era como tener un halcón en la habitación, un halcón, de plumas lustrosas, pico y garras afiladas. Llevaba el pelo

recogido hacia atrás, muy apretado, en la nuca y trenzado en una cola, y se preguntó cuánto tendría cuando lo soltara. Era un estilo pasado de moda, pero su ropa brutalmente sencilla era de la mejor calidad.

Aquel cabello castaño oscuro y dorado era atractivo. También lo eran esos ojos de halcón color ámbar y el rostro fuerte y delgado. Guin se dio cuenta de que le temía, del aura de fuerza estrictamente controlada que lo rodeaba, de la conciencia de que sería muy bueno en la violencia, hábil en ella.

Francis no había sido hábil, solo estaba enojado con la vida, con ella, con todo lo que no le había dado la recompensa que consideraba que le correspondía.

—¿Su propia familia?

Qué tontería no haber esperado esto, no haberse armado con una armadura contra ese interrogatorio. Había estado esperando a un agente de la Calle Bow, un hombre tranquilizador, impasible, de mediana edad, conocedor de las costumbres de la calle de la que había salido. Tal vez un hombre paternal, con su manera brusca.

Se trataba de un caballero, tan inteligente como un abogado, sospechaba. Tan preciso como un cirujano. Había sentido miedo cuando él entró en su habitación. Miedo y un traicionero escalofrío de atracción.

Capítulo Tres – Cuando algo desciende por la chimenea

Guin trató de ser encantadora, sonrió un poco al señor Hunt, inclinó la cabeza hacia un lado y lo invitó a compartir las tristezas de sus remordimientos. —¿Mi propia familia? No, por desgracia. Cuando me fugué mi padre me rechazó. Para ese entonces mi madre ya había fallecido. Tengo un hermano y dos hermanas en Lancashire. Ellos también me apartaron de sus vidas.

—¿Aun ahora casada con un vizconde? No, ni un poco encantada. El hombre probablemente nunca había coqueteado en su vida. Quizá era una especie de monje.

—Aun ahora —coincidió ella, con voz seca mientras abandonaba las estrategias femeninas—. Estaba suficientemente desesperada como para escribirles pidiéndoles auxilio tan pronto Francis falleció. Cuando me fue devuelta mi carta hecha trizas, dejé que mi angustia se convirtiera en ira. Lo que escribí en respuesta fue, aparentemente, cuestionable e imperdonable.

—Ninguno de ellos viene a la ciudad. Mi padre ha fallecido ahora, aunque me enteré por los periódicos, y mi hermano heredó el título de baronet. No es un hombre rico, ni dado a visitar Londres ni a los balnearios de moda. Mis hermanas están casadas con caballeros del norte que prefieren quedarse en sus propias propiedades.

“Entonces, ¿a quién has ofendido o amenazado, Lady Northam? ¿Quién te odia o te teme? ¿Quién codicia tus pertenencias tanto como para querer verte muerta?”

“No tengo ni idea”, dijo con perfecta honestidad. “Es la verdad. No me he peleado con nadie, Augustus no cortejaba a ninguna dama que tuviese expectativas cuando se casó conmigo. Me he devanado los sesos buscando algún recuerdo de haber dicho o hecho algo que pudiera haber lastimado o molestado a alguien y no consigo nada. No tengo dinero propio para dejar, no espero herencias. No tengo secretos. Nada”.

Entrecerró los ojos y ella se preguntó si él pensaba que le estaba mintiendo.

“No hay nada que sepas o sospeches, nada a lo que le des suficiente importancia”, le insistió su nuevo guardaespaldas. —A menos que estés imaginando estos incidentes, o sean las coincidencias más improbables, entonces alguien esté tratando de causarte daño, Lady Northam, y tiene que haber una razón detrás de ello. Sus motivos deben aparentar ser muy buenos, por triviales u oscuros, o incluso descabellados que sean, nos parecerán a nosotros cuando los conozcamos.

Guin cerró los ojos por un momento, casi sin aliento por la confianza en esa voz profunda y tranquila. Cuando lo sepamos. Cuando. Nosotros. Después de todo, podría haber algo de seguridad frente a ese temor. Pero no podía flaquear ahora. Mantener la calma, no hacer nada que preocupara a Augustus (más de lo preocupado que ya estaba, pobre hombre) era esencial. Cuando ella estaba tranquila, él también lo estaba, toda su atención se centraba en apoyarla.

— Según tengo entendido Lord Northam tiene una familia numerosa. Dos hijas, un yerno, tres nietas y dos nietos, además de su hermano y su hijo y algunos primos lejanos. No consultó su libro para eso, señaló ella.

—Sí. Las hijas son bastante agradables conmigo; piensan que su padre es un viejo tonto y cariñoso por casarse con una mujer tan joven, pero se las arreglan para no decirlo. Es posible que las garantías sobre su testamento hayan ayudado en eso.

Esperaba que eso no sonara ácido, no fue esa su intención. Por supuesto que sus nueras habrían estado preocupadas por el matrimonio, sería natural. En realidad habían sido muy educadas al respecto. Distantes pero educadas. Quería levantarse, moverse nerviosamente por la habitación, alejarse de ese frío y evaluador escrutinio. Guin cruzó las manos sobre su regazo y se sentó tranquila.

“Las nietas tienen mi edad, más o menos, y son perfectamente civilizadas, al igual que los nietos. Los niños descienden por la línea femenina y no es como si ninguno de ellos tuviera expectativas de heredar el título, no con herederos por la línea masculina. Lord Northam dejó muy en claro a todas que sus posiciones en su testamento no se ven afectadas por este matrimonio. No veo cómo mi existencia las amenace”.

—El hermano de Lord Northam y su heredero podrían, no obstante, tener motivos para preocuparse como presuntos herederos si sienten que pueden ser desplazados.

¿Era una pregunta? ¿Estaba preguntando si ella tenía relaciones íntimas con su anciano esposo? Bueno, podía preguntar directamente si se lo estaba preguntando. Si tenía el descaro.

—No tengo idea de si están preocupados o no. Siempre han sido agradables conmigo. Amables, de hecho.

—¿No está embarazada? Parecía que tenía el descaro de ser muy franco.

—No —dijo Guin.

—¿Puedo? —El Sr. Hunt agitó una mano en un gesto que abarcó la habitación.

—Sí, por supuesto. ¿Qué está buscando?

Se levantó mientras ella hablaba y se movió lentamente a través de la sala de estar, la cabeza ligeramente inclinada mientras estudiaba las cortinas, los cuadros, los muebles. Se inclinó para leer los títulos de los libros en los estantes, miró su bordado tirado descuidadamente en una mesa auxiliar. No tocó nada, pero su mirada recorrió las superficies, notando los detalles.

Entonces se volvió hacia ella y la desnudó por completo con la mirada. Ella esbozó una leve sonrisa en sus labios. No estaba llegando a su alma.

—¿Qué estoy buscando? Pues a usted, lady Northam.

—Acá estoy —dijo Guin, tal vez con más aspereza de lo que dictaban las buenas maneras.

El señor Hunt se volvió para reanudar su estudio de las curiosidades en una mesa auxiliar. Ella se sorprendió admirando la forma en que se movía, la anchura de sus hombros, la facilidad con la que se agachaba para mirar el estante más bajo y luego se levantaba sin esfuerzo. Era suficiente para irritar a cualquier mujer, encontrarse haciendo algo así.

—Y usted está aquí. Abarcando con el movimiento de su mano en esa ocasión los cuadros que había escogido y los libros que leía, la forma en que se encontraban dispuestos los muebles, y los colores que prefería.

Notó que tenía los dedos largos, sin ningún anillo adornado.

—En ese momento usted está tensa, temerosa y desconfiada. Me está ocultando secretos y no la culpo. Necesito entender a Guinevere Quenten, de soltera Holroyd, últimamente Willoughby, la mujer real, no Lady Northam acá presente, antes de poder ayudarla.

—No estoy temerosa. —Era una mentira, por supuesto, una que se repetía a sí misma. Al parecer, no muy convincente.

—Entonces, siendo la mujer inteligente que eres, deberías estarlo. Por primera vez, Jared Hunt sonó menos tranquilo y neutral. Sonaba irritado. —¿A menos que todo eso fuese una fantasía tuya o un ardid para llamar la atención de tu marido?

—Definitivamente no lo es. Y así debes verlo, sí tengo miedo y sí, temo mostrar miedo —dijo Guin rotundamente, insultada hasta la veracidad.

—Bien. —Él sonrió y ella contuvo el aliento—. Ahora que tenemos honestidad, podemos trabajar. Su sonrisa desapareció tan rápido que pensó que podría haberla imaginado.

—¿Trabajar? Pensé que me protegerías, eso es todo. —Sí, la sonrisa había desaparecido, pero con ella, su fría evaluación. De alguna manera habían alcanzado un entendimiento. ¿Se sentirían así sus alumnos de esgrima cuando él aceptaba que dominaban una estocada o una parada?

“¿Y esperar hasta que aparezca alguien por error con un arma o un frasco de veneno? Sí, te protegeré fuera de esta casa y aconsejaré a tu marido sobre las precauciones para asegurarla. Pero sería mejor atrapar a quien sea más temprano que tarde, ¿no crees?”

Cuando ella asintió, él se sentó nuevamente y tomó el cuaderno. “Entonces, ¿por qué Guinevere? ¿Es toda tu familia igualmente artúrica?”

“¿Qué tiene eso que ver?”

“Compláceme, por favor”.

No tengo nada más que hacer el resto de la tarde excepto preocuparme y practicar cómo lucir tranquila para Augustus. Bien podría complacer a ese hombre. Después de todo, era agradable a la vista y refrescantemente astringente.

“A mi madre le pareció una idea encantadora. En mi bautizo se dio cuenta de que toda su familia se reía de ella, así que volvió a poner nombres sólidamente convencionales a mis hermanos menores. Yo, sin embargo, me quedo con Guinevere. ¿Y usted, señor Hunt, con que nombre fue bautizado?”

Por un instante, sus labios se tensaron, pero fue algo tan rápido que ella pensó que quizá lo había imaginado.

Mi nombre es Jared. Uno de mis antepasados parlamentarios del fuego del infierno en la época de la Guerra Civil era un gran creyente en los nombres bíblicos para su descendencia. Afortunadamente, el hijo del que descendiendo no se llamaba Ezequías, aunque de niño siempre preferí Zelofehad. Me gustaba el ritmo.

Lo dijo tan en serio que Guin fue sorprendida por su propia risa cuando vio el tic de sus labios. Entonces, ese feroz halcón tenía sentido del humor, ¿no?

¿Qué significa? Zelofe... lo que fuera?

preguntó, sería de nuevo, pero sintiendo ahora una sonrisa en su interior.

Sombra del terror, lo cual es apropiado para un guardaespaldas, aunque eso solo lo descubrí más tarde.

¿Y Jared?

Uno que gobierna.

Sí, eso le venía bien. No podía imaginar a Jared Hunt recibiendo órdenes, por muy respetuosamente que se presentara como un agente a sueldo. Pero la sombra del terror también le sentaba bien, una sombra que protegía.

—Tal vez podamos empezar contándome sobre los ataques —dijo, volviendo al tema de la reunión como si ese momento íntimo de broma nunca hubiese ocurrido—. ¿El primero fue el disparo a través del carruaje cuando estaba en movimiento o... qué fue eso?

Se levantó, viendo la chimenea fría. Un rizo de hollín se arremolinó y se posó sobre el mármol pulido de la chimenea como una pluma negra sobre nieve.

—Solo hollín cayendo. No, espera, yo también lo escucho, ascendiendo por la chimenea. Se escuchó un leve sonido de rasguños que resonó hasta ellos como si viniera de una gran distancia. —Creo que tenemos al deshollinador —dijo Guin mientras Hunt se daba la vuelta—. Ciertamente le dije a nuestro mayordomo Twite que lo buscara porque la chimenea del estudio de mi esposo ha estado humeando. Deben haber enviado a un chico trepador a las chimeneas

desde la habitación de arriba. ¡Oh!

Se escuchó un fuerte traqueteo, una nube de hollín cayó y Guin se vio arrastrada de su asiento, arrojada, cayendo, aterrizando con un ruido sordo con algo pesado encima de ella. Se golpeó, golpeó un cuerpo muy sólido y luego hubo un golpe y la habitación tembló.

Se percató de que estaba debajo de Jared Hunt. Intentó sacudir la cabeza para despejarse y descubrió que él había enroscado una mano alrededor del lado izquierdo de su rostro y que estaban presionados mejilla contra mejilla. Todo su cuerpo estaba encima de ella. Pesadamente.

Confundida, Guin intentó apartarlo, pero entendió que la había sacado con fuerza de su silla, la había arrojado detrás del sofá y se había arrojado encima de ella antes de que estallara la bomba.

“¡Eso fue una bomba!”, aseveró, más furiosa que temerosa, moviendo su mejilla contra la de él mientras hablaba. Su piel era ligeramente áspera y olía a hombre cálido, café y especias. Podía estar furiosa, pero se sentía segura. Se sentía muy...

Cuando los ecos se apagaron, Hunt la levantó y la arrastró hacia la puerta. La habitación se encontraba llena de humo y hollín y pequeñas llamas lamían el área carbonizada en el centro de la alfombra de la chimenea.

“Sin dudas, fue un explosivo”, dijo mientras volteaba tras un rápido estudio del desorden.

Tenía un cuchillo en la mano —¿De dónde había sacado eso?— y cuando llegaron a la puerta la empujó detrás de él antes de abrirla y mirar hacia afuera.

A través de sus oídos zumbantes Guin pudo escuchar gritos y el sonido de pies corriendo y luego habían salido con él todavía manteniéndola detrás de su cuerpo cuando llegaron Augustus y Twite, ambos resoplando por el esfuerzo y la alarma.

“¡Guinnie!”

“Estoy aquí, querido, por favor no te agites”. Augustus parecía estar en peligro de un ataque en cualquier momento. “Sr. Hunt, ¿podría liberarme?”

“No hasta que esté seguro de que quienquiera que haya enviado esos explosivos por la chimenea no se encuentre aun en la casa. Twite, necesitas criados y agua allí, la alfombra está ardiendo. ¿Dónde están tus guardabosques armados?”

“En la cocina, debajo de las escaleras”, dijo Augustus. “No, aquí están”.

“¿Qué demonios crees que estás haciendo?”, exigió Hunt. —¿Quién ha entrado o salido mientras ustedes estuvieron fuera de su puesto?

Los hombres se quedaron de pie, con expresión avergonzada.

—Sean útiles ahora que están aquí; denos cobertura mientras traslado a Lady Northam abajo. Sí, así, uno delante, otro detrás. Mi señor, no se olvide de nada.

Los guió escaleras abajo en un grupo apretado, comprobando las esquinas; uno de los porteros retrocedió detrás, con la escopeta en alto, y luego metió a Guin en el lavadero.

—Quédate aquí.

Tomó la llave de afuera y se la entregó.

—Cierra la puerta y sólo ábrela para mí.

Se inclinó hacia delante y le susurró al oído.

—Y sólo cuando te llame por tu nombre de pila. ¿Entiendes? A nadie más, ni siquiera a tu marido. No me importa quién sea.

Entonces se quedó sola en la pequeña habitación sin ventanas con una vela de sebo y el chico de la cazuela aterrorizado, metido hasta los codos en un fregadero lleno de platos sucios.

—Ay, qué aventura —dijo Guin alegremente mientras cerraba la puerta. Encontró una sonrisa para el chico. “No hay necesidad de preocuparse, Sammy, el señor Hunt lo tiene todo bajo control”. Espero. Y luego comenzó a temblar.

Jared dejó a uno de los cuidadores frente a la puerta de la cocina con Lord Northam. “Quédese allí, mi señor. Nos retrasará”.

Ignorando la furiosa exclamación de su empleador, recorrió la casa con el otro cuidador, un criado y Twite con sus llaves, cerrando cada puerta mientras revisaban las habitaciones.

Encontraron al deshollinador y a su muchacho atados, el hombre aturdido por un golpe en la nuca, el muchacho metido de cabeza en un saco y demasiado aterrorizado para intentar liberarse. El hombre se recuperó bastante rápido, aunque el golpe había sido real y fuerte: Jared revisó el bulto, no preparado para dar nada por sentado.

No habían visto a nadie, dijeron, no habían escuchado a nadie, hasta que fueron atacados por detrás mientras ataban sus varillas listas para arreglar los cepillos. Dos hombres, pensaron, o tal vez sólo uno, pero ni siquiera estaban seguros de eso.

Jared escudriñó los tejados de los alrededores. No había nada que ver ahora, por supuesto, y las casas contiguas ofrecían una ruta de escape que cualquier ladrón o artista de grúas podría usar tan fácilmente como su propia escalera trasera. Volvió a bajar dejando al criado en el tejado con la promesa de relevo en una hora o algo así.

Lord Northam tenía una silla junto a la puerta de la cocina y se secaba la cara con lo que parecía un trapo de cocina mientras hablaba en voz alta con su esposa a través de la puerta. —¿Algo? —le gritó a Jared.

—No. Han dejado fuera de combate al deshollinador pero él y el chico no vieron nada. Lamento mi brusquedad de ahora, mi señor.

El anciano gruñó aceptando la disculpa.

—Necesitamos un turno de vigilantes en el tejado —dijo Jared—. Dudo que vuelvan a intentar el mismo truco, pero no puedo confiar en que no intenten algo aún más peligroso la próxima vez. Pasó junto al vizconde, que tenía la cara enrojecida, y llamó a la puerta. —¿Guinevere? Soy Jared Hunt. Abre la puerta, por favor.

Ella salió, manchada de hollín, despeinada y con un brazo alrededor de los hombros de un niño lloroso. —Ve a ver a la cocinera, Sammy, y dile que te dije que ibas a tomar leche y pastel de ciruelas. Querida, ¿te encuentras bien? El susto y el esfuerzo...

—No fui yo quien sufrió el susto, Guinnie, mi amor. ¿Estás segura de que no estás herida? El vizconde estaba acariciando la mano de su esposa mientras estudiaba su rostro.

—Completamente segura. Eso es enteramente gracias al señor Hunt, que me arrojó muy hábilmente detrás del sofá.

Jared los dejó para que se tranquilizaran mutuamente y volvió a la sala de estar para examinar los daños, apartando de su mente el recuerdo demasiado vívido de cómo se había sentido Lady Northam debajo de él después de ese hábil lanzamiento.

Había surgido una pregunta en su mente desde el momento en que ocurrió la explosión, pero asegurar la casa no le había permitido reflexionar sobre ella. Ahora se encontraba de pie en medio de la habitación y estudiaba el agujero carbonizado en la alfombra de la chimenea. Era extraño. Muy extraño, en verdad.

Se agachó y se llevó la alfombra a la nariz, la olió y la dejó caer de nuevo mientras se levantaba. Detrás de él, la puerta se abrió y se giró lentamente, reconociendo la respiración agitada de su patrón, todavía sin aliento por la reciente alarma.

—Milord, ¿estos incidentes han ocurrido tanto aquí en Londres como en una de sus propiedades en el campo?

—Sí. Regrese a mi estudio. Siento la necesidad de mi cómoda silla y una copa de brandy. El vizconde inició la marcha y se sentó rígidamente, luciendo todos sus años. —Mi esposa se fue a

su habitación a acostarse. Su doncella se encuentra con ella. Los decantadores están allí. —Agitó una mano en la dirección general y cerró los ojos.

—¿Qué ataque ocurrió dónde? —preguntó Jared cuando estuvieron sentados a ambos lados del escritorio, el brandy brillando cálidamente en las copas frente a ellos.

—Estábamos en Allerton Grange, la casa que compré durante el funeral que te mencioné. Era mediados de marzo, pero el tiempo era excelente y pensé que era hora de que nos quedáramos allí un tiempo, para decidir qué hacer. La orden era la barandilla, la serpiente y el caballo. Naturalmente traje a mi esposa aquí, supuse que había algún lunático local suelto. Luego vino el tiroteo en Hyde Park y ahora esto.

Allerton. Eso le sonó débilmente... Dejó el pensamiento a un lado como algo sin importancia en ese momento. “¿A qué altura de las escaleras se cortó la barandilla?”

“A unos siete escalones desde el final”.

“¿Y es una escalera circular? ¿Alfombrada?”

“Sí, a las dos. Hice que pusieran la alfombra cuando a Guinevere le gustó la habitación de la torre”.

“¿Lady Northam es una buena jinete?”

“Muy”. El hombre mayor pareció animarse con la pregunta. Se sentó más derecho y sonrió con orgullo. “Una pequeña jinete excelente. Manos ligeras y nervios de acero”.

“¿Y el tiro en el parque?”

“Ese fue un escape milagroso. Ella había tirado de la cuerda de control para que el conductor se detuviera y pudiera bajar a ver una de las nuevas plantaciones y segundos después de que bajara, la bala impactó en el respaldo del asiento justo donde ella había estado sentada.

Hubo un golpe en la puerta y Twite entró. “Disculpe, milord, pero Hoskins, el criado, ha recomendado a sus hermanos como guardias adicionales. Hay cuatro de ellos, según tengo entendido, todos jóvenes fornidos empleados de manera temporal como porteros en el mercado de Covent Garden. Pensó que podrían complementar a nuestras fuerzas aquí. Hoskins ha estado con nosotros varios años y siempre ha demostrado ser muy confiable, creo que podríamos confiar en otros de su familia si usted lo aprueba”.

El vizconde miró a Jared. “Haga que el señor Hunt los entreviste cuando lleguen.”, exigió mientras la puerta se cerraba detrás del mayordomo. “¿Por qué parece tan desconcertado, Hunt?”

“Una impresión, simplemente. Algo que puede no tener ninguna importancia, pero debo pensar en ello”.

Si tenía razón, entonces realmente estaba sucediendo algo muy extraño, algo aún más desconcertante que un simple intento de asesinato.

Capítulo Cuatro – Donde Jared Invade una Tienda de Ropa

¿A qué se estaban enfrentando exactamente? Jared indagó nuevamente. —¿Ha sufrido Lady Northam alguna enfermedad, algo que pudiera haberla dejado con el corazón débil?

—No, que yo sepa. Está perfectamente sana. ¿Su reacción de hoy parecía la de una mujer con el corazón débil?

—No, en absoluto. Se sintió como una joven sana en todos los aspectos. Su corazón latía con gran regularidad bajo el mío, el pulso en su garganta...

—Lady Northam parece estar soportando muy bien la tensión. ¿Necesita más información hoy, después que haya entrevistado al batallón de guardias de la familia de este criado?

—Supongo que no. Mi esposa tenía la intención de salir esta noche, a alguna recepción u otra, pero me encargaré de que descanse. Le diré que me siento tembloroso, eso la mantendrá en casa. ¿Volverá mañana, Hunt?

—Por supuesto, milord. Estaré aquí después del desayuno.

Jared volvió a consultar con los guardabosques y cambió a uno de los otros criados por el que se estaba apostado en el tejado. —¿Cómo se llama? —preguntó mientras el hombre se volvía hacia las escaleras.

—Thomas, señor. —Lucía algo agitado.

—No hay por qué temer. Eran sólo unos fuegos artificiales, ¿sabe?

—Sí, señor. Estoy bien, señor. No llevo mucho tiempo en Londres, estoy acostumbrado a la vida en el campo. No esperaba que fuera así, y esa es la verdad.

—Rara vez lo es —le aseguró Jared.

Habló con los hermanos Hoskins cuando llegaron a la puerta de la cocina una hora más tarde, sin aliento por la carrera por Londres. Twite había elaborado una lista de tareas de guardia y tiempos de descanso que parecía totalmente sensata una vez que Jared la ajustó para que no coincidieran dos hermanos Hoskins de servicio juntos. Parecían bastante fiables, pero toda la situación era un lío confuso y no estaba dispuesto a confiar en nadie.

Los trabajadores estaban recogiendo sus cosas cuando finalmente llegó a la calle Great Ryder. Jared caminó con el capataz, aprobó el trabajo y discutió las prioridades para el día siguiente, luego subió las escaleras, abrió la puerta y revisó las habitaciones. No había nadie allí, ninguno de los indicadores que había colocado como tarea de rutina había sido tocado.

No había razón para esperar problemas, no allí, pero no tenía idea de en qué nido de avispa lord Northam le estaba pidiendo que introdujera un palo. Los ataques parecían inmotivados y Guinevere los estaba enfrentando bien. ¿Demasiado bien?

Jared se recordó a sí mismo que para él ella era Lady Northam y fue a la pequeña cocina para pensar qué podría preparar para cenar.

Dos huevos, un trozo de tocino, la parte inferior de un pan y la mitad de una tarta de manzana de la panadería de la esquina. Serviría, para cuando se le abriera el apetito.

Pero en ese instante... necesitaba pensar. Se desnudó en su dormitorio y se puso los pantalones y la camisa que usaba cuando se ejercitaba, colocando mentalmente la gran cama que había comprado esa mañana y pensando en las vigas debajo de donde la colocaría. Lo mejor era que el carpintero comprobara cuán sólidas eran.

En ese momento no tenía intención de hacer nada más enérgico en esa cama que dormir sobre ella, pero era mejor prevenir que un gran trozo de madera del siglo XVII cayera al suelo inferior con él encima.

Abajo, en el espacio desnudo y barrido que pronto sería su *salle d'armes*, comenzó a estirarse durante media hora, siguiendo los movimientos cada vez más complejos que se proponía realizar a diario. Luego flexiones: a dos brazos, a un brazo, hasta que el sudor le corriera.

Finalmente, bajó su espada más pesada y comenzó la secuencia de ejercicios. Cortar y empujar, parar y responder, alternando las manos, ojos abiertos, ojos cerrados, hasta que sólo pensó en lo que hacía su cuerpo, concentrándose en cómo respondía cada músculo, notando el punto exacto en el que comenzaba la quemadura, corrigiendo cada pequeño fallo hasta que por fin se desplomó contra la pared y se deslizó por ella para sentarse, con la cabeza inclinada, jadeando. Satisfecho. Con la mente despejada.

El agua fría le corrió sobre la piel caliente, los pequeños músculos superficiales debajo se contrajeron en una protesta involuntaria. Dos baldes era todo lo que podía usar antes de que la bañera en la que se encontraba parado se llenara, pero al día siguiente le entregarían el baño de cobre de la sala de subastas junto con la cama.

Entre fantasías de agua hirviendo y baños indulgentes prolongados, Jared salió, dejó sus huellas húmedas en el suelo mientras se secaba con una toalla y, todavía húmedo, se puso una camisa de lino suelta y luego la bata de seda pesada que había traído de la India.

Frió los huevos y el tocino en una sartén sobre el fuego, untó mantequilla en el pan, sirvió cerveza, concentrado en su tarea, en el sonido de la grasa salpicando, el olor del tocino, las burbujas que estallaban en la espuma de la cerveza en la jarra de peltre.

No se permitió pensar hasta que se sentó a comer en la mesa hecha de tablones apoyados sobre ladrillos recuperados. Comía con una mano, mientras mantenía la otra ocupada anotando una lista de asuntos de la casa para el día siguiente: buscar una agencia de limpieza que le proporcionara un criado de cámara que pudiera cocinar, una palabra a los albañiles sobre las vigas del suelo y las entregas, reabastecer la despensa.

Terminó la comida, limpió la yema de huevo con lo que quedaba del pan, la regó con la cerveza y apartó el plato. Finalmente, arrastró la lista frente a él y escribió al final en pequeñas mayúsculas: ¿POR QUÉ?

Los hilos de pensamiento, el escalofrío de la intranquilidad, los elementos desconcertantes se habían unido mientras hacía ejercicios, se habían fusionado en un patrón mientras comía.

No había estado imaginando cosas: quienquiera que estuviera atormentando a Guinevere Quenten, vizcondesa Northam, ciertamente deseaba atormentarla. ¿Pero matarla? Pensaba que no.

—A menos que la intención sea causarle ansiedad, incluso volverla loca, no puedo entender qué está tratando de lograr su atacante, Lady Northam. Seguramente no tienen la intención de matarla. Jared se recostó en el sillón profundo y dejó que sus palabras se hundieran en el silencio del elegante salón. La explosión llegaría pronto.

—¿Está loco, señor? El puño de Lord Northam cayó sobre la delicada mesa de té, haciendo que su taza de café se volcara. Ignoró el torrente de líquido caliente sobre la superficie incrustada y se levantó tambaleándose.

Jared permaneció donde estaba. La cortesía y la precedencia exigían que se levantara, pero tener a dos hombres corpulentos enfrentándose sólo serviría para inflamar el ambiente. Juntó los dedos y esperó mientras el vizconde se paseaba por la habitación, levantando con los pies suaves alfombras de seda china y haciendo que los faldones de su abrigo balancearan los arreglos

florales.

Lady Northam se llevó las yemas de los dedos a los labios, no sabía si para rezar o para contener las palabras. Tenía los ojos muy abiertos y muy azules, clavados en su marido. Se preguntó si el color dependía de su estado de ánimo o de la luz.

Por fin, Northam volvió a situarse delante de Jared. —¿Crees que lo estamos inventando? ¿Lo estamos imaginando? —preguntó. —Estuviste aquí ayer, viste lo que pasó. O tal vez —añadió con terrible sarcasmo—, ¿fue una alucinación colectiva?

—Se lo explicaré, milord. Quizá si se sentara, su señoría se sentiría menos agitada.

Cuando el otro hombre se dejó caer de nuevo en su silla con un gruñido, Jared dijo: —Lo de ayer no fue una bomba, fue un gran fuego artificial. Podría haber causado heridas, podría haber provocado un ataque cardíaco en una persona frágil, pero usted no es ni anciana ni está enferma, ¿verdad, Lady Northam? Y eso cayó por la chimenea de su propia habitación, no una que ambos usen habitualmente, por lo tanto, difícilmente puede haber estado dirigida a Lord Northam.

—Y ya que estamos hablando de insuficiencia cardíaca, la mordedura de la víbora británica rara vez es fatal a menos que la persona mordida esté vieja o débil o muy joven. Luego llegamos a una barandilla rota unos pocos escalones más arriba en una escalera bien alfombrada. Moretones, tal vez una extremidad rota podría resultar si se hubiera caído, pero no mucho más, diría yo, considerando que es una mujer joven y sana y en pleno uso de sus facultades.

—¿Y qué sobre la interferencia con mi caballo? —dijo.

—¿Es usted una excelente jinete, creo? Un asentimiento. —¿Y era ese un caballo fiable y estable al que estabas acostumbrada? —Otro asentimiento—. ¿Y eso sucedió en un pueblo donde había ayuda disponible?

—Sí. Fue alarmante cuando sucedió, pero pronto pude controlar a Brandy, mi yegua, lo suficiente para deslizarme de la silla. Mi mozo de cuadra me estaba atendiendo. —Sus ojos estaban fijos en su rostro, sus labios entreabiertos como si hubiera una pregunta allí que no podía articular del todo.

—¡Olvidaste el tiroteo! —El vizconde parecía listo para saltar de su silla de nuevo—.

Alguien tenía un arma de fuego y te estaba siguiendo. Pudieron poner una bala en el lugar exacto en el que estabas sentada, después de que te habías movido de allí. ¿Por qué no mientras te encontrabas sentada allí? ¿Por qué no cuando estabas fuera del carruaje a plena vista y eras un blanco fácil? Lady Northam, alguien sin duda la está persiguiendo, pero si están intentando matarla debe ser el asesino más inepto del mercado.

Guin cerró la boca, tragó saliva, lo intentó de nuevo. —¿Estás diciendo que no estoy en peligro? Se dio cuenta de que se estaba enfadando. “¿O tal vez crees que me lo estoy inventando?”.

Él se quedó allí sentado, tranquilo y controlado, exponiendo los hechos desapasionadamente. Hechos que la hacían parecer a ella y a Augustus pavos reales alarmados, con casi la misma inteligencia.

—No, no es eso lo que quiero decir. Podrías haber resultado herida en cualquiera de esos ataques y, sin duda, sufres ansiedad y estrés con razón, pero habrías tenido muy mala suerte si te hubieran matado en alguno de ellos.

—¿Por qué la calle Bow no me lo señaló? —preguntó Augustus. Parecía que no estaba seguro de si sentirse aliviado o indignado. Ella tampoco, en realidad. Ambas cosas, decidió.

—Usted es un miembro de la aristocracia, milord, un hombre de estatus e influencia. No van a discutir con usted cuando se presente ante ellos y les anuncie que su esposa corre peligro de muerte. Es posible que ni siquiera lo hayan pensado bien, simplemente hayan reaccionado.

—¿Y no se siente intimidado por mi título e influencia, señor Hunt?

—No, milord. —Sonrió fugazmente y, por alguna razón, el pulso de Guin se aceleró—. Mi último empleador fue un duque, si recuerda.

—Estás muy seguro de ti mismo para ser un hombre sin antecedentes, sin historia anterior a tus diecisiete años.

—Sí, lo estoy. Estás muy cerca de eso, Lord Northam. Puedo verlo como un extraño, sin emociones. Me llamaste, me pagaste bien por mis habilidades; es poco probable que te sea de mucha utilidad si me falta confianza o tengo miedo de ponerte las cosas en claro.

Era hora de intervenir antes de que su esposo, en su desconcierto y frustración, alejara a este hombre hasta el punto de que se volviera sobre sus talones y los dejara. Lo necesitaban. Ayer le había tenido miedo, un poco. Se había resentido por su dura competencia. Ahora...

—Augustus, querido. El señor Hunt está de nuestro lado —dijo Guin suavemente—. Está tratando de ayudarnos a ver el panorama completo y ha dejado una valiosa observación.

Se encontró sonriendo al maestro de espadas que le devolvió la mirada, serio, con los ojos ensombrecidos. ¿Se lo había imaginado o la severa línea de sus labios se había relajado un poco? Ella se obligó a dejar de mirarle la boca.

—¿Qué? Ah, sí, disculpas, Hunt. No debería haber dicho eso de tu historia. Qué mala educación.

¿De qué se trataba? Observó a Jared Hunt mientras emitía vagos y tranquilizadores ruidos. Era realmente muy bueno con Augustus, casi tan bueno como ella.

—Pero si quienquiera que sea no tiene intención de matarme, ¿qué puede estar intentando?

—Creo que necesitas reevaluar quién podría desearte el mal, milady. Has estado tratando de encontrar un motivo para el asesinato. Ahora debes pensar de nuevo en quién podría querer hacerte la vida miserable, asustarte, atormentarte. Esto está en un nivel de motivación muy diferente al de matar, aunque esa forma de acoso es profundamente dañino.

—Tú misma dijiste que el motivo puede ser irracional —objetó su marido.

—Es cierto, pero la ausencia de intención mortal debe significar que la obsesión, si es eso lo que es, es menos extrema, aunque el nivel de intención rencorosa puede ser en realidad más alto. Por supuesto, si estamos tratando con un lunático, alguien completamente irracional, entonces los argumentos sobre el motivo no sirven de nada. Ahora debo investigar cada incidente con más detalle. La hora, el lugar, quién estaba allí, qué sucedió exactamente.

—Debo ir a ver a mi modista dentro de una hora —dijo Guin mientras miraba el reloj—. ¿Me acompañará, señor Hunt? Puede preguntarme lo que necesite saber mientras viajamos.

—Estoy a su disposición, Lady Northam. —Lo dijo con tan pocos matices que, de alguna manera, las palabras parecían tener un doble sentido que él estaba ansioso por no enfatizar y que, al reprimirlo, solo enfatizó.

Guin cerró los ojos por un momento mientras se recomponía. Era una mujer casada y, aunque el suyo no era un matrimonio como los sueños de una niña, era un matrimonio. Un matrimonio bueno, honesto y amistoso. Y, lo que era más importante para ella, tenía una gran deuda con Augustus, una deuda que nunca podría pagar. Ella jamás lo deshonraría con un escarceo con otro hombre, e incluso el hecho de que ella misma se sintiera afectada por uno, como se dio cuenta de que le había pasado a Jared Hunt, le parecía peligrosamente como una traición.

—Mi doncella es de mi total confianza —añadió—. Vendrá con nosotros.

—Por supuesto, Lady Northam. El leve levantamiento de una ceja insinuó su sorpresa sobre el hecho de que ella considerara que valía la pena mencionar un detalle así. Por supuesto que esperaba que la acompañara.

Debió haber imaginado la calidez momentánea en su mirada, un significado secundario en lo que había dicho hacía un momento. Qué embarazoso si él hubiese sospechado lo que ella estaba pensando.

El misterioso cuadernillo reapareció cuando ocuparon sus lugares en el carruaje. Hoy, primero de abril, el clima era lo suficientemente bueno para el carruaje abierto, pero Augustus no quería saber nada de eso tan temprano en el año, así que iban en el carruaje cerrado, el panel de cuero marrón ligeramente más brillante en el medio de los asientos orientados hacia adelante era un recordatorio de aquella bala en el parque. El tapicero lo había reparado rápidamente, impulsado por el deseo de Augustus de que el agujero de bala no le recordara nada. Instintivamente, Guin se sentó a un lado mientras Faith, su doncella, se sentaba enfrente, de espaldas a los caballos.

—En el medio, si es tan amable, milady. Jared Hunt se sentó a su lado, sus anchos hombros ocupando suficiente espacio para que ella no tuviera más opción que sentarse contra esa mancha, del color de la sangre seca. —Si digo que se tumben, quiero que ambos se tumben en el suelo, a la vez. ¿Entienden?

—Perfectamente —dijo ella con aspereza, el recuerdo de ese cuerpo largo y duro inmovilizándola contra la alfombra de su sala de estar era demasiado vívido.

—Bien. Hablemos de la víbora en el cesto de costura. ¿Dónde estaba?

—En la terraza de Allerton Grange, en Yorkshire.

Él la miró fijamente, así que ella le explicó: —En los primeros dieciocho meses de nuestro matrimonio íbamos a Northam Hall, en Dorset, la principal propiedad rural de mi marido, cuando deseábamos alejarnos de Londres. Pero Augustus había adquirido Allerton hacía muy poco tiempo y había algunos asuntos que requerían su atención, así que nos mudamos allí durante unas semanas a mediados de marzo.

Se lo explicó con cuidado, queriendo darle todos los detalles. —Había sacado mi bordado al exterior porque el sol primaveral era tan hermoso, aunque hacía un poco de frío. Deseaba añadir pequeños detalles al diseño y eso necesitaba buena luz, pero me interrumpieron unas visitas inesperadas. Dejé el cesto con mi trabajo donde me encontraba, sobre una mesa en la terraza. Cuando volví y levanté el bastidor de bordado de la parte superior, la víbora estaba enrollada en el interior.

—¿Y no estaba allí antes?

—Definitivamente no. Ya antes había hurgado hasta el fondo en busca de mi dedal, no podía haberla pasado por alto. —Hizo una pausa, pensando en la sorpresa de ver la serpiente enroscada allí como una cuerda con joyas sobre las sedas—. Era bastante grande.

—¿Podría haberse arrastrado cuando usted no estaba? Aunque en marzo recién habría salido de la hibernación y estaría algo perezosa, creo —añadió—. Tengo más experiencia recientemente con cobras en la India que con serpientes de la campiña inglesa.

—La cesta estaba encima de una mesa con pedestal, señor —intervino Faith mientras Guin digería el hecho de que el señor Hunt había estado en la India—. Mi señora había puesto su bastidor de bordado encima, y es bastante grande. No puedo entender cómo la serpiente pudo haber entrado arrastrándose sola.

—Entonces, ¿quién podría haberse acercado a la terraza sin ser observado, Lady Northam?

—Casi cualquier persona —admitió Guin—. Estaba atendiendo a nuestros visitantes en el salón del otro lado de la casa. Habría un riesgo de ser visto por los sirvientes, por supuesto, pero cualquiera pudo cruzar el césped desde los arbustos.

“O salir de la casa”.

“¿Alguno de nosotros, quiere decir, señor? ¿Alguien del personal?” Faith le lanzó una mirada de disculpa a Guin. “Lamento interrumpir, milady. Pero he estado pensando mucho en eso. ¿Quién tendría una serpiente escondida, llevándola consigo, solo por la remota posibilidad de que se encontraran con su caja de costura afuera y sin vigilancia?”

“Imagino que querían llevársela adentro y ponerla en su cama, o en un cajón del escritorio”, dijo Jared Hunt. “No pudieron haber adivinado o predicho que llevaría su bordado a la terraza cuando lo hizo. La canasta de costura desatendida fue simplemente fortuita. No nos ayuda a identificar a nadie. Supongo que no tiene muchachos jóvenes con serpientes de mascota por el lugar que podrían haber confundido las especies. Yo tenía culebras de hierba cuando era niño”.

“Ningún niño pequeño”. Le vino a la mente la imagen de un niño delgado, de ojos oscuros y dedos largos y sensibles, que sostenía una masa de serpientes que se retorció. Seguramente ese hombre nunca había sido un niño pequeño. —Y esto tampoco nos ayuda a descartar a nadie. Si tuviéramos una lista de la que eliminar a personas, claro está —añadió con un suspiro.

—La barandilla de la escalera cortada significa que alguien debió haber entrado al menos una vez antes. Jared Hunt estaba frunciendo el ceño de nuevo sobre su cuaderno.

—Mi marido hizo alfombrar las escaleras al mismo tiempo que se realizaban los trabajos en la habitación de la torreta —dijo Guin—. Estuvimos fuera toda esa semana en York; cualquiera pudo haber entrado junto con los trabajadores y carpinteros.

—Hemos llegado, milady. Faith estaba recogiendo sus cosas cuando el carruaje se detuvo en la pequeña calle lateral de Piccadilly.

Guin se puso de pie cuando el criado abrió la puerta del carruaje y bajó el escalón, sólo para descubrir que el señor Hunt la había seguido hasta la acera. —No hay necesidad de que entre conmigo.

—Yo creo que sí. —Ya estaba en la puerta y dentro de la tienda antes de que ella pudiera responder, dejando al criado para que la escoltara a ella y a Faith a través de la acera. Ella sinceramente esperaba que no tuviese también la intención de seguirla hasta el probador.

Y cuando estuvieron dentro, él ya estaba hablando con la asistente principal de Madame Fontenay —coqueteando con ella, pensó Guin indignada— y ella lo acompañó hasta la parte de atrás, ignorando por completo a Guin.

Salieron después de un momento con Madame en persona. Ella se abalanzó sobre Guin, toda cintas métricas revoloteando y una sonrisa radiante. —Milady. Los vestidos la están esperando en el probador. ¿Puedo ofrecerle algo para beber?

La modista la condujo hacia la puerta familiar, pero no antes de que Guin escuchara a la asistente. —¡Ooh, Monsieur! ¿Esa espada es real? ¡Es tan grande!

Guin logró no poner los ojos en blanco. No podía imaginarse por qué el señor Hunt tenía que ir armado con su estoque (que no era, a pesar de lo que pudiera pensar la dependienta, una espada grande) para visitar una tienda de ropa. Seguramente una pistola sería más útil. Tal vez llevaba una de esas escondidas en su cuerpo. Sin duda tenía un cuchillo, recordó.

“¿Milady? Aquí está el vestido de paseo. Creo que su elección de sarga beige fue la más acertada. ¿Puedo sugerirle este galón azul con zigzag? ¿Y estos botones de cuerno?”.

Guin apartó su mente firmemente del peligro personal y de su nuevo guardaespaldas y se concentró en los detalles del ribete y el dobladillo.

Capítulo Cinco – Donde Guin Descubre los Peligros del Chismorreo

Jared había visitado muchos establecimientos regentados por mujeres en su época, pero ninguno de ellos había sido una tienda de vestidos respetable. Aquello era como estar dentro de un exquisito estuche de bombones y se encontró sentado muy apacible en una ridícula silla dorada esperando que algo se rompiera y lo dejara caer al suelo en cualquier momento.

La puerta trasera se encontraba cerrada con llave y equipada con una campanilla que sonaba cada vez que se abría, así que nadie ingresaría por detrás sin que él lo escuchara. La habitación llena de costureras lucía exactamente como él imaginaba que debía lucir y la joven que coqueteaba con él no muy discretamente no mostró alarma ni curiosidad al ser informada de que el vizconde prefería que su esposa fuese escoltada a todas partes.

“No es de extrañar, su señoría es tan hermosa. Apuesto a que tienes que mantener a raya a los jóvenes con esa espada para evitar que se conviertan en una molestia”.

Ella siguió parloteando, Jared respondió, cada vez más cansado del juego, la mayor parte de su concentración en el rompecabezas del enemigo de Lady Northam.

Cualquiera con inteligencia, valor y dinero para contratar a criminales competentes podría haber planificado los ataques. No había ninguna pista sobre el sexo ni la edad del antagonista. Y el motivo parecía igualmente oculto.

Si las hijas del vizconde anhelaban el título para sus hijos, entonces tendrían que eliminar no sólo a Lady Northam, sino también al hermano y sobrino de su señoría y a sus primos lejanos, por no hablar de su propio padre, si estaban impacientes. Seguramente podrían ignorar al sobrino, al menos por el momento, porque estaría seguro de saber que tarde o temprano heredaría.

A menos que el hermano y el sobrino temiesen que la joven esposa le diera un heredero a Augustus...

Por alguna razón, Jared había asumido que ese era un matrimonio sólo de forma, a pesar de sus preguntas rutinarias anteriores. No era nada nuevo que un hombre mayor escogiese una bonita esposa trofeo para que lo cuidase en su vejez y que una joven en dificultades asumiera el rol de la favorita del anciano a cambio de estatus, lujo y seguridad.

Sin embargo, el vizconde era un hombre vivaz y aparentemente vigoroso. Si todavía estaba activo en el dormitorio, o los herederos pensaban que lo estaba (y podía bastar una mirada significativa o un comentario burlón para convencerlos de ello), entonces tenían motivos genuinos para preocuparse. Y si alguien sentía que una herencia que había crecido creyendo era suya, o de su heredero, estaba amenazada, entonces deshacerse de la joven esposa podría parecer una solución.

O podría ser que Lady Northam no supiera que había un enemigo en otra parte, o hubiese juzgado erróneamente una amenaza. O estuviese guardando algo en secreto. O, o, o...

Las posibilidades se arremolinaban en su cabeza, cada una tan probable e improbable como la anterior. Eso no lo llevaba a ninguna parte y todavía no estaba seguro de si se trataba de una campaña de acoso o un verdadero intento de asesinato ideado por alguien con una mente retorcida y un enfoque descontrolado de los métodos.

Si Lady Northam iba a salir esa noche a un evento social, entonces tendría que acompañarla,

comenzar a establecerse en la escena londinense y descubrir lo que se decía sobre la vizcondesa de Northam. Tomó nota de acercarse a Cal para que le hiciera algunas presentaciones. A su amigo no le importaría y un duque que respondiera por él haría maravillas por la rapidez con la que podría abrirse camino en la alta sociedad.

El otro extremo de la escala era menos fácil. Estuvo fuera de Londres demasiado tiempo como para conocer el submundo, aunque nunca había estado familiarizado con él antes de asumir su puesto como maestro de espadas y compañero de Cal. Jared había sido demasiado joven, su propio maestro de espadas demasiado estricto con su aprendiz, como para haberse mezclado con las clases criminales.

Por otro lado, tenía mucha experiencia en los bajos fondos de otras ciudades del mundo. Era hora de sacarle provecho. Jared tomó otra nota cuando sonó el timbre de la puerta de la tienda y su coqueta anfitriona se apresuró a atender a las recién llegadas.

Jared se levantó, la pequeña silla crujió de alivio, cuando ingresó una marejada de mujeres. Solo eran cuatro, pero lograron llenar la tienda hasta rebosar de feminidad.

Se acercó a un rincón, con la mano en la empuñadura de su espada para empujarla hacia abajo en paralelo a su pierna y fuera de la vista. No era exactamente lo que los clientes esperarían encontrar en aquel templo de la elegancia femenina, pero no había ningún lugar al que retirarse sin perder su línea de visión hacia la puerta del probador.

Rápidamente se hizo evidente que, lejos de ser una intrusión no deseada, proporcionaba un atractivo adicional. Como no le habían presentado a ninguna de las damas, no pudo hacer más que inclinarse levemente cuando le llamaron la atención, pero eso fue suficiente para provocar rubores y risas en las dos jóvenes y una evaluación prolongada y reflexiva de las dos mujeres mayores.

Jared agradeció la reaparición de Lady Northam con un silencioso suspiro de alivio. Lucharía contra cuatro atacantes por ella sin dudarlo ni un instante, pero se sintió enormemente aliviado de que ella lo rescatara de tantas damas inofensivas.

Su prueba no pareció haberla relajado, y mostraba un leve ceño fruncido cuando salió de los probadores, pero saludó a las demás clientes con una sonrisa agradable que se volvió fija cuando vio las miradas fugaces de ella misma a Jared y viceversa.

Se percató que pensaban que él era su acompañante, y estaban leyendo mucho más en eso de lo que ninguno de los dos hubiese querido.

Se adelantó cuando sus saludos educados vacilaron, abrió la puerta y siguió a Lady Northam y su doncella afuera sin reconocer a las otras mujeres. Cuando se sentó frente a ella, sintió que tenía las mejillas sonrojadas y la barbilla levantada.

"Espero que no sea sensible a los chismes, señor Hunt".

Él había pensado solucionar el problema ignorando el encuentro. Ella, al parecer, prefería tomar el toro por los cuernos. —¿Seguro que una dama escoltada a plena luz del día cuando se encuentra acompañada de su doncella no es algo digno de mencionar?

Lady Northam se retorció en el asiento, el susurro de sus faldas rozando sus rodillas, el sutil toque de su perfume lo alcanzó con más fuerza. Jared colocó el sombrero firmemente sobre el regazo y le devolvió la mirada exasperada con una mirada anodina.

—Señor Hunt, no sé si alguna vez pasa mucho tiempo mirándose en el espejo, pero debe saber que tiene una figura llamativa: todo de negro, un estoque en la cadera, su cabello no al estilo común. Supongo que su estilo es una cuestión de elección deliberada.

—Me gano la vida enseñando a otros hombres a pelear con precisión mortal y elegante y cuando escolto a alguien, como lo hago ahora, espero intimidar a cualquiera que pueda pensar en

insultar a mi cliente. Si voy a vender mis servicios, debo tener la apariencia adecuada y, si quiero disuadir a los atacantes, no lo haré con la apariencia de un hombre ocioso en la ciudad.

“Sospecho que Lady Mitcham, la señora Rushworth y sus hijas no vieron a un tutor de esgrima o un guardaespaldas allí. Sospecho que vieron a un hombre atractivo escoltando a una dama que está casada con un hombre lo suficientemente mayor como para ser su abuelo”, dijo tristemente Lady Northam.

Faith dejó escapar un sonido de sorpresa que pudo haber sido una risa, luego se mordió el labio y se estudió las manos entrelazadas.

Jared digirió lo atractivo. La duquesa de Calderbrook, por mucho que le gustara ahora, lo describió como siniestro y de aspecto peligroso. Otras mujeres lo trataban con cautela, en la cama y fuera de ella, aparentemente completamente preparadas para aceptar la imagen exterior como un retrato del hombre interior.

Lady Northam parecía ver a través de la ropa, el cabello y el estoque como un disfraz parte de una mascarada. También parecía encontrarlo atractivo. La ceja derecha de Jared, una de las señales que normalmente mantenía rigurosamente bajo control, se le escapó y se arqueó.

Lady Northam se sonrojó. —Quise decir...

—¿Cuánta gente tiene la mente sucia y le gusta el chisme? —increpó.

—Exactamente —convino ella con una sonrisa triste—. Y mi marido y yo asistiremos al baile de Lady Fulborne esta noche y sé que Augustus se sentiría más feliz de que nos acompañe.

—Eso apaciguará los chismes o empeorará las cosas, dependiendo de lo sucias que sean esas mismas mentes. Esta empresa estaba desarrollando ángulos de lo más imprevistos.

—No lo entiendo, señor Hunt. ¿Por qué debería empeorar las cosas?

Jared Hunt miró por la ventana. Guin siguió su mirada y vio que casi alcanzaban la curva hacia la calle Clarges, frente a la puerta del embalse que daba a Green Park.

—¿Caminarías un poco, Lady Northam? Me gustaría hablar. Tiró de la cuerda de control mientras ella asentía y el carruaje se detuvo en medio de los gritos de protesta habituales de los vehículos que lo seguían y que, luego de un momento de confusión, comenzaron a avanzar nuevamente a su alrededor.

"Pero ya casi estamos en casa", dijo.

Aun así, cuando la ayudó a descender, ella no protestó más, ni cuando le hizo señas para que se acercara al carruaje con la seguridad de que la llevaría a casa en cuanto hubiera tomado un poco de aire. Guin tampoco lo contradijo cuando le dijo a Faith que caminara un poco detrás de ellos, ya que tenía asuntos confidenciales que discutir.

"¿Qué tienes que decirme que no pueda decirse en mi propia casa?", preguntó mientras paseaban por el borde norte del embalse hacia el desierto, evitando a los niños pequeños alborotados al cuidado de sus niñeras que se esforzaban por evitar que cayeran al agua mientras arrojaban mendrugos a los patos.

—Supongo que ha de ser muy importante para usted ordenarme tan intempestivamente que abandonara mi propio carruaje.

—Espero no haberle ordenado precisamente y le agradezco que haya respondido sin protestar. Pensé que esto podría resultar embarazoso delante de su doncella y más aún en su casa, donde su marido o los sirvientes podrían escuchar.

—¿De qué demonios está hablando, señor Hunt? Ella se detuvo en seco, lo miró a la cara y luego, con un pequeño movimiento de cabeza, siguió avanzando.

—Se me ocurre, como no se me ocurrió cuando acepté esta tarea sin conocerlo en absoluto, que los malhumorados podrían sacar una desafortunada conclusión de mi aparente... cercanía con

usted. Mi constante presencia. Ese encuentro de hace un momento en la tienda de ropa es un leve ejemplo de ello.

—Seguramente no cuando se ve a mi marido escoltarme a eventos sociales en su compañía.

Permaneció en silencio, como sopesando cómo expresar algo. —Lord Northam no sería el primer marido mayor que toma medidas extremas para asegurarse de que su joven esposa le dé un heredero.

—¿Qué? ¿Qué? —Guin soltó la mano de su brazo y se detuvo en seco en medio del camino—. ¿Estás diciendo que mi marido te está empleando para fines de reproducción? —Elevando peligrosamente su voz y se llevó la mano a los labios antes de gritar algo aún más condenatorio para el consumo público.

—No. —Jared Hunt también parecía estar haciendo un esfuerzo por mantener la voz baja—. Por supuesto que no. Estoy diciendo que algunas personas podrían asumir que ese es el caso, especialmente si se nos ven demasiado juntos obviamente o en compañía de tu marido.

—Eso es repugnante. Ella estaba temblando, se dio cuenta. Temblando y probablemente con la cara muy pálida. Ciertamente se sentía como si la sangre se le hubiera drenado hasta los dedos de los pies.

—Así es el mundo —dijo encogiéndose de hombros. —Creo que sería mejor si tuviera una lista de sus compromisos sociales y me dirigiera allí por mi cuenta para no lucir tan obviamente relacionada con ustedes dos.

—Yo... Sí, ese parece ser el mejor camino a seguir.

Cuando él le ofreció el brazo de nuevo, ella lo tomó, pero requirió un esfuerzo de voluntad tocarlo públicamente, incluso de una manera tan aceptable. —Confío en su juicio y no tengo ningún deseo de comprometerlo.

—Comprometerme es lo de menos, Lady Northam. Es la reputación de una dama la que debe protegerse.

—Oh, eso es tan estúpido. Llámeme Guinevere, por favor. Ay, el hombre conocía su historia, su estado reproductivo, los libros que leía y su gusto por las trenzas decorativas. ¿Qué más se necesitaba para que se llevaran bien por su nombre de pila?

—No creo que...

—¡No está obligado a pensar, señor Hunt! Oh, lo siento mucho. Qué cosa tan horrible y maliciosa para decir. Nunca pensé que esto sería tan difícil. Necesito un amigo.

—Sufrir el tipo de ataques a los que te has visto sometida sacudiría los nervios de cualquiera.

—No me refiero a eso. —Bajó la voz hasta convertirse en un susurro y Guin levantó la barbilla y se obligó a hablar con claridad—. Me refiero a mi matrimonio.

—¿Deberías decirme esas cosas?

—No hay nadie más con quien pueda hablar —dijo y escuchó la desolación en su propia voz. Sí, necesito desesperadamente una amiga.

—Pensé que podía ofrecer algo a cambio de que Augustus me rescatara de la difícil situación en la que me encontraba. Pensé que podría ser una esposa atenta, una compañera en su vejez. No me había dado cuenta de que todavía era tan activo: asistimos constantemente a fiestas y bailes, conferencias y paseos. Estoy a la vista del público mucho más de lo que esperaba o de lo que estoy acostumbrada. Y, por supuesto, todo el mundo supone que me he casado con él por su dinero o por el título.

—¿Por qué te casaste con Lord Northam? —preguntó Jared Hunt, sin rodeos.

—Por seguridad —admitió—. Estaba desesperada. La cuestión era casarme o venderme, francamente. Si no me arrestaban primero por asesinar a mi marido, claro. No tenía amigos, ni

referencias que me hubiesen asegurado un puesto como dama de compañía o institutriz. Estaba enferma de preocupación, no tenía dinero, ni tiempo para intentar establecerme en algún lugar. Augustus era como un ángel bueno, que llegó justo a tiempo para salvarme.

“Pero ahora soy dueña de una finca, lo cual no es tan difícil, y viviendo en una casa de Londres. Y eso es duro. He sido bien educada, pero no para navegar por la sociedad londinense, para soportar los chismes, las camarillas y las rivalidades. La gente me reconoce porque les gusta Augustus. Es muy respetado, así que no son crueles porque eso le dañaría. Pero simplemente no me aceptan, al menos no como amiga. No tengo ninguna, ya ves”, terminó con tristeza. “Nadie que me llame por mi nombre, ya no”.

“Tu marido...”

“Me llama Guinnie como un apodo cariñoso. “Lo dice con cariño, pero yo me siento como si no fuese más que una mascota. Me estoy perdiendo a mí misma y lo odio”.

—Guinevere. —La repentina calidez en la mirada que le dirigió habría curado la congelación —. Tu cariñoso marido te está sofocando, no se da cuenta de que estás siendo picoteada lentamente hasta la muerte por los desaires y los susurros del mundo en el que te exhibe con tanto orgullo, y tú no se lo dices porque eso lo heriría. Eres una excelente esposa, Guinevere. Pero ese nombre es solo para cuando estamos solos.

Y yo quiero estar a solas contigo demasiado.

—Señor Hunt...

—Jared.

Permaneció en silencio, simplemente enroscando su mano con más comodidad en el hueco de su codo. Después de unos minutos, después de que rodearan el extremo del depósito y caminaran hacia el centro del parque, dijo tentativamente: —¿Crees que podrás obtener invitaciones para todos los eventos a los que asistiremos?

—Sí. Hay ventajas en contar con un Duque como amigo íntimo. Lo que Calderbrook quiere, lo consigue. Unas pocas invitaciones en mi nombre no son nada.

Otro silencio. Ella se preguntó si hería su orgullo tener que pedirle a su amigo tal ayuda. —Augustus dice que no hay registros de ti antes de los diecisiete años, Jared. ¿No tienes familia?

—Tengo parientes —admitió—. No los llamaría familia ahora. Hubo una ruptura, irrevocable. No eres la única persona que se encontró sin salida.

—¿Qué... qué hiciste que fue tan terrible? Ella inclinó la cabeza hacia un lado, descubriendo que era lo suficientemente alta como para no tener que levantar la vista demasiado para estudiar su rostro. —¿Puedes decírmelo?

Jared reprimió la negativa instintiva, buscó una manera de explicar. —No hice nada, excepto negar mentiras y negarme a perdonar esas mentiras.

Era un hombre adulto ahora y el dolor y la traición habían cambiado, se habían convertido en una ira fría y dura que no se había suavizado al comprender los motivos de su hermano, los temores de la chica que había soñado que podría amarlo, el prejuicio inmediato de su padre.

Podía perdonar la cobardía, el pánico momentáneo era comprensible, pero tampoco la traición planeada.

—A los diecisiete años, ¿no? Tan joven. ¿Y luego te hiciste una nueva vida de la nada?

—Contaba con un estoque, una sólida formación en esgrima, unas cuantas monedas en el bolsillo y mucha suerte.

Nunca después de eso ignoré el poder de la buena fortuna. Es cierto que había que esforzarse, o la Dama te daría la espalda con desprecio cuando más la necesitabas, pero cuando todo parecía desesperado, la creencia de que tal vez estaba de tu lado esta vez te daba las agallas para seguir

luchando.

—Me encontré con uno de los mejores espadachines de Europa y él vio algo. Yo era un joven hosco y difícil en ese momento.

Esbozó una pequeña sonrisa, como si todavía lo considerara difícil.

Descubriremos quién está detrás de esto, ¿no es así, Jared?

—Por supuesto. Un grupo de damas bien vestidas se acercaba a ellos y él se dio la vuelta con indiferencia, antes de que estuvieran a una distancia que les permitiera conversar, y tomó otro camino que se curvaba hacia la puerta por la que habían ingresado.

“Simplemente tienes que mantener la calma y lo encontraremos”.

A menos que se tratara de alguien completamente trastornado que había fijado sus miras en Guinevere, que estaba obsesionado con ella. Ocurrió y entonces realmente necesitarían suerte y, tal vez, atrapar al hombre en el acto, lo que sería desagradable para Guinevere y posiblemente peligroso.

“Supongo que será un hombre”, reflexionó mientras caminaban de regreso por el sendero, más cerca ahora del sonido del tráfico en Piccadilly. “Es particularmente desconcertante no poder imaginar siquiera la forma de mi enemigo, un atisbo de su rostro”.

—A un hombre se le facilitaría el acceso a los elementos criminales, hombres que podrían entrar en una casa sin ser vistos, trepar a un tejado, ni inmutarse al arrojar fuegos artificiales a través de las chimeneas —convino.

Y era mucho más probable que un hombre estuviese detrás de todo si una fijación completamente irracional era el motivo. Pero no dijo eso. Guinevere probablemente lo encontraría aún más aterrador que un atacante cuerdo.

Sintió un pequeño escalofrío recorriéndola de nuevo contra su costado y caminó más rápido. —Te llevaré a casa e iré en busca de mi invitación para esta noche.

Y suplicar la ayuda de Michael Flynn, el criado de cámara de Cal y su compañero de viajes y aventuras, para que lo vistiera con un aspecto respetable. Más bien pensó que su ropa de noche todavía se encontraba atascada en el fondo de un baúl empacado a toda prisa.

Capítulo Seis – Donde Jared Consigue un Criado de Cámara

Jared acompañó a Guin hasta la puerta de entrada, una vez más impecablemente formal. —Hasta esta noche, Lady Northam. —Sonrió un poco mientras subía las escaleras con Faith. El hombre estaba tan apaciblemente tranquilo y confiado, y tener a alguien que la llamara por su nombre de nuevo, después de todo ese tiempo, era ridículamente placentero. Se lo reservó para sí misma, un pequeño secreto inofensivo.

Twite descendió mientras subían. —Milady. Su señoría me pidió que le informara que vendrá a almorzar y espera que pueda acompañarlo. Un reloj sonó en el pasillo. —¿Se servirá en media hora si le conviene?

—Gracias, Twite. Eso será perfecto.

—El señor Theo Quenten llamó y se encuentra reunido con su señoría.

—¿Se quedará a almorzar, lo sabes, Twite?

Tenía debilidad por el sobrino canalla de Augustus, que tenía una edad muy cercana a la suya, aunque no se ilusionaba sobre sus defectos. Era un joven encantador, bien parecido, por cuyos dedos fluía el dinero con facilidad y que parecía incapaz de establecerse en una ocupación útil. Su padre, anciano y enfermo, no podía controlarlo y sólo Augustus intentaba ejercer alguna influencia sobre su comportamiento.

—No estoy segura, milady. La discusión parece estar algo... acalorada.

—Oh. ¿Dinero otra vez?

—Posiblemente, milady. Twite hizo lo que, en un mayordomo de menor categoría, pudo haber sido un encogimiento de hombros. —Y el envío vino de Parmentier. Ha sido colocado en su sala de estar.

La elegante caja de dulces rezumaba costosas exquisiteces desde el centro de la mesa. —Me pregunto qué tentación habrán seleccionado para mí en esta ocasión. Guin le entregó a Faith su sombrero y sus guantes y fue a desatar el lazo de cinta.

—Lord Northam es realmente muy bueno al consentirme con cosas dulces, pero voy a estar tan redonda como una naranja si no tengo moderación. Debes ayudarme y comer al menos la mitad de ellos.

Levantó la tapa. —Cremas de violetas y fondant de frutas y... Oh, no, mira, Faith, han puesto media docena de bolas de mazapán. Bueno, no tendré problemas para resistirme a ellas al menos. Se introdujo un fondant en la boca. —Delicioso. Toma uno, Faith. Puedes comerte todo el mazapán para empezar, con mi bendición.

—Gracias, milady, pero tampoco los soporto, son tan empalagosos que me hacen rechinar los dientes.

—Entonces, toma uno de los otros... y no se lo digas a Lord Northam. Adora cualquier cosa que tenga almendras y sabes que su médico le dijo que no se permitiera el placer de comer cosas dulces. No confiaría en que no se los robara todos.

Era extraordinario lo reconfortante que era un bombón. Una vez que Faith seleccionó un gajo de naranja cristalizado, Guin volvió a poner la tapa firmemente sobre la caja y fue a lavarse las manos y a arreglarse el cabello antes del almuerzo. —Debes esconder esa caja, Faith.

—Sí, milady. ¿A qué hora quieres bañarte esta tarde? Pensé que a las cuatro, así tendrás

tiempo de sobra para secarte el cabello y descansar un poco antes de vestirme para el baile.

—Eso sería perfecto, gracias.

Guin bajó al comedor pensando en el baile, en la advertencia de Jared sobre lo que podrían decir los chismes que se arrastrarían para destruir su paz momentánea. Cuán malvadas han ser las mentes de las personas para imaginar esas cosas.

Sí, se había casado con un hombre mucho mayor por seguridad y sí, Augustus no ocultaba que disfrutaba exhibiendo a una esposa joven y hermosa y apreciaba tener una vida doméstica y compañía una vez más. Pero esa primera noche había dejado muy claro que no la molestaría en la cama. Había quedado claro que la edad había atenuado considerablemente los deseos de su marido y que no guardaba ningún deseo de intentar consumir el matrimonio.

Guin había estado preparada para ser esposa en todos los sentidos, eso era justo. Pero se había alegrado de no ir a su lecho matrimonial siendo virgen y más allá del puro alivio de ser amada y cuidada, y de poder devolver ese cuidado con afecto y lealtad, descubrió que no tenía deseos incómodos de algo más, de algo físico. Después de su breve primer matrimonio, un marido mayor y poco exigente era una bendición, se dijo a sí misma.

A medida que recuperaba la confianza y el ánimo, comenzó a crecer la persistente conciencia de que deseaba algo más, que era una mujer joven y saludable y que no tenía una inclinación natural al celibato.

El contacto cercano con un hombre tan viril y atractivo como Jared Hunt no hizo nada para calmar esos sentimientos, pero tampoco se sintió tentada a hacer nada indiscreto. Augustus la había rescatado de una mala situación, ella había hecho sus votos matrimoniales con la intención de cumplirlos y le debía su lealtad absoluta. A él le encantaba verla vestida elegante y luciendo las joyas que él le había prodigado, bendito sea, y ella tenía toda la intención de enorgullecerlo esa noche y distraerlos de la potencial amenaza de su atacante desconocido.

—Jared, qué bueno verte. —Su Señoría, la duquesa de Calderbrook, se levantó del sofá que estaba en un rincón del dormitorio de su marido mientras Jared llamaba a la puerta y entraba.

Se dejó besar en la mejilla y le inspeccionaron: —¿Te estás alimentando adecuadamente? —y se preguntó por la transformación que el tiempo había producido en la actitud de Sophie hacia él.

Al principio, lo había considerado siniestro y desagradable y no se había molestado demasiado en disimularlo, pero luchar por la vida de su marido juntos la noche en que lo habían envenenado había marcado un punto de inflexión y ahora trataba a Jared como a un hermano.

—Esperaba conversar con Cal. —Se sentó a su lado en el sofá.

—Él y Flynn están debatiendo sobre un chaleco —dijo con una mueca y un movimiento de cabeza hacia la puerta del vestidor. Se encontraba entreabierta y se escuchaban los suaves tonos irlandeses del criado de cámara de Michael Flynn, el duque, que se alzaban en un lamento quejumbroso.

—...más de lo que mi orgullo profesional me permite.

El murmullo más profundo de Cal fue menos audible hasta que la puerta se abrió y salió. —Me gusta y eso es todo. Además, era costoso. Michael lo siguió sosteniendo un chaleco de seda en tonos morado oscuro y ciruela entre el pulgar y el índice. —El costo no importa. Puede que sea costoso, pero parece que eres un obispo camino de una orgía —protestó—. Hunt, mira, dile a Cal que eso es inútil. Casi siete años de hacer negocios juntos por todo el mundo, a menudo cuidándose las espaldas, habían desarrollado una cercanía entre los tres que ignoraba el rango.

—A mí me parece que está perfectamente bien —dijo Jared—. Es morado, ¿qué tiene de malo?

—Nunca vistes nada que no sea negro —dijo Flynn con amargura. —¿Qué sabes tú?

—No hay necesidad de saltarme a la garganta —dijo Jared suavemente—. Me inclino ante tu gusto exquisito, pero no me pidas que traicione a Cal esta noche. He venido a pedirle un favor. —Tengo una para ti también, ya que estamos. —Tocaré para pedir el té —dijo Sophie, inclinándose para tirar de la campanilla—. Presiento una historia.

Jared confiaba tanto en esas tres personas como en sí mismo y también respetaba su inteligencia. Cuando se acomodaron con las tazas de té y las tartaletas de mermelada, dijo: —Primero necesito el plato principal para el baile de Lady Fulborne de esta noche. ¿Supongo que asistirás?

—Sí, asistirás. Y llevo ese chaleco —dijo Cal, ignorando el resoplido de su ayuda de cámara—. ¿Quieres ir solo, con alguien más o con nosotros?

—Contigo, si no te importa.

—No hay problema. Le enviaré una nota a Amanda Fulborne —dijo Sophie—. Le diré que tenemos un invitado inesperado y ¿puedo llevarlo? No le importará, es la criatura más tranquila y otro caballero siempre es bienvenido.

Se levantó, hizo un gesto a los hombres para que volvieran a sus asientos y se sentó en el escritorio de Cal en la esquina para escribir. —¿Qué hay después de lo primero?

—Esto. —Jared le arrojó a Flynn la maleta en la que había metido su arrugado traje de noche—. ¿Puedes rescatarla para esta noche?

—Por supuesto. —Flynn la volcó sobre la cama y chasqueó la lengua ante el montón de tela negra arrugada—. Me encantan los desafíos. ¿Cuándo vas a conseguir un criado?

—Pronto. Supongo que necesito un caballero entre los caballeros. Alguien que se ocupe del apartamento y de mi ropa, que prepare las comidas y supervise la limpieza. Ir a la agencia es una de mis prioridades.

—¿Hay algo más en la lista de cosas que necesitas de nosotros? —preguntó Cal. —Por cierto, no vas a tener a Flynn.

El criado de cámara sonrió y pestañeó burlonamente hacia Jared, quien, acostumbrado a él, ignoró las bromas.

—No lo quiero, muchas gracias. Pero necesito que estés atento a cualquier cosa que puedas escuchar sobre Lady Northam.

—¿La joven esposa del viejo vizconde? Una primavera y una invierno que combinan con esa. ¿Cuál es el problema? ¿Tiene miedo de que se esté portando mal con algún joven semental viril?

—Tiene miedo de que alguien esté tratando de matarla —dijo Jared.

—Ah. Entonces no es tan divertido. ¿Cómo te has involucrado?

—Lord Northam me ha contratado para averiguar quién está detrás de eso. Eso es estrictamente entre nosotros, por supuesto. Los otros asintieron.

Sophie levantó una mano. —Espera un momento mientras envíe esto. ¿Tocas el timbre, Jared? Un lacayo llegó y fue enviado con el mensaje y Sophie regresó para arrellanarse en el sofá. —Cuéntalo todo.

Jared describió los incidentes y ataques y la aparente falta de motivo. —¿Algo te llama la atención?

—Ese es un asesino muy peculiar —observó Cal.

—Y uno con una debilidad por la novedad sobre la eficiencia —añadió Sophie.

“Están tratando de asustar y confundir, no de matar”, dijo Flynn.

—Exactamente lo que concluí. ¿Por qué entonces? Estoy seguro de que Lady Northam no tiene ni la menor idea de por qué alguien estará haciendo eso, así que no pueden creer que la están castigando por algo y que ella sabrá qué es.

—Podrían ser completamente irracionales y no importarles si ella se percata o no —dijo Sophie—. Pueden odiarla y buscar atormentarla por una razón que consideraríamos insignificante. —Se giró para fruncirle el ceño—. Eso hará que tu tarea sea mucho más complicada.

Jared asintió. —Y lo que lo complica aún más es que Lord Northam desea que acompañe a su esposa cuando salga de su casa.

—¿Por qué sería eso un problema? Estoy seguro de que se siente mucho mejor sabiendo que la estás protegiendo.

Flynn se aclaró la garganta. —Eh, como dijo Cal... jóvenes sementales viriles...

Sophie resopló sin elegancia. —¡Tonterías! Oh, lo siento, Jared. Quiero decir, no es que no seas un... eh... estoy seguro de que eres perfectamente... Oh, no, ya sabes a qué me refiero. Pero el propio Lord Northam te está empleando.

—No importa lo que piense Lord Northam. Importa lo que puedan concluir los chismosos más salaces, querida Sophie —dijo Cal.

—Sobre todo si queda embarazada —añadió Flynn—. ¿Ella y su marido...?

—No estoy seguro. No puedo preguntar, pero sospecho que no.

Sophie captó la idea de inmediato. —Eso es vergonzoso. Me refiero a las mentes malvadas de la gente. No a si ella y su marido comparten la cama.

—Es ciertamente desagradable. Por eso quiero estar en el baile esta noche para poder proteger a Lady Northam sin que parezca que asisto en compañía de ella y su marido —dijo Jared.

—Todos tienen unas mentes desagradablemente torcidas —dijo Sophie con severidad—. Pobre mujer. ¿Es capaz de confiar en sus amigos o debe sospechar de todo el mundo?

—No tiene amigos. No es una aristócrata, sus orígenes, al menos en lo que respecta a la alta sociedad, son oscuros, y ha conseguido un marido rico y con título mucho mayor que ella. Me dice que nadie es activamente hostil, simplemente distante.

“No seré distante”, declaró Sophie. “La haré mi amiga y donde la duquesa de Calderbrook guíe a otros querrán seguirla”.

Ella levantó la barbilla y luego se rió cuando captó la mirada de su marido. “Todavía no puedo creer que soy una duquesa, así que será mejor que practique”.

Por la expresión del rostro de Cal mientras contemplaba a su esposa, con su famoso cabello dorado de guinea alborotado y sus ojos azules bailando, Jared supuso que quería pasar algún tiempo asegurándose de que ella estuviese completamente convencida de que era una duquesa, y de quién era duquesa.

Sintió un repentino y desagradable atisbo de celos por lo que tenían y se puso de pie. —Debo irme, pero volveré aquí si me lo permite esta noche para ver si Flynn ha obrado milagros con mi ropa y me he cambiado antes del baile.

—Ven a cenar —dijo Cal.

—Y pide prestado un chaleco —murmuró Flynn mientras Jared salía, deteniéndose para llevarse la mano de Sophie a los labios con un gesto extravagante, solo para burlarse de Cal.

Era despreciable sentir celos de su mejor amigo, el hombre que era como un hermano para él. Los pensamientos de Jared se detuvieron bruscamente, rehuyeron la palabra. Cal era más de lo que un hermano podría ser jamás.

Jared se había recreado a sí mismo y en el proceso se había inventado a un hombre que nunca podría casarse con una dama de rango. Pero había otras mujeres en el mundo. Una de ellas, tal vez, era para él. Una que no estuviera ya casada.

Jared pasó un par de horas más allá de la Torre, poniéndose al día con los asuntos descuidados

con el herrero al que frecuentaba. Cuando por fin llegó a la calle Great Ryder, se encontró con que los constructores habían hecho un buen progreso. El interior se encontraba prácticamente listo para que los carpinteros instalaran las puertas, los paneles y las molduras y para que los decoradores lo convirtieran de una obra en construcción en un elegante refugio masculino.

En el piso de arriba se hallaba instalada la gran cama con una nota apoyada sobre ella que decía que el capataz había comprobado las vigas debajo del suelo y estaba satisfecho de que eran lo suficientemente resistentes. La gran bañera de cobre estaba en lo que se convertiría en su vestidor y Jared la vio con ansias de agua caliente y en abundancia. Otra limpieza fría tendría que ser suficiente, y debía encontrar un criado muy pronto.

El distante golpe de la aldaba de la puerta principal lo alcanzó escaleras arriba. Eso era otra cosa... Anotó el timbre en un trozo de papel mientras pasaba frente a la mesa. Cuando abrió la puerta, el joven del otro lado se preparó visiblemente para enfrentar el ceño fruncido.

—¿Sí? —preguntó Jared, impaciente.

—He venido a solicitar el puesto de caballero entre caballeros, señor Hunt. Mi nombre es Anthony Dover.

—¿Es usted un lector de mentes? Jared estudió el rostro juvenil y pecoso.

El muchacho (si tenía más de dieciocho años, Jared se sorprendería) lo miró impasible.

—Entiendo que necesita a alguien en esa capacidad. Soy conocido de Michael Flynn, el hombre del duque de Calderbrook, señor.

—¿De verdad lo es?

Dover se sonrojó.

—No ese tipo de amigo, señor.

—Las preferencias personales de Flynn son asunto suyo —respondió Jared suavemente. — Como los tuyos, siempre que puedas evitar que te arresten por ellos en mi tiempo libre.

Él y Cal habían rescatado a Michael Flynn de una paliza en las calles de Nueva York y ninguno de los dos se arrepentía, a pesar de que las inclinaciones sexuales ilegales de Michael ocasionalmente hacían la vida más que un poco interesante en el transcurso de sus viajes.

El rubor se intensificó, pero Dover perseveró. —Vi a Flynn esta tarde. Este es mi medio día libre. Soy un criado, señor, con Lord Porton. Pero tengo ambiciones de mejorar.

—¿Y piensas que trabajar como el único sirviente de un maestro de espadas sin título logrará eso?

—Deseo aprender esgrima, señor. Estoy dispuesto a trabajar por comida, alojamiento y matrícula. Flynn dice que no siempre vivirás en medio de un sitio de construcción y que haría bien en unirme a ti ahora.

Jared vio que estaba tenso por la seriedad, manteniéndose quieto con esfuerzo, como un cachorro de perro de caza temblando a la espera de la orden de recuperar.

—Pase. —Caminó hacia la salle d'armes, abrió un armario, sacó dos floretes y sin previo aviso le arrojó uno al joven que lo agarró por la empuñadura—. Defiéndase. —Y luego atacó.

Dos minutos después, frenéticamente, Anthony Dover estaba pegado a la pared, con su florete al otro lado de la habitación y la punta roma de la espada de Jared en su garganta.

—No está mal. ¿Cómo sé que Flynn lo envió?

Dover tragó saliva, su nuez de Adán se balanceó contra el frío metal. —Dijo que tal vez podría persuadirlo de que usara colores, señor, y que tenía un chaleco morado que sería un buen comienzo. Y dijo que tenía una figura magnífica y que haría mucho bien a mi reputación como criado de cámara si no hacía un desastre al vestirlo.

Jared bajó el florete y fue a recoger el otro. —¿Cuándo puedes empezar? —dijo cuando se dio

la vuelta, con el rostro serio de nuevo. Una figura magnífica, en verdad. Michael pagaría por esa grieta.

—Mañana, señor. Lord Porton va a cerrar la casa de Londres y se irá al campo y yo iba a quedarme como parte del personal de conserjería, así que creo que el mayordomo me dejará ir sin que trabaje mi preaviso. Me dará un carácter, señor. No es que me quiera mucho, pero es bastante justo.

—No es necesario si Flynn responde por ti. Ven mañana, entonces. Si no estoy aquí, los trabajadores te dejarán entrar. Si el mayordomo de Lord Porton te descuenta el salario que debes en lugar del preaviso, dímelo.

—Señor, gracias, señor. Yo...

—Deja de parlotear. Puedes tener cama, comida, el salario adecuado para el puesto —le consultaría a Flynn al respecto— y matrícula. A cambio, necesito absoluta discreción de tu parte sobre todos los aspectos de mi negocio. ¿Entiendes? Sé que los sirvientes chismorrean, pero tú nunca, jamás, hables de lo que hago, de lo que oyes, de quién viene aquí. Si lo haces, desearás que simplemente te despidiera como consecuencia de ello.

—Sí, señor. —El muchacho se sonrojó de verdad—. Mi ambición es ser el tipo de criado de cámara que es Flynn. No se puede ser así sin una lealtad absoluta. Gracias, señor. No te arrepentirás.

—No, no lo haré. —Jared sonrió y Dover tragó saliva visiblemente.

Capítulo Siete – Donde Jared Asistió al Baile

—Flynn me ha encontrado un criado —comentó Jared mientras le pasaba un plato de salsifí a Sophie. Se estaban sirviendo sin lacayos y podían relajarse.

—Joven, pecoso y con ganas de aprender a usar la espada. No tengo ni idea de dónde lo encontré, aunque dice que es un amigo. Pero no ese tipo de amigo.

Sophie asintió. Conocía sobre la sexualidad de Flynn, pero Jared sospechaba que lo único que le importaba era que fuera leal a Cal.

—Lo sé. Lo escuché en la cocina esta tarde; era su medio día y vino a sollozar sobre el hombro de Flynn. No literalmente, por supuesto. Parece que el mayordomo de Portman lo tiene en su poder, o, más bien, favorece a su propio sobrino que está de servicio allí y el joven... ¿Dover, no?... el joven Dover ha estado recibiendo la peor parte durante demasiado tiempo. Deberías estar bien con él, Flynn es un buen juez de carácter.

“Michael ha aprendido a ser discreto”, dijo Cal. “De todos modos, me alegro de que te haya encontrado a alguien, aunque todavía está por ver si ese joven puede resucitar a los muertos con tanta habilidad como Flynn ha puesto en ese traje tuyo”.

Jared bajó la mirada hacia su immaculado cuerpo y asintió. “Ha hecho un buen trabajo, considerando que empaqué mis botas de montar y una pila de libros encima. Sin embargo, está molesto porque no usaré ese maldito chaleco tuyo”. El suyo era de seda negra aguada, como siempre.

“Lo compré por capricho y tiene toda la razón, luce espantosamente clerical. Tendré que enviarlo a una organización benéfica para prelados en apuros, pero lo molestaré un poco más con él”.

“No te preocupes por tus chalecos”, dijo Sophie mientras agitaba su copa de vino vacía. “¿Cómo podemos ayudar a Lady Northam? Aparte de hacernos amigos de ella, por supuesto”.

Jared se inclinó para llenarle el vaso nuevamente. —Vigílala esta noche. ¿Alguien en particular la vigilará? ¿Has escuchado algún comentario sobre ella? Alguien debe odiarla. Sophie se estremeció. —Es horrible. Haremos lo que esté en nuestras manos.

¿Había algún lugar más solitario que en medio de una multitud? Guin bajó las escaleras hasta el salón de baile de los Fulborne, con la mano en el brazo de Augustus, la barbilla en alto y una sonrisa en los labios que parecía como si la hubieran clavado allí.

Sabía que tenía buen aspecto. Eso era importante, era una de las cosas que le debía a Augustus. El vestido de red plateada sobre seda azul pálido era una obra maestra de elegante simplicidad, que resaltaba el conjunto de aguamarina y diamantes que había sido el regalo de bodas de su marido. Las gemas le producían frío en el cuello y el pecho, el peso de los pendientes le apretaba los lóbulos de las orejas, las muñecas le pesaban con las pulseras y los peines que sujetaban la delicada tiara en el pelo parecían clavarle sus garras.

Sonríe. Alguien ahí fuera me odia, así que no le muestres mi temor.

¿Se encontraría su enemigo entre aquella multitud que se arremolinaba? ¿Ocultaba alguno de los rostros que se habían vuelto para mirar cuando los anunciaron el secreto de la persecución? ¿O su torturador estaba operando a distancia a través de agentes comprados?

Pero no estaba sola, debía recordarlo. Tenía a Augustus, bendito sea, aunque quería protegerlo tanto como él quería protegerla a ella. Y ahora tenía a Jared Hunt, que la hacía sentir segura incluso cuando él la hacía sentir muy insegura, simplemente por ser él mismo, tan

intransigentemente masculino.

¿Dónde se encontraba? ¿Habría llegado ya? Supuso que lo habría hecho, era un profesional. Guin escudriñó a la multitud, pero era más difícil ahora que estaban al nivel del salón de baile. La gente sonreía, asentía con la cabeza, charlaba un rato mientras pasaba, pero nadie permanecía mucho tiempo, al menos para hablar con la joven sin conexiones ni estatus que había atrapado a un anciano vizconde cariñoso.

Una vez que tuviera parejas y Augustus estuviera satisfecho de que estuviese bailando feliz, entonces él sería absorbido por uno de los grupos de hombres mayores que se encontraban allí para escoltar a sus hijas y esposas. Sus amigos, su generación, no la de ella.

“¡Lord Northam! Qué agradable volverle a ver. Nos presentaron en la recepción de Lady Sefton, ¿lo recuerda? Sophie Calderbrook. Esta debe ser su esposa”. ¿La belleza de ojos azules con el maravilloso cabello dorado que le sonreía con genuina calidez era la duquesa de Calderbrook? *¿Una duquesa que quería que me la presentaran?*

Augustus estaba radiante. “Por supuesto, Su Señoría, esta es Lady Northam. Guinnie, querida, la duquesa de Calderbrook. Ah, y aquí está el duque”.

—¿Puedo presentarles a nuestro amigo, el señor Hunt? El duque llegó a la casa de su esposa acompañado de Jared y ambos se dieron la mano y sonrieron, y Jared se comportó como si nunca antes la hubiera visto.

Así que por eso la duquesa había sentido el repentino capricho de que la presentaran, pero ¿qué hacía el ambiguo señor Hunt en la fiesta del duque? Ella había pensado que sólo iba a pedirle ayuda a un ex empleador para conseguir una invitación, pero tanto el duque como la duquesa lo trataban como a un amigo cercano.

Ahora le sonreía, con la expresión perfectamente calculada de un hombre que admira a una dama casada de la manera más respetuosa. Entonces su párpado izquierdo parpadeó hacia abajo en un guiño inconfundible y ella captó la risa repentina.

Entonces, ¿en qué estado se encuentra su tarjeta de baile, Lady Northam? —preguntó la duquesa—. Porque la mía está vacía. Cal, cariño, ¿cuál de las mías quieres? No puedes tener más de dos. Jared, debes pedirme al menos una, para ahorrarme la vergüenza de una tarjeta vacía.

Guin parpadeó ante la Duquesa que estaba bromeando con Augustus sobre su renuencia a bailar. Y otros hombres se unieron a su grupo y pidieron bailes tanto a la Duquesa como a ella, hombres casados respetables que nunca antes le habían pedido a Guin. Sospechaba que era porque sus esposas lo habían desaprobado y habían decidido que planeaba convertirse en una Malvada Viuda en poco tiempo.

—Hay una buena mesa allí, la guardaré para nosotros.

El Duque atravesó en diagonal la pista de baile, vacía en ese momento porque el baile aún no había comenzado.

La Duquesa puso su mano en el brazo de Guin.

—Te unirás a nosotros, ¿no es así, Lady Northam? Oh, mira, ahí están mi mamá y mi padrastro.

Ella saludó y una versión más vieja de su belleza dorada le devolvió el saludo.

—El suyo fue un matrimonio por amor muy famoso —le confesó mientras avanzaban hacia el grupo de sillas situadas junto a la pared, alrededor de una mesa pequeña y con una vista perfecta de la pista de baile—. Es terriblemente vergonzoso que la gente suspire por ellos, incluso ahora.

—Listo. —La duquesa se acomodó y dio unas palmaditas sobre la silla a su lado—. Vamos a ser grandes amigas. Debes llamarme Sophie y tú eres Guinevere, ¿creo? Un nombre tan bonito.

Era completamente confuso. —¿Qué te ha dicho el señor Hunt sobre mí? —preguntó Guin

abruptamente mientras se sentaba. Su nombre de pila, para empezar, porque nadie lo había usado durante las presentaciones. La única razón posible para esa extraordinaria muestra de amistad debe ser que Jared les había hablado de ella y les había pedido que la reconocieran.

—Dijo que pensaba que necesitabas una amiga y que quería venir al baile con nosotros para vigilarte sin que fuese demasiado obvio. Y si necesitas que Jared te cuide, entonces necesitas algo más que amistad.

Ella se acercó. —Me asustó muchísimo cuando nos conocimos por primera vez. Puede parecer muy siniestro, pero es el mejor amigo de mi marido y le ha salvado la vida, y ahora creo que es un hombre maravilloso. Pero no le menciones que lo dije porque se burlará de mí. Y Cal y yo somos absolutamente discretos, así que puedes contarme todo sobre tu problema si lo deseas. Y si no lo haces, entonces seguiré esperando ser tu amiga.

—Su Señoría...

—Sophie, por favor. Y mi marido es Cal para todos nuestros amigos.

—Sophie, no sé por qué querrías ser mi amiga, aparte de complacer al señor Hunt. Me casé con alguien superior a mí y soy mucho más joven que mi marido, y eso parece suficiente justificativo para que la mayoría de la gente se aleje de cualquier cosa que no sea un simple conocido.

—Soy una duquesa —dijo Sophie—. Me tomó bastante tiempo acostumbrarme, pero créeme, si te hago caso, entonces los tontos que suponen lo peor pronto revisarán sus ideas. Y en cuanto a por qué, entonces solo puedo decir que no tengo tantos amigos como para que otro no sea muy bienvenido y si Jared dice que me agrada alguien, entonces confiaré en su juicio.

“Yo... discúlpeme.” Guin tiró ineficazmente de las tirantes cuerdas de su bolso.

Sophie le entregó un pañuelo. “Suénate la nariz, sonríe, no dejes que los buitres vean ningún signo de debilidad.” Ella se rió y su esposo se giró y la miró con tanto amor en sus ojos que Guin quiso llorar aún más.

En cambio, olfateó y logró ingresar la mano en su bolso. “Gracias, aquí está mi bolso limpio a cambio. El Cielo sabe por qué la amabilidad debería ser tan debilitante; he logrado no derramar ni una lágrima hasta ahora y han estado sucediendo las cosas más espantosas.”

“Es la reacción a la vista del ejército de relevo que viene por la colina”, dijo Sophie con una risita. “Estabas luchando sola y luego llegó Jared, que es un regimiento completo por sí mismo, y ahora Cal y yo nos hemos unido a las barricadas. Tenemos unos minutos antes de que comience la música, puedes contarme el esquema básico del problema”.

Alzó un poco la voz. —Cal, cariño, ahuyenta a la gente mientras hablo con Guinevere. Guin lo contó todo, tan sucintamente como pudo, desde el primer incidente hasta los fuegos artificiales que arrojaron por la chimenea. Sophie jadeó y asintió con la cabeza alentadoramente, saludó y sonrió a los conocidos que pasaban como si hubiese estado involucrada en intrigas toda su vida y no estuviese escuchando una historia impactante y desconcertante.

—No están tratando de matarte, ¿verdad? —dijo cuando le contaron la historia—. Creo que sería más fácil de resolver si lo estuvieran haciendo. Me pregunto qué demonios puede haber detrás de todo esto.

—Y me pregunto si tu amabilidad los asustará o los enojará —dijo Guin lentamente.

—Tal vez sea mejor si están enojados. Jared había estado apoyado contra una columna justo detrás de ellos. Ahora se acercó y se sentó junto a Sophie. —Lo último que queremos es que se escondan en este punto cuando no tenemos ni idea de quién es ni por qué.

Guin lo miró detenidamente por primera vez esa noche, ahora podía hacerlo mientras fingía estar hablando con la Duquesa. Lucía elegante y peligroso, todo de blanco y negro contra el color

y el brillo del salón de baile, con el cabello peinado severamente hacia atrás en la nuca en un estilo que debería haber parecido anticuado pero que solo servía para enfatizar lo diferente que era de los hombres que lo rodeaban.

—¿Te encuentras armado, Jared? —exigió Sophie—. Me resulta realmente desconcertante verte sin espada.

—Cuchillos —dijo lacónicamente—. No espero un ataque aquí, aunque me mantengo atento, por supuesto. Mi sospecha es que quien quiera que tenga como objetivo a Lady Northam está empleando agentes de un tipo que no encajarían en un salón de baile.

Los ojos oscuros inspeccionaron la habitación, entrecerrados. —Excepto como criados, no debemos obviarlos. Lo que espero es captar chismes, ver quién está vigilando a Lady Northam, observando con la esperanza de detectar alguna señal de tensión.

“¿Crees que es eso lo que esto es?” preguntó Sophie. “¿Acoso?”

“Los ataques no han aumentado en peligro, no se han hecho amenazas explícitas ni demandas. Aquí viene la orquesta. Lady Northam, ¿quién es su primera pareja de baile?”

“El Duque”, confesó, casi sin poder creerlo mientras los músicos dejaban de afinar y pasaban sus arcos sobre las cuerdas en un gesto elegante.

El Duque – Cal – se puso de pie, hizo una reverencia y ofreció su mano. “Supongo que me quedo en el medio de la pista”, le preguntó a Jared.

“No, ve a donde quieras. Estoy mirando. Ah, y no aceptes una invitación a la cena de baile, Lady Northam. Te unirás a la fiesta del Duque”.

“El señor Hunt es muy asertivo”, observó Guin, tomando la mano ofrecida.

¿Un Duque recibiendo órdenes de un maestro de espadas?

“Es una manera de decirlo”. El Duque casi sonreía. “Él sabe lo que está haciendo. No hay necesidad de temer, Lady Northam”.

—No creo que lo esté —dijo mientras ocupaban sus lugares para la primera serie—. Supongo que debería estarlo, pero ahora estoy más enojada que alarmada. Aunque me preocupa el efecto que esta ansiedad y suspenso ejerce sobre mi marido.

Los separaban las medidas y, además, ese no era un tema de conversación para la pista de baile. Guin se obligó a olvidar la amenaza y sus preocupaciones y se permitió disfrutar de bailar con un duque y asistir a una reunión social donde nadie la miraba con frialdad ni juzgaba sus motivos y su carácter simplemente sobre la base de su matrimonio.

—Buenas noches, señor Hunt. —Guinevere se dio la vuelta a mitad de las escaleras.

Jared había entrado con ellos, había comprobado a los hombres que vigilaban el sótano y el techo, se había asegurado de que el portero nocturno estuviera alerta, había inspeccionado cada ventana y puerta. Ahora estaba parado en el umbral con Twite sosteniendo la puerta abierta, lista para que se fuera.

—Gracias —dijo.

Parecía cansada y el brillo de emoción y felicidad que la había rodeado durante toda la velada se había desvanecido cuando él bajó de su carruaje y siguió a la pareja hasta el interior de la casa. Sin embargo, tenía la barbilla en alto y la espalda recta, y perversamente eso le hizo querer darse la vuelta, tomarla en sus brazos y consolarla aún más de lo que lo habrían hecho un labio tembloroso o unas lágrimas amenazantes.

No me corresponde consolarla, no me corresponde abrazarla.

Es un placer, Lady Northam. Buenas noches.

Pero no era un placer, pensó Jared mientras bajaba las escaleras y comenzaba a caminar hacia su casa. Era frustrante, como perseguir una hebra de humo. Podía vislumbrarla, olerla, pero no

podía atraparla y no tenía idea de qué había provocado el incendio que la generó en primer lugar. Ni siquiera estaba seguro, cuando lo encontrara, de si el fuego resultaría ser un infierno furioso o una ramita humeante.

Guinevere no colaboró. En lo más mínimo. Estaba nublando su juicio, haciéndole dudar de cada conclusión, cada decisión, porque era una mujer casada, la esposa de su cliente, la persona a la que se suponía que debía proteger, y que deseaba.

Solo sería deshonroso si actuaba según ese deseo, se dijo a sí mismo mientras avanzaba por las calles vacías, con todos sus sentidos, y todo él que no pensaba, en sintonía con los olores y sonidos que lo rodeaban, la sensación del lugar.

No lo seguían y, aunque había figuras oscuras acechando en cada rincón oscuro, estaban esperando una presa fácil, no a él. Una lástima, casi hubiera dado la bienvenida a una pelea esa noche.

Había un destello de luz detrás de las contraventanas de las ventanas del piso superior cuando llegó a la calle Great Ryder. Dover, al parecer, se había instalado allí temprano. Aun así, Jared introdujo la llave en la cerradura con cuidado, luego la aseguró detrás de él con apenas un clic. Los nuevos pestillos se deslizaron silenciosamente en su lugar y recorrió el resto de la planta baja revisando las ventanas y la puerta trasera. Por encima de su cabeza escuchó el sonido de pasos sobre las tablas desnudas, el sonido metálico de lo que sonaba como una cacerola.

Subió las escaleras, con una hoja delgada en la mano, se saltó la cuarta desde arriba con su deliberado crujido fuerte y abrió la puerta, entrando rápido, y equilibrado sobre las puntas de sus pies.

Detrás de la puerta.

Dover salió, bajando el cuchillo de trincar que sostenía mientras lo hacía. —Buenas noches, señor. Me dijeron que podía irme inmediatamente, así que vine tan pronto como pude.

Con su expresión anodina y su voz tranquila, era casi una parodia del criado ideal. Aunque estaba teniendo que esforzarse para controlar su respiración, Jared se dio cuenta. Le había dado un susto a su nuevo sirviente, por muy bien que lo disimulara.

—Creo que debe ser un buen día. —Oyó a lo lejos el reloj del Palacio de San James dar las dos. —Muy bien. —Preocupantemente bien, en realidad, susto o no. —Una excelente recepción. ¿Cómo me escuchó?

—No lo hice, señor. —Dover se dirigió a la pequeña cocina—. Había dejado entreabierta la puerta de la parte superior de la escalera y se abrió un poco cuando abrió la puerta de la calle y sentí la corriente de aire. Así que la cerré, por si acaso no era usted. ¿Quiere un poco de carne fría y pan, señor? Aquí está la cerveza, o puedo preparar té o café. No parece haber chocolate. Iré de compras por la mañana.

“Haremos una lista. Ahora recogeremos lo que quede en la despensa, juntos. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?” Miró a su alrededor, a los pisos barridos, a las superficies que habían sido desempolvadas. A través de la puerta abierta de la cocina, la vieja cocina parecía como si alguien la hubiera atacado con un cepillo de fregar.

“Desde poco antes de que los albañiles se fueran, señor. He hecho lo mejor que he podido, pero faltan muchas cosas, como planchas para el pelo y un colchón para su cama”.

“Vaya a la casa del duque de Calderbrook cuando haya comprado comida y vea a Flynn. Dígle que más considera que necesitamos y pregúntele dónde puede conseguirlo.

“¿Encontró la cama en el armario de la pequeña habitación? Esa será su habitación y necesitará un colchón para ella, yo necesitaré uno para mi cama, como dijo; Gillows, imagino que será lo mejor para eso. Tome”. Sacó varias de sus tarjetas de su bolsillo y las arrojó sobre la

mesa junto con algo de dinero.

—Eso es un comienzo por la limpieza. Compra un libro de contabilidad y lleva un registro de lo que gastas y abre cuentas para las cosas grandes. Si necesitas algún consejo, pregúntale a Flynn. ¿De acuerdo? Estoy bastante ocupado en este momento, pero pronto conseguiremos más muebles. Ah, y no tienes que seguir llamándome señor cuando estemos solos.

—Sí, señor. Quiero decir, sí, está todo despejado. También podría ir a la sala de subastas, ver si hay cosas que necesitemos para la cocina y mi habitación. Fue a la cocina y Jared lo escuchó encender el fuego.

—Como quieras —dijo—. Ya tengo una cuenta en Christie, así que muéstrales mi tarjeta. Quiero comodidad y practicidad aquí arriba, Dover, no moda ni elegancia.

Estaba ahorrando su dinero para las áreas públicas de abajo, donde solo lo mejor serviría para atraer a la clase de clientela que quería, y luego hacer que se sintieran como en casa cuando los tuviera.

Comieron, Dover respondió a preguntas sobre su infancia en la zona rural de Kent con su madre viuda y sus tres hermanas y su entrenamiento, que parecía haber sido minucioso hasta que llegó el nuevo mayordomo y favoreció a sus propios parientes antes que a él. Uno de los mozos de cuadra había sido un ex soldado aficionado a la esgrima que le había enseñado los rudimentos y le había dejado con ganas de aprender más.

Finalmente apagaron las velas y se retiraron a sus habitaciones. Jared se envolvió en una manta encima de las cuerdas estiradas de la gran cama, dejando a Dover para que se hiciera un nido en la cama.

Las seis de la mañana sería lo suficientemente temprano para despertarse. Lord y Lady Northam no se moverían mucho antes de las once después de una noche tan tardía. Jared golpeó la almohada y se dijo a sí mismo que debía irse a dormir. Podía perseguir esa escurridiza columna de humo en sus sueños.

Capítulo Ocho – Donde la Muerte Llama

El frenético golpeteo en la puerta despertó a Jared del todo y se encontró con la tenue luz del amanecer. Apartó las mantas y se encontró con Dover a mitad de camino de la sala de estar. El joven se estaba metiendo los faldones de la camisa de dormir en los pantalones. —Yo la traeré, señor.

—La llave. Jared se la arrojó y lo siguió, con el torso desnudo, los pies descalzos, el pelo suelto sobre los hombros, agarrando un estoque mientras avanzaba.

Dover descorrió los cerrojos y abrió la puerta. La abrió un poco, pero el criado de librea lo empujó hacia atrás y prácticamente se cayó por el hueco.

—¿Hoskins? Jared lo reconoció como el criado de Northam, el que tenía a los hermanos corpulentos. —¿Qué sucede?

—Oh, señor Hunt, señor. Dice el señor Twite que debe venir de inmediato. Algo terrible, señor, ¡lo peor!

—¿Qué ha sucedido ahora? Jared resistió el impulso de abofetear al hombre. Lo arrastró hasta la habitación y cerró la puerta.

—¡Oh, muerto, señor, falleció en la noche y frío como una piedra esta mañana!

—¿Quién? —Sus entrañas parecieron vacías de repente, sus pulmones vacíos de aire—. ¿Su ama? Recupere la compostura, hombre.

—El amo, señor. Lord Northam.

—Gracias al Cielo. —Casi lo dijo en voz alta.

—¿Cómo? ¿Un ataque al corazón?

—No, señor. El señor Twite dice que parece envenenamiento, señor.

—¿Su ama está a salvo? ¿Han llamado al médico? ¿Y al forense?

—No sé nada de ellos, señor Hunt. Fue la ama quien me ordenó que lo buscara y el señor Twite dijo que corriera, no es que haya nada que hacer por el amo ahora, pobre caballero. La ama no está enferma, si es eso lo que quiere saber, señor, solo muy alterada. Pero se está encargando de las cosas. El hombre estaba recomponiendo ahora que había recuperado el aliento y estaba descargando el problema sobre otra persona.

—Vuelve. Diles que dije que no se debe tocar nada en el lugar donde se encontró a Lord Northam, que no lo deben limpiar ni limpiar nada. Pídele al señor Twite que llame al médico y al forense de inmediato e informe a Lady Northam que estaré con ella enseguida.

Cerró la puerta y se dirigió a las escaleras. —Dover, ¿sigue caliente la estufa?

Entonces prepara café de inmediato. Luego vístete. Necesito que entregues una nota a la duquesa de Calderbrook, luego desayuna y sigue con las cosas aquí.

Garabateó: Lord N. muerto. G. te necesitará. Jared, lo lijó y lo dobló, le puso una oblea para sellarlo.

Dover le entregó una taza de café y bebió el suyo de un trago, haciendo una mueca de dolor por el calor. —Sí, señor. Saldré justo detrás de usted. ¿Necesita agua caliente ahora?

Jared se pasó una mano por la barbilla. Se había afeitado antes del baile, por lo que la barba de la mañana no estaba tan mal como podría. La velocidad era más importante que las apariencias. —No. Eso puede esperar. —Se recogió el pelo, sin tomarse el tiempo de trenzarlo con fuerza, se vistió y se abrochó el cinturón de la espada.

Echó a correr. Era más rápido que intentar encontrar un coche de alquiler a esa hora y le

despejó la cabeza de los vapores del vino de la noche anterior y del hedor de la falta de sueño. La puerta de la casa se abrió de golpe cuando subió los escalones. Era Hoskins, el criado, de nuevo. —¿Dónde? —espetó Jared.

—Arriba, señor. El doctor Felbrigg ya está aquí, la señora lo mandó a buscar mientras yo iba a verlo, señor.

Jared se obligó a subir las escaleras. Ya habría bastante aire de pánico en la casa sin que él lo aumentara corriendo de un lado a otro. Una puerta al final del primer rellano estaba abierta y entró sin llamar. Un hombre alto al que reconoció como el doctor Felbrigg se inclinaba sobre una figura despatarrada en la cama, Twite y un criado se quedaron indefensos a un lado y, al oír sus pasos, Guinevere se dio la vuelta desde donde había estado parada en el medio de la habitación.

—¡Oh! —comenzó a acercarse a él, su rostro surcado de lágrimas se iluminó con una trémula sonrisa de alivio—. Has venido, Ja... —Se interrumpió ante el movimiento abrupto de su mano y la sonrisa se congeló, para ser reemplazada por una dignidad pétrea, como si la hubiera desairado.

Por supuesto, lo último que Jared quería era una mujer llorando arrojándose sobre él, y delante de testigos. Testigos. Sí, por supuesto, eso se trataba de rumores y apariencias. La formalidad era sensata, no había motivo para sentirse como si la hubiera abofeteado.

Guin se irguió e inclinó la cabeza. —Gracias por venir tan puntualmente, señor Hunt. Como puede ver, el doctor Felbrigg está aquí. Pero él dice que no hay nada... —tragó saliva—. No hay nada que se pueda hacer por Augustus.

—Lady Northam, ¿por qué no va y se acuesta y hace que su dama de honor la atienda? La duquesa de Calderbrook estará aquí tan pronto como pueda.

—Es muy amable, gracias. Pero prefiero permanecer en esta habitación hasta que llegue.

—Al menos siéntate. —Jared sacó un sillón y acomodó el biombo de cuero para que no se viera afectado por la cama—. Toma. Entonces no abandonarás tu puesto.

Ella dejó que la guiara hasta el sillón y se sentó y entonces, de espaldas a la habitación, finalmente sonrió. —Ánimo, Guinevere. —Fue un murmullo, pero ella lo escuchó y asintió. Se dio la vuelta hacia el tocador, regresó para entregarle uno de los grandes pañuelos de lino blanco de Augustus y luego regresó con el médico, dejándole privacidad para secar las peores lágrimas.

Se dio cuenta de que había sido una conmoción y una lástima. El pobre Augustus se había visto muy viejo en la muerte, tan desgarrado y decaído. Cómo habría odiado la indignidad de ser visto así, con esas sábanas arrugadas y manchadas, en medio del hedor de la enfermedad y cosas peores. Guin se sonó la nariz y se obligó a escuchar lo que decían los hombres.

—¿Su señoría comió algo cuando llegó a casa, Twite? ¿O bebió algo? —La voz del doctor sonó apagada, como si estuviera inclinado sobre la cama.

—Nada, doctor. No era su costumbre tomar un refrigerio cuando llegaba a casa tan tarde. Había una jarra de agua junto a su cama, como de costumbre, pero no parece que la hayan tocado. —Hubo una pausa—. El vaso está seco.

—Bueno, algo lo hizo sentir muy mal.

—¿Hay alguna razón por la que no podamos abrir la ventana y refrescar el aire aquí dentro?

—No, señor Hunt. Ninguna por ahora. No he podido detectar ningún olor que pudiera haber colaborado a mi diagnóstico. —Le dijo algo en voz baja a Jared sobre el contenido del estómago y Guin se presionó el pañuelo contra la boca hasta que se le pasó el deseo de vomitar.

—Twite. —Ese era Jared de nuevo. —¿Tiene un criado discreto y con tacto que pueda ir a la casa de Lady Fulborne y averiguar si ha habido informes de que alguien más se haya enfermado? ¿Alguien que pueda hacerlo sin revelar lo que ha ocurrido aquí? Si ha habido un brote de

intoxicación alimentaria, esta muerte tendría una explicación sencilla, aunque trágica.

—De inmediato, señor. —Twite salió apresuradamente.

—Señor Hunt —dijo Guin, desde detrás del biombo—. No creo que mi marido comiera nada que yo no comiera anoche en el baile. También comió en el bufé. Los dos estamos perfectamente bien.

—Los mariscos son notoriamente peligrosos, Lady Northam —intervino el doctor—. Podría bastar con una ostra, un cangrejo o una langosta en mal estado.

—Augustus no comía mariscos de ningún tipo —objetó ella.

—¿Qué son esos que están en el suelo? Tenga cuidado, doctor, casi los aplasta con el pie. ¿Los ve? Déjeme recogerlos. Un momento después, Jared apareció detrás del biombo, con las manos ahuecadas alrededor de algo que brillaba. —Lady Northam, ¿sabe qué son estos? Hay cinco. —Cogió uno, un pequeño cuadrado de papel plateado arrugado de unos siete centímetros de diámetro—. Es un envoltorio de caramelos. Pero no debería estar aquí, Augustus no debía comer dulces. Usted mismo lo prohibió, doctor. —Sí, lo hice, y sin mucho efecto, al parecer. Hay uno sin comer aquí, al lado de la cama. Supongo que era de mazapán. —¿Mazapán? Peter, encuentra a Faith y tráela aquí, por favor. —Jared apareció detrás del biombo y la miró, con una ceja levantada inquisitivamente—. La mandé lejos, no me pareció justo infligirle esto —hizo un gesto con la mano para abarcar la habitación—. No habrá ido muy lejos. —La criada llegó y vaciló en la puerta. —Faith, ¿dónde pusiste esa caja de dulces que llegó ayer de Parmentier? —Oh, milady, me dijo que la escondiera de su señoría y lo hice, estoy segura de que lo hice. La puse en el armario de su sala de estar, lo recuerdo con claridad. Pero la caja está de nuevo sobre la mesa. Lo siento, milady, si fue mi error, y me entretuve con ese alboroto por calentar las planchas de alisar en la cocina. Me puse a discutir con...

—No importa ahora. ¿Pusiste o no pusiste la caja en el armario?

—Habría jurado que lo hice, milady. Pero ahora está de nuevo sobre la mesa, así que tal vez no lo hice. Faith parecía a punto de llorar. —¿Eso fue lo que lo causó?

Normalmente era muy confiable, concienzuda hasta el extremo. Guin mantuvo su voz suave. —No lo sabemos. Si lo olvidaste, entonces fue un error genuino. Solo ve a buscarla para el médico, Faith.

—No. Muéstramela —dijo Jared—. No la toques.

“Yo también iré. Síguenos y quédate afuera de la puerta. No dejes entrar a nadie hasta que yo regrese”.

El doctor Felbrigg dio instrucciones al criado.

Todos avanzaron por el pasillo hasta la sala de estar de Guin y se colocaron alrededor de la mesa donde se encontraba la caja en el medio.

—Cuando la dejamos, la tapa estaba bien puesta, milady, no así —dijo Faith—. La había vuelto a colocar bien cuadrada y atado la cinta y luego me dijo que la guardara para que su señoría no tuviese la tentación de tomar una. Me dije a mí misma que lo haría cuando ordené el agua del baño y juraría que lo hice.

—Pero estaban todos muy ocupados y había mucho que hacer —sugirió Guin—. Se dijo a sí misma que lo haría, así que tal vez, en su mente, pensó que lo había hecho.

—Sí, milady —dijo Faith miserablemente—. Tal vez.

Jared se acercó y levantó la tapa, girando el papel plateado que cubría el contenido con las yemas de los dedos. —Seis, no, faltan ocho.

—Cuando volví a casa de la modista, me lo habían traído y yo comí un fondant y Faith una de las frutas confitadas, creo.

—Era de naranja, mi señora.

—¿Y esperabas recibir estos dulces? ¿O fueron un regalo sorpresa?

—Aug... Mi marido había hecho un pedido regular de una caja cada semana a Parmentier. Pero deberían saber que no deben incluir mazapán, que a mí no me gusta y que Augustus adora... adoraba. Me sorprendí cuando abrí esta caja y los vi.

—¿Entonces no te habrías sentido tentada ni siquiera a mordisquear uno? Cuando ella negó con la cabeza, el doctor salió y regresó unos minutos después con una pequeña caja que una vez había contenido jabón en sus manos. —He puesto el mazapán restante y los envoltorios aquí. Deben ser analizados por un químico. El forense bien podría decidir que se analice toda la caja.

Guin se sentó en la silla más cercana. Sentía como si le hubieran cortado los tendones de las piernas. —¿Veneno? ¿Sospechas que Augustus fue envenenado deliberadamente? ¿Comiendo los dulces de mi caja?

—No podemos descartarlo, Lady Northam. Tenemos que comprobarlo todo, ¿sabes?

La actitud del doctor Felbrigg junto a la cama parecía inquebrantable, pero su rostro lo traicionaba. Eso era exactamente lo que pensaba.

No fue un accidente, no fue un ataque al corazón. El tiempo parecía haberse ralentizado hasta convertirse en un hilo pegajoso y lento. Guin se volvió para mirar a Jared, quieto, oscuro y con el rostro sombrío como un ángel de la muerte en la habitación.

Dijiste que no estaban tratando de matar. Dijiste que eran unos asesinos ineptos.

¡Mira! Han asesinado a Augustus y ¿qué has hecho para evitarlo?

—¿Quién, exactamente, ha asesinado a tu marido, Lady Northam?

Era una voz nueva, mayor, precisa, seca como huesos viejos.

Se dieron vuelta como uno solo para mirar hacia la puerta y Twite entró apresuradamente en la habitación siguiendo los pasos del extraño. —Lo siento, Lady Northam, pero el señor Runcorn insistió... El señor Runcorn, el forense, milady.

—El señor Runcorn. Tenía que haber alguna etiqueta para esto, algo en las reglas de modales para recibir al forense mientras su marido yace envenenado justo al lado del corredor. Guin sintió que la salvaje burbuja de risa crecía dentro de ella y cerró los ojos ante el anhelo de simplemente ceder.

—Tenga la seguridad, señor, de que si lo supiéramos, ya habríamos informado al magistrado más cercano —dijo Jared con frialdad.

Le dio el momento de gracia que necesitaba para calmar la histeria. Guin abrió los ojos y se puso de pie. —Alguien me ha estado acosando con ataques. Este es el señor Hunt, contratado por mi marido para investigar. Había llegado a la conclusión de que los ataques eran demasiado aleatorios e ineficaces para ser verdaderos atentados contra mi vida y tanto mi marido como yo estábamos de acuerdo con él. Parece que todos estábamos equivocados. Y ella había estado equivocada al volverse contra Jared de esa manera. Él no podría haberlo evitado.

—Mi más sentido pésame, Lady Northam. Señor Hunt, ¿hizo usted el descubrimiento?

—No. Estaba en mi casa de la calle Great Ryder. Enviaron a un criado para que me despertara con la noticia. El doctor Felbrigg ya estaba aquí cuando llegué.

—¿Quién descubrió a su señoría?

—Su criado de cámara, Tonkin —dijo Guin—. Me envió un mensaje y fui inmediatamente a la habitación de mi marido. Vi de inmediato que estaba muerto. Señor Runcorn, ¿no quiere sentarse?

—Gracias, no, milady. Iré al dormitorio ahora y veré al difunto. ¿Han tocado algo en la habitación?

—Creo que Tonkin apartó las sábanas de la cama en su intento de descubrir qué le pasaba. El médico pudo haber movido a mi marido... a mi marido. No se ha tocado nada más, excepto una ventana que acaba de abrir y una silla y un biombo que se han movido para que yo pudiera sentarme.

—Encontré los cuadrados de papel plateado que contenían los dulces de mazapán en el suelo, junto a la cama. Parece que Lord Northam se los había comido anoche. Los recogí. El doctor Felbrigg me ayudó y luego los colocó, junto con el resto de los dulces, en una caja que ahora tiene en su poder —dijo Jared—. Proceden de esta caja de aquí. Estábamos discutiendo cómo asegurarla hasta su llegada.

Miró a Guin. —¿Podría su señoría retirarse con su doncella a su habitación? Ha sufrido un shock terrible y debería estar acostada.

—No tengo objeción a que Lady Northam se retire a un salón, pero tengo algunas preguntas...

—Su Señoría la Duquesa de Calderbrook, mi señora —pronunció Twite.

Sophie pasó rápidamente junto a los hombres sin mirar a izquierda o derecha, rodeó a Guin con sus brazos y la abrazó fuerte. —Oh, Guinevere, querida. ¡Lo siento mucho! Dime qué puedo hacer: si quieres volver conmigo, si puedo quedarme o si quieres que me vaya al demonio porque quieres estar sola, y me iré.

—Eres muy amable. —Guin se mordió el labio inferior hasta que la imperiosa necesidad de huir con Sophie se calmó un poco—. Es poco probable que estar sola sea posible, en este momento. El doctor Felbrigg está aquí, y el señor Hunt, como puedes ver, y este caballero es el señor Runcorn, el forense.

Sophie le dio un apretón alentador en el hombro y se giró. —Doctor Felbrigg, lamento verle en una ocasión tan triste cuando hace solo una semana estabas cenando con nosotros. Y Jared, vine tan pronto como supe de ti.

Guin se dio cuenta de lo que estaba haciendo, estableciendo las credenciales de los dos hombres ante el forense como íntimos de un duque y una duquesa. En el caso del médico probablemente era innecesario, pero sólo podía ayudar en lo que concernía a Jared.

—Señor Runcorn. —Sophie extendió la mano y la estrechó con energía—. Puedo ver que es un hombre con experiencia e inteligencia, lo cual es un gran alivio dadas las circunstancias.

—¿Está al tanto de las circunstancias, Su Señoría? —El señor Runcorn, que parecía tener al menos sesenta años y no estaba acostumbrado a que las jóvenes duquesas le hablaran con decisión, y mucho menos a que le estrecharan la mano, la miró solemnemente por encima de sus gafas.

—Pero por supuesto. Lady Northam es querida para nosotros y el señor Hunt es el mejor amigo de mi marido. El doctor Felbrigg es nuestro médico, pero mucho más que eso, para toda mi familia. La angustiada persecución que ha estado sufriendo Lady Northam es una inmensa preocupación para todos nosotros.

Sophie está exagerando, pensó Jared. Runcorn no es ningún tonto y semejante despliegue de armas le hará preguntarse qué es lo que lo hace necesario. Y Guinevere parece dispuesta a caerse donde está. No estaba seguro de qué era lo que la mantenía en pie, pero no podía confiar demasiado en que durara mucho.

“Tal vez Su Señoría pueda acompañar a Lady Northam al salón para que pueda descansar mientras usted inspecciona el dormitorio, señor Runcorn”, sugirió.

El forense murmuró: “Por supuesto, por supuesto”.

Guinevere, Sophie y la doncella se retiraron. Los tres hombres se miraron entre sí con lo que Jared sospechó que era un mutuo alivio masculino por haber eliminado la amenaza de la

emoción femenina, luego el forense dijo: “Procedamos”, y el doctor Felbrigg los condujo hacia el dormitorio.

Capítulo Nueve – Donde el Forense Llama

—¿Lord Northam gozaba de buena salud a pesar de su edad? —preguntó Runcorn mientras miraba el cuerpo deformado que yacía en la cama.

—En muchos sentidos gozaba de buena salud al ser un hombre cinco años más joven —afirmó Felbrigg—. Sin embargo, su corazón le causaba algunos problemas si se esforzaba mucho y le preocupaba mantener su peso bajo para no aumentar la tensión. Pero era muy capaz de dar largas caminatas o paseos activos y soportaba bien los sobresaltos y las alarmas.

—¿Le había prohibido los dulces? El forense miró la caja abierta que le había dado el médico. Cogió uno de los envoltorios de plata, lo olió y lo dejó caer en la caja. —Mazapán. Almendras.

—Le advertí sobre su peso y Lady Northam, me aseguró, era estricta con los postres. Me dijo que escondía sus cajas de dulces porque él las robaba como un niño si se le presentaba la oportunidad.

—Y sin embargo, no escondió esta.

—Eso parece. Un descuido cuando su doncella, que debería haberla quitado, estaba en un ajetreo antes de un baile, según tengo entendido.

—Hmmm. Y estos ataques a su señoría... ¿todos iban dirigidos a ella y no a Lord Northam?

—Parece que sí —dijo Jared—. El primero fue...

—Me enteraré de los detalles directamente de Lady Northam, creo, señor Hunt. Es extraño que sean ineficaces y, sin embargo, este resulte tan mortal. ¿Hará una autopsia, doctor? Y un análisis. —Olisqueó la caja—. Almendras. Hace que uno se pregunte... —dijo, frunciendo el ceño.

Sospecha que es cianuro, pensó Jared. Pero, por lo que sabía sobre venenos, los efectos en Lord Northam no le parecieron coincidir y parecía que el forense coincidía con él.

—El doctor Strang, que suele trabajar conmigo, le ayudará —añadió Runcorn.

Decisión que no agradó ni un ápice a Felbrigg, Jared pudo notar por su expresión de labios apretados mientras el doctor asentía. Difícilmente podría estar en desacuerdo o se encontraría completamente excluido.

Se esperaba una autopsia, pero el humor del forense parecía haberse endurecido desde la llegada de Sophie. ¿Se trataba simplemente de un funcionario que se ocupaba de su dignidad porque resentía el privilegio ducal o pensaba que estaban conspirando para ocultar algo?

—Lady Northam es considerablemente más joven que su marido —observó el forense mientras observaba el cuerpo.

—Sí —convino Felbrigg—. Creo que ya tiene una familia.

Lo sabes perfectamente bien porque lo comprobaste antes de venir. Jared se quedó callado, dejando que el médico de familia hablara. Conocía a Felbrigg de antes porque había sido el médico de Sophie antes de que contrajera matrimonio y se había convertido también en el de Cal, tras arreglarle un hombro dislocado. Era sensato y no permitiría que el forense lo incitara a dar respuestas acaloradas.

—Por supuesto. Las dos hijas del primer matrimonio se llevan muy bien con Lady Northam.

“Es de esperar que la perspectiva de una viudez cómoda haga que su dolor sea más llevadero”. El forense examinaba la habitación mientras hablaba, observando los pestillos de las ventanas, pasando un dedo por los marcos, abriendo y cerrando puertas.

“Debes preguntarles a sus abogados sobre eso”, afirmo Felbrigg, con un tono más brusco. “No tengo idea de los acuerdos”.

“Sin duda lo haré”.

Las palabras, pronunciadas con calma, eran tan buenas como una amenaza, se dio cuenta Jared. Era natural que el forense sospechara que Guinevere había envenenado a su anciano esposo para disfrutar de las libertades de una viudez adinerada. Lo que haría que los ineptos intentos de acabar con su vida parecieran aún más siniestros de una manera que ninguno de ellos había considerado antes. Si Guinevere había orquestado los ataques ella misma, segura de que no sufriría daño...

Jared salió de la habitación, caminó con paso suave por el pasillo y luego bajó corriendo las escaleras e ingresó en el salón. Las mujeres (Sophie y Guinevere en el sofá, Faith en un asiento a un lado) levantaron la vista cuando él entró, sus expresiones mezcladas con dolor, miedo y expectación, extrañamente similares.

—Guinevere, no hay una manera cómoda de decir esto. Debes estar preparada. Creo que Runcorn sospecha...

—Que yo maté a Augustus. —Guinevere estaba pálida hasta los labios y tenía las manos apretadas sobre el regazo como si no pudiera controlarlas de otra manera, pero su voz era firme —. Él cree que los ataques contra mí fueron una cortina de humo, que los organicé de modo que cuando ocurriera el envenenamiento pareciera que Augustus había comido los dulces destinados a mí. Eso es todo, ¿no?

—Sí. —Y, que el Cielo lo ayudara, preguntándose si también era cierto. ¿Se trataba de una viuda inocente y afligida o de una joven excepcionalmente inteligente que había atrapado a un marido anciano y millonario, tejió una red de conspiraciones a su alrededor, se involucró a sí mismo (y ahora, gracias a él, al duque y la duquesa de Calderbrook) en sus perversos planes?

No deseaba que fuera cierto, sus emociones le decían que no lo era, pero su cabeza le advertía que no se alejara. ¿Hace cuánto que la conozco? Apenas tres días. No sé nada de ella, excepto que es encantadora e inteligente y, al ser tonto como soy, la quiero. En una lucha en la que sabía que no debía permitir que sus emociones se impusieran a su juicio, ahora un par de misteriosos ojos azul verdoso estaban convirtiendo su fría racionalidad en un apasionado partidismo.

—Sí —repitió Jared—. Eso es exactamente lo que piensa, aunque no ha dicho nada al respecto.

—Entonces hay que desengañarlo de esa idea —dijo Sophie, de pie, con expresión militante —. Yo...

—No haré nada. No debí pedirte que vinieras, Sophie. Fue un error de juicio y ahora el forense sospecha que estamos tratando de usar tu influencia, y la de Cal, para encubrir algo.

“Eso jamás se me ocurrió. Demonios”. Por lo general, se podía confiar en que Sophie respondiera de manera poco femenina. “Demonios y maldición”.

“Por supuesto”, asintió Jared. “Entiendo que Guinevere estará contenta de tu apoyo, pero te sugiero que te retires a casa ahora, Sophie. Cuéntale a Cal lo que está pasando y no hagas nada que pueda inflamar la situación”.

Sophie se fue en una ráfaga de abrazos y promesas de cualquier apoyo que se le pidiera y nada más. “Por el momento”, agregó sombríamente.

“¿Crees que está planeando un rescate dramático desde las escaleras de la horca?”, preguntó Guin. Su risa era solo un poco temblorosa, descubrió.

“Detente”, dijo Jared bruscamente. “Te estás poniendo histérica”.

“¿Crees eso? Creo que estoy siendo completamente racional. No hay ninguno de esos ataques

que yo no hubiera podido orquestar, no hay nada por lo que no hubiera podido pagarle a un delincuente de poca monta para que lo llevara a cabo. Entonces, anoche podría haber dejado esos dulces justo donde Augustus los vería y se sintiera tentado.

“¿Sabes todo lo que heredarás?”, preguntó. No se molestaba en ser diplomático, pero tenía razón, andar con rodeos no ayudaría.

Guin frunció el ceño, pensativa. “Déjame ver. El uso de la Casa Dower y una pensión anual de mil libras, ambas cosas mientras permanezca soltera. Conservar todo lo que Augustus me dio como regalos (y creo que catalogó todo lo que tuviera algún valor en caso de disputa) y el contenido de esta casa con la excepción de los cuadros familiares, la plata, los muebles y la porcelana. Todo eso y los regalos serían míos tanto si me volviese a casar como si no. Básicamente, las cosas que elegimos juntos me quedan a mí. Una vez más, todo está catalogado”.

“Así que probablemente podrías vivir en circunstancias ligeramente inferiores a tu estado actual. No hay una gran herencia. No es un incentivo para asesinar a un marido cariñoso y atento.

“Espero que eso piense el forense. Pero, por supuesto, solo tiene mi palabra de que Augustus era un buen marido. Probablemente crea que estaría desesperada por escapar de él o que tengo un amante o algo parecido”.

Su visión se volvió borrosa mientras las lágrimas volvían a inundar su rostro. “Debería ordenar que se cierren todas las cortinas y que cubran la aldaba de negro”. Su voz se quebró. “Jared, alguien mató a Augustus, el hombre más amable y querido”.

Ella sabía que él observaba, inmóvil, mientras las lágrimas se derramaban sobre la seda de su bata. “Faith tendrá problemas para eliminar las marcas”, dijo vagamente, frotándose los ojos como una niña cansada. “¿Él... Él habría sufrido? El pensamiento de Augustus solo, con dolor y miedo en la oscuridad... Ha estado creciendo en el fondo de mi mente como una gran nube de tormenta negra. Las sábanas no se movieron mucho, lo que me da algo de esperanza”.

—Creo que tienes razón, pero no especularé, al menos no contigo. Cuanto menos sepas sobre lo que lo mató y sus efectos, mejor. Guin dudó sobre las palabras, pero las soltó de todos modos. Si no podía ser honesta con ese hombre, que parecía ser su única esperanza de ayuda, ¿en quién podría confiar? —No deseo temer. Quiero llorar a Augustus, llorar por él, y todo lo que puedo pensar es que podrían sospechar de mí por matarlo.

—Lo sé. Quien haya hecho esto también tiene eso en su haber. —Giró la cabeza y la miró, serio, atento—. Esto no va a ser agradable ni fácil, pero lucharemos y ganaremos. Pero debes seguirle el juego, Guinevere. Debes dejar que fluyan esas lágrimas, debes guardarte esos pensamientos inteligentes para ti. Mandarás a buscar a tu abogado y te aferrarás a él y serás la imagen de la viuda demasiado angustiada para pensar con claridad. Y me llamarás señor Hunt en todo momento, en público y en privado.

"¿Pero por qué?"

—Porque, Lady Northam, es obvio que no soy monje ni ciego, y Runcorn estará buscando un amante en este caso. Yo en su lugar lo estaría.

—Y él pensará que tú y yo... Que somos... No es sólo un riesgo de chismes maliciosos de la Sociedad, ¿el forense también lo creería?

—Ridículo, ¿no? —Su sonrisa era triste, pero sus ojos tenían algo más que diversión ante tal situación—. O tal vez no. Me voy ahora. Dame la dirección de tu abogado y lo enviaré contigo y mientras tanto deberías cambiarte, vestir luto y pensar en tu dolor, no en tu temor.

Guin se quedó contemplando la puerta durante largos minutos tras cerrarse detrás de Jared. Cuando Faith habló desde la esquina de la habitación, saltó tan violentamente que dejó caer su

pañuelo. —Oh, Faith. Había olvidado por completo que seguías allí.

—El señor Hunt no lo había hecho —dijo la doncella astutamente. —Él quería que yo escuchara lo que le dijo, lo que significa que confía en mí, y espero que usted también, milady. ¿Se cambiará ahora, antes de que ese forense venga a acosarla con preguntas otra vez?

El señor Foster, el abogado de Augustus, llegó cuando Guin volvió a salir de sus aposentos vestida de negro liso. Ella lo había visto una o dos veces antes, un hombre de mediana edad con una cabeza de pelo rojo canoso y gafas de montura metálica en la punta de su nariz. Siempre había parecido pensativo y, sin embargo, activo y ella tenía cierta confianza en él.

Se encontraron en el pasillo cuando el señor Runcorn bajó las escaleras, el doctor Felbrigg detrás de él. —Ah, Foster, mal asunto este.

—De hecho, Runcorn. Ha llegado este momento, así que necesitaré tiempo para hablar con Lady Northam en privado.

—No.

Los tres hombres se sobresaltaron, como si una estatua hubiera hablado en lugar de la mujer de la que estaban hablando.

—El señor Runcorn desea tener todos los hechos lo antes posible y yo ciertamente deseo que los tenga. Quienquiera que haya hecho esto debe ser ubicado sin demora. Pasemos al salón, caballeros. Guin se sentó en el sofá y le hizo un gesto a Faith para que se sentara a su lado. Ella mantuvo el pañuelo en su mano porque las lágrimas, al parecer, corrían por sus mejillas por más que ella intentara controlarlas. No necesitaba el consejo de Jared para demostrar su dolor.

—En primer lugar, Foster, ¿puede explicarnos cómo se le proporcionará a Lady Northam después de este triste acontecimiento?

—Eso dependerá de las circunstancias. El abogado se ajustó las gafas y se aclaró la garganta.

—¿De verdad? ¿Cuáles podrían ser esas circunstancias?

—Las habituales —dijo el abogado secamente—. Si Lady Northam está o no, digamos, a la espera de algún acontecimiento feliz.

Guin podía sentir que se sonrojaba. Las palabras «Por supuesto que no» temblaban en sus labios cuando Faith se levantó de un salto y fue a susurrarle al oído al abogado, luego hizo lo mismo con el forense. Los dos hombres arrastraron los pies y los papeles mientras Faith volvía y se sentaba a su lado.

Se inclinó hacia ella y murmuró: “Les dije que tus cursos empezaron hace cuatro días”.

No lo habían hecho. Era una mentira descarada, pero Faith pensaba más rápido que ella, o tal vez simplemente tenía una mente más astuta, gracias al Cielo. Si los hombres supieran que ella y Augustus no tenían una relación física, seguramente habrían sido más propensos a sospechar de la existencia de un amante. Era mucho más seguro fingir que la razón por la que ella sabía que no estaba embarazada era porque su cuerpo se lo decía.

“Gracias por la explicación, Faith”, dijo Guin en un susurro lo suficientemente alto para que los hombres lo escucharan. “Me habría sentido demasiado avergonzada de decirlo yo misma”.

“Eso simplifica las cosas, aunque naturalmente uno no puede evitar lamentar que el dolor de Lady Northam no se vea mitigado por la evidencia tangible del afecto de su señoría”, dijo el señor Foster.

Guin enterró su rostro en su pañuelo, incapaz de hallar una respuesta adecuada. Era una pesadilla y, al parecer, una pesadilla sin esperanza de despertar.

Quiero a Jared, pensó. Era brutalmente franco, inflexiblemente práctico, pero ella sabía dónde estaba con él y él, al parecer, estaba de su lado. Hizo a un lado el desconcertante recuerdo de la calidez en sus ojos durante ese breve intercambio sobre amantes. Ni siquiera lo conozco desde

hace una semana y, sin embargo, siento su ausencia como algo físico.

El señor Foster estaba repasando las disposiciones del testamento de Augustus y parecía que había recordado correctamente cuándo le había dicho a Jared cómo estaban las cosas.

—Eso parece bastante claro. El forense estaba tomando notas en un libro considerablemente más grande que la libreta de bolsillo de Jared. Detalló su comprensión de la herencia del título y el abogado lo confirmó, luego golpeó el lápiz sobre la tapa dura del libro mientras pensaba. —¿Quién tuvo acceso a la casa ayer por la mañana después de que se entregó la caja de dulces? —preguntó de repente, haciendo que Guin se sobresaltara.

—Sólo el personal doméstico. El señor Hunt me había escoltado hasta la modista y me había traído de vuelta, pero me acompañó hasta la puerta y no entró. Ah, y el sobrino de mi marido, el señor Theo Quenten, se encontraba con mi marido en su estudio cuando regresé a casa. No lo vi y tampoco se quedó a almorzar.

Augustus se limitó a gruñir cuando ella le preguntó más tarde por Theo. Sabía que le había dicho al joven la semana anterior que no seguiría pagando sus deudas, así que supuso que Theo había vuelto para pedirle que reconsiderara su decisión. La experiencia le había enseñado que la persistencia más el encanto normalmente le procuraban lo que quería.

—A menos que alguien tenga algo que añadir, ahora entrevistaré al personal doméstico. Doctor Felbrigg, el doctor Strang se pondrá en contacto con usted muy pronto sobre ese otro asunto que discutimos. —Miró a Guin y apartó la mirada. —Espero convocar a un jurado y realizar la investigación en los próximos días. —Se levantó—. Buenos días, señora.

—¿Qué otro asunto? —preguntó Guin tan pronto como la puerta se cerró detrás del forense.

—Me temo que en caso de una muerte sospechosa es necesario realizar un examen del fallecido.

—¿Quiere decir una autopsia? Guin descubrió que sus lágrimas se habían secado. Esto no era un sueño espantoso, era una realidad espantosa y no la superaría convirtiéndose en una regadera.

Augustus había sido muy querido para ella y descubriría quién lo mató aunque fuese lo último que hiciera. Un escalofrío recorrió su espalda al pensar que si no se descubría la verdad, ese fracaso podría ser lo último que hiciera.

—Sí —convino el doctor Felbrigg—. Llevado a cabo por mí y un doctor Strang con el mayor respeto posible por el fallecido. Me temo que debemos sacar el cuerpo de Lord Northam de esta casa y el forense exigirá que el jurado lo vea en la investigación. Entonces será cuando se entregará para su entierro.

“Haré todos los arreglos, Lady Northam, y escribiré a su cuñado con la triste noticia de que él heredará el título”, dijo el Señor Foster.

“Sí. Será un shock para Claud, si puede comprenderlo, lo que me temo que no será el caso. No se encuentra bien en absoluto, de hecho, habíamos estado esperando constantemente escuchar que había fallecido durante el último mes o dos”.

“Intentaré ser lo más diplomático posible y enviaré a un empleado de confianza con el mensaje. ¿Se comunicará con sus hijastras?”

Guin luchó contra la sensación de irrealidad que siempre le producía pensar en las hijas de Augustus por aquella situación. Todas eran mayores que ella. “Faith, vea si tenemos algún papel de luto en la casa y encuentre el lacre negro. El hecho de ver lo que se usaba para las cartas podría ayudar a que se diera la noticia.

Pero no mucho, dado que la última vez que se enteraron, su padre se encontraba en el mejor estado de salud y ánimo. De hecho, hasta que rompieran esa cera negra, probablemente supondrían que se trataba de la noticia de la muerte de su tío, no de la de su padre.

Siempre había pensado que Augustus moriría antes que ella, salvo que hubiera un accidente, pero había estudiado para mejorar su salud y su estado físico y esperaba recompensarlo por rescatarla ayudándolo a disfrutar de muchos años de relativa buena salud. Independientemente de lo que los espectadores pudieran decidir creer, lo había querido como a un abuelo o a un querido tío abuelo.

“Si no hay nada más, escribiré esas cartas ahora y hablaré con el personal, estarán ansiosos. Señor Foster, ¿me acompañará a la investigación?”

“Por supuesto, señor. Envíe a por mí en cualquier momento”.

¿Esos educados profesionales creen que lo asesiné?, se preguntó con tristeza mientras trataba de ordenar sus pensamientos para formar una especie de lista ordenada de cosas que hacer. ¿Lo hará Jared?

Capítulo Diez – Donde el Deseo Alza la Cabeza

Jared regresó a la calle Great Ryder y se encontró con los decoradores pintando las paredes, un fontanero trabajando en lo que sería el vestuario y el carpintero y su aprendiz obstruyendo la mayor parte del espacio del suelo con tablones de madera destinados a ser paneles en la salle d'armes.

En el piso de arriba, Dover, con el pelo alborotado, una mancha en la punta de la nariz y las mangas de la camisa arremangadas, contemplaba la cocina con lo que parecía un aire de satisfacción petulante. Volteó cuando Jared entró. —¿Cómo van las cosas, señor?

—No muy bien. Aunque esto luce prometedor.

—Conseguí que el carpintero instalara estantes para una despensa y colgué una cortina delante y he ordenado toda la ferretería que compraste en la subasta. Tenemos todos los utensilios de cocina que necesitamos, salvo algunos cuchillos y cucharas más. Los colchones, las almohadas y las sábanas están pedidos y los entregarán esta tarde.

Siguió a Jared hasta la sala de estar, marcando las cosas con los dedos. “He abierto varias cuentas y he echado un vistazo a las salas de subastas; mañana hay algunas cosas útiles. ¿Puedo decirle al fontanero que ponga una tubería aquí y un desagüe abajo? Hay espacio para un fregadero pequeño en la esquina de la cocina y la presión del agua es buena; podremos tener un grifo, no una bomba”.

“Lo que creas que mejore el lugar”, dijo Jared vagamente. “Estás haciendo un buen trabajo, continúa. Ignórame, pues necesito pensar”.

Se sentó a la mesa, tomó papel y bolígrafo y comenzó a garabatear formas, palabras, patrones. Nada de eso significaba nada, aun no, pero con el tiempo dibujaría líneas, conectaría palabras y pensamientos y podría surgir algo coherente.

Dover puso pan, queso y pepinillos delante de él junto con una jarra de cerveza y se fue en silencio al otro extremo de la mesa para comer su propio almuerzo.

Jared gruñó su agradecimiento y comió y dibujó hasta que finalmente se sentó y estudió los resultados de una hora de trabajo.

El centro de la página estaba ocupado por un triángulo alargado y retorcido que, se dio cuenta, era una Gran Bretaña estilizada. Entre las palabras anotadas había un puñado subrayadas. ¿Marido Uno? ¿Causa de muerte? ¿Familia? ¿Norte? ¿Por qué?

Jared se levantó y fue a buscar el grueso volumen rojo que era la última edición de la Nobleza, una referencia esencial para cualquiera que buscara el patrocinio de las clases altas. Hojeó hasta encontrar el Vizconde Northam y estudió la lista de propiedades. Allerton Grange, el lugar que Northam le había mencionado que había comprado a un pariente empobrecido, estaba, se dio cuenta, entre Pickering y Whitby en el Circuito de Montar de Yorkshire. No era de extrañar que el nombre le sonara levemente.

"Infierno y condenación", dijo en voz alta. De todos los lugares tenía que estar allí, a menos de veinticinco millas a través de los páramos hasta Ravenscar. Había jurado no volver jamás a Yorkshire del Norte.

“¿Pasa algo, señor?” Dover miró hacia el otro lado, con una cebolla encurtida empalada en los dientes de su tenedor.

“Fantasmas, es todo. Sólo fantasmas”. Y se sobresaltó ante las sombras. Ni siquiera los espectros más malévolos podían rondar todo el Circuito Norte esperando a que él apareciera. Y si

aparecían, ¿qué importaba? Se encogió de hombros mentalmente. Ahora era un hombre adulto, un hombre duro y experimentado con un nombre diferente y una nueva identidad, no un joven de diecisiete años aun inexperto y capaz de ser herido en el corazón por la traición, la desconfianza y la injusticia.

Pensó en el relato reticente de Guinevere sobre su primer matrimonio, hojeó su cuaderno y escribió Francis Willoughby, hace dos años, caída desde una ventana, en la hoja de preguntas. Esa era una muerte que habría provocado una autopsia. Si ella no se sinceraba con él al respecto, entonces tendría que hacer sus propias averiguaciones. Del mismo modo que los viejos fantasmas lo perseguían, sospechaba que también perseguían a Guinevere, y ese era el más obvio: el tintineo de cadenas. Supongo que está realmente muerto... Seguramente ella no se arriesgaría a la bigamia... Jared se sacudió mentalmente. Por supuesto que el hombre estaba muerto.

Pero ese primer marido era el único hilo conductor de toda la historia de Guinevere al que podía aferrarse. Lady Northam tendría que ser muy franca con él, decidió, o él tendría que ser aún más franco y advertirle que no podía ayudarla a menos que ella le contara todo.

"Alguien viene", dijo Dover y se levantó de la mesa donde había estado leyendo el diario Morning Post. Jared miró hacia el otro lado, leyendo al revés, y vio que estaba rodeando anuncios de subastas.

Unas botas pesadas subieron las escaleras y Dover abrió la puerta.

—La dama de abajo pregunta por el señor Hunt. Jared reconoció a uno de los albañiles.

—Supongo que es Faith, la doncella de lady Northam, con un mensaje sobre el forense y la investigación. Baja y hazla pasar, por favor, Dover —gritó. O eso o era Sophie, que debería saber que no era buena idea ir a visitar obras y casas de soltero.

Dobló sus notas, cerró la puerta de la paridad y se puso de pie, escuchando. Se escuchó el ruido de unas botas con clavos al bajar, el paso más ligero de Dover, luego un murmullo de voces bajas, una de ellas femenina e inidentificable, luego el sonido de dos personas subiendo las escaleras.

Una figura vestida de negro y cubierta con un pesado velo ingresó por la puerta con Dover pisándole los talones. —Lo siento, señor, pero la dama insistió.

Oh, Hades, Guinevere.

—Dover, baja las escaleras y asegúrate de que nadie nos moleste. —Se las arregló para controlar su temperamento hasta que la puerta se cerró detrás del sirviente inexpresivo—. ¿Qué demonios haces aquí, Guinevere? ¿No has entendido nada de lo que te he advertido?

Guinevere se echó hacia atrás el velo para revelar un rostro pálido y demacrado, ojos enrojecidos. Debería haber perdido toda su belleza y el hecho de que, a sus ojos, no lo hubiera hecho, fue suficiente para avivar las llamas de su ira contra ella. Jared se acercó a la ventana y vio hacia afuera. —No me digas que viniste en tu propio carruaje.

—Por supuesto que no. ¿Crees que soy una completa idiota? Cuando Jared se giró y simplemente la miró, con una ceja levantada, ella se sonrojó. —Bueno, no tan idiota, de todos modos. Vine en un coche de alquiler.

—¿Y dónde está Faith?

—En casa, fingiendo que estoy acostada en mi habitación descansando.

—Maravilloso —dijo Jared con amargura. —Apenas el forense ha salido por la puerta, usted se dispone a comprometerse con la máxima minuciosidad e involucrar a un sirviente que tal vez tenga que testificar bajo juramento.

—Llevo velo, nadie me ha visto. Al menos, nadie podría identificarme —replicó ella.

—¿No? ¿Cuántas damas altas y delgadas con ropa costosa y de luto pesado cree que pueden relacionarse conmigo? ¿Qué van a describir los constructores cuando el forense les pregunte quién me ha estado visitando? ¿Qué se supone que debe decir Dover si lo interrogan en un tribunal? O yo mismo, ya que estamos —añadió.

—No lo haría...

—No, por usted mentiría, bajo juramento.

—Oh, Jared. —Se llevó la mano a los labios, la otra cerrada sobre el respaldo de una silla.

—Porque su marido me pagó para proteger su vida —añadió—. Y eso incluye salvarla de la horca, que el Cielo me ayude, incluso cuando parece que está haciendo todo lo posible por ponerse en el banquillo de los acusados. Así que sí, cometería perjurio, al menos le debo eso al hombre. —Se tambaleó mientras se levantaba y sacó una silla—. Siéntate. Pareces a punto de desmayarte.

Guinevere se tambaleó, él la sujetó y entonces ella estuvo en sus brazos, su rostro presionado contra su hombro, su cuerpo cálido, frágil y tembloroso contra el suyo. Su mente se oscureció por la necesidad y el deseo, ennegrecida por la ira y el miedo por ella y su propio disgusto consigo mismo.

Eres viuda desde hace menos de un día, se enfureció en silencio. Detén esto. Ahora.

La silla estaba allí y él se dio la vuelta y la empujó sin ceremonias hacia ella, luego fue a tomar la que estaba al otro lado de la mesa. La vieja y destartalada mesa, misericordiosamente sólida.

Guinevere respiró profundamente, temblando, luego miró hacia arriba. —Lo siento. Estoy aterrada.

Y así deberías estar. —Llegaremos a la verdad de esto —le prometió Jared y vio los pequeños signos de alivio, la relajación infinitesimal de las líneas tensas alrededor de sus ojos y boca, la caída de sus hombros rígidos. Ella confiaba en él y el conocimiento era como una pesada carga sobre su espalda. ¿Y si falló? —Pero solo si me dices la verdad tú misma. Toda.

—¿Lo he hecho! —Su cabeza se levantó bruscamente y lo miró, irradiando desafío.

—La verdad sobre tu primer matrimonio. La verdad sobre tu relación con Lord Northam. Todo. —Cuando bajó la mirada a sus manos entrelazadas, él cerró los puños sobre la mesa, resistiendo el impulso de levantarse y tomarla en sus brazos, sacudirla para sacarle la verdad. Besarla.

—Empieza con Lord Northam. Tal vez sería más fácil no llevarla directamente de regreso a ese primer matrimonio. —¿Lo amabas?

—Por supuesto, como amaría a un abuelo, a un viejo amigo de la familia, un amor cariñoso. ¿Estaba enamorada de él? No y nunca fingí estarlo. Él lo sabía y nunca fingió que estaba enamorado de mí”.

“¿Te acostaste con él?”, preguntó Jared sin rodeos.

“No”.

—¿Nunca? ¿Ni en tu noche de bodas?

—No, nunca. —Se ruborizó, pero lo miró a los ojos con indiferencia—. Supongo que ahora me vas a decir que no estoy legalmente casada.

—La falta de consumación no es la base automática para la anulación, como creen algunas personas —dijo Jared—. Y, dado que ya te habías casado antes, dudo que alguien pudiera probarlo de ninguna manera.

—Eso es lo que dijo Augustus. Me dijo que el espíritu estaba dispuesto pero la carne era débil, lo que probablemente sea algo blasfemo, pero al menos era honesto. Y describió una marca de nacimiento en un lugar íntimo y una cicatriz en la parte superior del muslo que, según dijo, sería

más que suficiente para convencer tanto a su criado de cámara como a su médico, si llegara el caso. —Sonrió levemente—. Tenía un sentido del humor perverso, bendito sea.

—Entonces, ¿por qué se casó contigo?

—Se lo pregunté cuando me propuso matrimonio. Dijo que se sentía solo, que echaba de menos la compañía femenina. Estaba en una situación desesperada y lo necesitaba, y a Augustus le gustaba que lo necesitaran, para ayudar a la gente. Sus hijas habían crecido y se encontraban muy lejos y él estaba dando vueltas en esa gran casa, dijo, envejeciendo y enmoheciéndose. Yo abría las ventanas, dejaba entrar el aire, lo hacía despertar y prestar atención. Su sonrisa era ahora más firme, cariñosa y evocadora.

“Y disfrutaba del prestigio que le daba tener una esposa joven del brazo, presumiendo de mí ante sus amigos; era bastante franco al respecto, solía reírse entre dientes de que había hecho que Lord Esto y Señora Esa se pusieran verdes de envidia. Comentó que mi primer marido obviamente había sido un sinvergüenza y le satisfacía pensar en lo enojado que se habría sentido al verme casada con un vizconde”.

“¿Tuviste amantes, Guinevere?”, preguntó Jared, interrumpiendo deliberadamente su estado de ánimo suavizado. Odiaba hacerlo, pero si quería sacarle la verdad de un tirón, incluso los secretos más profundos, oscuros y sucios, entonces tenía que usar todas las armas a su disposición.

—No —la respuesta fue inmediata, feroz, absolutamente creíble—. Te creo, pero tenía que estar seguro. Era un motivo posible para hacerte daño: un amante descartado.

—No —repitió Guinevere, ahora más moderada—. Le debía demasiado a Augustus para hacer eso y, además, nunca estuve tentada.

Hubo una ligera vacilación. —¿Nunca? —investigó Jared. ¿Había algún hombre rechazado por ahí cuya decepción se había vuelto amarga y vengativa? —Puede que debas responder preguntas sobre relaciones en la investigación, es mejor estar absolutamente preparado para las indagaciones más intrusivas.

—Nunca hablaría de eso en la investigación. Pero una vez —admitió, con la mirada fija en sus manos de nuevo—. Solo una vez estuve tentada.

—¿Quién? ¿Es alguien que podría haberse obsesionado, que podría haber sentido que fue alentado y luego rechazado? Algunos hombres pueden volverse irracionales, imaginar aliento donde no se ha dado ninguno.

—Oh, no. —Ella levantó la cabeza y había una sonrisa triste en sus labios—. Ese hombre es demasiado inteligente y controlado como para imaginar cosas o actuar precipitadamente. Probablemente tendría que arrojarme desnuda en su cama antes de obtener una reacción, y eso probablemente sería arrojarme directamente al suelo.

—¿Guinevere? —Seguramente no se refería a... —No —dijo él, más en respuesta a su propia reacción que a lo que ella había dicho.

—Exactamente. —La sonrisa todavía estaba allí, reflejada ahora en sus ojos, la expresión de una mujer que ha lanzado los dados, está esperando que el Destino deje caer un rayo sobre su cabeza como respuesta y, sin embargo, siente un alivio en el espíritu al actuar por fin—. ¿Ves? Sabía que eso dirías.

—Que nos convirtamos en amantes sería lo más peligroso que podríamos hacer —dijo Jared, sacudido por la honestidad absoluta.

—Lo dices casi como si lo hubieses pensado. Por supuesto —se corrigió—. Por supuesto que lo has pensado. Me estabas sermoneando sobre chismes casi desde el principio. Tonta de mí, qué vergüenza. —Las banderas de color ondeaban ahora en sus mejillas, pero insistió, con voz ligera,

como si se estuviera burlando de sí misma—. Debe ser una molestia en tu trabajo tener mujeres tontas enamorándose de ti todo el tiempo.

—No lo es, porque no lo hacen. —Quiso levantarse y caminar de un lado a otro. O, más exactamente, quería salir por la puerta y correr. O... No. Se obligó a quedarse donde estaba—. Y no lo eres. Tonta, quiero decir. —Guinevere se mordió el labio—. O si lo eres, ambos somos tontos.

Ahí lo dijo, lo peor que podía haber dicho en esas circunstancias. Podría haber fingido no entenderla, podría haberla despreciado, podría haber gritado ¡Fuego! En cambio, se sentó allí y le dijo la verdad, que la deseaba a cambio.

Una mujer más débil se habría enfurecido, habría preguntado ¿Qué quieres decir? Una mujer más débil se habría arrojado a sus brazos. Esta tragó saliva visiblemente, luego, con sus grandes ojos gris-verde-azules fijos en su rostro, dijo: "¿Qué crees que deberíamos hacer al respecto?"

"Imagina que todavía eres una mujer casada", dijo Jared con gravedad, preguntándose dónde estaba la fuente de agua helada más cercana.

"Es difícil, considerando que estamos tratando de resolver el asesinato de mi esposo".

"Podríamos intentar visualizar a Newgate a intervalos regulares", sugirió y luego podría haberse mordido la lengua ante el puro horror de la imagen. "Infierno".

Para su asombro, Guinevere se rió. "Eres un gran consuelo para mí, Jared".

"¿Un qué? Estoy siendo brutalmente franca, he admitido los deseos más deshonorosos, no he podido preservar la vida de su marido ni encontrar la más mínima pista sobre su asesinato y ¿dices que soy tu consuelo? Entonces se levantó, dio tres pasos para poder mirar por la ventana y no a esos ojos valientes o al labio tembloroso que ella se mordía para controlar o al cuerpo que quería poseer.

"Me tratas como a una mujer adulta", le dijo Guinevere a su espalda. "Para Augustus yo era una mezcla entre una nieta amada, su perro favorito y un objeto de arte del que se sentía orgulloso de haber adquirido. Todos los demás, el médico, mi abogado, Faith, todos quieren protegerme de la realidad. Sé que estoy en peligro, sé que alguien ha estado tratando de torturarme durante semanas y ahora ha asesinado a un anciano que era muy querido para mí, y ser protegida y tratada como una niña me hace querer gritar.

"Augustus una vez me dijo que debía encontrar a alguien más cuando él se fuese, mientras aún era joven. Lo lloro y honro su memoria, pero eso no significa que tenga que ser hipócrita por querer lo único que no tuve en mi matrimonio. No es ser desleal, las relaciones físicas nunca fueron parte de nuestro matrimonio. —Se interrumpió de repente y luego dijo con un asomo de risa—. Ay, estoy siendo terriblemente franca, ¿no?

—Sin duda has arruinado cualquier esperanza que tuviera de dormir esta noche —admitió Jared y descubrió, cuando se volvió hacia ella, que también podía sonreír por ello—. Todavía sigues en estado de shock, por eso estás siendo tan franca, creo. Mantendremos nuestra muy apropiada relación de empleador y agente, y la mantendremos hasta que ese asesino sea atrapado y condenado. Y luego...

Entonces descubriré cómo sabes, cómo te sientes, cómo cambia el color de esos hermosos ojos cuando me acueste sobre ti, dentro de ti. Nos haremos gritar el uno al otro...

Y entonces veremos si todavía deseamos ser amantes. Porque eso era todo lo que ella podría ser para él. ¿Debería decírselo? No. Era demasiado pronto. Era la conmoción y la necesidad de que la abrazaran, de olvidar su dolor y su miedo. En un día o dos estaría absolutamente horrorizada de que hubieran tenido esa conversación y estaría agradecida de poder fingir que nunca había sucedido.

Capítulo Once- Dónde se Realiza una Investigación

Un reloj sobre la repisa de la chimenea dio la hora, reverberando a través de imágenes de hombros anchos y desnudos, de sus dedos deslizándose por ese cabello castaño oscuro, liberado de sus ataduras, de ese cuerpo tenso de espadachín sobre el suyo.

—Será mejor que regrese a casa —dijo Guin. Y se quedó exactamente dónde estaba.

—Necesito hablar contigo sobre tu primer esposo. Jared volvió a ser todo trabajo. ¿Su imaginación se desbocaba con imágenes de su acto sexual como el de ella o podría controlar eso con tanta disciplina como aplicaba a todo lo demás? —Pero tienes razón. Es peligroso para ti permanecer más tiempo aquí. Salió por la puerta. —¡Dover! Llama a un coche de alquiler de aspecto respetable, ¿quieres?

Esperó mientras ella volvía a ponerse los guantes y el velo y recogía su bolso, luego la precedió por las escaleras, protegiéndola con su cuerpo de los trabajadores y, después de una rápida mirada a un lado y a otro de la calle, envió a Dover para que la ayudara a subir al coche de alquiler que la esperaba en la acera.

—Llamaré mañana. Envíame a buscar a cualquier hora si tienes alguna preocupación.

Ahora bien, si hubiera dicho «si me necesitas...» es tan cuidadoso con sus palabras, pensó mientras Jared cerraba la puerta y le daba la dirección al conductor. «Y tiene la tenacidad de un lobo. ¿Qué le voy a decir sobre Francis? Si le cuento la verdad sobre mi primer matrimonio, cómo pude haber contribuido a la muerte de Francis, nunca creará nada más que le diga sobre éste.

Guin se sentó muy erguida para no tocar la tapicería mohosa del carruaje. No quería creerlo, pero estaba empezando a pensar que todo esto de alguna manera debía estar relacionado, con su desastroso error al enamorarse de un total sinvergüenza. Pero ¿cómo? Estaba a kilómetros de Yorkshire, Francis estaba muerto, la investigación la había exculpado de todo, lo que solo demostraba lo poco fiables que eran las investigaciones. Qué irónico que la encontraran culpable de asesinar a su marido cuando...

El carruaje giró bruscamente en una esquina, haciéndola perder el equilibrio mientras permanecía sentada tan rígida. Guin extendió una mano, la golpeó contra el marco de la puerta y sintió que la fina piel de cabritilla de su guante se desgarraba en la palma. La vida era tan frágil. Igual que ese guante.

Unos minutos más tarde, en el santuario de su habitación, se sentó ante el tocador y se miró la mano.

“¿Milady? ¿Te has hecho daño?”

Le llevó un momento darse cuenta de que Faith estaba en la habitación. Guin extendió la mano y dejó que la criada le quitara el guante estropeado. “No, tuve que agarrarme de algo cuando el carruaje se sacudió, eso es todo”.

Esa sacudida había hecho más que desgarrar su guante, fue como si la hubieran sacado de la interminable rueda de pensamientos sobre el asesinato de Augustus, la muerte de Francis, y la hubiesen obligado a pensar en lo que acababa de hacer. No puedo fingir que no sucedió. Le propuse matrimonio a un hombre, casi como si le pidiera que fuera mi amante.

Ella había deseado algo más que ese cuerpo terso y elegante de espadachín, la protección de

esos hombros fuertes y la letal espada. Había deseado la amistad de Jared, había deseado reír con él, hablar con él de algo, de cualquier cosa, que no fuese la muerte.

Parecía que hacía mucho tiempo que no reía libremente, sin inhibiciones. Parecía que hacía mucho que no tenía un amigo con quien hablar de cualquier cosa, de cualquier tema. Y nunca se había acostado con un hombre íntegro y valiente.

La citación para presentarse a la investigación llegó a la mañana siguiente, junto con una nota del doctor Felbrigg que confirmaba que Augustus había muerto envenenado, que la fuente habían sido los dulces pero que con toda probabilidad el cianuro no había estado involucrado a pesar de la presencia de almendras, ni podía descartar otros venenos, como una fuerte droga medicinal en sobredosis.

Desmayarse no ayudaba, se dijo Guin y alisó el papel que su puño cerrado había arrugado. Llamaron a Tonkin, el criado de cámara, para que fuese el primero en descubrir el caso. Llamaron a Faith, a Twite y a todos los sirvientes, y a la señora Cutler, el ama de llaves. Y ella debía asistir, por supuesto. La investigación se llevaría a cabo al día siguiente en la taberna Caballo Blanco, el lugar más cercano con espacio suficiente.

Ya era hora de que se recuperara y comenzara a luchar. Ya habría tiempo para lamentarse y para enfadarse más tarde. Guin llamó a su mayordomo. —Twite, por favor, reúne al personal en el salón. A todos.

Entraron arrastrando los pies, sumisos e inquietos, hasta la criada de la cocina y Sammy, el mozo de la olla, y esperaron en silencio a que ella hablara.

“Algunos de ustedes han sido convocados a la investigación. Todo lo que quiero decirles es que deben decir exactamente lo que saben, sea lo que sea. Debemos llegar a la verdad y les pido que sean valientes en esto por el bien de Lord Northam y en su memoria. Si alguien no ha sido convocado pero cree que sabe algo que puede ser relevante, por favor asista y pida la palabra. ¿Alguien tiene alguna pregunta? ¿No? Entonces gracias. Señora Cutler, Twite, me gustaría hablar con ustedes, si se quedan”.

Esperaron, erguidos y dignos, mientras el resto del personal salía.

“Por favor, siéntense. El doctor Felbrigg dice que mi esposo fue envenenado. Me gustaría que ambos pensarán muy detenidamente sobre qué venenos y medicamentos tenemos en la casa, hagan una lista y luego hagan un inventario. ¿Falta algo, se ha tocado algo? Supongo que el forense les pedirá esa información y será de ayuda si pueden dársela con prontitud y precisión. Twite, ¿quién recibió la caja de dulces de Parmentier?

“Fue Thomas. Yo estaba abajo en ese momento. El chico de entrega habitual vino, se los entregó, Thomas me los mostró y luego los llevó a su sala de estar siguiendo mis instrucciones, milady”.

“Muy bien, gracias”. Maldición, el chico de siempre. Había estado esperando a un extraño, alguien que pudiera haber interceptado la entrega, pero ahora esa esperanza se había desvanecido. “Eso será todo”.

Cuando estuvo sola, Guin se sentó y le escribió una nota muy cuidadosa a Jared. En los términos más forzados, le informó sobre los hallazgos del médico y quién de la casa había sido convocado a la investigación, le explicó sobre su inventario de venenos y la llegada de la caja de dulces y la firmó Guinevere, condesa de Northam, con toda la debida formalidad.

Entonces llamó a Faith y se puso a preparar un atuendo para el día siguiente que combinara la elegancia propia de su posición social (y del rango de Augustus) con modestia y mesura.

—¿Joyas, milady?

—Sólo el azabache. No, recordémosles quién soy, pero sutilmente. ¿Los diamantes, te parece?

No, perlas, los pendientes con el azabache engastado en el centro y el collar de una sola hebra. De algún modo tenía que proyectar seguridad y, sin embargo, no arrogancia, dignidad pero no frialdad. Y se sentía muy sola. Muy, muy sola. Pobre, querido Augustus.

Se escuchó un golpecito en la puerta y Twite entró con una carta en una bandeja. —El criado del señor Hunt acaba de entregarla, milady.

La nota era tan formal como la que ella le había enviado a él. Jared le agradeció la información sobre la citación de la casa, estuvo de acuerdo en que era prudente hacer un inventario de venenos y confirmó que a él también le habían dicho que se presentara en el Caballo Blanco.

Soy su más respetuoso servidor, J Hunt, estaba firmado. Guin suspiró.

Luego, mientras volvía a doblar la carta, una hoja separada revoloteó. No había palabras en ella, simplemente un boceto rápido de un estoque y, empalado en él, una manzana. Una manzana con un pequeño mordisco.

Oh, hombre malvado. Hombre malvado, malvado. Entonces, ella había tentado a Adán en su Jardín del Edén, ¿no? Entonces Guin se estremeció, escuchando en su mente el susurro de las escamas, el susurro de un deslizamiento sobre las hojas. ¿Dónde estaba la serpiente?

La experiencia fue tan desagradable como Guin había esperado. Obviamente, la repetición no las hizo más fáciles. Escoltada por casi la mitad de su familia, no tuvo problemas para abrirse paso entre la multitud boquiabierta que se había reunido alrededor del Caballo Blanco para mirar y especular.

La investigación se estaba llevando a cabo en la sala que normalmente se utilizaba para las reuniones de los trabajadores locales, como el club Glee y los aficionados a las palomas, y tenía el aire de haber recibido una limpieza urgente e inesperada.

Se le dio un asiento en la primera fila frente a la mesa en la que se sentarían el forense y su secretario, con los bancos para el jurado a su izquierda frente a una silla para los testigos. El jurado, como era el procedimiento habitual, se encontraba con el forense inspeccionando el cuerpo.

Le había parecido un requisito extraño, pero le habían explicado antes de la investigación sobre Francis que el propósito de una investigación era establecer la identidad legal, así como la causa de la muerte y, si era por una agencia humana, indicar a quién consideraban responsable los jurados. Ver el cuerpo era, supuso, una precaución contra el fraude.

El doctor Felbrigg identificaría el cuerpo formalmente. Era más fácil pensar en el cuerpo, no en Augustus. La habitación estaba borrosa a través de su velo y se alegró del aire de irrealidad que daba. Le pidió a Twite que se sentara a un lado de ella y a la señora Cutler al otro, y el resto del personal se alineó detrás.

Todo pareció durar mucho tiempo y cuando terminó, estaba segura de que no avanzarían más. Alguien había asesinado a un querido anciano con malicia y deliberación. No había nada que pudiera hacer por Augustus ahora excepto enterrarlo con dignidad, atesorar su memoria y averiguar quién lo mató. Luego, ver que se hiciera justicia. Por lo que sentía por esa persona ahora, estaría feliz de ver que la justicia llegara a punta de la espada de Jared.

¿Dónde estaba Jared? No se atrevió a darse vuelta; además de todo lo demás, vería a la gente apiñada en la habitación detrás de ella si lo hacía. Luego se escuchó el sonido de más ingresos, de muchos murmullos y susurros y el tono seguro y claro del Duque de Calderbrook.

"Una silla para la duquesa, por favor. ¿La primera fila? Excelente, gracias. Y sillas para mí y el señor Hunt. Muchas gracias, señor".

Quienquiera que fuese el señor, se apresuraron a complacerlo. Con el rabillo del ojo vio unas faldas de un azul intenso y luego unas piernas largas con pantalones y arpilleras de color galleta

que pasaban por el espacio central entre las dos filas de sillas, seguidas por un par igualmente elegante de negro.

Cuando todos se acomodaron en sus lugares, el hombre que estaba más cerca de ella se inclinó sobre el pasillo. —Buenos días, Lady Northam.

Ahora, por fin, podía darse la vuelta. —Buenos días, Su Señoría. Su Señoría. —Intercambió una reverencia sentada con Sophie—. Buenos días, señor Hunt.

—Señora. Jared parecía completamente relajado, como si asistir a las investigaciones fuese un ritual diario bastante aburrido para él, pero sus ojos oscuros eran agudos y centrados. Después de una inclinación de cabeza cortés y seria, se volvió para mirar hacia delante.

El olor de una gran cantidad de personas, muchas de ellas mal lavadas y apiñadas en una cámara caliente, comenzó a hacerse desagradablemente evidente. Tras pasar diez minutos, el jurado entró, susurrando mientras se movían por los bancos y se acomodaban. Uno o dos parecían emocionados, varios otros estaban decididamente pálidos después de lo que probablemente era su primera visión cercana de un cadáver. El forense se sentó, con su secretario a su lado, y golpeó la mesa con un mazo.

“¡Silencio! Esta investigación sobre la muerte de Augustus Quenten, Vizconde Northam, es convocada ahora por mí, Edward Runcorn, forense de Westminster. El jurado ha prestado juramento y Nicholas Williams ha sido designado presidente, han visto el cuerpo y han escuchado cómo el doctor William Felbrigg lo identifica como Augustus, vizconde Northam. Llamo a Miles Tonkin, el primero en encontrarlo, al estrado”.

Tonkin ocupó su lugar en la silla situada frente al jurado, prestó juramento y se volvió serenamente para mirar al forense, quien le contó su testimonio sobre el intento de despertar a su amo y lo que había hecho cuando se dio cuenta de que estaba muerto. El secretario se puso a escribir afanosamente.

Twite fue llamado, su testimonio fue escueto y directo, y luego dijo: “Lady Northam, ¿sería tan amable de pasar al estrado?”.

Guin se acercó a la silla de los testigos, se retiró el velo, puso la mano sobre el Testamento y repitió el juramento. Se escuchó un murmullo entre los jurados y el sonido de gente que se movía, estirándose hacia delante, entre el público. El forense los miró con el ceño fruncido y se acomodaron.

Guin respondió en voz baja, con la mirada fija en el rostro del señor Runcorn. Contó cómo le habían informado de la muerte de su marido y lo que había hecho esa mañana. Reconoció que era viuda cuando se casó con Lord Northam y que sí, que había habido una diferencia de edad sustancial entre ellos.

—¿Y fue un matrimonio feliz? —preguntó el señor Runcorn.

—Creo que sí. Sin duda lo fue por mi parte. Lord Northam era un marido amable, considerado y generoso. En cuanto a él, me dijo que su motivo para casarse de nuevo era conseguir compañía. Espero haberle podido dar eso y una vida doméstica cómoda.

—¿Y su primer matrimonio fue breve?

—Trágicamente, sí. Mi primer esposo sufrió una caída desde una ventana. Lamento decir que había bebido alcohol.

Ella esperaba una indagación al respecto, pero, para su sorpresa, el señor Runcorn se limitó a tomar nota.

—Tengo entendido que Lord Northam había contratado recientemente a un señor Hunt como guardaespaldas para usted. ¿Por qué sucedió eso?

Guin explicó las circunstancias, interrumpidas varias veces por jadeos y susurros del público.

La víbora, en particular, causó un gran revuelo.

—¿Y ninguno de estos ataques logró causar daño real a nadie?

—Físicamente, no. Mentalmente, tanto mi marido como yo estábamos alarmados, ansiosos y desconcertados. Fue muy angustiante. Mi marido estaba convencido de que alguien estaba intentando matarme, por eso contrató al señor Hunt.

Eso causó suficiente alboroto para que el señor Runcorn amenazara con despejar la habitación si no conseguía silencio.

Cuando Guin pudo hacerse oír, añadió: “Como nos señaló el señor Hunt, estábamos demasiado cerca de la situación para verla con claridad. Como intentos de asesinato, los ataques no estaban enfocados y eran ineficaces y la intención parecía ser alarmarnos y perturbarnos en lugar de matar o mutilar. Una vez que se lo explicaron, estuvimos de acuerdo con eso, sin embargo, nos dejó tan confundidos y preocupados como antes.

“Esa era la situación inmediatamente antes... antes...” Descubrió que había perdido la voz, que la realidad de por qué estaba allí finalmente la había golpeado.

“Estaba en estado de shock”, pensó. Por eso estaba tan tranquila, por eso podía incluso... con Jared, podía... Buscó a tientas el pañuelo con borde negro que Faith le había puesto en la mano esa mañana.

“Señor, Lady Northam está en apuros, no puede continuar”. Era el Duque. Estaba de pie y Sophie se encontraba a su lado.

—Lady Northam aún no ha concluido su declaración, Su Señoría. Sin embargo, puede regresar a su asiento y recuperarse mientras escuchamos otros testimonios. El forense no parecía muy complacido, pero al menos le había dado un respiro.

Guin se dejó llevar de nuevo al asiento del duque junto a Sophie, que le sostenía las manos mientras el duque ocupaba su lugar al otro lado del pasillo, poniendo nerviosa a la señora Cutler al hacer una ligera reverencia. Se dio cuenta de que no estaba actuando en lo más mínimo, aunque Sophie, que estaba haciendo un espectáculo dándole palmaditas en las manos y ofreciéndole pañuelos, probablemente pensó que sí.

El doctor Felbrigg fue llamado al asiento de los testigos para que repitiera su identificación y divulgara los resultados de la autopsia.

—Respire lenta y profundamente, concéntrese en eso —murmuró Jared a su lado mientras la habitación comenzaba a desdibujarse en los bordes. ¿Cómo se había percatado de que se sentía débil? Ella se quedó tan quieta, tratando con todas sus fuerzas de no escuchar...

Guin hizo lo que le dijo y poco a poco las cosas volvieron a la normalidad y el doctor se levantó.

El resto de los sirvientes fueron interrogados por turno. Thomas contó cómo habían llegado los dulces y confirmó que el paquete estaba intacto y parecía normal. “No había nada malo que yo pudiera ver desde fuera, señor. Creo que me habría dado cuenta de algo extraño si lo hubiese habido”. Guin pensó que parecía nervioso y que su habitual acento cauteloso se le escapaba.

El gerente de la tienda de Parmentier, que parecía muy molesto ante cualquier sugerencia de que su empresa tenía la más mínima culpa en el asunto, testificó que el contenido de la caja era el mismo de siempre, una selección que evitaba el mazapán y los centros muy duros. Nadie, juró, podría haber tocado la caja hasta el momento en que salió de la tienda y el chico de los recados, que fue presentado para declarar, juró que no la había perdido de vista ni un instante.

La señora Cutler, impasible y segura de sí misma, estuvo de acuerdo en que tenían arsénico en la casa como veneno para ratas y que todo estaba documentado. Enumeró, con gran extensión y detalles abrumadores, todas las posibles sustancias nocivas o incluso ligeramente peligrosas que

había en el lugar y declaró que cada una estaba en su lugar correspondiente, debidamente guardada y en las cantidades esperadas. Su expresión, cuando se enfrentó al forense, sugería que cualquiera que sugiriera que la situación podría ser diferente en cualquier casa bajo su supervisión recibiría el filo de su lengua. —Tengo mis inventarios aquí, señor, por si desea examinarlos. —Señaló una pila de libros de contabilidad y un fajo de papeles.

—Gracias, no será necesario. Por ahora —añadió siniestramente—.

Llamo al señor Theo Quenten.

Theo parecía enfermo, pensó Guin. Y no era de extrañar. Su padre se estaba muriendo, su tío había sido asesinado y presumiblemente sus propias deudas y los problemas que le estaban causando tampoco habían desaparecido.

Ocupó la silla de testigos, sujetando su exquisito sombrero alto como si fuese un salvavidas. Pero posiblemente solo alguien que lo conociera bien notaría algo extraño, pensó. Había sombras oscuras bajo sus profundos ojos azules, su cabello rubio, habitualmente imaculado, parecía ligeramente despeinado, pero seguía siendo un joven atractivo. Su mirada se dirigió hacia ella y le dirigió una sonrisa tensa.

—Tengo entendido que visitó al difunto la mañana antes de su muerte, señor Quenten.

—Sí, señor. Acudí a hablar con él sobre mi padre, su hermano, cuya salud es precaria. También quería consultar a mi tío sobre una serie de asuntos.

—¿Era usted cercano?

—Me gusta pensar que sí. Yo quería mucho al tío Augustus y él siempre tenía tiempo para mí.

“¿Vio u escuchó algo fuera de lo normal durante su visita?”

“No, señor.”

“¿Fue directamente a su reunión con Lord Northam y luego salió de la casa?”

“Yo, eh...” La mirada de Theo se desvió hacia los testigos que esperaban de nuevo y luego hacia atrás como si estuviera buscando ver si alguien lo contradecía. “No. Tuve que esperar quizás media hora antes de que pudiera recibirme. Quizás un poco más. Me fui inmediatamente después de nuestra reunión.”

“¿Y dónde esperó? ¿Había alguien con usted?”

“Estaba solo en la biblioteca.”

“Muy bien, puede retirarse. Lady Northam, ¿puede regresar a la silla de testigos?”

Capítulo Doce – Donde se Alcanza un Veredicto

—Sí, señor. —Guin se percató de que se mantenía bastante firme sobre sus pies, aunque el Duque se acercó a ofrecerle el brazo como si de una inválida se tratara. No era Jared, se dio cuenta, aunque había sentido que instintivamente se preparaba para levantarse. Sólo deseaba sentirse en control de sus reacciones y acciones como él.

El forense le explicó todos los aspectos de la caja de dulces con todo lujo de detalles. Lo que le gustaba y lo que no, cuánto tiempo hacía que los recibía, quién sabía de ellos, por qué no le gustaba el mazapán.

—Simplemente no lo encuentro de mi gusto, señor. Es demasiado dulce. Empalagoso.

—¿Y sin embargo, usted come otras cosas dulces? ¿Ha establecido su aversión al mazapán desde el principio?

—Bueno, sí, señor. Al menos, nunca comí esos cuando estaban en una caja, y el cocinero sabe que no debe usarlos en pasteles. ¿A qué demonios quería llegar o establecer?

—No le dije a Parmentier que los omitiera hasta que el doctor Felbrigg me advirtió que debía reducir los dulces que comía mi marido. Antes de eso, Augustus solía servirse bombones de mi caja. Eran los que más disfrutaba, así que le resultaron los más tentadores una vez que le aconsejaron que evitara los dulces por su salud.

—¿Puede informar al tribunal en qué situación la deja el testamento de su marido, Lady Northam?

Guin repasó las disposiciones. —Creo que lo he entendido bien. Mi abogado, que está aquí, me corregirá si me equivoco.

El señor Foster se puso de pie, la imagen perfecta de un abogado de familia solemne, con el pelo rojo peinado con pomada para someterlo. —Puedo confirmar que, aunque Lady Northam ha quedado muy bien provista, no podrá disfrutar del nivel de vida al que se había acostumbrado y que todo el apoyo financiero cesará si se vuelve a casar.

Se sentó de nuevo y Guin, a pesar de todo, tuvo que ocultar una sonrisa.

Bendito sea, pensó. *Me ha dejado claro que no podría haber querido que Augustus muriera por el dinero, al menos.*

“Lord Northam era mucho mayor que usted. En el curso natural de los acontecimientos, se esperaba que muriera antes que usted por muchos años. ¿Hay algún caballero con aspiraciones a, digamos, apoyarla en ese caso, Lady Northam?”

Guin lo miró sin comprender por un momento y luego se dio cuenta de lo que le estaba preguntando. “¿Tengo amantes? ¿Es eso lo que quiere usted decir, señor?” Se puso de pie, temblando más por indignación que por otra cosa. “Absolutamente no. No”.

El Duque también se puso de pie, pero el señor Runcorn los miró a ambos con el ceño fruncido por encima de sus gafas. “La pregunta debe hacerse. Su respuesta está anotada. Por favor, vuelvan a sus asientos”.

Hubo algunas preguntas inocuas para aclarar los arreglos domésticos y se le permitió volver a su lugar.

El señor Runcorn tomó las notas del secretario, las barajó, las miró y luego se las devolvió antes de volverse para mirar al jurado. “Usted ha visto el cuerpo y ha escuchado que se lo identifica como el de Augustus Quenten, vizconde Northam. Ha escuchado la declaración del doctor Felbrigg, apoyada por la de su colega, el doctor Strang, de que murió tras ingerir un

veneno, aún no identificado, que estaba contenido en uno o más dulces de mazapán de una caja en la sala de estar de su señoría. Ha escuchado que esos dulces eran un pedido regular y que Lady Northam no comía mazapán...”

Continuó, resumiendo y organizando la evidencia sin recurrir a las notas, y Guin se encontró admirando a regañadientes su intelecto y su comprensión del material hasta que la devolvió a la realidad relatando secamente los ataques contra ella y su propia declaración.

“Hemos establecido que los ataques contra Lady Northam fueron ineptos como intentos de asesinato. Por lo tanto, ahora debe retirarse y decidir cuatro cosas. En primer lugar, ¿está de acuerdo en que el fallecido es Augustus Quenten? En segundo lugar, ¿cómo descubre que encontró la muerte? Si fue por envenenamiento, dígallo. Si, por el contrario, no está seguro de los medios, debe indicarlo. En tercer lugar, ¿considera que se trató de una muerte accidental, un homicidio o un asesinato? Y si se trató de un homicidio o un asesinato, ¿identifica a alguna persona o personas como responsables del hecho acaecido?

Cuando Guin se levantó, también lo hicieron todos los que se encontraban en la primera fila, intercambiando asientos hasta que estuvo sentada entre Sophie y la señora Cutler. Vio que el jurado la miraba mientras salían y se dio cuenta de que los movimientos de las otras mujeres habían sido bastante deliberados, no solo para brindarle apoyo femenino, sino para eliminar cualquier posible impresión de que Jared Hunt era alguien a quien ella podría recurrir en busca de consuelo.

Esa pregunta sobre los amantes. La calurosa y sofocante sala se sintió repentinamente muy fría. Si esos doce completos desconocidos pensaban que ella había asesinado a su anciano marido, entonces se enfrentaría a un jurado diferente, a un juicio por su vida.

El tiempo transcurrió lentamente. El reloj dio las tres y los espectadores parecían contener la respiración. ¿Qué podría estar demorando tanto al jurado? No la identificación, ni la causa de la muerte y, seguramente, no la cuestión de si podría ser accidental.

Asesinato por...

Se cerró una puerta. El secretario regresó al tribunal seguido por el forense y luego, finalmente, entró el jurado. Parecían estar mirando a cualquier lado menos a ella, ya que todos, excepto el presidente, se sentaron. Había escuchado a un invitado a la cena, un abogado, comentar una vez que el jurado nunca miraba al prisionero cuando regresaba al tribunal si tenía un veredicto de culpabilidad por un delito capital.

Me van a acusar. Debo estar tranquila, no me asustaré. Van a...

“¿Han alcanzado una decisión?”

—Sí, señor. —Entonces, informe al tribunal. ¿Quién cree que era el fallecido?

—Augustus Quenten, vizconde de Northam, señor.

—¿Y la causa de la muerte?

—Envenenamiento deliberado mediante dulces de mazapán que habían sido manipulados, maliciosamente, con algún veneno que se desconoce.

—¿Considera, entonces, que esto es asesinato? —La voz del señor Runcorn era fría y precisa y estaba a mil millas de distancia—. ¿No un envenenamiento accidental?

—Sí, señor. Asesinato.

Tomó nota. —¿Y encuentra a alguna persona o personas responsables de este crimen atroz?

Mis dulces. Mis supuestos amantes. Mi primer marido muerto...

Guin levantó la cabeza y miró fijamente al presidente del jurado. No iba a derrumbarse, no iba a dar espectáculo gritando, llorando o desmayándose. Ella era la vizcondesa Northam y Augustus esperaba que se comportara con dignidad y coraje, incluso en los escalones de la horca.

Los labios del hombre se movieron. Estaba hablando, pero ella no podía oír nada. Nada más que el latido de su corazón, el susurro del aire a través de sus pulmones. Nada.

—No lo sabemos, señor. Es un verdadero misterio para todos nosotros. Tenemos que estar de acuerdo en decir que la persona o personas son desconocidas. El presidente hizo una rápida reverencia al forense y se sentó mientras el tribunal estallaba en conversaciones y especulaciones.

Jared dejó escapar el aliento que parecía haber estado conteniendo desde que el jurado volvió a entrar y miró a Guinevere, completamente blanca e inmóvil como la estatua de mármol a la que se parecía. Se había mantenido notablemente bien, hasta ahora. Demasiado bien, probablemente. Necesitaba dar rienda suelta a sus sentimientos, pero no allí.

Se dirigió al empleado que estaba completando los detalles en un formulario impreso. —¿Habrá aquí alguna salida trasera? Lady Northam ya ha aguantado más de lo que podía soportar sin tener que abrirse paso entre esa multitud.

El hombre levantó la vista, miró a Guinevere y luego a la multitud que se agolpaba alrededor de la puerta y se puso de pie.

—Traiga a la dama conmigo, señor. Por esta puerta de atrás.

Jared se paró justo frente a ella antes de que sus ojos se centraran en él.

—Ven conmigo.

Le tendió la mano y ella la tomó como si estuviera en trance, dejó que la colocara sobre su brazo y luego la acompañó hasta la puerta más alejada y a través del destantalado vestíbulo que había detrás. Bajaron unas escaleras y él las tomó, sin esperar a hablar, concentrado solo en sacarla de allí y llevarla a salvo a casa.

Un coche de alquiler se encontraba parado casi afuera de la puerta, detenido por la presión del tráfico en Piccadilly y abrió la puerta, casi empujó a Guinevere adentro y le dio la dirección al conductor.

—Lo siento por este coche de alquiler —se disculpó mientras se sentaba a su lado—. Pero no deseaba esperar a su propio carruaje. Ya hay demasiada gente alrededor de la entrada. Bajó la persiana de ese lado cuando finalmente entraron en la calle principal.

—¿Adónde vamos? —Sonaba como si hablar fuera un ejercicio de fuerza de voluntad, las palabras una frase en un idioma extranjero.

—A casa, por supuesto. Tu casa. ¿Guinevere? —Giró en el asiento para mirarla—. ¿Adónde creías que íbamos?

—Pensé... ¿a la cárcel? No pude escuchar lo que dijo ese hombre y luego todos... tú, el Duque y Sophie, todos parecían tan extraños.

—Intentábamos no parecer aliviados —y, en consecuencia, habíamos conseguido lucir sombríos, debía estar enloqueciendo de terror—. Encontraron un asesinato cometido por una o varias personas desconocidas, Guinevere.

No habló, simplemente se volvió hacia él, le rodeó el cuello con los brazos, hundió la cara en su pañuelo y se estremeció.

—Está bien. Ahora, está bien. Se sentó y la mecía, incómodo e inseguro. Nunca había visto a una mujer recurrir a él en busca de consuelo de esa manera. No era sexual, ni mucho menos, pero la intensidad de su abrazo sobre él, el temblor que la recorrió, era tan físico, tan poderoso, como cualquier encuentro carnal que hubiese experimentado.

Estaba acostumbrado a las emociones masculinas, a la desesperación, el miedo y el coraje masculinos. Sabía cómo responder a ellas, cómo apoyar a sus amigos, animarlos o condolerse. No tenía la menor idea de qué hacer con una mujer que lo necesitaba así, como un salvavidas que

la apartaba del abismo.

Jared bajó la ventanilla y se asomó hacia afuera todo lo que pudo, abrazando a Guinevere. — Sigue conduciendo, por los parques, por donde sea. Te diré cuándo volver.

Se escuchó un gruñido de reconocimiento por parte del conductor y Jared volvió a subir la ventanilla, luego soltó los brazos de Guinevere de su cuello, la sacudió y le levantó la cara hasta que casi estaban nariz con nariz. —No. Vas. A. Claudicar.

Ella respiró profundamente, estremeciéndose, y sus ojos perdieron la mirada vacía que tanto le había preocupado. —¿No?

—No. Y descubriremos quién hizo esto y se enfrentará a la justicia.

—Estaba tan segura de que pensarían que fui yo. Tan segura. Le debo algo al destino, ¿sabes? añadió, con la voz todavía inestable.

—Tonterías.

¿De qué demonios hablas? —No mataste a tu marido, no le debes nada al destino. ¿Crees que alguna fuerza cósmica te exigirá un pago por un matrimonio por encima de tu posición, unos años de comodidad, un título?

—Lo siento. —Guinevere se apartó de él y él la soltó, la pérdida de contacto era tan tangible como la sensación cuando dejaba una espada después de una pelea—. Creo que estoy muy nerviosa. Hablando tonterías. No he estado durmiendo bien. Lo extraño tanto y estoy tan molesta... ¿Cómo alguien podría hacerle eso?

Rebuscó en su bolso y sacó un pañuelo con borde negro, se sonó la nariz enérgicamente, aunque no había estado llorando. —¿Qué hacemos?

—Me voy a Yorkshire. Ahí es donde empezó todo, ¿no?

—Supongo que sí. De alguna manera nunca lo vi así, pero fue porque nada había sido normal y tranquilo durante tanto tiempo: conocer a Francis, fugarse, su muerte y todo lo que sucedió después. Había estado casada con Augustus durante poco más de dieciocho meses y apenas me había acostumbrado al matrimonio, a sentirme segura, cuando comenzaron esos extraños ataques.

Se había sentido segura cuando se casó. Era una palabra extraña de usar, como si se hubiera sentido insegura antes de eso. Jared la guardó en su mente junto con todos los demás sucesos extraños e inconsistencias de este problema.

—Cuéntame más sobre Theo Quenten. ¿Estaba diciendo la verdad ahora mismo?

—¿Te diste cuenta de eso? No, por supuesto que no. Había venido a pedirle a mi esposo que pagara sus deudas nuevamente, aunque se había negado la semana anterior. Supongo que Augustus habría cedido al final. No hubiera querido que su hermano descubriera que Theo se había metido en problemas nuevamente.

—¿Qué tipo de problemas?

—Cartas, mujeres, caballos. Theo no es cruel, estoy segura, solo joven y malcriado. Necesita madurar, porque se convertirá en vizconde dentro de poco, pero es un buen joven de corazón.

—¿No estaría tan desesperado como para intentar acelerar el proceso de herencia?

—¡No! No... Creo que es demasiado inteligente para eso. Y demasiado aficionado a Augustus, de verdad, no sólo como un tío indulgente que paga sus cuentas. Y seguramente no habría tenido oportunidad de añadir esos dulces de mazapán envenenados a la caja.

Jared pensó que podría hacerlo si supiera que se hacía entregas regulares. Y no estaba muy seguro de permanecer en la biblioteca ese día. Me pregunto hasta qué punto se comportaba con docilidad en esa casa. A Guin parecía gustarle y confiar en él, lo que era un punto a su favor. A menos que ella tuviera otros sentimientos por él. Es un joven apuesto y de su misma edad.

No, él la había creído cuando le había dicho que había sido fiel a su marido. Pero, aun así, pondría a Dover a investigar al joven.

Jared bajó la ventanilla de nuevo y llamó al conductor para que se dirigiera a la calle Clarges.

—Decídase, jefe —replicó el hombre—. De todos modos, es su dinero. Hizo restallar el látigo y el coche de alquiler giró a la izquierda.

—Iré con usted, si me lo permite, para obtener todos los detalles posibles y una nota suya para el ama de llaves, o quien esté a cargo de Allerton Grange, para que coopere conmigo y responda a las preguntas.

—Eso no será necesario. Guinevere parecía estar cambiando ante sus ojos, sus hombros estaban hacia atrás, su barbilla levantada, su voz tranquila. —Iré contigo.

—No sería una buena idea. —Por mucho que quisiera que lo hicieras.

—Jared, encuentro, más que nada, que estoy enojada. Más que enojada. Furiosa. No voy a quedarme en casa, cubriéndome con ropas de viuda y retorciéndome las manos mientras tú cazas a este... este... ¡Oh, no conozco una palabra lo suficientemente nefasta para ellos!

Jared no iba a decirle una, aunque podía pensar en varias. Se preguntaba por qué no tenía ningún problema en afirmarse ante los hombres y, sin embargo, una palabra suya era suficiente, aparentemente, para hacer que Guinevere tomara exactamente la dirección opuesta a la que él quería que tomara.

—Tu reputación...

—Al fuego con mi reputación. Mientras nadie decida colgarme por ello, ya no me importa —espetó. —La investigación judicial fue un infierno, y sin el apoyo de usted, de Sophie y del duque, y el personal tan leal y sensato, habría sido una pesadilla aún mayor. Es hora de que me defienda. Voy a conseguir justicia para Augustus y voy a castigar a quien sea que nos haya estado torturando durante semanas.

—Muy bien. Era una adulta, parecía haberse recuperado del shock del asesinato, aunque todavía estaba afligida y angustiada. Si quería ir a Yorkshire, entonces él difícilmente podría impedirselo. Jared miró de reojo a su propia conciencia. ¿Había decidido eso simplemente porque quería estar con ella? No. Probablemente no. Esperaba que no. En cuanto a la atracción que había surgido entre ellos en su apartamento, bueno, eso era sin duda el resultado de lo desorientada y molesta que había estado Guinevere. No había sido real por su parte y estaba segura de que esperaba y rezaba para que él se hubiese olvidado por completo de eso.

Por desgracia, tengo una memoria excelente.

¿De dónde había surgido esa oleada de ira, de energía combativa? Guin descubrió que apenas podía permanecer quieta mientras el carruaje de alquiler regresaba a la calle Clarges. No obstante, una mirada al rostro inexpresivo de Jared fue suficiente para hacerla bajar a tierra. No estaba contento con eso, aunque tenía el sentido común de saber que difícilmente podría impedir que ella viajara a Allerton Grange si lo deseaba. Pero no quería que lo acompañara. Lo que significaba, supuso, que no la quería y que había pensado mejor en su respuesta a su demencial estallido de franqueza en su apartamento.

—No hay necesidad de temer a que espere algo más que su escolta —dijo Guin con firmeza—. Creo que no fui yo misma el otro día en tus aposentos. Estaba en shock. Sé que puedo confiar en que olvidará lo que dijo. Ahí estaba, eso fue directo, asertivo y claro.

Algo cambió en la expresión de Jared, pero ella no pudo interpretarlo. —Eso debería hacer que el viaje sea considerablemente más tranquilo —dijo.

Y de pronto se percató de que él se divertía y, posiblemente, más que un poco aliviado. Pero no se reía de ella, sino de lo que fuese que había entre ellos, esa extraña relación en la que se

habían visto obligados.

—Eso pensé —dijo ella con calma—. Puedo decir que valoras la tranquilidad.

—Por encima de todo —respondió Jared, y ahora podía ver que se mordía el interior de la mejilla para no sonreír—. Lucho por ella constantemente. No hay nada que me guste más que una agradable y aburrida tranquilidad.

—Puedo imaginarlo —asintió ella solemnemente, luego recordó que había más en su vida que descubrir quién estaba atacando a Lord y Lady Northam—. Pero ¿qué ocurrirá con tu salle d'armes y tu nuevo apartamento?

Jared se encogió de hombros. —Acepté el encargo de tu marido sabiendo que tendría un efecto en eso. No hay nada que mi nuevo sirviente no pueda manejar día a día durante las próximas dos semanas.

—Pero cuando aceptaste ayudarnos no pensaste que te iba a sacar de Londres, ¿verdad? No, pensé que no —dijo cuando él hizo un gesto despectivo con una mano—. No puedo permitir que pierdas dinero por esto. Naturalmente, cubriré todos tus gastos y duplicaré lo que Augustus ya te ha pagado.

La diversión se desvaneció como el repentino quemado del cabello bajo unas tenacillas rizadoras demasiado calientes. —Lord Northam me ha pagado más que adecuadamente por este encargo. No aceptaré más de ti.

—Tienes que ganarte la vida. No espero que mi médico o mi abogado trabajen gratis, que renuncien a los gastos, simplemente porque soy una mujer, porque sienten lástima por mí —protestó y vio tan pronto como habló que había dicho algo completamente incorrecto. Ahora herido su orgullo, pensó. Maldición.

“Tampoco espero que mis amigos se queden sin dinero por ayudarme”, añadió, rezando para que él no notara la más mínima vacilación entre las dos declaraciones.

“Entonces creo que será mejor que quede claro quién soy exactamente, Lady Northam. Soy el agente de su difunto esposo, pagado por él, responsable del acuerdo que hice con él. No soy abogado, ni médico. Soy un espadachín, un guardaespaldas. Soy, si es necesario, la muerte de cualquiera que intente hacerle daño. Tampoco soy su amigo ni —acabamos de acordarlo con mucha sensatez— su amante. Usted es una vizcondesa, yo soy un hombre contratado. Los albaceas llevarán un registro de mis gastos. Nada más”.

Capítulo Trece – Donde el Camino Conduce al Norte

Era complicado saber qué hacer tras de la declaración de Jared. Si hubiera sonado amargado, herido o enojado, ella podría haberlo manejado mejor, como lo haría después de una discusión con un amigo. Pero esa declaración tan completa, pronunciada en un tono perfectamente agradable, Guin no tenía ni la menor idea de cómo manejarla. O cómo sentirse al respecto.

Por suerte, el carruaje se detuvo repentinamente y vio que se encontraban ya frente a su propia puerta principal. "¿Cuándo piensas irte?", preguntó.

"Inmediatamente", dijo Jared. Se bajó, le tendió una mano para tranquilizarla y pagó al conductor. "No creo que deba demorarme más. Ya ves por qué es imposible que vengas también", agregó mientras Twite les abría la puerta principal.

"De ninguna manera. ¿Por qué querría quedarme en Londres o ir a Dorset, ya que estoy en eso? Tendré tiempo más que suficiente para acostumbrarme a la mansión Dower en el futuro. Sin embargo, no quiero comenzar ahora. Puede retrasar su partida hasta después del funeral, o puedes seguir adelante y yo te seguiré. Ella se encogió de hombros. —Me da igual.

—El señor Foster se encuentra en el estudio de su señoría, milady. Twite se las arreglaba para parecer que no había ninguna pelea latente bajo sus narices.

—No voy a permitir que viaje sola por todo el país, lady Northam —dijo Jared, mientras ella abría la boca para responder—. Hay un asesino suelto.

—Muy bien, señor Hunt. Le escribiré cuando se hayan ultimado los detalles del funeral y pueda proporcionarme su escolta. Ella había conseguido exactamente lo que quería y él lo sabía.

Esos ojos melancólicos se entrecerraron y por un segundo supo cómo sería enfrentarse a él con una espada desenvainada. Luego las comisuras se arrugaron en líneas de risa, aunque su expresión permaneció perfectamente respetuosa. Sabía lo que ella quería, sabía que quería su escolta y se sintió aliviado de que la hubiese aceptado.

En serio, me pregunto por qué me molesto en hablar, parece que puede leer mi mente.

—Gracias, señor Hunt. —Guin le tendió la mano, sin querer discutir ni bromear—. Gracias por apoyarme hoy y gracias por continuar con este horrible asunto.

Jared tomó su mano, sus largos dedos envolviendo los de ella. Fue un esfuerzo consciente no aferrarse. La reacción estaba volviéndose a instalar.

—No puedo decir que es un placer, Lady Northam, porque ¿cómo podría serlo, en estas circunstancias? Pero es un honor para mí servirla. —Hizo una reverencia, algo propio de un maestro de espadas en esa formalidad, y se retiró.

Jared caminó de regreso a la calle Great Ryder pensando solo en practicidades, permitiendo que su mente se despejara después de la tensión del día. Sabía que ella estaba de duelo, por supuesto, pero Guinevere había estado tan tensa como un resorte sobre tensado y se maldijo a sí mismo por no darse cuenta de lo asustada que había estado.

Se percató de que no tenía entrenamiento ni experiencia en comprender a las mujeres bajo presión. Podía leer el estado de ánimo de un hombre a partir de una miríada de pequeños indicios, los ojos, las manos, la mirada fugaz, la postura misma, pero a una dama se la preparaba desde su nacimiento para presentar una fachada de tranquilidad y no mostrar emociones indecorosas o traicioneras.

Las mujeres y el sexo, sí, lo entendía. Mujeres peligrosas, mujeres alegres, mujeres enfadadas... todo ello entraba dentro de su campo de experiencia. Pero las mujeres, eso sí era otro asunto. La única con la que había estado realmente cerca desde que se había ido de casa era Sophie, y su atención se centraba casi por completo en Cal. Había estado con la primera esposa de Cal, por supuesto, pero había sido la hija de un comerciante de Boston y no había sido criada con el grado de represión que parecía ser normal para una dama inglesa.

Iba a mitad de camino de la puerta de la salle cuando recordó lo poco que sabía sobre Guinevere. Se había casado con un vizconde, su padre había sido baronet y su apellido de soltera era Holroyd. Eso era lo primero que debía comprobar. Luego puso a Dover tras la pista de las fechorías del señor Theo Quenten y, mientras lo hacía, Jared estudiaría los mapas de Yorkshire, se familiarizaría con el condado de su nacimiento, se acostumbraría a poner un pie en un lugar al que había jurado no volver nunca más.

El funeral sería en cinco días. El duque de Calderbrook había enviado a su secretario confidencial, George Prescott, el tercer hijo de Lord Warnley, para que ayudara con todos los preparativos.

Para gran alivio de Guin, trató con el empresario de pompas fúnebres y tomó las interminables decisiones sobre las cosas que el hombre parecía considerar esenciales: la calidad de los clavos de latón que sujetaban la cubierta de bayeta del ataúd, la altura de las plumas de los caballos, el número de mudos que caminarían delante y detrás del coche fúnebre, el grosor exacto de las tarjetas que se enviarían. Parecía interminable.

—Déjeme todo a mí, Lady Northam. Supongo que lo que busca es dignidad, calidad y buen gusto, más que pompa y ostentación. —Era una afirmación, no una pregunta, y se dio cuenta de que, como Jared, él había examinado sus habitaciones y había emitido un juicio.

—Exactamente —dijo Guin y se dedicó a ordenar el luto, escribir cartas y pasar tiempo con Lucinda y Susan, las hijas de Augustus, y sus familias.

Era realmente agotador, pero les estaba agradecida porque demostraba la solidaridad familiar con ella (estaba bastante segura de que el forense se mantenía bien informado sobre quién llamaba) y consolar a los demás le impedía ceder a su propio dolor y miedo.

Eso funcionaba durante el día y la noche, pero en la cama por la noche lloraba por el amable anciano que la había rescatado y, admitió en las frías horas antes del amanecer, por ella misma.

Jared la visitaba todos los días, hablaba con los sirvientes y con el señor Prescott, hacía preguntas educadas y formales sobre su bienestar y envolvía a la casa en un estrecho círculo de protección.

Para su enorme alivio, no hizo ninguna referencia a aquella tarde en sus habitaciones. Era un hombre sofisticado, se dijo Guin, uno que no tendría ningún problema en admitir su atracción por una mujer y luego seguir adelante, completamente impasible, porque era inadecuado e imprudente. Debería intentar ser igualmente sofisticada y no permitirse imaginar ni por un momento cómo sería si alguna vez no fuera inadecuado e imprudente.

El día del funeral pasó de alguna manera. Los relojes de todas las habitaciones le mostraban que el tiempo avanzaba con normalidad y no, como aparentaba, marcha atrás. Guin sólo intercambió cinco palabras con Jared, la única figura que no parecía fuera de lugar entre los dolientes, familiar con su negro ala de cuervo.

“¿Pasado mañana?”, preguntó.

“Sí”.

Se giró, consciente de su advertencia sobre que sus nombres estaban relacionados, y encontró a Theo a su lado.

—¿Adónde va? —preguntó.

Guin pensó que estaba tan pálido como ella—. Yorkshire, Allerton Grange. Allí es donde empezó todo. Iba a visitar a tu padre mañana, si está lo suficientemente bien para recibir visitas. No lo he visto desde el día que volvimos a la ciudad.

Theo negó con la cabeza. —No vayas, Guin. Solo te angustiarías y él no te reconocería. Los médicos lo mantienen fuertemente sedado ahora debido al dolor. No nos reconoce a ninguno. Su rostro estaba sombrío. —Al menos se ha salvado de las noticias sobre su hermano.

—Lo siento mucho. Guin puso su mano sobre su brazo y lo atrajo hacia abajo para que se sentara a su lado en el sofá. —¿Creen que pasará...?

—¿Mucho tiempo? —Se pasó ambas manos por el cabello y Guin pensó en todo lo que había envejecido en las últimas semanas. Ese ya no era el joven irresponsable y descuidado. La muerte de Augustus y la enfermedad de su propio padre lo habían despejado. A menos que fuese la culpa lo que lo agobiaba.

Se dijo a sí misma que eso era una tontería. Theo tenía mucho que ganar, pero todo lo que debía hacer era esperar a que la naturaleza continuara su curso con los dos hombres mayores. Arriesgarse a cometer un asesinato sería descabellado y, aunque era impulsivo, seguramente un impulso no duraría lo suficiente como para planear semejante crimen.

—Dicen semanas en lugar de días —continuó, aparentemente ajeno a sus pensamientos melancólicos—. Me siento tan impotente. Esas malditas drogas son tan fuertes que no sabe quién está allí con él. No quiero dejarlo ir, perderlo, pero uno no permitiría tampoco que un caballo o un perro sufrieran así.

—No —dijo Guin, observando su rostro—. No me mires con esa pregunta en tus ojos, Guin. Como si pudiera... como si alguna vez pudiera. Ya es bastante malo perder al tío Augustus. Ese maldito forense envió un mensajero, si puedes creerlo. Quería detalles de mi encuentro con el tío Augustus, qué hice mientras esperaba, a qué parte de la casa fui, quién me vio.

—Pero eso es terrible. Y lo era: en el momento en que pensó en las sospechas del forense, su propia inquietud le pareció ridícula. Le agradaba Theo, por el amor a la bondad.

—Por dos peniques iría contigo a Yorkshire, para lo que me sirve quedarme aquí.

—Parecería que estás huyendo.

—Sí, supongo que sí. Y no puedo dejar a mi padre.

Enderezó la espalda, con la mandíbula firme.

—Pronto seré el cabeza de familia, será mejor que empiece a comportarme como tal. El tío Augustus tenía razón, he estado pudriendo mi cerebro con la bebida y... bueno, la bebida, de todos modos. ¿Me reconocerás cuando me haya reformado, Guin?

—Lo dudo —bromeó ella, preguntándose cuál sería la mejor manera de ayudarlo. Su madre había fallecido poco después de su nacimiento, no tenía hermanas. *Tal vez debería buscarle una esposa, pensó, qué persona de mediana edad al dedicarme a buscar pareja.*

—¿Y qué puedo hacer con ese mensajero de la calle Bow que ha estado acosando a Theo? —preguntó retóricamente dos días después, cuando el carruaje partió de Hatfield. Se habían detenido allí por segunda vez para cambiar de caballos, a treinta kilómetros de Londres.

—¡Nada! Ninguno de los sirvientes vio a Theo mientras esperaba para hablar con Augustus y, desgraciadamente, conoce la casa al dedillo. Y sabe lo de los dulces y cuándo se entregan porque ha hurtado sus favoritos de la caja con bastante frecuencia. Llevaba varios kilómetros preocupándose en voz alta por Theo y pensó que lo mejor era cambiar de tema o Jared pensaría que estaba obsesionada con su sobrino político.

Sin embargo, había estado escuchando con bastante atención, incluso haciendo alguna que otra

anotación en su siniestra libreta negra. —¿Dices que su padre está muy sedado?

—Sí, le pregunté al doctor Felbrigg al respecto, porque me preocupaba mucho que el pobre hombre estuviese sufriendo, pero dice que será algo muy fuerte que no se recetaría a nadie que no estuviera ya muriendo, así que sólo puedo confiar en que sea efectivo.

—Hmmm. —Jared tomó otra nota y guardó el libro.

—¿Qué quieres decir con hmmm?

—¿No sabrás exactamente qué sedante es, por casualidad? La autopsia no identificó el veneno en esos dulces, pero me pregunto si estaban buscando algún brebaje de farmacéutico.

—No, no lo sé y no creo ni por un momento que Theo hiciera algo así —dijo Guin con vehemencia. Por supuesto que lo había hecho, se lo recordó su conciencia. Había sospechado, se había preguntado, y ahora estaba avergonzada. —Si lo están investigando, ¿no pensarán en volver a hacer pruebas?

—Si hay suficiente para hacerlo. Sólo quedaba una bola de mazapán y, perdón por mi franqueza, sólo se pueden conservar muestras de otros materiales durante un tiempo determinado. Además, no tienen pruebas que identifiquen con certeza cada droga o veneno.

Tres horas después, continuaban viajando a paso firme hacia el norte. Debería haber sido un alivio alejarse de Londres, estar fuera de casa y tener el estímulo de viajar y cambiar de escenario, y en cierto modo lo fue. Pero encontrándose encerrada en un carruaje cerrado con Jared cuando Faith estaba allí para escuchar cada palabra, era una tensión que Guin no había previsto. No era que supiera de qué habría hablado si hubiese estado libre. Cualquier referencia a la conciencia que surgió entre ellos era imposible, habían acordado eso días atrás. Esperaba que Jared creyera que había sido una aberración de su parte provocada por la conmoción y el miedo, aunque sabía que no lo era. No era una aberración, no, un deseo instintivo de contacto humano, simplemente el deseo de ese hombre.

No es que hubiese nada simple en el deseo. ¿Por qué la precisa curva exterior de una oreja, la forma en que un mechón de pelo se le caía sobre el cuello al soltarse de la coleta, la postura de sus hombros mientras se relajaba en el rincón, le hacían jadear y le tartamudeaba el pulso? Jared no la había tocado, apenas le había hablado en toda la mañana.

Incluso durante el almuerzo en Baldock, ella bien pudo haber sido una desconocida que conoció por casualidad en el camino y con la que se vio obligado a compartir mesa, salvo que Jared nunca se relajaba del todo, nunca dejaba de observarla, pensar, protegerla.

—¿Qué distancia piensas recorrer hoy? —preguntó Guin. Había dejado la planificación y los preparativos por completo en manos de Jared, demasiado cansada después del funeral para siquiera pensar en los detalles del viaje.

—A Stilton y al Bell Inn —respondió él, volviéndose para mirarla más de cerca—. Otras dos, dos horas y media.

Quiero parar ahora, pensó, sonando para sí misma como una niña malhumorada y mareada. Estoy tan cansada.

Para alivio de Jared, Guinevere tomó el libro del asiento que estaba a su lado y comenzó a leer. Había algo en la atmósfera del carruaje que los estaba poniendo tensos a ambos. Guinevere se movió en su asiento, poniéndose cómoda en la esquina mientras se sumergía en su novela. Jared se movió hacia el lado opuesto y se inclinó hacia afuera de la ventana para ver el camino detrás de ellos. Nadie los seguía, o si lo hacían, se mantenían a una distancia segura. Pero en el funeral, Guin no había ocultado a dónde iba y cualquiera podría haber salido y encontrarse delante de ellos a esas alturas.

Se reclinó y dejó que su mente se concentrara en la situación. No había habido más ataques

contra Guinevere. ¿Eso significaba que su enemigo estaba satisfecho con la muerte del vizconde, fueran o no responsables de ella, o estaban esperando el momento oportuno para atacar de nuevo? ¿Y había dos enemigos o uno? Se preguntó sobre Theo Quenten, el joven libertino que dirigía la casa, con fácil acceso a una droga poderosa y motivo para acelerar la muerte de su tío.

Pero Theo y Guinevere parecían realmente quererse de una manera perfectamente inofensiva y no parecía haber ninguna razón para que él estuviese detrás de los ataques contra ella. Lo que significaba que si había envenenado a Lord Northam, entonces...

Jared perdió el hilo de adónde lo llevaba esto y tardó un momento en darse cuenta de por qué. Guinevere estaba completamente perdida en su libro, haciendo suaves ruidos inconscientes mientras leía. Hubo un leve zumbido de placer, un pequeño jadeo, una contención de la respiración, un murmullo de diversión. La punta del dedo índice de su mano derecha estaba entre sus labios y mientras él la observaba, ella soltó un pequeño «oh» de sorpresa, sus labios fruncieron el ceño alrededor de la punta del dedo por un segundo.

Era casi insoportablemente erótico – los sonidos, el dedo, esos labios – y su cuerpo reaccionó de manera predecible. Sabía dónde quería la boca de Guinevere, sabía qué quería hacer para provocar esos pequeños sonidos entrecortados, y por una vez su voluntad no era lo suficientemente fuerte para controlar ni eso ni su imaginación.

Jared cruzó las piernas, tomó su cuaderno, lo puso sobre su regazo y se sintió debidamente agradecido de que Faith pareciera estar dormitando y que Guinevere estuviese completamente absorta en su libro. Desear a Gui – Lady Northam – era profesionalmente inaceptable, estaba haciendo su cerebro papilla y bien podría embotar tanto su juicio como sus reacciones. Lo que necesitaba era ejercicio físico duro, pero por el momento todo lo que podía hacer era ensayar en su mente movimientos complejos de uno de los manuales que su maestro de espadas le había hecho aprender de memoria.

La finta une-deux-trois, comúnmente llamada doble finta, no es más que una distracción más que la finta une-deux...

Estaba a mitad de la sección sobre fintas con el brazo por encima del hombro de Familiarizado con la esgrima de Olivier cuando el sonido de las ruedas sobre los adoquines lo devolvió al presente. Debía ser Stilton finalmente, el carruaje estaba aminorando la marcha.

Faith estaba despierta, Guinevere dormía, el libro abierto sobre su rodilla. —Milady. —La doncella se inclinó y la sacudió suavemente por el brazo—. Hemos llegado.

—Gracias al Cielo por eso. —Se sentó parpadeando y tomó su sombrero—. Me disculpo por ser tan mala compañía.

—Necesitas descansar. Jared descendió del carruaje y examinó la calle principal con una sacudida inesperada de reconocimiento tan poderosa que se aferró a la manija de la puerta por un segundo mientras recuperaba el equilibrio. Así que allí había acabado hacía tantos años, hambriento, exhausto y furiosamente, amargamente, miserable. No había estado en condiciones de preguntar el nombre del pueblo donde lo había dejado el último carro de su viaje, sin embargo había sido allí, y gracias al destino por ello.

Ahora un vistazo rápido no mostró nada más amenazador que varios otros vehículos cambiando caballos o dejando pasajeros, una bandada de gansos pastoreados por un niño muy pequeño y varias mujeres con cestas chismorreando frente a lo que parecía un almacén general.

Entró en la posada mientras uno de los mozos de cuadra ayudaba a las mujeres a descender. Eso no le resultaba familiar, por supuesto. Se había acostado en un pajar que pertenecía a la posada de enfrente, el rival Ángel, y esa decisión había cambiado su vida.

Ahora un hombre grande con un estómago acorde y la sonrisa practicada de un posadero

experimentado salió a recibirlo. "Cooper Thornhill, a sus órdenes, señor". Sonaba como si esperara que su nombre fuese conocido.

—Necesito la mejor habitación para Lady Northam, con su doncella, y una habitación para mí. Mi nombre es Hunt, el mensajero de su señoría. Y, naturalmente, una sala de estar privada para su señoría. Cenaremos en una hora. —Se quitó los guantes mientras hablaba, proyectando la absoluta seguridad de que sus requisitos serían satisfechos—. Tenemos mucho trabajo, señor Hunt, pero veré qué puedo hacer.

—No es suficiente. Tal vez el Ángel pueda ser más complaciente. Jared comenzó a alejarse.

—No me ha entendido, señor. Será cuestión de un momento. Voy a hacer venir a un caballero, mientras tanto, si su señoría quiere pasar al salón privado, mi buena dama la atenderá.

—Ese pobre hombre —la reprendió Guinevere en un susurro mientras Jared le abría la puerta de la sala de estar.

—¿Cuál?

—El casero y el hombre al que está echando de la mejor habitación.

—La mejor habitación de la casa es probablemente la más aislada y la más segura.

Y preferiría no tener que dormir al otro lado de su umbral, si es posible. Aunque él lo haría si tuviese que hacerlo.

Capítulo Catorce – Donde el Deseo se Hace Peligroso

El dormitorio terminó siendo excelente desde el punto de vista de una cansada viajera y, aparentemente, cumplía con los criterios que Jared estaba aplicando. Guin observó la inspección, diciéndose a sí misma que era divertido, no preocupante, que su guardaespaldas considerara necesario evaluar cómo alguien podría entrar por la ventana, bajar por la chimenea o forzar la cerradura.

Pescó algo de su cena, se retiró a su habitación y se dio un baño, envió a Faith, con los ojos cansados, a descansar al vestidor contiguo y se metió en su propia cama. Para descubrir que no podía dormir.

Guin se levantó de la cama de nuevo, se envolvió la bata sobre los hombros y fue a sentarse en el asiento de la ventana mirando hacia el patio en la parte trasera de la posada. Ahora estaba tranquilo, oscuro salvo por los destellos de luz de las ventanas y de la puerta del establo, donde el silbido de un mozo de cuadra flotaba débilmente hasta sus oídos.

Alguien caminaba en diagonal por los adoquines, con la camisa blanca deslumbrante en la penumbra. Ella reconocería esa figura en cualquier lugar por la forma en que se movía, incluso con esa luz, pero ¿por qué Jared rondaba afuera en mangas de camisa, con el estoque en la mano? La forma sombría desapareció por la boca oscura del granero que formaba el otro lado del patio y después de un momento se encendió una luz, como si se hubiera encendido una linterna. Ella la observó mientras desaparecía.

Profundamente intrigada y completamente despierta en ese instante, Guin encontró el vestido que Faith había preparado para la mañana y se lo deslizó por la cabeza, bendiciendo la facilidad con la que se abrochaba el sencillo vestido de paseo. No llevaba ropa interior ni medias, pero encontró unos zapatos, se echó un chal sobre los hombros y salió en puntillas.

La puerta del salón privado estaba cerrada, al igual que la puerta que daba al pasillo. Guin giró la llave en esa puerta mientras la cerraba, dejando a Faith a salvo dentro, luego corrió por las escaleras traseras hacia el pasillo de la cocina y salió al patio. Se escuchaban risas y conversaciones de la sala de degustación y de la cocina, pero por lo demás todo se encontraba en silencio. Incluso el mozo de cuadra parecía haber terminado su trabajo por la tarde, la luz se había apagado en los establos y las puertas estaban cerradas.

Los adoquines estaban dispuestos bajo sus finas zapatillas y se abrió paso con cuidado a la luz de las estrellas hacia el granero. Al principio pensó que estaba vacío de vida, lleno solo por las imponentes siluetas de los carruajes y las calesas que se habían refugiado allí para pasar la noche. Entonces vio las líneas de luz alrededor de una puerta interior y se dirigió en esa dirección.

La puerta se abrió silenciosamente a otro espacio, una sala de trilla, supuso, al ver el círculo plano de suelo de losas de piedra en el centro y los contenedores de madera colocados a los lados para guardar el trigo después de que se hubiera trillado. Habría puertas exteriores para dejar entrar la brisa necesaria, pero ahora estaban cerradas, creando una arena para el hombre que se movía en el centro, iluminada por dos linternas.

Jared estaba desnudo hasta la cintura ahora, descalzo mientras se ejercitaba con el estoque, arremetiendo y atacando, parando a un oponente invisible, repitiendo el mismo movimiento una y otra vez. Guin vio que tenía los ojos cerrados mientras se apoyaba contra uno de los silos de

grano.

¿Sabría él que ella se encontraba allí? Ella había permanecido muy silenciosa, aunque estaba bastante dispuesta a atribuirle a Jared poderes de conciencia casi sobrenaturales.

Se dio la vuelta y la luz de la lámpara le iluminó la espalda, que brillaba con el sudor que resaltaba la rigidez de sus músculos, algunas cicatrices antiguas. Se inclinó para dejar el estoque, se dejó caer al suelo y comenzó a levantarse y agacharse con toda su fuerza, apoyándose en las puntas de los dedos de las manos y de los pies.

Los propios músculos de Guin chillaron de simpatía al primer levantamiento, pero él siguió moviéndose como una máquina hasta que, después de unos veinte (observando hipnotizada, había perdido la cuenta), se quedó quieto, rodó de cabeza, se puso en cuclillas y luego dio un salto mortal hacia atrás, recogiendo el estoque al aterrizar.

Cuando se enderezó, ella dejó escapar un suspiro que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo y Jared volteó, con el arma en alto. Cuando vio quién era, bajó la punta. "¿Qué pasa?"

—Nada. Te vi cruzar el patio desde mi ventana y sentí curiosidad. No podía dormir.

—Deberías estar descansando. La curiosidad es peligrosa.

—Seguro que no. —Ninguno de los dos se movió, sólo la luz de la lámpara reflejada en los regueros de sudor que caían por el pecho desnudo de Jared parpadeaba al ritmo de su respiración—. ¿Cuál es el peligro aquí?

—Nosotros. —Caminó hacia ella, pasó junto a ella, y por un doloroso segundo ella pensó que se iba. Entonces la barra que cerraba la puerta cayó en su lugar con un ruido sordo que no parecía más pesado que el latido de su corazón y él regresó para pararse frente a ella—. Pareces pensar que estoy hecho de piedra, Guinevere.

—No, de músculo, tendones y huesos. Y sangre. —Estiró un dedo y pasó la uña suavemente por su pecho desde la muesca en la base de su garganta, sobre su esternón, observando la línea roja que dejaba la presión. Sus pezones se tensaron y ella contuvo el aliento—. ¿Dices que no estás hecho de piedra? No vine a espiar, pero no podía apartar mis ojos de ti.

—Estás de luto, Guin. —Su voz era firme, también su respiración. Sólo los párpados pesados y esos nudos tensos y marrones lo delataban. No se atrevió a bajar la mirada.

—Por un hombre querido y mayor al que amé como a un abuelo. No un verdadero marido, no un amante.

—Y tú estás en estado de shock y demasiado cansada para descansar como deberías. —Pero estiró el brazo y dejó el estoque sobre el granero. Además había cerrado la puerta con llave.

—Ahora estoy muy despierta. Igual que tú. Y...

Jared se movió, la agarró por la cintura y la levantó hasta el borde de la tapa de madera. Con las piernas colgando, Guin la mantuvo en equilibrio con las manos detrás de ella mientras se inclinaba, sus labios calientes y duros sobre los de ella. Entonces Jared le levantó las faldas y cayó de rodillas entre sus piernas, empujando la cabeza entre sus muslos hasta que ella los abrió con un jadeo y su boca la encontró en un beso profundo e íntimo.

—Jared.

Su única respuesta fue levantar una mano y colocarla firmemente sobre la maraña de rizos todavía húmedos por el baño, recién húmedos por la excitación, sujetándola en su lugar. A través de una marea creciente de sensación de sorpresa, se dio cuenta de que él debía estar desabrochando las tiras de sus pantalones con la otra mano. ¿Vas a...? No. Su último pensamiento coherente fue darse cuenta de que Jared estaba cuidando de ambos.

Su lengua presionó sus pliegues, lamiendo, provocando y luego, para su sorpresa, penetrando,

firme e insistente, su mano extendida sujetándola mientras intentaba corcovear contra su boca.

Francis nunca había hecho eso. Nunca, se dio cuenta Guin a través del horrorizado deleite, había hecho algo para su placer, solo para el suyo. Pero Jared parecía saber exactamente qué la reduciría a un éxtasis tembloroso, retorcido y sin sentido, y lo estaba haciendo sin piedad.

Ella extendió la mano hacia su cabeza, sus dedos frustrados por su cabello, recogido con fuerza en su coleta. Ella deseaba pasar los dedos por él, aferrarse a él, como un salvavidas en ese torbellino en el que la había arrojado.

Debió haberse percatado de lo que ella deseaba. Jared se estiró y tiró del cordón de cuero que sujetaba la trenza y ella se enterró, liberando los gruesos mechones. La sensación de ese cabello salvaje y suelto sobre su piel desnuda desencadenó algo en lo más profundo de su ser, liberó lo que se había estado apretando, anudando dentro de ella. Hubo un grito y se dio cuenta de que era ella, luego todo se deshizo, el placer la atravesó mientras entre sus muslos abiertos sintió que los hombros de Jared se tensaban, se estremecían... luego el mundo se desmoronó.

Guin volvió en sí y encontró a Jared de pie, guardando un pañuelo en su bolsillo con una mano y tratando de alcanzarla con la otra.

"¿Guinevere? ¿Estás bien?" Le bajó las faldas desparramadas y la ayudó a ponerse de pie, sujetándola mientras sus rodillas cedían y se hundía contra él.

—Creo que sí —dijo ella, con la boca apoyada en la piel desnuda de su hombro, con los sentidos agitados por el calor de él, el sabor salado, la caricia de su cabello suelto contra su rostro, el aroma de su amor y las oleadas de placer que le siguieron—. Nunca... No tenía ni idea.

—Te he sorprendido. —Jared la ayudó a sentarse en una especie de asiento y le costó un gran esfuerzo de voluntad soltarse—. Tu primer marido... —Se interrumpió de repente y cruzó la era para recuperar su camisa.

—Francis nunca hizo eso. Él solo, ya sabes... —Se dio cuenta de que no tenía el vocabulario para eso—. Y yo nunca me sentí así. —Ahora se sonrojaba, podía sentirlo, aunque no podía entender por qué hablar de eso la haría sonrojarse cuando instantes antes aquel hombre la había estado besando así y ella se había rendido a ello sin nada de vergüenza.

Jared dijo algo, su voz se apagó mientras se ponía la camisa por la cabeza. Guin pensó que había sido «Cabrón egoísta», pero no podía estar segura.

Sacudió la cabeza mientras la camisa se acomodaba alrededor de su cuerpo, las ondas marrones brillantes liberadas de la trenza apretada descansaban sobre sus hombros y la boca de Guin se secó. El cabello largo en un hombre era tremendamente pasado de moda, pero le quedaba perfecto, pensó. La melena salvaje que se escapaba de su rigurosa atadura era como el hombre mismo, dejando ir su feroz autocontrol por un momento de pasión.

Se frotó la barbilla con la mano e hizo una mueca. —Me disculpo por la incipiente barba. Entonces se inclinó para recoger sus botas y ponérselas. Incluso eso lo hace maravillosamente, pensó Guin, observando a Jared balancearse primero en un pie, luego en el otro.

—Deberíamos regresar. —Le tendió la mano para ayudarla a levantarse del taburete de ordeño en el que se encontraba sentada—. Camina detrás de mí y quédate cerca.

Abrió la puerta, miró afuera, luego la guió a través del granero, cruzó el patio, entró por la puerta trasera y subió las escaleras. Guin encontró la llave y se la entregó sin decir una palabra, sin saber qué decir, deseando tocarlo, aunque él no parecía querer tocarla más.

El delicioso calor del deseo se estaba enfriando hasta convertirse en algo muy parecido a la consternación. ¿Había arruinado la frágil relación entre ellos? Probablemente Jared la despreciaba ahora por arrojarse lascivamente a él por segunda vez. Pero podría haberse alejado. Podría haberse detenido en un beso en los labios, se dijo a sí misma. Él había tomado una

decisión como lo hizo ella.

Jared le abrió la puerta del dormitorio, entró, lo que la hizo contener la respiración, y luego salió de nuevo después de una rápida exploración de la habitación. —Te veré en el desayuno, Guinevere. Recuerda cerrar la puerta con llave.

¿La besaría? Aparentemente no. Jared sostuvo la puerta para ella, luego la cerró tan pronto como ella entró. Ella la aseguró y lo escuchó alejarse del otro lado. Su cama era amplia, vacía y suave. Fría.

¿Cuál es el peligro aquí?

le había preguntado.

Nosotros

le había respondido Jared.

¿Qué has hecho exactamente? La conciencia de Jared inquirió ácidamente mientras se quitaba las botas nuevamente y dejaba el estoque y el cuchillo a su alcance. Dejó la puerta del salón abierta. Podía ver la puerta de Guinevere desde la cama, escuchar todo lo que sucedía. El instinto de tumbarse en el umbral fue una reacción exagerada.

Se desnudó y se secó con una esponja en el agua fría del aguamanil, agradecido por el impacto del frío en la piel sobrecalentada. Jared se secó el sudor del ejercicio y el olor a almizcle de su amor y se estremeció al notar la barba raspada en la cara. No se le había ocurrido afeitarse antes de empezar a hacer ejercicio. Sin embargo, Guinevere no se había quejado ni se había apartado de él, aunque era evidente que esas intimidades eran nuevas para ella.

Era evidente que ese cerdo egoísta de marido que tuvo no había pensado en el placer de ella, sólo en el suyo propio. ¿Había experimentado alguna vez un orgasmo? La calidez de la idea de que él podría haberle dado el primero duró sólo lo que le llevó secarse.

No tenía por qué hacerle el amor. Dejando de lado el hecho de que no estaba en posición de ofrecer nada a una dama de buena cuna que no fuese un affaire, Guinevere no era el tipo de viuda sofisticada y mundana que pasaría felizmente de una relación efímera a otra.

Jared se puso los pantalones de nuevo y se tumbó sobre las mantas, obligándose a relajarse. Todavía podía oler el glorioso aroma de la mujer excitada. Supuso que su pelo sería suyo. Por la mañana, metería la cabeza bajo la bomba de agua del patio, se la limpiaría y se trenzaría el pelo con fuerza, en señal de penitencia, para recordarse a sí mismo que era su primer encargo independiente y que ya había incumplido una de las principales reglas que se había impuesto a sí mismo: no involucrarse emocionalmente con los clientes. A Guinevere parecía gustarle su pelo suelto... pero no tanto como a él le gustaba la idea de que el suyo estuviese suelto, cayendo sobre sus hombros. Basta, le gruñó a su propia imaginación. Basta... basta.

—¿Qué estás mirando, Faith?

Ella había estado parada junto a la ventana, con el cepillo de pelo de Guin en la mano, durante casi un minuto.

—Oh, le pido perdón, milady. Pero mire.

Guin se cerró la bata y se acercó a la ventana. Jared. Por supuesto, tenía que ser Jared. No contento con convertir su descanso en una tórrida sucesión de sueños, ahora estaba inclinado bajo la bomba del jardín, desnudo hasta la cintura, otra vez, mientras un mozo de cuadra trabajaba arduamente y el agua le caía sobre la cabeza.

—Ay, eso es lo que yo llamo un auténtico hombre —dijo Faith—. Esos músculos... Crees que no tiene muchos, es tan delgado y tan rápido, pero cuando se quita la ropa... Me pregunto cómo se vería si se quitara el...

—¡Faith!

—Lo siento, milady. Pero es un hombre grande, a pesar de toda esa delgadez. No parecía ni remotamente arrepentida, ni dejó de mirar. Pero tampoco lo hizo Guin cuando Jared le hizo una señal al muchacho para que dejara de bombear y se alejó, enderezándose y echando la cabeza hacia atrás para que el cabello mojado y suelto cayera sobre sus hombros.

“El vestido verde de paseo”, dijo Guin con decisión, volviéndose hacia la cama.

“¿No es el negro de luto que pusimos anoche, milady?”

“No”.

“Oh, tiene toda la razón, milady. No pude haberlo revisado bien ayer”, dijo Faith mientras recogía el vestido descartado. “Mire, hay polvo en la falda y la espalda está bastante arrugada. Lo siento, ¿busco el otro vestido negro de paseo?”

“No creo que sea necesario. Lord Northam no se ofendería en lo más mínimo ante la idea de que yo usara colores”.

Augustus había expresado opiniones decididas sobre muchas cosas y que las mujeres bonitas vestidas como cuervos fuesen un montón de hipocresía sin sentido era una de ellas.

El desayuno fue incómodo, no porque se dijeran cosas, ni porque Jared delatara con una sola mirada que había pasado algo en el transcurso de la noche anterior, sino porque parecía no haberle afectado en absoluto. Guin se había blindado contra las miradas ardientes, los toques fugaces, las palabras murmuradas y no tener que lidiar con ninguna de ellas la hacía sentir decididamente ingenua y poco sofisticada. Ese tipo de encuentro obviamente no era nada especial para el señor Hunt.

Guin decidió tener una conversación animada. —¿Se ha alojado antes en el Bell? —preguntó cuando estuvieron instalados en el carruaje de nuevo—. Parecía que ayer conocía muy bien el lugar.

Jared apartó la cabeza de su contemplación silenciosa de la alta empalizada de madera que rodeaba el campo de prisioneros de guerra de Norman Cross a la derecha de la carretera. —Estuve en Stilton hace algunos años. —Se volvió hacia la vista.

—Disculpe, milady, pero ¿puedo ir con el conductor un rato? —dijo Faith de repente. —Sólo que es un día tan fresco y hermoso y me siento un poco mareada.

—¿Lo estás? Lamento escuchar eso, Faith. Tira de la cuerda de control de inmediato. No parecía estar enferma, pero no era alguien que se quejara, así que Guin se lo tomó en serio.

El carruaje se detuvo y Faith saltó antes de que Jared tuviese la oportunidad de abrirle la puerta. —Gracias, milady.

—Es extraño, espero que no se esté enfermando por nada —dijo Guin mientras el carruaje se ponía en marcha de nuevo.

—Solo un brote de tacto, ¿no crees? Jared la miró. —Cree que responderé a tus preguntas más fácilmente si no se encuentra aquí.

—Oh. Cómo... No quise entrometerme, lo siento.

—No importa. —Jared se encogió de hombros a medias—. La Campana fue donde conocí a Monsieur Jacques Favel, mi maestro de espadas. Me lo encontré practicando en esa sala de trilla hace once años.

—¿Fuiste su aprendiz?

—Nada tan formal como eso. Me había ido de casa. Me quedaban, creo, tres chelines en el bolsillo y estaba durmiendo en el pajar del otro lado de la calle, en el Ángel, cuando lo vi descender de su carruaje con su espada al costado. Adiviné quién era y esa tarde me acerqué al otro lado, con mi espada al costado, gasté parte de mi preciado dinero en media pinta de cerveza y observé y escuché hasta que, finalmente, bajó, cruzó el patio como hice yo la noche anterior y

lo seguí.

“Me escuchó entrar y me permitió ver que lo hacía. Me hizo una seña para que me sentara en la pista, me desafió a desenvainar y me desarmó y me apuntó con su espada en menos de un minuto. Creo que estaba siendo generoso”.

“¿Y luego qué pasó?”

“Me preguntó qué estaba haciendo allí. Tenía ojos de halcón y un cerebro a juego. No tardó nada en darse cuenta de lo que era. Mi ropa era buena, aunque manchada por el viaje, mi acento era culto, había recibido el tipo de entrenamiento en esgrima que recibe cualquier hijo de caballero, pero allí estaba yo, ocultando el hecho de que estaba hambriento, agotado y aterrorizado, en una posada en la Gran Carretera del Norte.

“Me preguntó de qué estaba huyendo y se lo dije. Me preguntó a qué estaba corriendo y tuve que confesar que no tenía idea. Me hizo esgrimir de nuevo, me empujó hasta que me enojé y luego se detuvo. Me dijo que podía ver algo en mí, que aunque estaba enojado, solo me volví más controlado, más centrado. Él podría hacer algo con eso. —De nuevo, encogió un hombro—. Y lo hizo.

—¿Me dirás de qué huías? —preguntó ella.

—No. Él fue la única persona a la que se lo he contado.

—¿Habías hecho algo malo? —insistió Guin.

—No. Lo juro por mi honor. —La palabra pareció causarle cierta diversión amarga, a juzgar por la mueca de sus labios que Guin no confundió ni por un momento con una sonrisa.

Capítulo Quince – Donde Guin Revela Algunos Secretos

Jared ya había estado en la Gran Carretera del Norte, así que ¿se dirigía al norte desde Londres o al sur? Su acento era el de cualquier caballero inglés educado, pero de vez en cuando le parecía captar el más leve indicio de una vocal nortea plana. Y había algo en su voz cuando había dicho que iba a Allerton, casi como si estuviera apretando los dientes y obligándose a ir.

—¿Eres de Yorkshire? —preguntó Guin de repente.

—No hablo de mi pasado. Las contraventanas estaban bajadas con intención, el hombre la miraba como si fuese una oponente al final de su estoque.

—Simplemente lo eres —señaló ella.

—No tuve muchas opciones, creo.

Oh, entonces todo fue mi culpa, ¿no?

—¿Así que puedes tener intimidación conmigo en un granero una noche pero no en un carruaje a la mañana siguiente?

—¿Deseas tener intimidación, milady? Ciertamente puedo complacerte. Había calor en su mirada, pero no suavidad en la boca que había...

—No, no lo deseo. Eso fue... eso fue un error. Agradecía su tacto al no mencionarlo, pero veo que simplemente lo estaba guardando para ponerme en evidencia cuando le convenía. Quise decir que, sin duda, ¿puede confiar en mí?

¿Por qué? Valoro mi privacidad y me negué a confiar, como usted dice, en su difunto esposo, que sigue siendo mi empleador. Lo cual usted no es.

—Como amigo, pensé. La vergüenza estaba dando paso a una ira que curiosamente se mantenía. Guin tiró de la cuerda de control y el carruaje disminuyó la velocidad y se detuvo. — Obviamente, me equivoqué. Como estoy segura de que Faith se ha recuperado de su ataque de náuseas por tacto, tal vez le gustaría ocupar su lugar, señor Hunt. Puede explorar mejor el paisaje en busca de puntos de referencia familiares desde allí arriba.

Si esperaba provocar una muestra de mal genio en respuesta en Jared, se sintió decepcionada. Él abrió la puerta del carruaje, saltó, ayudó a Faith a bajar de su percha y cerró la puerta tras ella con perfecta cortesía.

¿Mi señora?

—Hay momentos, Faith, en que pienso que todo el sexo masculino ha sido puesto en esta tierra para hacer enfurecer a las mujeres.

—Sí, milady. No ayudó en absoluto que la boca de la doncella se torciera en una sonrisa reprimida a toda prisa.

—Me disculpo —dijo Guin en York en el último cambio antes de que llegaran a Allerton Grange—. Espero que no hayas estado demasiado incómoda afuera.

—En lo absoluto y no necesito una disculpa. Podrían haber estado hablando de una taza de café derramada. Jared estaba perfectamente tranquilo, ilegible, como siempre. Se las arreglaba para explorar el patio de la posada en busca de peligros, así como para prestarle atención, y su competencia estaba empezando a provocar a Guin hasta el punto de la imprudencia.

Quería pincharlo, como un niño tonto que pincha con un palo los barrotes de la jaula del oso en la colección de animales salvajes de Exeter Exchange para ver los colmillos de la bestia. En

cambio, inclinó la cabeza con gracia y sorprendió un destello de reacción en las profundidades de esos ojos de halcón color ámbar. ¿Estaba tratando de provocarla? ¿Ambos estaban jugando a algún tipo de juego, uno del que ella no tenía idea de las reglas, ni del premio?

Seguía reflexionando sobre el enigma cuando el carruaje giró a través de los altos postes de piedra de Allerton Grange a media tarde. El sol brillaba, el pequeño parque parecía pintoresco y tranquilo y la casa, cuando apareció a la vista, se encontraba segura y acogedora en una pequeña elevación.

"Es difícil creer que huyésemos de aquí con tanta alarma y confusión", dijo mientras Jared bajaba la ventanilla para asomarse y observar el edificio.

"Parece una hermosa y pequeña propiedad".

—No es esa la razón por la que Augustus la compró, en realidad no sabía nada al respecto, fue un acto de caridad que afortunadamente resultó ser un buen negocio. Sus primos Quenten tuvieron una especie de crisis financiera, creo, y tuvieron que mudarse de aquí. Cuando Augustus asistió al funeral de su primo Charles, le quitó la propiedad de las manos al heredero, sin que nadie se enterara, para ayudarlo. De camino a casa, vino a ver qué clase de gato por liebre había adquirido y me encontré en el Red Griffin del pueblo. En medio de una angustiosa discusión con el magistrado local, Francis estaba acostado en el sótano, la casera quería que saliéramos de allí tanto cómo yo...

Se estremeció un poco al recordarlo. —Todo fue horrible y Augustus apareció como un buen ángel y me rescató.

—Una interesante elección de palabras —dijo Jared, apartándose de la vista para estudiar su rostro—. ¿Por qué necesitabas que te rescataran? Ayuda, lo puedo entender.

—Porque sospechaban que yo había matado a mi marido, por supuesto.

—Y por supuesto que no lo habías hecho, pero las circunstancias así lo hicieron parecer.

¿Era una afirmación o una pregunta? Guin sabía que había palidecido: una conciencia culpable era algo condenable. —Si me preguntas si lo empujé por la ventana, entonces la respuesta es que no, no lo hice.

¿Le deseé que se fuera al diablo? Sí. ¿No hice nada para evitar que bebiese hasta quedar incapacitado? Sí. ¿Me sentí aliviada de que estuviese muerto? Sí, que el Cielo me perdone.

Como si hubiese hablado en voz alta, Jared le lanzó una mirada penetrante a Faith, que estaba recogiendo con mucho disimulo los libros, la sombrilla y el chal de Guin. No dijo nada, pero Guin estaba segura de que eso era algo de lo que iban a hablar en cuanto quedaran solos, aunque ella no tenía ni idea de por qué él pensaba que era relevante para el problema actual.

Jared dejó a Guinevere para que se reencontrara con Porrett, el mayordomo, y con la señora Mountjoy, la ama de llaves, y les aseguró que no sólo estaba con ella su propia doncella, sino que uno de los sirvientes de Londres los había acompañado para ayudar a aliviar la carga de su llegada con un invitado y prácticamente sin previo aviso.

"De hecho, es Thomas, a quien recordarás, por supuesto. Debería facilitar las cosas, ya que conoce la casa y a todos bastante bien", la oyó explicar Jared mientras se alejaba caminando alrededor de la casa.

Estaba buscando la terraza donde tuvo su encuentro con la víbora en la cesta de costura y la encontró bastante pronto. Tres juegos de ventanas largas, con alféizares muy bajos que se podían atravesar, daban acceso a varias habitaciones de la casa desde el área rectangular de losas. Había un pequeño macizo de flores y una fuente en el centro de la terraza y senderos que llegaban a ella alrededor de la casa desde ambos lados. Los arbustos estaban a sólo veinte metros o más al otro lado del césped. No había nada que diera una pista sobre quién pudo haber interferido con la

canasta, pero parecía más probable que hubiese sido alguien de dentro de la casa, a pesar de la protección que proporcionaban las plantas.

Jared continuó caminando hasta que llegó a una extravagante torreta en la esquina añadida por alguien con más romanticismo en mente que buen gusto arquitectónico. La puerta de la base estaba abierta y entró y encontró una escalera con una alfombra sobre escalones de piedra y un elegante pasamanos curvado que subía a su derecha y otra puerta, presumiblemente hacia la casa.

Subió las escaleras, contando hasta el punto donde Northam le indicó que Guinevere había caído, luego miró hacia atrás. Una mujer joven y sana tendría que tener muy mala suerte para resultar gravemente herida en una caída así. Moretones, tal vez una muñeca o un tobillo rotos, pero eso era todo. Subió más alto hasta llegar a una puerta. Desde ese punto, una caída sería mucho más grave, potencialmente letal.

La puerta se abrió a una habitación semicircular amueblada como un retiro para damas. Había un diván, una antesala con estantes llenos y un pequeño escritorio. Tanto los estantes con sus filas informales de libros, algunos apilados, uno abierto, como el escritorio con varias pilas de papeles, parecían muy usados. Había cortinas ligeras y encantadoras y una mesa de té con dos sillas. Todo muy femenino sin ser recargado y podía imaginar a Guinevere allí.

Mientras pensaba en eso, la puerta se abrió y ella entró, cerrándola detrás de ella con un clic. "Pensé que tal vez habías encontrado el camino hasta aquí".

Jared miró el diván, luego a ella, maldiciendo su imaginación. Alimentada por el encuentro de la noche anterior, estaba pintando una imagen vívida de Guinevere en ese diván, solo que esta vez sin ropas y con el cabello suelto. Era tan real que podía saborearla, sentirla, visualizar exactamente cómo sería yacer entre esos muslos pálidos, curvados y de piel suave y...

"¿En qué estás pensando?", preguntó, enardeciendo aún más las cosas al sentarse en el diván.

—En anoche. —Luego, cuando ella se ruborizó, sonrosada y deliciosa, él añadió—: Pero no vamos a hablar de eso. —Al menos no ahora. —Háblame de tu primer esposo.

Eso hizo que el rubor desapareciera. —Se casó conmigo creyendo que tenía dinero, bastante dinero. No lo tenía y mi padre, que lo tenía, se aseguró de que yo, y mi marido, no recibiéramos nada de él. Pensé que Francis estaba genuinamente interesado en mí por mí misma. No tenía idea de que en general se pensaba que papá era un hombre rico de la zona porque siempre era cuidadoso con su dinero, nunca buscaba el espectáculo ni los lujos.

Guinevere se interrumpió y se mordió el labio inferior. —Cualquier afecto que Francis pudiera haber sentido se desvaneció como la niebla en la luz del sol cuando descubrió que no había dote. Todo fue culpa mía.

—¿Y cómo se estaba financiando en el mundo?

Se castigó de nuevo el labio inferior. —Jugando, apostando a las carreras de caballos. Haciendo favores a amigos, aunque no tengo ni idea de en qué consistían y no estoy segura de querer saberlo.

—Viviendo de su ingenio, en otras palabras.

—Sí, de su ingenio y de los prestamistas. Mi hermano Henry creía que era buen amigo de un conocido de gran reputación, el conocido creía que era amigo de Henry, se insinuaba en las fiestas caseras y pronto se convirtió en un rostro familiar en la sociedad local. Mi padre, que era por naturaleza más desconfiado que Henry, hizo algunas averiguaciones, pero para entonces ya era demasiado tarde. Yo tenía... él...

Se irguió de hombros y lo miró a los ojos, oscuros por el recuerdo del dolor y el esfuerzo de la honestidad. —Fui lo bastante tonta para dejarme seducir. Cuando papá prohibió el matrimonio, fui aún más tonta y lo admití. Francis estaba seguro de que si nos fugábamos, papá cedería, pero

no lo hizo.

—¿Así que ya habías regresado a Lancashire en ese momento?

Guinevere asintió. “Entonces alguien a quien Francis le debía dinero envió a unos hombres terribles para que se lo devolviera y tuvimos que huir. Francis siguió bebiendo todas las noches... Era desagradable, pero descubrí que si bebía mucho se volvía sensiblero, ya no violento ni amoroso, así que lo animé a beber. Pensé que de alguna manera encontraría alguna manera de ganar algo de dinero, o que Francis tendría un pariente que lo ayudaría. O que sucedería algún milagro, supongo.

“Por supuesto, fue un error de mi parte no tratar de mantenerlo sobrio. Cuando llegamos al Red Griffin en el pueblo, él estaba bebiendo Guinevere en abundancia todas las noches. La posada tiene una ventana muy alta en las escaleras y se encontraba abierta esa noche porque hacía mucho calor. No sé exactamente qué sucedió porque no lo había visto desde media tarde y no había testigos, aparentemente abandonó el bar tambaleándose, muy ebrio, y fue visto por última vez al pie de las escaleras, comenzando a subir”.

—Un asunto claro para el forense, aunque no hubo testigos reales de la caída —dijo Jared, controlando su temperamento. El hombre estaba muerto, no podía atravesarlo como todos sus instintos le indicaban, y mostrar enojo solo asustaría a Guinevere.

—Lo habría sido —convino con esa calma engañosa que tan a menudo mostraba cuando las cosas se ponían realmente mal—. Solo que lo vieron al pie de las escaleras que conducían a nuestra habitación a las once y media y no cayó hasta la medianoche, cuando casi aplasta a un desafortunado mozo de cuadra que se dirigía al retrete exterior.

—¿Tiempo para haber llegado a tu habitación y para que tú hayas tenido algo que ver con su caída, pensaron? Pero si se cayó desde una ventana del rellano, ¿cómo se supone que lo llevaste allí?

—La ventana de nuestro dormitorio estaba ubicada justo al lado de las escaleras. El mozo de cuadra estaba más interesado en su vejiga que en mirar las estrellas y se asustó muchísimo cuando Francis se desplomó justo detrás de él. No tenía idea de cuál de las dos ventanas había caído.

“¿Qué crees que ocurrió?”

“Creo que se desplomó en el rellano de la puerta, permaneció allí tendido un rato, ebrio, y luego, cuando se levantó, estaba tan inestable que se cayó por la ventana mientras buscaba a tientas el picaporte”. Se levantó, dio un paso inseguro hacia el escritorio, sacudió la cabeza como si hubiese olvidado lo que había estado a punto de buscar y se sentó de nuevo. —Al principio todos fueron muy amables, pero creo que se dieron cuenta de que no estaba de luto. Y no lo estaba, el Cielo me perdone, me sentí aliviada. No porque hubiese muerto, eso jamás, sino porque se había ido. Me di cuenta de que desconfiaban y escribí de inmediato a mi familia, rogándoles que me enviaran algo de dinero para pagar a un abogado que me asesorara. Respondieron desheredándome, y Augustus entró en el bar ese día justo cuando el magistrado estaba empezando a exasperarse por mi falta de respuestas a sus preguntas.

—Y te rescató.

Guinevere asintió y sonrió por primera vez desde que había comenzado a narrar su historia.

—¿Por qué estabas aquí? ¿En el pueblo, quiero decir? —preguntó—. Allerton es un lugar pequeño, alejado de todas las rutas principales. Yo habría pensado que Willoughby se habría mudado a una ciudad grande, algún lugar donde pudiera esconderse y evitar a sus acreedores, algún lugar donde pudiera encontrar un objetivo o dos para un truco de confianza o algún juego deshonesto.

—No lo sé. Guinevere se levantó de nuevo y se acercó a la ventana, mirando hacia afuera como si el paisaje pudiera brindarle una respuesta. —Supuse que se dirigía a Lincolnshire, si fue lo que pensé. Algo que dijo una vez me hizo pensar que podría haber venido de allí. La noche antes de que llegáramos a Allerton dijo que si mi familia no hacía lo correcto por él, entonces recibiría ayuda de la suya.

—Eso no tiene sentido. Si viajaba a Lincolnshire desde Lancashire, la mejor ruta sería a través de Leeds y Doncaster.

—Así sería —convino Guinevere, dándose la vuelta desde la ventana. La infelicidad en su rostro había sido reemplazada por animación, un interés que a él le alivió ver allí—. Estaba demasiado ocupada siendo miserable y diciéndome a mí misma lo tonta que había sido y nunca pensé en eso.

Luego se encogió de hombros, las luces verdes en sus ojos que Jared había comenzado a asociar con la felicidad se desvanecieron. —Pero ¿qué importa lo que estaba haciendo aquí? Quienquiera que estuviera detrás de los ataques contra mí, es responsable de la muerte de Augustus, no fue Francis Willoughby y ese es el único hecho del que podemos estar totalmente seguros.

“¿Dónde fue enterrado?”, preguntó Jared. No estaría satisfecho a menos que viera una buena y sólida losa de tumba sobre el bastardo.

“En el cementerio del pueblo. Augustus pagó por todo, asistió al funeral él mismo. ¿Por qué? ¿Estás pensando que no está muerto después de todo?” Ella negó con la cabeza. “Tuve que identificarlo, ¿recuerdas?” Guinevere palideció. “Su cabeza estaba muy dañada, pero no su cara. No pude haber habido ningún error”.

“Por supuesto. Basta de eso. ¿Qué quieres hacer con el resto del día?”

“La señora Mountjoy tiene una larga lista de cosas sobre las que insiste necesitar de mi opinión, pero quería tener unos momentos de tranquilidad para pensar en Augustus aquí antes de sumergirme en trivialidades domésticas. Siempre me encantó esta habitación”.

“Y estoy trayendo cualquier cosa menos tranquilidad a ella. Te dejaré en paz y te veré durante la cena”.

Guinevere bajó a desayunar a la mañana siguiente con una expresión de decidida alegría que no convenció a Jared ni por un instante. En la cena de la noche anterior se había disculpado por no haber tenido una conversación sensata y había aceptado su sugerencia sobre estar cansada, que no le hiciera caso y que se fuera a la cama tan pronto como acabara el postre.

Jared se preguntó si habría temido que él pudiese guardar expectativas después de la noche anterior, que pudiera aparecer en la puerta de su habitación pidiendo que lo dejara entrar en su cama. Sus ojos se abrieron de par en par cuando él le preguntó dónde estaba ubicada su habitación y él notó el indicio de alivio cuando señaló que debía saber dónde estaba para protegerla.

“Tu habitación está al lado de la mía”, había dicho, con las mejillas sonrojadas. “Le expliqué a Porrett sobre tu rol de guardaespaldas”. Luego había huido. Se preguntó si ella había decidido que hacer el amor había sido un terrible error o si simplemente estaba muy cansada y recordar a Lord Northam en ese entorno aumentaba su dolor.

Capítulo Dieciséis – Donde Jared Visita una Tumba

—Tengo que salir un momento —dijo Jared repentinamente mientras terminaba su tercera taza de café. Momentáneamente no pudo soportar ver la mirada en el rostro de Guinevere, una infelicidad vacía que soportaba tan bien, ese coraje a pesar de los recuerdos que él no podía borrar de ella. Incluso el hermoso verde mar de sus ojos parecía simplemente gris ese día.

—Deseo que me prometas que no irás a ninguna parte sin Faith y que no pondrás un pie fuera de la casa sin ella y al menos uno de los hombres contigo.

—Te lo prometo. Pero ¿por qué? ¿Qué esperas que pase? Su expresión era tensa, pero su voz era bastante serena.

—No tengo ni la menor idea —dijo Jared sombríamente mientras cruzaba la puerta. Encontró las escaleras traseras y bajó al semisótano, siguiendo el sonido de las voces.

—Y tú quita tus dedos pegajosos de esas tartas de limón, Thomas Bainton.

—Me gustan.

—Sí, tú y el señor Frank, y fue como tener una plaga de mirlos aquí abajo cuando los dos olieron mi repostería, y ambos eran lo suficientemente mayores para saberlo mejor.

—¿Trabajaste aquí de joven, Thomas?

Todos se dieron la vuelta al escuchar su voz. Thomas se levantó de la silla que estaba junto a la mesa de pino fregada, donde acababa de alcanzar una de las tartas que se enfriaban sobre una rejilla. La señora Mountjoy levantó la vista de una mecedora junto a la cocina y una mujer robusta que debía ser la cocinera paró de trabajar con la repostería, con el rodillo de cocina de cristal suspendido en el aire. Una criada de la cocina hizo una pausa mientras fregaba las ollas y sartenes del desayuno y se quedó mirando.

—Sí, señor. Yo era el chico de las botas. —Thomas hizo movimientos furtivos con la mano, tratando de quitarse las migajas de su librea—. Luego, cuando la familia se mudó a Cross Holme hacia Whitby, me fui con ellos como criado, pero no podían permitirse mantenerme. Conseguí un puesto en Whitby, pero regresé cuando su señoría se instaló y quería personal.

¿Así que los Quentens vivían cerca de Whitby ahora? Eso era demasiado cercano a un terreno familiar para su comodidad, aunque no reconoció el nombre.

“Voy a salir por cerca de una hora. Por favor, encuentre a Faith y envíela con Lady Northam inmediatamente”.

“Sí, señor, señor Hunt”. Salió corriendo en una lluvia de migajas.

“¿Hay algún caballo de montar en los establos, señora Mountjoy?”

“Sí, señor. El cazador de Lord Northam y una yegua para su señoría. Los dejaron aquí para cuando vienen de visita”.

“Muy bien, gracias”. Se detuvo junto a la puerta trasera. “Y su señoría no se encontrará en casa con nadie a menos que yo esté con ella, ¿está claro? No me importa si es el vicario o el príncipe regente”.

“Sí, señor”. La señora Mountjoy no dijo nada y él se dio cuenta de que estaba ansiosa por saber en qué se basaba para dar esas órdenes, pero pensó que obedecería de todos modos.

El cochero y el mozo de cuadra de Northam se habían hecho cargo de los establos y habían reducido al mozo de cuadra residente a un estatus muy inferior. Se apresuró a alistar al robusto

caballo negro y le dio un codazo en el mechón de pelo cuando Jared tomó las riendas y se montó en la silla, con los ojos clavados en el estoque que Jared llevaba a su lado.

—¿Por dónde se va al pueblo?

—Por allí, señor. Puede ver la parte superior de la torre de la iglesia en el lado izquierdo del gran roble, señor. Gi'ower, idiota —dijo al caballo mientras babeaba por la nuca.

Jared reconoció que el acento lo invadía como una marea de recuerdos. Había jugado con los chicos del lugar cuando era niño, había recibido muchas reprimendas (palizas, se corrigió a sí mismo) por usar un fuerte acento de Yorkshire en casa para divertirse. No estaba seguro si le agradaba escucharlo de nuevo, porque le resultaría mucho más difícil mantenerlo alejado de su propia voz.

Hizo un gesto con la cabeza al muchacho y giró el gran caballo hacia la entrada del patio. —¿Cómo se llama? —gritó.

—“Ero”.

El caballo se fue de buena gana, pero luego se ofendió cuando el gato del establo se cruzó en su camino con una cría de rata en la boca. —Detente, no hay nada que te moleste, tonto, Hero —lo reprendió Jared, por el simple placer de dejar que las palabras salieran de su lengua. Sí, definitivamente debía resistir la tentación de hablar en Yorkshire.

El pueblo era compacto, con caminos que partían de un verde central hacia las granjas y propiedades que salpicaban las onduladas colinas. Jared pasó junto al Grifo Rojo y se dirigió a la iglesia, sin saber en realidad qué buscaba, pero obedeciendo los instintos que le habían servido muy bien en el pasado. Guinevere creía que estaba perdiendo el tiempo y pensando en Francis Willoughby, pero estaba dispuesto a aceptar que había visto u oído algo que estaba enterrado en lo más profundo de su mente. Todavía no se había vinculado con otros fragmentos de información, pero lo estaba molestando.

Hero se contentó con quedarse de pie, mordisqueando la hierba alta junto a la puerta del cementerio, mientras Jared se abría paso entre las filas irregulares de tumbas y lápidas inclinadas. La mayoría podían descartarse por su antigüedad, con inscripciones casi borradas por el tiempo y el líquen. Luego encontró un grupo de tres que eran claramente recientes. Una, la tierra todavía cruda y recién removida, tenía una cruz de madera sencilla; el montículo de la segunda se había hundido un poco y la hierba crecía sobre ella, pero la lápida, nítida y limpia, decía Agnes Millar partió de esta vida a los 86 años...

Más allá había otra. Casi se dio la vuelta porque se encontraba tallada en una piedra fina y con un diseño de ángeles, con sus alas formando la punta en la parte superior. Jared pasó por encima de la tumba de Agnes Millar y leyó la inscripción de todos modos, por el bien de la minuciosidad. Aquí yace Francis Arnold Willoughby

Varón único del difunto Henry Willoughby y su esposa Jane

Amado hermano de Elizabeth

Nacido el 7 de enero de 1784 Asesinado el 15 de agosto de 1810

Tenía 26 años

“La voz de la sangre de mi hermano clama a mí desde la tierra”.

“Seré condenado”. Jared buscó en su bolsillo su libreta.

“Todos seremos condenados, hijo mío, si no buscamos la salvación a través de nuestro Señor”, dijo una voz gentil y anciana detrás de él.

Jared se dio la vuelta, sin saber qué era más irritante, ser reprendido, aunque con gentileza, por blasfemar en un cementerio o ser tomado por sorpresa a pesar del enfoque inestable del anciano clérigo. “Le pido perdón, señor”.

El vicario hizo un gesto vago con una mano delgada y con venas azules. “¿Puedo ayudarlo?”
“¿Puede decirme la fuente de la cita en esta lápida?”

El anciano rebuscó en su bolsillo y sacó un par de anteojos con montura metálica que equilibró precariamente sobre la punta de su nariz. —Ah, sí. Una elección extraña e incorrecta, pero el albañil insistió en que eso era lo que se había ordenado. Es una cita inexacta de una parte del Génesis, capítulo cuatro, versículo diez, sacada de contexto.

—Gracias, señor. ¿Quién pagó para que se erigiera la piedra?

—No lo sé. —El vicario se quitó los anteojos, los dejó caer y casi los pisó mientras buscaba—. Gracias, señor, no creería la cantidad de lentes que pierdo. —Se los quitó a Jared y se los volvió a poner distraídamente.

—El albañil me dijo que recibió una carta con las instrucciones y un pago muy adecuado para lo que se requería. Reemplazaba la cruz de madera por una pequeña placa de bronce con el nombre que Lord Northam había solicitado.

—Dado que Francis Willoughby murió en un accidente, ¿no le parece extraña la redacción, señor?

—¿Extraño? ¿Matado, quieres decir? Sí, si hubiese sido consultado, habría desaconsejado redactarlo así.

—Gracias, señor. —Jared sacó un billete de su cartera—. Para la caja de los pobres.

Se alejó a grandes zancadas por el cementerio con el agradecimiento del vicario débilmente detrás de él y esa nueva información dando vueltas incesantemente en su cerebro.

Willoughby tenía una hermana que había pagado por su lápida, que lo consideraba asesinado y a quien su sangre clamaba venganza. Ahora todo lo que tenía que hacer era encontrarla y seguramente tendría la mente retorcida detrás de los ataques a Guinevere. Es más fácil decirlo que hacerlo desde un pueblo remoto, a menos que Allerton Grange tuviese una biblioteca con una copia del Landed Gentry. Y eso suponiendo que los Willoughby tuvieran tierras suficientes para ser incluidos.

Enviaría una misiva a Dover, le pondría a trabajar y esperaba que escribiera pronto con lo que había reunido sobre Theo. Un gran escándalo el que se iba a armar si se descubriera que había asesinado a su propio tío para conseguir el título, pero de alguna manera no lo podía creer.

Tampoco veía ningún motivo para que la vengativa hermana de Willoughby, Elizabeth, quisiera asesinar a Northam. A menos que lo viera como el salvador de Guinevere de la horca y, por lo tanto, también mereciera un castigo...

Jared desató el caballo y atravesó el prado hasta la posada. Era un edificio importante, muy sencillo, y probablemente de sesenta o setenta años de antigüedad. Su único reclamo de distinción era la ventana que se elevaba casi por toda la altura del frontón oeste y que claramente estaba destinada a iluminar la escalera, ya que la línea horizontal de cada rellano era visible a través del vidrio. Este tipo de ventanas de exhibición eran una especialidad de la zona y Whitby tenía varias casas con ellas, como la de su tía por ejemplo.

El propietario, Horatio Grantham según el cartel ubicado sobre la puerta, estaba más que dispuesto a hablar sobre el Terrible Suceso, como llamó repetidamente a la muerte de Willoughby. Parecía pensar que le daba cierta distinción a su posada, siendo el lugar de un evento tan dramático, que resultó en la intercesión de nada menos que el vizconde Northam.

—El que ha comprado Allerton Grange ahora, lo cual era algo muy bueno para el pueblo —confesó mientras le servía una jarra de cerveza a Jared.

La historia se derramó con fluidez, obviamente un cuento habitual para entretener a los clientes. —Los Quentens que solían vivir allí jamás tuvieron dinero, no porque lo gastaran por

aquí, eso era seguro. Eran reservados y siempre se retrasaban en el pago de sus facturas. Grantham limpió la barra con un paño, lo volvió a colocar bajo su cinturón y se apoyó en el roble desgastado. —Por lo que he escuchado, Lord Northam es un pariente lejano de ellos, pero no se parece en nada a ellos.

Al parecer la noticia del asesinato aún no había llegado por allí y Jared no quería distraer al posadero contándoselo. Bebió un poco de cerveza y emitió ruidos de apreciación. —Buena cerveza. ¿Su propia cerveza?

—Sí, señor. Eso es. Gano premios en la Feria de Scarborough con eso, casi todos los años. ¿Es usted de por aquí, señor? —Pero hay algo en ti que me resulta familiar, si no te importa que lo mencione. —Este pueblo es nuevo para mí —dijo Jared con naturalidad. Cualquier tipo de evasiva sólo despertaría sospechas—. La madre de mi madre era de por aquí, tal vez tenga algunos parientes lejanos. Es extraño cómo se transmiten los parecidos.

—Es sólo el color de piel. Y su perfil, señor. No puedo precisar exactamente qué es. El hombre se encogió de hombros. —¿Le agradaría echar un vistazo a la escena del Terrible Suceso, ya que está usted interesado?

Así que tendré que teñirme el pelo y hacerme romper la nariz para asegurar el anonimato, ¿no?, pensó Jared con una maldición interior, una sonrisa y un gesto de asentimiento para el posadero. Estoy condenado si lo hago. Me gusta mi nariz tal como está.

—Sí, lo haría. Imagino que es un tema de conversación por aquí. Sin duda, toda la familia del pobre caballero asistió al funeral.

Sabía que no lo habían hecho, pero fue un buen estímulo para que Grantham dijera si conocía a los Willoughby.

—No hay señales de ellos, señor. Supongo que no son una familia local, o no habrá ninguno vivo. Aunque el señor Willoughby, que murió, tenía algo que me sonó familiar. —Se encogió de hombros mientras comenzaba a subir las escaleras, la gran extensión de vidrio aprovechaba al máximo la luz del atardecer y hacía que sus sombras se alargaran por las paredes—. La esposa diría que me estoy volviendo fantasioso; primero usted, señor, y luego el señor Willoughby me resulta familiar. Aquí estamos. Esa es la ventana por la que se cayó y esa es la habitación en la que él y su esposa se alojaban, justo al lado. El jurado forense decidió que se emborrachó y se cayó, directamente sobre los adoquines de abajo. Se hizo un desastre en la cabeza, señor. Un desastre muy desagradable con el cerebro y todo. Lo tapamos tan pronto como lo encontramos, no queríamos que su esposa lo viera. La doctora lo arregló un poco antes para que lo identificara.

“Debió haberse sorprendido mucho”, observó Jared mientras estudiaba el pestillo de la sección de apertura de la ventana. “Esto parece bastante seguro”.

“De hecho, la señora estaba en una situación muy buena, señor. Blanca como una sábana y no dejaba de decir que el Cielo la perdonara, pero supongo que fue porque no le había impedido beber, señor. No es que cualquiera pudiera, diría yo. Un borracho impertinente hasta que había bebido tanto que apenas podía soportarlo, luego se ablandó. Eso es lo que me dijo cuando traté de dejar de servirle la noche anterior y se puso muy nervioso por eso. Entonces, la noche del incidente le di otra botella y, efectivamente, después de unos diez minutos de lenguaje que cuajaría la leche, se calmó enseguida y se quedó allí sentado gimiendo en su vaso. ¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí? ¿Dónde está cuando la necesito?

—Pensé: «Se ha ido a la cama y no te digo que la culpe, maldito borracho». Entonces, cuando me harté de escucharlo quejarse, se puso de pie y se fue tambaleándose. Si hubiese sabido que la chica había abierto las ventanas del rellano para enfriar un poco el dormitorio, lo habría vigilado y lo habría ayudado a subir a su habitación. —Se encogió de hombros—. Pero no lo hice y el

forense dijo que nadie que no estuviese borracho como un lord habría corrido peligro, porque la barandilla de la escalera debería haber sido lo suficientemente segura. No nos echó la culpa a nosotros.

—¿Salió Willoughby mientras se encontraban aquí? ¿Preguntó cómo llegar a algún sitio?

—No preguntó, que yo sepa, señor. Salió a pie el día que se cayó, estuvo fuera una o dos horas, ¿eh? De todos modos, estaba de muy mal humor cuando regresó. Por supuesto, eso pudo haber sido por el clima, estaba lloviendo a cántaros y él estaba empapado y embarrado hasta las rodillas”, comentó el propietario mientras bajaban las escaleras.

“¿Cómo llegaron hasta aquí?” Podía preguntarle a Guinevere, por supuesto, pero el señor Grantham era hábil. Jared se preguntó cuánto tiempo más iba a tolerar preguntas detalladas por parte de un completo extraño sin ninguna autoridad en el asunto, pero hasta ahora parecía feliz de hablar sobre los hechos acaecidos en el local. Presumiblemente no había mucho drama día a día por allí.

“Carruaje de un solo caballo, señor. De esos con capucha”.

Así que Willoughby no había ido muy lejos, de lo contrario seguramente habría tomado el carruaje, se habría puesto la capucha y se habría ahorrado un remojón. No parecía haber nada más que aprender del servicial propietario. Jared terminó su vaso de cerveza y caminó lentamente hacia su caballo.

Francis Willoughby había venido con un propósito y, fuese cual fuese ese propósito, no lo logró. Willoughby murió primero.

Jared montó en la silla y se dispuso a recorrer la zona a una hora de camino de la posada. El propietario dijo que Willoughby se había ausentado una o dos horas. Suponiendo que el hombre hubiese hecho algo, aunque fuera solo para contemplar su destino con frustración cuando llegara allí, entonces tendría que caminar de regreso, por lo que un radio de cinco millas debería abarcarlo, calculó.

Jared había demorado mucho tiempo, pensó Guin. Cuando terminaron de comer, todavía no había señales de él. Comenzó a caminar inquieta de una habitación a otra en la planta baja hasta que Thomas sugirió que le pusiera los arneses al carruaje y la llevara a dar un paseo.

"Solo tiene capacidad para una persona además del conductor", señaló. "El señor Hunt no quiere que salga de la casa sin uno de ustedes y Faith".

"Eso sería si usted estuviera caminando, mi señora", dijo Thomas. "En el carruaje, si viéramos que se avecinan problemas, podríamos irnos en un momento. —También llevaría mi gran garrote, con el que acabaría con cualquier bandido. —Tomó un garrote pesado que se encontraba apoyado contra la pared del vestíbulo y lo blandió—. Parece letal. —Sí, lo sería. Un golpecito en la cabeza y no te levantarías de nuevo —dijo con un gusto que la hizo estremecer. —Aun así, le prometí al señor Hunt, así que llamaré a Faith y daremos una vuelta por el jardín. —Si así lo desea, milady —sonaba al borde del mal humor—. Estoy seguro de que su señoría confió en mí para cuidarla, señora. —Creo que el señor Hunt no confía en nadie —dijo Guin con ligereza, tratando de hacer una broma al respecto. Lo último que quería era un sirviente malhumorado por allí—. Y no tengo intención de demostrarle que tiene razón faltando a mi palabra. Ah, ahí estás, Faith. Ven, Thomas, y no olvides tu garrote.

Encontraron a Topshore, el jardinero, murmurando algo sombrío a los pulgones que había en sus habas y él se unió a la fiesta, seguro de que la dueña de la casa no quería nada mejor que debatir sobre la mejor cura para el musgo en el césped y si era necesario un nuevo cenador, dado el estado en que se encontraba el viejo.

Guin confesó su total ignorancia sobre el musgo y se dejó convencer para comprar un cenador

nuevo y una docena de rosas trepadoras del mejor proveedor de York.

El reloj del patio del establo anunciaba las tres y media cuando terminaron de dar una vuelta por el jardín, y todavía no había señales de Jared.

"Me pregunto qué puede estar pasando... Ah, puedo escuchar el sonido de los cascos sobre los adoquines del patio". Guin condujo a su pequeño grupo hasta el patio, con Topshore detrás y sosteniendo un monólogo sobre el valor del estiércol de establo bien podrido para las rosas.

El muchacho estaba guiando a una yegua castaña y su jinete se estaba cepillando los pantalones polvorientos.

Guin se dio cuenta de que no era Jared, con una punzada de decepción teñida de preocupación. Era un hombre joven, de unos dieciocho o diecinueve años, de tez rubia, pecoso y serio. Entonces vio que había un estoque a su lado y lo reconoció. Era el sirviente de Jared.

—¿Portsmouth?

—Dover, milady.

—Me disculpo, estaba algo distraído la última vez que nos vimos. ¿Ocurre algo?

Para su sorpresa, él se sonrojó. Entonces recordó exactamente dónde lo había conocido. — Eh... ¿Se encuentra el señor Hunt aquí, milady?

—No, no tengo idea de dónde está, estoy empezando a sentirme un poco ansiosa... Oh, debe ser él. Se giró al oír el sonido de otro caballo y esta vez era Jared.

Capítulo Diecisiete – Donde El Escándalo es Impreso

Jared detuvo el caballo al trote para inspeccionar al grupo en medio del patio. —¿Dover? Te dejé en Londres con una tarea que realizar.

—Sí, señor, y lo he hecho. La he realizado, quiero decir. Eso fue fácil, sólo que hay algo más y pensé que era mejor venir inmediatamente. No quería arriesgarme a escribir y tal vez a que te hubieras ido.

—Muy bien. Hablaremos en la casa. Jared desmontó, le arrojó las riendas al mozo de cuadra. —Dale un buen masaje, dale de comer y de beber cuando esté más fresco. Hemos cubierto mucho terreno hoy.

—¿Dónde has estado? —exigió Guin, el alivio la hizo ponerse irritable.

—Estoy seguro de que todos estaremos más cómodos dentro. Jared le ofreció el brazo y, cuando ella lo tomó, murmuró: —Con menos público.

Olía muy masculino, a caballo, cuero, polvo y sudor, y Guin se sorprendió de encontrarlo excitante. Ella casi se sintió decepcionada cuando, al entrar por la puerta principal, él dijo: “Agua caliente, por favor, Thomas. A mi habitación y tráele un poco también a Dover. Le buscaremos una habitación más tarde. Si nos disculpa por media hora, Lady Northam, ninguno de nosotros está en condiciones de entrar en el salón. Entonces se convoca un consejo de guerra, creo, incluida Faith”.

Guin reprimió el deseo de exigir un informe inmediato y llamó para pedir un té sustancioso en su lugar. Cualquiera que fuera la noticia, un pastel sería un consuelo.

Jared y Dover estuvieron abajo lavados y cambiados en veinte minutos y ella les hizo un gesto para que fueran a comer. Dover y Faith lucían incómodos por tener que sentirse como en casa en el salón, pero Jared dijo firmemente que estaba hambriento y que no tenía intención de repetir todo dos veces, así que se relajaron.

“Dover, termina lo que tienes en el plato, luego comienza”.

“Sí, señor”. Tragó con valentía un bocado de pastel de carne, bebió un poco de té y sacó un sobre de su bolsillo.

—He hecho averiguaciones sobre el señor Theo Quenten, como usted me ha ordenado, señor. Ha sido fácil. Es un hombre que todo el mundo aprecia, aunque algunos puristas desaprueban sus modales salvajes y dicen que confía demasiado en su encanto para salir airoso de los problemas. Ha estado haciendo muchas tonterías, ha tenido algunas pérdidas en las mesas y en el hipódromo, pero todo es juego y paga; no tiene deudas realmente preocupantes y los comerciantes dicen que también les paga, aunque tengan que esperar hasta que llegue su siguiente cuota de la asignación. Es un poco de la línea de las enaguas, con su perdón, milady, pero no hay chismes que sean desagradables, si sabe a qué me refiero.

—Según todos los informes, se está asentando y la enfermedad de su padre ha acelerado el proceso de sobriedad. Estaba escribiendo todo eso como un informe para usted, señor, y entonces empezó todo.

—¿Qué?

—Su padre murió el día que usted partió de Londres.

—Oh, no, pobre hombre. Pero supongo que ahora está en paz, gracias al Cielo.

“Lo siento, milady, debería haberlo explicado mejor.”

Guin le hizo un gesto para que continuara.

“De todos modos, eso significa que el señor Theo ahora es Lord Northam y comenzaron los periódicos de escándalo. Las imprentas están llenas de ellos, señor.” Le lanzó a Guin una mirada agobiada e inexplicablemente se sonrojó de nuevo. Le entregó el sobre a Jared y se refugió en otra rebanada de pastel de carne.

Jared sacó lo que parecía ser una impresión en color, la miró y maldijo en voz baja.

“¿Qué es?”, exigió.

“No quieres saberlo.” Dobló la hoja en dos.

“Claro que sí.”

“Lady Northam, esto la angustiaría.”

“¿De verdad, señor Hunt? Y he tenido tan poco que me agite últimamente, estoy bastante fuera de práctica,” dijo con un sarcasmo que lo hizo estremecer. “Muéstrame.”

Con un encogimiento de hombros, le entregó la impresión. Guin lo alisó y lo examinó. Al fondo de la escena había dos lechos de muerte, adornados con tela negra y guirnaldas de hojas perennes, y en uno de ellos un hombre mayor le entregaba una corona de vizconde a otro anciano caballero que yacía en la otra cama.

Mucho más grande, un joven apuesto, elegantemente vestido y con una mata de pelo rubio se encontraba a horcajadas sobre las camas, arrebatando la corona del segundo hombre moribundo con una mano mientras, con la otra, se acercaba a una dama alta y rubia con un vestido escotado que le tendía ambas manos. Un globo de diálogo salía de sus labios: “Querida tía, ahora que esos dos están fuera de mi camino, me enseñarás cómo seguir siendo el vizconde N. ¿No?”. La dama rubia, que parecía mirar fijamente sus pantalones excesivamente ajustados, tenía su propio globo de diálogo. “Nevvie querido, podemos comenzar nuestra instrucción en el dormitorio”.

“Se supone que ese es Theo”, tartamudeó Guin, una parte de su cerebro reconociendo que era una caricatura muy buena. “¿Y se supone que soy yo?” Cuando nadie habló, respiró profundamente. “Esto implica que Theo se ha deshecho tanto de su tío como de su padre para obtener el título. Y si no estuve directamente involucrada, ciertamente acojo con agrado el resultado.”

Su mano apretaba el papel con tanta fuerza que se arrugó. Guin se obligó a relajar su agarre y alisó la imagen. —¿Se le permite a un hombre casarse con su tía por matrimonio? No importa —dijo sin esperar a que nadie respondiera—. La insinuación de que somos, o seremos, amantes, es bastante nefasta.

Jared no hizo ningún intento de decirle que era de otra manera, por lo que estaba agradecida, no estaba de humor para que la apaciguaran y la trataran con condescendencia. No es que él hubiera intentado nunca...

Se dio cuenta con un sobresalto de que él estaba hablando. —El nuevo Lord Northam —llamémosle Theo por ahora, así las cosas son más sencillas— estará muy involucrado en el funeral de su padre. ¿Dónde será?

—Cerca de Nottingham. Será enterrado en el mausoleo familiar en su casa de campo, estoy segura —dijo Guin, agradecida por tener algo en qué pensar además del hecho de que su imagen estaba por todas las imprentas de Londres. —Al menos eso sacará a Theo de Londres. Puedo imaginarlo llamando a alguien por esto.

—Lo más probable —dijo Jared—. Yo le guardaría el abrigo. Si entra primero, claro.

—¿Desafiarías a alguien por mí?

—Por supuesto. —Parecía sorprendido de que ella preguntara y algo dentro de Guin se derritió

—. Pero aparte de eso, no hay nada que hacer que no estemos haciendo: encontrar quién asesinó a su marido y quién la ha estado persiguiendo. Y, ya que estamos, mantenerla alejada de la vista del público hasta que surja otro escándalo más excitante.

Era difícil pensar en algo más excitante que el adulterio y el doble asesinato que implicaba la impresión, pero Guin respiró hondo y sirvió té a todos. —¿Descubrieron algo esta mañana?

—Que la muerte de su primer marido fue todo lo que parecía, que su tumba ahora tiene una hermosa lápida y que tenía una hermana, Elizabeth.

Guin dejó la tetera con un golpe que hizo que la mesita se tambaleara. —¿Francis tenía una hermana?

—Una que ha colocado una lápida pidiendo venganza, lo que es más. Jared describió la lápida, su conversación con el vicario y el posadero y su día a caballo intentando encontrar a dónde habría ido Francis el último día de su vida.

—Iba a pie, hacía un tiempo horrible. He visitado todas las aldeas y granjas en un radio de cinco millas de la posada y no he encontrado ningún lugar donde se le viera, nadie que admitiera tener algún trato con él. Lo que significa que, a menos que tuviera una cita con alguien que pasara por allí...

—Venía aquí —dijo Guin lentamente—. Pero ¿por qué? Porque fuera lo que fuese lo que quería, no se encontraba aquí: la casa estaba cerrada. Los Quentens tenían la intención de alquilarla, creo, pero Augustus los salvó de tener que hacerlo.

Entonces se dio cuenta de que hablar con el posadero y ver la escena habían convencido a Jared de su inocencia en la muerte de Francis, pero que antes, él había estado inseguro. Se dio cuenta de que eso la dejó sorprendentemente enfadada. Su mano tembló mientras se obligaba a beber un sorbo de té. No podía despotricar contra él en ese momento, se dijo a sí misma.

“Eso explicaría su frustración, como informó el posadero, y lo mucho que estaba bebiendo”. Jared tomó su taza, pensó por un momento, aparentemente no notó su tensión.

—Nos hemos estado preguntando qué conexión existe entre las bromas que te han jugado y el asesinato de Lord Northam. Estoy empezando a pensar que, sea lo que sea, se centra en esta casa. Francis Willoughby te trae aquí a este pueblo, visita esta casa, muere antes de poder lograr su propósito, luego aparece Lord Northam, habiendo comprado esta misma casa, viene aquí y te conoce. Meses después regresan juntos a Allerton Grange y comienzan los ataques contra ti, luego te siguen a Londres.

—¿Ahora esperamos que algo vuelva a suceder aquí? —preguntó Faith en el silencio que siguió.

—Disculpe, señor, pero hay algo que no entiendo. Dover había estado devorando el pastel de carne en silencio. Ahora apartó el plato y miró a su alrededor.

—Puedo entender que Elizabeth Willoughby pueda, equivocadamente, culpar a Lady Northam por la muerte de su hermano y causar esos ataques. Ella podría incluso estar resentida porque Lord Northam ayudó a la señora Willoughby, como lo estaba entonces, cuando el magistrado se estaba volviendo difícil. Pero seguramente, asesinarlo fue una reacción exagerada. Quiero decir, puedo ver que ella podría querer asesinar a Lady Northam, si realmente está tan obsesionada e irrazonable, pero ¿por qué a él?

“¿Podría ser coincidencia y los motivos detrás de los ataques contra mí y el asesinato de Augustus no estén relacionados?”, se preguntó Guin. “Las coincidencias ocurren todo el tiempo, pero no las notamos”.

“Si no fuese por el hecho de que Francis casi seguramente esperaba encontrar a alguien, o algo, aquí, en esta casa, entonces tal vez la coincidencia podría explicarlo. El posadero pensó que

Francis le recordaba a alguien, pero no tenía idea de a quién. Sin embargo, es un detalle sugerente”.

“¿El mayordomo de los Quentens, me pregunto?”, reflexionó Guin. “Nunca lo conocí y no sé su nombre. Se fue del distrito cuando ellos lo hicieron, pero me parece recordar algo que dijo Augustus sobre que era obviamente competente y bien educado a partir de los registros que dejó. Supuso que era un caballero que había caído en tiempos difíciles. ¿Podría ser un hermano, tal vez? Pero no, no puede ser eso. Augustus habría comentado la similitud de los nombres.

—A menos que alguno de ellos estuviera usando una identidad falsa —sugirió Faith—. Sabemos que el señor Francis Willoughby no era completamente honesto... —Guin reprimió un bufido—, pero sabemos por su lápida que ese era su verdadero nombre. Un hermano podría estar volando bajo banderas falsas, tal vez.

—Parece que es necesario preguntar a los Quentens —dijo Jared—. Incluso si el agente ya no está empleado por ellos, deberían saber dónde ha ido.

—¿Qué quiere que haga ahora, señor? —preguntó Dover—. ¿Regresar a Londres? Cogí la diligencia hasta Thirsk y luego alquilé un caballo. Mañana puedo hacer lo mismo al revés y estar de vuelta en Londres al día siguiente.

“Todavía no, creo. Lady Northam, ¿tiene usted un terrateniente en la casa? Porque ahora que tenemos los nombres de los padres de Francis Willoughby de la lápida, podríamos rastrear a la hermana de esa manera y también ver si hay otros hermanos. Si no, Dover puede ir mañana a Pickering, hay una biblioteca circulante allí que debería tener una copia actualizada.

“Es posible que Augustus tuviese una en su estudio”, dijo Guin después de pensarlo un momento. “Aquí no hay una biblioteca propiamente dicha, los Quentens se llevaron todos los libros cuando se mudaron y Augustus aún no había comenzado a comprar libros para aquí en ninguna cantidad, aunque hay algunos y traje algunos míos para la habitación de la torre.

“Supongo que Theo querrá agregar más si decide quedarse con esta casa. Acabo de percatarme que esta propiedad ahora le pertenecerá a él, debo pedirle autorización para quedarme cuando escriba mi carta de condolencias por la muerte de su padre.

Se puso de pie, haciendo que todos los demás se pusieran de pie cortésmente.

¿Bajamos al estudio y buscamos el libro, señor Hunt? Al menos así sabrá si es necesario el viaje a Pickering.

Jared la siguió afuera y bajó las escaleras en silencio. Guin entró en el estudio, se acercó a la gran silla, vacía junto al escritorio. Jared cerró la puerta y simplemente se quedó allí, mirándola, su peso ligeramente sobre las puntas de sus pies, cada línea de su cuerpo aparentemente relajado indicando alerta. Ese era un hombre dispuesto a pelear: parecía que no necesitaba ni una palabra ni un gesto para alertarlo sobre su estado de ánimo después de todo, había sido consciente desde el principio.

Se dio cuenta de que se agarraba al respaldo de la silla, la silla de Augustus, como si se apoyara en algún rastro persistente de su presencia. “Acabo de percatarme de que hasta que hablaste con el señor Grantham en la posada, creías a medias que yo había asesinado a Francis. Tal vez lo creías totalmente. Pensé que confiabas en mí”.

—¿Cuándo demostraste un sentimiento de culpa tan fuerte y Willoughby parecía tan maduro para el asesinato? —dijo en un tono tan razonable que ella quiso arrojarle el tintero—. Por supuesto que debía sospechar de ti. No te conocía, no conocía a Lord Northam lo suficiente como para confiar en su juicio. Enviudar dos veces en tan poco tiempo es un indicio de un grado significativo de desgracia... o algo completamente distinto.

Se escuchó un pequeño sonido cuando su uña atravesó el respaldo de cuero de la silla. —¿Y

sin embargo, una conversación con un completo desconocido fue suficiente para convencerte de mi inocencia? Después de esa noche... ¿después de lo que pasó entre nosotros?

—Me hizo comprender por qué te sentías culpable, de lo que era Willoughby, visto a través de los ojos de un extraño. Mi profesión es mantener viva a la gente, sospechar de todos, de todo. Permitir que la emoción... Jared se interrumpió.

—¿Sientes alguna emoción por mí? Se despreció a sí misma por la pregunta, por tener tan poco orgullo como para necesitar pedir algún tipo de garantía. —¿No lo sabes? —Jared se quedó un poco quieto—. ¿Crees que me tomo los encuentros con mujeres a la ligera, que te usaría de esa manera?

—Creo recordar que fui yo quien te usó. —Una especie de ira la recorrió y despertó cierta emoción en esa atenta mirada ambarina.

—Quizás nos usamos el uno al otro. —La voz de Jared era sedosa con una promesa sensual que no sonaba verdadera.

Sí, él también está molesto.

Debería retroceder, o pedirle que se fuera, o hacer cualquier cosa menos lo que hizo, lo que esos ojos la obligaban a hacer. Guin soltó la silla, dio un paso adelante, levantó la mano, sin saber si era para golpear o para acariciar.

Jared levantó la suya, derecha a derecha, como un saludo de espadachín, y sus palmas se encontraron, se besaron juntas en el roce más ligero y se quedaron allí, las manos abiertas pero completamente atrapadas, la respiración mezclándose. Estaba tan cerca que Guin podía contar las pestañas individuales, ver cómo sus iris se agrandaban mientras su mirada se oscurecía y se calentaba en su rostro.

—¿Nos usamos el uno al otro, Guinevere? ¿O se trata de algo más que una necesidad, algo más que lo físico?

—Dijiste emoción. ¿Había oído ese susurro?

—No debería permitirme sentir, no por un cliente, no por la persona que se supone que debo proteger. Su voz era igual de suave.

—¿Pero tú lo haces? Ella le estaba pidiendo a un hombre que admitiera sentimientos que lo expondrían, lo dejarían expuesto a él y a su orgullo, expuestos al rechazo, tal vez a la burla.

Soy una vizcondesa, se recordó Guin. Jared, un maestro de espadas, un hombre que acepta un empleo remunerado, es muy consciente de eso.

Y sin embargo, ese hombre nunca se sintió inferior a nadie, estaba segura de eso. No era arrogancia, era confianza, una seguridad en sí mismo ganada con esfuerzo, aprendida con esfuerzo. Jared Hunt se había labrado un lugar fuera de la sociedad y, sin embargo, podía cruzar ese umbral cuando le convenía. Ella recordó lo fácil que había sido encajar en el salón de baile, su amistad con el duque y la duquesa.

“Sí. Me preocupo por ti, Guinevere. Te deseo. Te creo. No estoy seguro de en qué orden llegaron esas cosas”. De repente, hubo diversión, iluminando sus ojos con motas de oro, arrugando la piel en las esquinas. “No, eso no es así. El deseo vino primero, el deseo llegó en el momento en que te vi”.

“¿De verdad?” De alguna manera se habían movido juntos, pecho contra pecho, ambas manos entrelazadas. Ella observó sus ojos mientras él observaba los de ella, una conversación completamente silenciosa se desarrollaba debajo de sus palabras habladas. “Estaba asustada y por eso estaba enojada y altiva contigo”.

—Pensé que eras una bruja arrogante, durante la primera hora más o menos —admitió de buena gana—. Pero una que me tenía agarrado del cuello.

—¿Agarrado del cuello? —bromeó ella.

—Y áreas más al sur. —Se movió ligeramente contra ella, demostrando el punto—. Pero tú eras el sujeto, el objeto de mi empleo. No podía permitirme preocuparme de esa manera.

—¿Ahora sí?

Pero la pregunta se perdió contra su boca y el beso que Jared recibió fue caliente, duro y urgente. Liberó sus manos y la atrajo hacia su cuerpo y eso también fue caliente, duro y urgente.

Guin tiró torpemente de su abrigo, torpe en su necesidad de tocar la piel desnuda. Con un giro fluido de sus hombros, ella pudo empujar hacia abajo. Hubo un momento en que estuvieron separados mientras él se sacudía el abrigo, luego la tenía de nuevo y sus dedos se apretaron en el fino lino de su camisa y debajo había piel, músculo y fuerza y ella también deseaba eso.

Sabía a café y canela y excitaba a un hombre. Mientras se recuperaba de ese primer contacto embriagador, sus labios se suavizaron, su lengua se curvó, juguetona en su exploración, y ella se rindió a ello incluso cuando sus manos ocupadas tiraron de la camisa de la cinturilla y finalmente, finalmente, pudo tocar su cuerpo.

Tan duro, tan suave excepto donde las crestas y los nudos delataban viejas heridas. Se deleitó con las yemas de los dedos, emocionada cuando él se arqueó contra sus manos como un gran gato en busca de caricias.

Guin sintió que sus piernas perdían fuerza, supo que se estaba hundiendo hacia el suelo, se dio cuenta de que no le importaba y lanzó un gemido de protesta cuando Jared interrumpió el beso.

“Estoy condenado si voy a hacer el amor contigo por primera vez en el suelo o sobre un escritorio”. Se desabrochó el cinturón de la espada, lo dejó caer.

“Hicimos amor en un granero...”

“Tuvimos sexo en un granero. Mi dormitorio está más cerca”.

Capítulo Dieciocho – Donde la Pasión se Abre Camino

—No, mi habitación. Hay una puerta y una escalera no tan secretas en la esquina. —Guin tiró de su mano, impaciente cuando se agachó para recuperar su abrigo. Confiaba en que Jared Hunt no dejara ninguna prueba incriminatoria detrás de él.

Lo dejó caer y le dio un beso en el ángulo del cuello. Sus dedos buscaron a tientas en el viejo panel de roble hasta que encontró el ángulo correcto para presionar, luego la puerta se abrió y subieron, apretados, chocando contra la escalera tortuosa, tan estrecha que los anchos hombros de Jared rozaban las paredes.

Se abrió hacia su dormitorio y Guin volteó para ver a Jared en la puerta de la escalera, enmarcado por el viejo panel de roble mientras se quitaba la camisa.

—Pareces un caballero que regresa asaltando la cámara de su dama después de años lejos en las Cruzadas —dijo, medio riéndose de su propia fantasía, medio mortalmente seria.

Jared arrojó la camisa a un lado, se quitó las botas, su mirada fija en ella mientras sus manos se dirigían a su cintura. Él se estaba desnudando para ella, volviéndose tan vulnerable como un hombre tan controlado y peligroso seguramente jamás podría.

Guin contuvo el aliento al verlo revelado, excitado por ella. Por mí. Si él puede confiar, yo también.

Su vestido cayó en pliegues silenciosos a sus pies, sus zapatillas se quitaron fácilmente. Su corsé la derrotó, pero por la mirada en sus ojos, no lo derrotaría a él. Guin caminó los seis pasos que la llevaron al hombre que iba a ser su amante y extendió la mano, liberando el lazo de cuero que sujetaba su coleta de pelo. Se soltó bajo sus dedos rastrilladores, se sacudió alrededor de sus hombros, la melena de un león, enroscada por la trenza sedosa y viva en sus manos.

Jared sonrió, lento y sensual, y extendió la mano alrededor de ella para agarrar las cuerdas de su corsé, hábilmente aunque no podía ver lo que estaba haciendo. "¿Seguro?", murmuró.

La pregunta en esa voz ronca era tranquilizadora, pero no tenía que preguntar: ella estaba bastante segura de eso. Había pasado mucho tiempo desde Francis, y él había sido un amante insatisfactorio —incluso con su total inexperiencia ella lo había sabido— así que eso podría estar lejos de ser cómodo al principio, pero confiaba en que Jared la cuidaría.

—Completamente segura. —Las palabras fueron amortiguadas cuando su corsé cayó y él le quitó la camisola por la cabeza.

No estaba segura de qué esperar a continuación, pero no iba a ocultárselo, sus palmas ahuecaron sus hombros, mientras estudiaba su rostro. —Esto solo puede ser una aventura temporal, Guinevere. Por supuesto, ya lo sabes: eres una dama con título, yo soy un maestro de espadas. Eso es todo lo que puede ser.

—No estoy buscando un tercer marido, eso es seguro —dijo Guin, tal vez más secamente de lo que había pretendido. —Pero si lo estuviera, no estoy segura de que una joven tonta de una crianza moderadamente respetable que se arruinó con un rufián y luego tuvo la suerte de ser rescatada por un anciano vizconde esté en posición de darse aires. Especialmente con un hombre que, por más misterioso que elija ser sobre su educación, es claramente un caballero tanto por crianza como por naturaleza.

Respiró profundamente. —Ahora, por favor, ¿puedes olvidarte de todos esos escrúpulos tan

honorables y simplemente besarme?

—Vivo para servir —murmuró Jared, provocándola para que abriera los labios de modo que su boca sobre la de ella la atrapara a mitad de la réplica. Entonces su lengua se introdujo en el interior y ella perdió todo rastro de lo que había estado a punto de decir.

Estaban desnudos, piel con piel, suavidad femenina contra la dura demanda masculina y ella se frotó sinuosamente contra el cuerpo delgado, perfeccionado por el ejercicio disciplinado. Jared la inclinó hacia atrás sobre su brazo para besarle los pechos, su cabello cayendo sobre sus hombros, otra caricia. Él se agachó, la abrazó y la llevó a la cama, la siguió hasta abajo y continuó explorando sus pechos con la boca abierta hasta que ella se arqueó, agarrándose a su cabeza, queriendo que no se detuviera y, sin embargo, queriendo más. Deseándolo a él.

Jared le dio un tirón de despedida al pezón derecho con los labios y la miró a los ojos entrecerrados. "Ha pasado mucho tiempo". Era más una afirmación que una pregunta.

"Sí", asintió Guin, mientras esos dedos largos y hábiles se deslizaban entre sus muslos, se deslizaban entre los pliegues ya húmedos para él. Su cuerpo ya sabía el placer que él podía darle y empujó contra su palma como un solo dedo, luego dos dedos se deslizaron dentro y ella se retorció contra él, deseándolo todo.

El peso de Jared se desplazó sobre ella, sus delgadas caderas entre sus muslos, su cabello rozando sus hombros, la diferente textura de los oscuros rizos en su pecho estableciendo otra exquisita fricción contra sus sensibles pezones. Se movieron juntos instintivamente, encontrando ese ángulo perfecto para la penetración, su largo y fuerte empuje coincidió con la elevación de sus caderas para tomarlo, todo él.

Guin jadeó, enterrando el sonido contra su hombro. Pasó mucho tiempo y, aunque era más suave, también era más grande que Francis. Jared se quedó quieto como si hubiera sentido ese momento de shock, de resistencia, luego, cuando ella se arqueó contra él, se retiró lentamente, casi por completo, luego entró de nuevo.

Lento y rápido, lento y rápido, hasta que Guin jadeó de necesidad, temblando mientras la tensión se acumulaba y aumentaba, jadeando palabras que eran más sonidos que sentido hasta que Jared cambió el ángulo de sus embestidas, su respiración repentinamente irregular mientras parecía hincharse y crecer dentro de ella.

"Ahora, Guinevere".

Una orden, una súplica... tal vez ambas cosas, mientras ella de repente perdía la capacidad de pensar y se aferraba a él, sollozando mientras él se movía bruscamente, alejándose, jadeando su propio éxtasis contra su boca mientras se convulsionaba, derramándose caliente contra su vientre.

Debería moverme.

Bajo él había una mujer suave y caliente, una maraña de cabello en su boca —tanto de él como de ella—, la sensación de pegajosidad entre sus cuerpos, el aroma de su apareamiento y el sudor mezclándose con el flujo de hierba cortada y rosas a través de la ventana.

No hay nada delicado en el buen sexo, pensó Jared, completamente relajado y contento.

Realmente debería moverse. No podía recordar la última vez que simplemente se había abandonado al momento después de hacer el amor. Era una indulgencia demasiado peligrosa: un hombre nunca era más vulnerable que cuando estaba desnudo, feliz, deshuesado por el placer.

Guinevere estaba despierta, podía decirlo por su respiración, por el movimiento casi imperceptible de sus dedos en su cabello. Parecía gustarle la longitud del mismo. De hecho, ella parecía haber disfrutado toda la experiencia. Jared se permitió un momento de satisfacción masculina por eso, luego giró la cabeza para poder mirarla. —¿Te estoy aplastando?

—Me agrada.

Lo que significaba que sí. De mala gana, provocando una queja de Guinevere, Jared se volteó sobre su espalda, luego convocó los jirones de su autocontrol y se levantó de la cama para investigar el vestidor.

Cuando regresó con la jarra de agua y una toalla, Guinevere todavía estaba desparramada sobre las sábanas arrugadas.

Le sonrió somnolienta y se sentó contra las almohadas. —Gracias.

—Hace frío —le advirtió, mojando la toallita y entregándosela.

—No para el agua —dijo ella, sonrojándose un poco mientras le quitaba la toallita.

—Gracias. Él dejó la jarra a un lado y se puso de pie, comenzó a buscar su ropa esparcida.

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy vistiendo. Se puso los pantalones y cogió las botas. —Luego bajaré a la biblioteca para que me encuentren estudiando inocentemente los libros de referencia disponibles.

—Todo el mundo sabe dónde estamos. —Guinevere ahuecó las almohadas y se acurrucó contra ellas, tapándose con una sábana de una manera que dejaba demasiadas visiones tentadoras de su cuerpo para un hombre que intentaba hacer lo correcto—. Vuelve a la cama.

¿Adónde se había ido la tímida y sonrojada viuda? Había estado encantadora, aunque frágil, pero esa mujer era provocativa y un poco exigente, lo que era picante.

—Tu reputación es otra cosa que debería proteger. —Y ahora me preocupa cerrar la puerta del establo después de que el caballo se haya escapado por completo.

—Por favor. —Había ese leve rosa debajo de la piel pálida de nuevo, ese indicio de incertidumbre—. Sólo para hablar.

Jared se quitó las botas y volvió a la cama, dejándose los pantalones puestos como un recordatorio para sí mismo de que eso era sólo para hablar. Cuando él se recostó contra las almohadas junto a ella, Guinevere se dio la vuelta y se acurrucó, con la cabeza sobre su hombro y el brazo sobre su pecho. Emitió un pequeño zumbido de satisfacción que le erizó el vello del pecho y le hizo endurecer los pezones. Ella se dio cuenta, se incorporó un poco y extendió la mano para tocarlo.

—¿Fuiste entrenada por la inquisición española? —preguntó Jared, dándose una palmada en el pecho con la mano libre como una virgen indignada antes de que ella lo sedujera para que le hiciera el amor de nuevo.

Guinevere rió entre dientes, pero no intentó quitarle la mano. —He estado pensando.

—¿Sí? —dijo él. Con cautela.

—Deberíamos ir a visitar a los Quentens, lo que sea que encontremos en la nobleza terrateniente, no escribirles. Se puede saber mucho más hablando con la gente cara a cara. Jared podría haber jurado que controlaba su reacción, pero estaban piel con piel, ella no podía evitar notar cualquier movimiento leve, cualquier aceleración de su ritmo cardíaco. —¿Qué pasa? —Se sentó, la sábana se acumuló a su alrededor como el agua alrededor de una sirena en su roca—. ¿Por qué no quieres ir?

—No dije nada.

—Sé que no lo hiciste. Te quedaste muy quieta y eso es lo que haces cuando algo está mal. Maldición. —¿Lo hago? Había pensado que había disciplinado cada posible señal de sus reacciones.

—Sí. Tiene algo que ver con tu vida temprana, ¿no? Vienes de por aquí.

—¿Cómo diablos supiste eso? Se sentó abruptamente, todo su preciado control perdió en un momento. Aprovechó el movimiento para ponerse de pie, cubriendo instintivamente la reacción.

—Muy de vez en cuando hay un leve rastro de Yorkshire en tu voz. Lo percibo cuando hablas con Thomas o con cualquiera de los empleados de aquí. No querías venir aquí, aunque habías decidido que era lo mejor que podías hacer. Lo ocultaste en lo más profundo, pero me di cuenta.

—Parece que me he vuelto muy fácil de leer. Lo cual era un desastre cuando todo su sustento dependía de exactamente lo contrario.

—En absoluto. —Guinevere lo estudió, con la cabeza ladeada, el labio inferior atrapado entre los dientes por un segundo—. Por alguna razón, parece que puedo percibir tu estado de ánimo. ¿Me dirás qué te ocurre?

¿Decírselo? ¿Decirle lo que nunca le había dicho a un alma viviente, desenterrar la traición, la desilusión y la ira y revelar el chico vulnerable de diecisiete años que había sido?

—Sí —respondió, sobresaltándose—. Nací y viví los primeros diecisiete años de mi vida entre aquí y Whitby. Tengo un hermano mayor.

William.

—Lo amaba y lo respetaba, pero él me traicionó, mintió sobre mí y se apoderó de mi honor con esa mentira. Mi padre le creyó a él, no a mí, lo que supongo que no es sorprendente. Él era el heredero, el serio y sensato. —El astuto e intrigante, como resultó ser—. Yo era salvaje, me metía en problemas sin fin. —Y romántico e ingenuo y estaba enamorado de la caballería y la esgrima, no de la vida real—. Hubo una... situación. Se hicieron acusaciones que yo negué. Me fui.

—Las acusaciones eran falsas. —Guinevere lo afirmó, confiando en él sin siquiera saber de qué lo acusaban. Ella asintió levemente, extrañamente decidida. —¿Y nunca has vuelto? ¿Nunca te has puesto en contacto con ellos?

—No. Supongo que debería perdonarlos, ha pasado mucho tiempo. Él ya no odiaba y la traición se había convertido en una cicatriz, no en una herida, pero el amor se había ido, la confianza se había ido.

No había respeto y sin esas cosas, ¿qué sentido tenía la familia? Supuso que Guinevere no estaría de acuerdo con eso, las mujeres generalmente valoran la reconciliación, cualquiera que sea la provocación. Jared esperó el sermón.

—¿Por qué deberías hacerlo tú? —exigió, sobresaltándolo—. Te traicionaron, la gente que debería haberte amado. ¿Te buscaron?

Pero entonces Guinevere no es una mujer común...

—No lo creo. Mi hermano tenía todo que perder si admitía la verdad, mi padre le creyó. Mi madre había fallecido el año anterior. Había sido entonces, se dio cuenta al mirar atrás, más viejo y más sabio, que las cosas habían comenzado a desmoronarse.

—¿Te reconocerían ahora?

Guinevere sonrió y él descubrió que le devolvía la sonrisa, incluso mientras se maravillaba del efecto que tenía sobre él, la forma en que socavaba cada una de sus defensas. —Supongo que has cambiado un poco.

—Yo era un chico flacucho y larguirucho con el pelo corto —comentó Jared, mirando hacia atrás a través del espejo manchado del tiempo. —Probablemente tenía una expresión vaga; desde luego, siempre me metía en problemas por soñar despierto.

—Has cambiado. No creo que nadie pueda acusarte de ser flaco o soñador. Pareces tener la concentración de una ratonera y los músculos de un atleta. —Extendió la mano y le tocó el brazo fugazmente, con una uña arañó la curva de su bíceps—. Pero no hay razón para pensar que nos encontraríamos con tu familia. Supongo que tu verdadero nombre no es Hunt. No, no pensé que lo fuera.

—Jared es uno de mis nombres. Como te dije, es una vieja tradición familiar. Y adapté un poco mi apellido.

—Y supongo que no me dirás lo que hizo tu hermano.

Jared sacudió la cabeza y se le cayó el pelo para protegerse el rostro. No, eso no lo podía hacer ni siquiera con Guinevere. La conmoción, la vergüenza y la traición debieron haberlo herido aún más de lo que había esperado. No podía hablar de ello, como si el deshonor hubiese sido suyo, no de William. Pero todos, excepto William y Bella, pensaban que lo era y, aparentemente, una conciencia tranquila no ayudaba mucho en esas circunstancias.

—Supongo que era una mujer —dijo Guinevere y esta vez él se las arregló para no reaccionar—. No estoy pescando, sólo estoy adivinando. ¿Qué otra cosa heriría más a un joven romántico que eso? No, no espero una respuesta.

Ella tiró la sábana a un lado y se deslizó fuera de la cama, descaradamente desnuda, sin ruborizarse. —Tenemos mucho que hacer. Buscar a los Willoughby en el libro, planear una visita sorpresa a los Quentens... Me pregunto qué excusa podré inventar para pasar tanto de largo.

—Hacer turismo —sugirió Jared mientras se levantaba de la cama y recuperaba sus botas—. Te lo han recomendado como una forma de distraerte de tus problemas. Tienes el deseo de comprar joyas de luto de azabache de Whitby, ver las ruinas de la abadía, admirar la bahía de Robin Hood. Y de repente se te ocurre mirar bien un mapa y ver lo cerca que estás de la familia restante de Lord Northam.

Guinevere se ató las ligas, se puso la camisola y se envolvió con el corsé. —Por favor, abróchame los cordones.

Sí, definitivamente había sido entrenada por la Inquisición. Primero lo interrogó, obligándolo a enfrentar sentimientos y recuerdos que había enterrado firmemente y ahora estaba medio desnuda frente a él, el cálido aroma de una mujer satisfecha llenando sus sentidos, las tentadoras curvas de sus nalgas a centímetros de su ingle mientras ella le presentaba la espalda y los cordones.

Jared luchó contra el impulso de tirarla sobre la cama y hacerle el amor de nuevo, y metió los cordones por los agujeros, luego tiró.

“¡Uf! Faith es mucho menos severa”, protestó ella mientras él ataba el lazo.

“Ella no tiene un interés personal en el delicioso escote que los cordones ajustados ponen a la vista”.

Jared hizo girar a Guinevere y besó la zona en cuestión antes de retirarse hacia donde su camisa yacía arrugada en el suelo. Se la puso y decidió que a veces una retirada estratégica era la mejor parte del valor. Buscó su abrigo y su pañuelo y, más importante aún, su cinturón de espada, luego se dio cuenta de que todo estaba en el estudio. El estudio sin llave.

¿Qué clase de maldito guardaespaldas eres? gruñó para sí mismo mientras bajaba corriendo la escalera de caracol, el cálido resplandor sensual de su acto sexual reemplazado por una fría ira contra sí mismo. El estoque y el cinturón seguían donde los había dejado apoyados contra el escritorio, el pañuelo sobre el guarda.

El tipo que se deja atravesar con su propia espada en medio de una escena amorosa, eso es lo que es.

El peso familiar del arma a su lado le devolvió algo de equilibrio, lo suficiente para que se atara el pañuelo con mano firme. El rojo descolorido y dorado de la encuadernación del Landed Gentry estaba visible en un estante cerca del escritorio y lo sacó y se sentó a estudiarlo, concentrándose en la simple tarea de calmar su ira.

La edición databa de hacía casi veinte años, la placa de Lord Northam en el interior estaba desgastada y descolorida. Debía haber sido una vieja de su biblioteca que había trasladado hasta allí para ayudar a poblar los estantes vacíos.

Jared hojeó hasta Willoughby. Allí estaba, confirmando la lápida en el cementerio. Henry Fitzgordon Willoughby de Gordon Chase, Northumberland, casado con Jane Arnold. Hijos Francis Arnold, nacido en 1784 y Elizabeth, nacida en 1777.

No había otros hijos, por lo que el posible hermano agente inmobiliario asesino teórico fue descartado, y no había señales de un matrimonio para la vengativa Elizabeth. Necesitaba la edición más reciente para averiguarlo.

Jared cerró el libro de golpe, sacando una hoja de helecho prensada y descolorida de entre sus páginas, pero no se levantó para volver a colocarlo en el estante. La habitación permanecía en silencio, el viejo y profundo sillón era ideal para la contemplación y se acomodó en él, aunque su contemplación estaba lejos de ser cómoda.

Aquel era su primer encargo después de dejar la casa de Cal y había cometido lo que probablemente era el pecado capital para un guardaespaldas: se había enredado emocionalmente con su sujeto.

Tenía sentimientos por Cal (era su mejor amigo y lo amaba como a un hermano), pero eso era diferente. Lo hacía luchar más duro para protegerse las espaldas, lo había vuelto devoto de los intereses del Duque, pero no había nublado su juicio ni embotado su filo profesional.

Si volvía a hacerle el amor a Guinevere, sería en una habitación cerrada con las contraventanas cerradas, un cofre encajado contra la puerta y una espada a centímetros de su mano en todo momento.

Y ella te toca y tu cerebro se hace papilla, tus reflejos migran a tu ingle y no ves nada, no oyes nada, no sientes nada más que a ella. La casa podría arder alrededor de tus orejas y no te darías cuenta hasta que fuese demasiado tarde para reaccionar.

Jared se sentó y contempló la verdad de eso, tal como Monsieur Favel, su maestro de la espada, le había enseñado a analizar cada uno de sus errores.

Así que no volvió a hacerle el amor. Eso simplifica las cosas, pensó con tristeza.

Irían a ver qué podían decirles los Quenten, luego averiguarían qué estaba pasando con el nuevo Lord Northam y, si era necesario, irían a Northumberland y verían si podían rastrear a la vengativa hermana Willoughby. Todo lo que tenía que hacer hasta entonces era impedir que las autoridades arrestaran a Theo Quenten por asesinato y mantener con vida a Guinevere mientras se mantenía fuera de su cama y evitaba a su propia familia.

"Un plan tan simple, de hecho", dijo en voz alta.

Capítulo Diecinueve – Donde las Familias no Podían Evitarse

Jared continuaba pensando en las tareas que tenía por delante cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Señor? Pensé que podría necesitarme.

—Dover. Mañana iremos a Whitby, tú también. Dile a Thomas y a uno de los criados más corpulentos que vendrán con nosotros. No tengo ni idea de lo que nos espera, si es que algo nos espera, y puede que simplemente sea una visita social y algunas compras de joyas de azabache. Por otro lado...

—Vamos armados y esperamos lo peor. La amplia sonrisa de Dover dejaba ver cierta sed de sangre.

Jared se dio cuenta de que le devolvía la sonrisa. ¿Qué demonios le estaba pasando? Nunca sonreía. Rara vez sonreía, salvo para causar efecto. Guinevere se estaba metiendo bajo su piel hasta un punto peligroso y eso debía parar.

—Sí —convino, mortalmente serio de nuevo—. Y apostaría a que lo peor está a punto de sucedernos si no somos muy cautelosos.

Jared permaneció en silencio durante el desayuno, lo que no preocupó demasiado a Guin. La experiencia de dos maridos muy diferentes en la mesa del desayuno le había enseñado que los hombres tienden a estar taciturnos a primera hora de la mañana.

La noche anterior había esperado que él se uniera a ella en su dormitorio después de la cena, pero cuando no apareció, se dijo a sí misma que estaba preocupado por su descanso y su reputación. Aunque, ahora que lo pensaba, también había estado en silencio durante la cena.

Había esperado que se uniera a ella y a Faith en el carruaje cuando partieron inmediatamente después del desayuno, pero él ordenó a Dover que subiera al carruaje, a Thomas y Peter, los lacayos, a la parte trasera, y montó en el robusto cazador negro que Augustus había guardado en Allerton para enfrentarse a la accidentada región montañosa.

"El señor Hunt me está mareando", se quejó, medio en broma, después de unos pocos kilómetros. "Nunca sé de qué lado del carruaje va a aparecer a continuación".

—Supongo que sacudiendo al caballo para quitarle los nervios, milady —dijo Dover, mientras su propia mirada se movía de un lado a otro, observando el paisaje a su paso con mucha más atención de la que merecían las colinas y los valles.

Guin se percató de que llevaba un estoque en la cadera y que había culatas de pistola que sobresalían de las dos fundas empujadas en los paneles laterales del carruaje.

Tardaron dos horas en llegar a Cross Holme, la mansión que ahora era la residencia principal de los primos Quenten. Se encontraba a las afueras de Whitby, cerca de la aldea Barnaby el Feo, lo que hizo que Faith soltara unas risitas desesperadas, convencida de que el nombre debía ser una broma de los habitantes.

—Es muy pequeña. En realidad, solo es una granja —dijo Guin mientras todos miraban la casa de piedra flanqueada por altos muros que se curvaban para encerrar, supuso, establos y patios.

—No es ni de lejos tan bonita como Allerton Grange. Faith arrugó la nariz. —Debieron estar muy tristes de tener que venderla.

—Probablemente fue un alivio que tuviesen dificultades para mantener dos casas. Creo que es mucho mejor concentrar todos los recursos limitados en una pequeña. —Aun así, la casa tenía un aire indefinible de abandono, lo cual era deprimente.

Thomas se bajó de un salto y corrió a llamar a la puerta, y Guin se recordó a sí misma que, en cierto sentido, se trataba de un regreso a casa para él, ya que muchos de los sirvientes le resultaban familiares de cuando había trabajado para los Quenten.

Ciertamente, la puerta se abrió de par en par tan pronto como quien la abrió vio quién estaba allí de pie, y Thomas regresó al carruaje con un mayordomo mayor a su lado.

—Éste es Hopchurch, milady.

—Me temo que no nos esperan —le dijo Guin al anciano que la vio con severidad con sus ojos enrojecidos y llorosos—. Pero asumí el riesgo de que los primos de mi difunto esposo estuviesen en casa. ¿Recibirá la señora Quenten?

—Preguntaré, milady. Se dio la vuelta, se dirigió a la puerta principal y todos se sentaron pacientemente hasta que reapareció e hizo gestos vagos a Thomas, que parecía capaz de interpretarlos.

“Todos deben pasar, milady. No se preocupen por Hopchurch, él es una verdadera desgracia, siempre lo fue”.

Guin no estaba segura de cómo lo logró, pero Jared se bajó del caballo y cruzó la puerta frente a ella y Dover la seguía de cerca cuando entraron. Se sintió aprensiva, como si Jared estuviese a punto de arrojarla detrás de un sofá como lo había hecho cuando los fuegos artificiales descendieron por la chimenea.

Una pareja de unos treinta y tantos años se puso de pie al entrar: un hombre grande que se parecía un poco a Augustus si uno sabía buscar un parecido y una mujer baja y regordeta con un mentón decidido y un aire de temperamento muy controlado.

“Bienvenidos”. El caballero se acercó tendiéndoles la mano de una manera torpe y angular, como si sus manos fuesen más grandes de lo que él sabía qué hacer con ellas. “Mi querida Lady Northam, ¿o puedo llamarla prima? Soy Julian Quenten y esta es mi esposa, la Señora Quenten. Ven, querida Lettie, y estrechemos nuestras manos”.

La Señora Quenten tomó la mano de Guin sin fuerzas y luego la apartó de golpe.

Debe ser tímida, pensó Guin, tratando de ser caritativa. Un ruido junto a la ventana la hizo mirar hacia el otro lado y vio a dos niños, de unos ocho y seis años, de pie observándolas.

“Vengan, muchachos, vengan a hacer sus reverencias”, instó Quenten. —Éste es Charles, llamado como mi padre. —Puso una mano posesiva sobre el hombro del muchacho mayor que miró a Guin con los ojos muy abiertos, hizo una reverencia y luego fijó su mirada en Jared—. Y éste es Hal.

El muchacho más joven asintió con la cabeza hacia Guin y luego fue a pararse junto a su hermano. —¿Es esa una espada verdadera?

—Sí —dijo Jared, con la mano en la empuñadura.

La señora Quenten se sentó abruptamente en el sofá.

—Permítame presentarle al señor Hunt, mi agente —dijo Guin, decidida a que no se esperaría que Jared se uniera a Faith y Dover en la cocina. Todos se acomodaron, Jared en una silla vertical ligeramente fuera de la línea de visión de la señora Quenten.

Guin la sorprendió mirándolo con inquietud y supuso que la llegada inesperada de un hombre vestido de negro y armado a la sala de estar de su casa era suficiente para alarmar a cualquiera.

Curiosamente, el sillón en el que estaba sentada estaba cálido, como si alguien lo hubiera abandonado recientemente. La señora Quenten había estado sentada allí, tal vez. Los dos

muchachos permanecieron obedientes junto a las rodillas de su padre, pero sus ojos no dejaban de desviarse hacia el tentador estoque.

Guin comentó alegremente lo agradable que había sido el viaje y lo bien situado que estaba Cross Holme. Cuando percibió una ligera relajación en la habitación, sonrió a su anfitriona en tono de disculpa. “Espero que perdone nuestra llegada sin previo aviso, pero era un día tan hermoso y tuve el impulso de comprar algunas de las joyas de azabache de Whitby de las que había escuchado hablar. En este momento parecen muy adecuadas”. Se pasó una mano por la falda negra, que llevaba especialmente para la visita.

“Por supuesto. Lamentamos mucho habernos enterado del fallecimiento de nuestro primo”, dijo el señor Quenten. “Un elegante caballero”.

“Gracias. Sí, en realidad lo era”.

Hubo un pequeño silencio, roto por la llegada de una doncella y un lacayo con la bandeja y la tetera.

“No ha estado mucho tiempo en Allerton Grange en esta ocasión”, comentó la señora Quenten mientras le pasaba una taza a Guin. —No, viajamos después del funeral. Londres me resultó opresivo, como seguramente comprenderás. Sentí la necesidad de alejarme.

—Los chismes pueden ser muy crueles. Leche, ¿prima Guinevere?

—¿Chismes? —Con el rabillo del ojo, Guin vio que la cabeza de Jared se movía un poco.

—Oh, recibimos los periódicos de Londres. Se menciona mucho al nuevo Lord Northam. Es muy desagradable y detestable.

—Debe ser extremadamente agotador para Theo —dijo Guin represivamente—. Para mí, fue muy agradable estar de vuelta en Allerton. Dime, ¿tu administrador de la propiedad vino contigo? El primo Theo me preguntó algo sobre la tierra y me alegró mucho descubrir que todos los libros de contabilidad se habían llevado tan bien; pude encontrar fácilmente lo que necesitaba.

—Sí —dijo la señora Quenten—. El señor Foster, nuestro administrador de la propiedad, también vino, aunque ya está entrando en años y supongo que se podría decir que ahora está parcialmente retirado. ¿Por qué preguntas?

—Oh, no hay razón. Sólo una observación ociosa.

“Bueno, eso fue inútil y bastante embarazoso”, dijo Guin con brusquedad mientras Jared la ayudaba a subir al carruaje una hora más tarde. “¿Vas a entrar para que podamos hablar?”

“Creo que no. Todavía tenemos que ir a Whitby”.

“No tengo ningún deseo de ir a Whitby, sabes que fue simplemente una excusa”.

“Y si no lo hacemos, entonces los Quentens se enterarán y sabrán que fue eso”. Cerró la puerta, volvió a subir a su caballo y se puso detrás de ellos mientras los caballos iniciaban el trote.

Guin se quedó pensando en los Quenten durante el siguiente kilómetro o así. No le habían agradado, pero ¿por qué deberían agradecerle? No tenían nada en común, salvo una relación lejana con Augustus y parecía que él tenía simplemente un sentido del deber familiar hacia ellos.

El carruaje se balanceó cuando comenzaron a bajar abruptamente la colina y Guin miró por la ventana para ver las ruinas irregulares de la abadía que se alzaban sobre el acantilado a lo lejos, sombrías contra el cielo azul.

Su humor mejoró un poco cuando Jared la ayudó a descender en un amplio muelle junto a un puerto muy concurrido. —Esto es encantador. —Se sorbió la nariz—. Aunque un poco sospechoso. Thomas, ve a ver si puedes encontrar un buen pescado fresco para la cena.

—Las mejores tiendas de jets están por aquí, Lady Northam. —Jared le ofreció el brazo y la

guió por una calle adoquinada—. Recuerdo que esta es de muy buena calidad. La posada que está justo detrás servirá para el almuerzo.

Guin pensó, perpleja, que no parecía el hombre que le había hecho el amor apasionadamente hacía apenas veinticuatro horas, mientras Jared abría la puerta y sonaba la campanilla. Había una distancia tanto en su voz como en sus modales, casi un regreso a la forma en que parecía cuando Augustus lo había contratado por primera vez.

Las joyas eran, en efecto, finas y los diseños sencillos y llevables. Guin se probó un par de gotas para los oídos montadas en oro y se volvió para pedirle la opinión a Jared. —¿Qué te parece?

Había esperado algo de calidez, alguna pequeña señal secreta de que él estaba interesado en ella, pero Jared se limitó a comentar: —Parecen apropiadas, milady.

Como si fuese la maldita doncella de alguna dama, pensó, dolida. Casi los rechazó y eligió uno de los diseños más ornamentados y facetados, simplemente para desairar su tibia aprobación, pero eso era simplemente mezquino, se dijo a sí misma.

—Me llevaré estos y el colgante a juego. Si pudieras enhebrarlo en una cinta de seda, esa estrecha de color gris paloma, me lo pondré ahora. Cuando el tendero hizo lo que le pidió y se lo entregó, Guin se dio la vuelta y se lo entregó a Jared. —Átemelo, señor Hunt, por favor.

Tuvo que pararse detrás de ella para rodear su cuello con la cinta, su aliento rozando su nuca antes del toque de sus dedos, rápido, preciso, mientras ataba un lazo y retrocedía sin siquiera una caricia, una palabra susurrada.

Entonces, ¿había tomado lo que quería y ahora no estaba interesado? —Gracias, señor Hunt.

El tendero había envuelto los pendientes y una caja vacía para el colgante en papel plateado y había atado un elaborado lazo y otro lazo más sencillo en la parte superior. Guin le pagó y agitó una mano hacia el pequeño y delicado paquete. —Si es tan amable, señor Hunt.

Si quería comportarse como un sirviente, lo trataría como a un sirviente y podría caminar por la ciudad con una baratija colgando de sus dedos.

Guin esperaba que Jared se lo entregara a Faith, pero tomó la caja. —Por supuesto, milady. Desató la cinta, la enrolló cuidadosamente en un rollo alrededor de sus dedos, la deslizó en un bolsillo y el pequeño paquete en otro. —Lo volveré a atar más tarde.

Encárgate de hacerlo. Las palabras casi habían salido de su boca cuando se las tragó. Tenía los nervios de punta y la frialdad de Jared le estaba provocando un dolor debajo del esternón, pero eso no era excusa para comportarse mal.

—Creo que es el almuerzo —dijo con una sonrisa brillante cuando salieron a la calle de nuevo—. Ha sido una mañana muy larga.

Faith la miró fijamente y luego apartó la mirada. Tal vez la sonrisa era demasiado brillante. Desesperada.

—Por aquí. El Vellochino de Oro. Jared señaló hacia donde colgaba un gran cartel dorado sobre la calzada. —La comida siempre ha sido estupenda... —Entonces se detuvo tan de repente como si lo hubieran golpeado. Dejó de hablar, se detuvo en seco en el pavimento.

Delante de él, una esbelta mujer de cabello oscuro vestida de luto negro se detuvo también. Guin pensó que no era casualidad. Jared había sido tomado completamente por sorpresa, pero la dama con su costoso vestido no.

La desconocida lo miró fijamente a la cara durante un largo momento. “Tú. Eres tú”.

“Estás de luto”. Sin saludos, sin preliminares.

Por un momento, Guin pensó que la mujer no iba a responder. “Por mi esposo”. Se recogió las faldas con una mano y pasó rápidamente junto a ellos, con la barbilla en alto. Cuando llegó a la

altura del hombro de Jared, siseó: “Una espada a sueldo. Un mercenario”.

“¿Quién era esa?”, exigió Guin, mirando hacia atrás por encima del hombro. La desconocida se alejó rápidamente sin darse vuelta, con las faldas de seda balanceándose.

“La entrada está justo aquí”. Jared, con los labios apretados, le sostenía una puerta.

Guin le lanzó una mirada dura y luego entró rápidamente, hasta el hombre que salió de una puerta lateral para saludarlos. —Un salón privado, por favor. Y almuerzo.

—Por supuesto, señora. Pasen por aquí. —Los condujo a una pequeña antesala, luego abrió una puerta que daba a una agradable habitación con vista a la calle.

—Gracias, mi doncella ordenará. Por favor, espere en la antesala unos minutos, Faith. Ella cerró la puerta casi en sus caras y se giró hacia Jared. —¿Quién era esa y qué diablos está pasando?

—Mi cuñada y no está pasando nada.

—¿No? ¿Cuándo eres tan frío como un helado de Gunter? ¿Cuándo no hablas a nadie más que a mí? ¿Cuándo te dicen en la calle que tu hermano ha muerto y sigues caminando como si nada hubiese pasado?

—No estoy siendo frío, estoy concentrado en hacer mi trabajo y mantenerte con vida.

—Ayer estabas en mi cama.

—Y no debería haberlo estado. ¿Quieres que esté caliente? ¿Quieres que coquettee contigo? ¿Quieres que no me concentre en lo que sea que te esté atacando?

—¿Y no puedes ser un ser humano normal y sensible y concentrarte?

—¿Crees que quiero correr el riesgo? —Ya estaba siendo frío, pensó ella con un sobresalto que no era exactamente alarma—. Ayer dejé mis malditas armas en el estudio y esa puerta estaba abierta y la escalera sin vigilancia. Y mi mente, lo poco que parece que me queda de ella, estaba completamente concentrada en lo que estábamos haciendo en esa cama. No sé qué está mal, pero de alguna manera has convertido mi cerebro en papilla.

—Entonces, ¿es mi culpa? —exigió Guin.

—No —gruñó él—. Es mía.

Había tal desesperación sombría en los ojos ámbar que Guin contuvo el aliento.

Acaba de enterarse de que su hermano está muerto y estoy despotricando contra él como si fuese una pescadera de Billingsgate.

—Por supuesto que tienes razón. —Mantuvo la voz baja—. Fuimos descuidados, los dos. No volveremos a serlo. Pero, Jared, tu hermano. Lo siento mucho.

Había recuperado la compostura, sus manos de dedos largos estaban firmes, pero sus ojos todavía lo traicionaban. —No había hablado con él en once años.

—Y fue él quien mintió sobre ti, quien te lastimó. —Se encogió de hombros a medias—. Tu cuñada es hermosa.

—Bella. Sí.

—Y muy bien vestida. Guin se dio cuenta de que había un criado con librea y una elegante doncella siguiéndolo. —Rico. ¿Quién eres tú, Jared Hunt?

—El hombre que yo mismo he creado —dijo y abrió la puerta—. Faith, espera aquí con tu ama y cierra la puerta detrás de mí. No voy a salir del edificio. Ábrela sólo para mí.

—Jared, ven... —La puerta se cerró dejando a Faith, desconcertada, dentro—. Vuelve. Oh, maldición. Cierra la puerta, Faith.

Jared entró a grandes zancadas en la sala principal. Había varias mesas ocupadas, una camarera estaba sirviendo y el posadero se encontraba en un extremo de la barra limpiando vasos y vigilando lo que estaba pasando. Dejó el mantel cuando Jared se acercó a él.

—He oído que Ravenlaw está muerto. ¿Cuándo sucedió eso?

—Hace un mes, más o menos. Se cayó de su caballo; una manada de bueyes lo asustó, se cayó, lo pisotearon. Un evento desagradable.

Un evento desagradable. Jared frenó de golpe su imaginación. William. Mi hermano. Esperó un momento hasta que estuvo seguro de que su voz estaría bajo control.

—¿Y su padre?

—Dicen que aguanta. Pero lo ha pasado bastante mal, eso es seguro.

—Ravenlaw tendrá un hijo que heredará. El viejo tendrá que hacerse cargo de él. Nunca había cedido a la tentación de abrir ese grueso tomo rojo, mirar la lista de nombres que, seguramente, iría creciendo debajo de la entrada de William y Bella, bajo el encabezado *Huntingford*.

—No. —El hombre cogió el paño y empezó a sacarle brillo de nuevo—. ¿Cómo qué no?

—Tres hijas, ningún hijo. Hubo un escándalo, hace años, no recuerdo los detalles, pero había otro hijo del viejo. Ahora está muerto, supongo, no se ha escuchado nada sobre él, según dicen. Encontrarán a algunos primos en algún lugar del árbol genealógico para heredar.

Sentía un zumbido en los oídos, como aquella vez que le habían disparado en la India y no se había dado cuenta de lo grave que era hasta que Cal le gritó y lo agarró cuando caía.

¡*Demonios!* Jared apretó el puño hasta que las cortas uñas le cortaron la palma y el dolor lo estabilizó.

Capítulo Veinte – Donde la Muerte Lo Vuelve a Intentar

—¿La criada pidió refrescos? —Jared notó que sonaba bastante tranquilo con la parte de su cerebro que todavía parecía funcionar con normalidad—. Sí, señor. La muchacha vendrá enseguida.

Regresó al salón privado, llamó a la puerta y, cuando Faith la abrió, esperó a que la criada trajera una bandeja repleta.

Guinevere estaba pálida, sin embargo comió, manteniendo una charla intrascendente, aparentemente para beneficio de su criada, o tal vez para no tener que hablar con él sobre nada que realmente importara.

Cuando finalizaron la comida, persistían comportándose esmeradamente educados el uno con el otro, luego Jared le preguntó si Guinevere deseaba subir el largo tramo de escaleras hacia la iglesia y la abadía. —La vista es muy hermosa.

—Otro día quizás. En realidad me gustaría ir a casa ahora.

Caminaron de regreso al carruaje en silencio para encontrar al cochero, al mozo de cuadra, a los dos sirvientes y a Dover holgazaneando y retozando alrededor, terminando algunos pasteles y chismorreando.

Hubo una carrera concertada para levantarse y sacudirse las migajas y lucir como correspondía a la escolta de una dama con título, pero Guinevere no les dijo nada, simplemente subió al carruaje.

—Vayan adentro —ordenó Jared a Dover y desenganchó su caballo de la parte trasera. A caballo no tendría que hablar con nadie.

—Disculpe, señor, pero ¿puedo quedarme para visitar a mi anciana madre en la ciudad? Thomas se quedó mirando a Jared, con el sombrero en la mano. —Puedo regresar con al carruaje del mensajero esta noche.

—¿Por qué no lo preguntaste antes? Tenía ganas de tomar una foto negativa: ¿por qué no hacer que el día de todos fuese tan malo como el suyo? Pero todavía quedarían cinco hombres. —Supongo que sí, solicítele el permiso a Lady Northam primero.

Sin Thomas, avanzaron lentamente por el muelle avanzando paralelos al río Esk hasta Aislaby y el puente donde cruzaron. Mientras comenzaban a salir del valle por la carretera de Pickering, Jared se relajó en la silla, sus ojos escrutaban el camino que los separaba, buscando problemas mientras su mente luchaba con el hecho de que William había fallecido y no había dejado hijos varones.

Un dedo índice maltratado señalaba el camino por el que habían venido. Alguien, con el objetivo de ahorrar tiempo o pintura, había abreviado el nombre como A'sl'by, y en el brazo opuesto se leía Pick'ring.

Permitió que su mente divagara sobre eso mientras atravesaban el páramo llano. ¿Qué pensaría un completo extraño de A'sl'by, qué podría construir a partir de eso? Él mismo estuvo poco imaginativo cuando adoptó su nuevo nombre y apenas había abreviado nada. Podría haberse llamado Jack, ya que su primer nombre fue James, o Jamie, por cierto.

Demonios. Debajo de él, el caballo relinchó y se deslizó mientras su mano apretaba las riendas. Abreviaturas. Sabía quién era la hermana de Willoughby.

Frente a él, el carruaje se sacudió cuando el camino descendió bruscamente al comienzo de la corta pendiente hacia Ellerbeck con su traicionera curva justo encima del lecho del arroyo. Iba demasiado rápido y esa rueda trasera seguramente se tambaleaba...

Jared espoleó hacia adelante, gritando. “¡Alto! ¡Ahora! ¡Refrenen, maldición!”.

El cochero se detuvo en seco, los caballos retrocedieron inquietos sobre la inestable superficie de la carretera. “El freno no está en buen estado, no resistirá, señor. Johnny, baje ahí con la herradura, ahora”.

El mozo de cuadra ya estaba descendiendo de un salto, estirando la mano para desenganchar la herradura de metal del costado del carruaje y empujándola debajo de una rueda trasera. Jared se acercó a la puerta del carruaje. “Salgan todos. Deprisa”.

Faith se bajó, luego Dover, levantando las manos para ayudar a Guinevere. Echó un vistazo al equipo que se hundía, al carruaje que se deslizaba y sacó a Faith, alejándola del peligro.

Paul, el criado corpulento y estólido, corrió a ayudar al mozo de cuadra a calmar a los caballos mientras Jared descendía de la silla y empezaba a meter piedras bajo las ruedas. Por fin los caballos se estabilizaron, el carruaje se acomodó contra los bloques improvisados y el cochero se agachó para revisar más detalladamente la rueda.

—Han tocado el coche. Han cortado parcialmente el pasador. —Trazó el mecanismo de freno que actuaba desde una palanca que tenía a mano hasta la rueda sabotada—. Y mire aquí, señor. Algún cabrón aflojó la mitad de las juntas y luego las cubrió con grasa sucia para ocultarlas. No me extrañaría que no aguantara.

Guinevere se deslizó por la pendiente y se acercó a mirar. —Otro intento. En estos caminos, con estas pendientes empinadas y arroyos interminables, esto pudo haber sido fatal.

El cochero maldijo de nuevo. —Le ruego que me perdone, milady.

—De ninguna manera. Estoy completamente de acuerdo.

—¿Cuándo estuvo el carruaje fuera de atención? —preguntó Jared.

—En la casa que visitamos, señor. Lo dejamos en el patio de los establos y entramos a tomar algo en la cocina. Luego, en Whitby, Thomas se quedó con él mientras íbamos a comprar pasteles y una jarra de cerveza.

Jared asintió y llevó a Guin a un lado. —Y ahora sabemos quién está detrás de esto.

—¿Thomas?

—Supongo que ha sido el agente de todos los ataques contra ti. No estoy tan seguro del asesinato de Lord Northam, pero sé quién es la hermana de Willoughby.

—¿Quién? No, no podemos hablar de eso aquí. ¿Qué hacemos ahora? ¿Irás a buscar ayuda?

—Tú y yo llevaremos mi caballo, con Dover y Faith en uno de los caballos del carruaje. Enviaremos ayuda de regreso al carruaje desde el próximo pueblo, Lockton, si mal no recuerdo. Te quiero en casa, Guinevere.

—Pensé que nunca me llamarías así de nuevo. Su sonrisa fue un destello repentino de felicidad antes de que volviera a ponerse seria. El cochero, un hombre práctico, estuvo de acuerdo en que lo mejor era sacar a las mujeres del páramo de forma segura. “Necesitaremos un carretero y un herrero para arreglar este freno, no tiene sentido que nos quedemos todos aquí sentados, señor. Podemos regresar en coche sólo los dos. Intentaré llevar a los caballos hasta abajo ahora que están tranquilos, lo que será más seguro que tener el carruaje en la pendiente. Debería estar bien sin peso y al paso”.

Acortaron las riendas del caballo más firme y Jared subió a Faith detrás de Dover, luego Paul ayudó a Guinevere a subir detrás de él. “Son los Quentens, ¿no?” dijo mientras se ponían en marcha. “Thomas ha trabajado para ellos desde que era un niño”.

“Sí”, estuvo de acuerdo Jared. “Agárrate fuerte, quiero llevarte a casa rápido”.

Les tomó dos horas, incluida la parada para enviar un carretero y un herrero a reparar el carruaje averiado. Guin estaba tan rígida cuando galoparon por el camino de entrada a Allerton que pensó que Jared tendría que levantarla y bajarla, inclinándola hasta que quedara sentada.

Pero él puso la pierna sobre el pomo, se deslizó hasta el suelo y levantó las manos hacia ella, y ella simplemente cayó en sus brazos aferrándose a él.

—Lamento ser una criatura tan débil —murmuró contra la pechera de su camisa—. Todo lo que quiero es acurrucarme en una habitación oscura, taparme los oídos con los dedos y tararear en voz alta hasta que todo esto desaparezca.

—Eso suena sumamente tentador, con el agregado de varias botellas del mejor brandy.

Jared sonaba divertido, la oscuridad parecía haberse disipado para él, aunque solo fuese por un rato.

—Sin embargo no debemos ceder a la tentación, no ahora que nos hemos quitado las vendas y sabemos quién es nuestro enemigo.

—¿Nuestro?

Se reclinó en su abrazo para estudiar su rostro.

—Estoy empezando a tener mis sospechas...

—Mi lady.

Porrett se encontraba parado en el escalón. —Lord Northam espera el salón.

—¿Quién? —Guinevere lo miró parpadeando. ¿Era algún tipo de sueño y Augustus no estaba muerto en absoluto? Debía estar perdiendo la cabeza.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? Pensé que entendía que necesitaba mantener su distancia —dijo Jared, con una ira fría en su voz—. Esto es lo último que necesitamos. Cuando lo miró fijamente, él espetó: —Theo.

—Oh. Theo. Por supuesto. Guin se sacudió un poco. No había fantasmas. —¿Cuándo llegó, Porrett?

—Hace una hora, milady. He preparado las habitaciones chinas para él.

—Debería tener la suite principal por derecho, pero supongo que no le importará por una noche. Realmente no puedo afrontar la conmoción de mudarme ahora.

Se alejó de Jared y subió las escaleras. —Pídeles a las doncellas que nos preparen baños calientes a todos, incluidos a Faith y Dover. Y envía bandejas de té. Saludaré a Lord Northam. Faith, tú y Dover vayan a sus habitaciones, báñense, descansen.

Se percató de que Jared la seguía de cerca mientras avanzaba por el pasillo hacia la puerta del salón. Seguramente ahora no sospechaba nada de Theo.

Su sobrino político caminaba de un lado a otro de la habitación, pero se dio la vuelta con un suspiro de alivio audible cuando entraron.

—Theo, ¿qué diablos estás haciendo aquí?

—Sospecho que estás escapando de la ley —dijo con gravedad—. Apenas se habían ido los invitados al funeral cuando ese maldito magistrado de Londres apareció en el Felling Hall junto con nuestro hombre local. Agitaba una carta anónima que le aconsejaba buscar en el armario de ropa de mi vestidor en Londres. Se abrió paso entre el personal y no se sorprendió al encontrar dos frascos vacíos que contenían la medicina de mi padre escondida en un par de botas viejas.

“Al parecer, se había perdido lo suficiente para haber matado al tío Augustus si se hubiese reducido a un jarabe y se hubiese mezclado con mazapán. Le pregunté por qué, si yo era un parricida, no había sacado las botellas de allí. Le pregunté si parecía un completo idiota. Me aconsejó que no usara ese tono con él”.

Theo se detuvo, respiró profundamente y continuó con más calma. “Pregunté, en un tono muy similar, quién se suponía que había escrito la carta. Presenté a mi criado de cámara y Perkins señaló que, con la casa en crisis durante los últimos días y la muerte de mi padre, la mitad de la Caballería de la Casa Real podría haber entrado y salido ocultando botellas sin ser notadas.

“Sir Andrew Hewson, el magistrado local, que tuvo el beneficio de escuchar la historia fresca de principio a fin y no tenía ningún problema con ella, señaló que lo que dije tenía cierto mérito. Su colega luego preguntó si tenías acceso a mis aposentos, Guin”.

Jared dijo algo salvaje en voz baja y Guin descubrió que la furia fría tenía un efecto notablemente energizante. “¿Qué respondiste a eso?”, preguntó.

“Le di. Un buen gancho de izquierda, en realidad”. La expresión sombría de Theo estaba en desacuerdo con su tono.

“¿Y por qué no te encuentras bajo arresto por asalto a un magistrado, si no por otra cosa?”, preguntó Jared. “Lady Northam, siéntese, debe estar agotada”. Se acercó al aparador, sirvió una copa de brandy y se la devolvió.

“Sir Andrew parecía pensar que tenía derecho a defender el honor de una dama y que Spurgeon, ese hombre de Londres, había ido demasiado lejos. Se retiraron para considerar la situación y en el momento en que se perdieron de vista escapé. No sé qué, si es que algo, has descubierto, pero estoy condenado si voy a sentarme en Felling y esperar a que aparezcan y me arrastren encadenado”.

Guin bebió un trago de brandy. —Tengo una fuerte tendencia a dejarme llevar por la histeria —dijo, preguntándose por qué no lo hacía.

—Necesitamos un consejo de guerra —dijo Jared—. Pero tú y yo vamos a bañarnos y cambiarnos primero. Es hora de tomar el control de esta situación, de dar la vuelta y poner a los perros a perseguir a nuestros perseguidores.

Le tendió la mano a Guin. —¿Lady Northam? Ha tenido un día largo y difícil, pero creo que tiene lo necesario para unirse a nuestro consejo.

—Por supuesto, señor Hunt. Ella dejó que la ayudara a ponerse de pie, sintiendo que su fuerza y su ira fluían hacia ella. Su instinto, su deber era protegerla, pero creía en ella, que tenía la inteligencia y la fuerza de voluntad para hacer frente a esto.

Podría amar a este hombre, pensó mientras subían las escaleras dejando a Theo caminando de nuevo. Tal vez ya lo haga.

Cuando se reunieron de nuevo, limpios y descansados, aparecieron Faith y Dover, ambos diciendo que ellos también habían revivido y querían participar.

Jared esperó a que los criados depositaran platos de comida en cada silla, sirvió vino a todos y luego, sin protestar Theo, tomó el control.

“Tenemos dos vertientes en esta persecución. Si estoy en lo cierto, entonces tanto Lady Northam como el difunto Lord Northam —y por extensión usted, el nuevo Lord Northam— son objetivos”.

“¿Yo?”, comenzó Theo, luego se calmó ante un gesto de Jared.

“Lady Northam imprudentemente se fugó con Francis Willoughby, un hombre que necesitaba dinero y que no tenía ningún escrúpulo sobre cómo lo ganaba, y se casó con él. Pensó que su nuevo suegro le proporcionaría fondos, ya sea para mantener el matrimonio o, tal vez, para comprarlo. Se encontraba tristemente decepcionado, casi sin dinero y, sospecho, desesperado porque los prestamistas lo perseguían.

“Trajo a su nueva esposa aquí, a Allerton, porque esperaba encontrar ayuda en la única persona que nunca lo decepcionaría, por más escandaloso que fuera su comportamiento: su

hermana. Escuché a la cocinera, la señora Turner, hablar de cómo el amo Frank había disfrutado de sus tartas de limón y de cómo las había comido en compañía del lacayo, Thomas Bainton, que solía trabajar aquí y luego, muy convenientemente, transfirió sus servicios al nuevo propietario”.

“Y Frank es la abreviatura de Francis”, dijo Guin. “Tenía la costumbre, que muy pronto me irritó, de decir: *“Seré franco contigo”*, y luego sonreír burlonamente por el juego de palabras”.

“La lápida de su tumba hace referencia a su padre Henry y a su hermana Elizabeth. El señor Quenten, en Cross Holme, llamaba a su esposa Lettie, una abreviatura de Elizabeth, y a su hijo menor, Hal. El hijo mayor, Charles, se llama como su abuelo paterno y parece lógico que el menor se llame como el padre de su madre, Henry”.

“Así que la señora Quenten era la hermana mayor de Francis y me culpa de su muerte”, dijo Guin lentamente. “Por supuesto, ella habría escuchado los rumores de que no fue un accidente, de que la intervención de Augustus impidió que el magistrado me acusara de causarlo. Debí estar angustiada cuando se dio cuenta de que Francis había acudido a ella en busca de ayuda y no la encontró. Me pregunto por qué no sabía que se habían mudado”, añadió, sorprendida.

“Espero que eso se aclare con el tiempo”, dijo Jared.

El alivio de finalmente encontrar una explicación lógica para aquella pesadilla fue casi abrumador. “Pero no pasó nada durante meses después de que me casé con Augustus”.

—Te encontrabas muy lejos y presumo que, al principio, ella estaría demasiado abatida. Luego, con el pasar del tiempo, debió obsesionarse y volverse vengativa. Pero no debe haber contado con nadie para castigarte y, supongo, ninguna experiencia en contratar rufianes o criminales. Luego, tú y Lord Northam vinieron aquí y Thomas, que había conocido a Francis cuando era joven, fue enviado a buscar empleo, para ganarse su confianza. Así es como llegó la persecución hasta Londres. Debí ser Thomas quien arrojó los fuegos artificiales a través de la chimenea.

—Y preparó los dulces. Podía envenenarlos para que encajaran con la presencia de Theo en la casa.

—Probablemente el personal de nuestra casa de Londres lo conocía —intervino Theo—. Sin duda habrá entregado mensajes para mi tío. Podría haber entrado sin ser notado, haber robado la medicina y haber ocultado las botellas vacías para que fuesen descubiertas por el magistrado.

—Pero los ataques contra ti no fueron muy serios, milady —intervino Faith—. No lo entiendo.

—Sospecho que la señora Quenten buscaba atormentar a Lady Northam —opinó Jared—. Estaban probando cosas diferentes, observando el efecto en ti. Ella pretendía torturar, no matar, porque eso habría sido demasiado definitivo, habría terminado tu castigo demasiado pronto.

—Pero Augustus —murmuró Guin—. ¿Qué le había hecho? Incluso procuró un entierro decente para su hermano.

—Sospecho que la idea de la herencia había ido creciendo en ella lentamente, tal vez casi sin reconocerla hasta que conoció a Lord Northam por primera vez, en el funeral de su suegro. Se dio cuenta de que Northam era un hombre mayor. Las familias se habían distanciado y si hubiese pensado en ello antes, sabría que había varias personas entre su esposo, sus hijos y el título.

—Pero allí estaba la realidad, y él era un hombre por quien ella no tenía motivos para amar: él, pensó, había ayudado al asesino de su hermano. Debí haber investigado y descubierto que su hermano también era un anciano y estaba enfermo. Sólo dos ancianos se interponían entre su familia y un título, un ascenso a una posición social y la fortuna.

—Y un hombre joven —señaló Theo, indignado—. No estoy enfermo.

—Así que deben sospechar de que usted mató a su tío y aceleró la muerte de su padre —dijo Guin, horrorizado—. Thomas habría informado que tenía problemas de dinero y que se

comportaba como un loco en nuestra casa... y mire con qué facilidad se extendieron los rumores sobre nosotros.

—Si acusan a Theo de asesinato y lo ahorcan, Elizabeth podría tenerlo todo: un título para su marido y su hijo y la venganza contra usted, Lady Northam —dijo Jared—. Ella nunca ha conocido a Theo y supongo que a estas alturas su obsesión y sus conspiraciones han llegado demasiado lejos como para siquiera considerar lo que está causándole a un hombre inocente, que para ella solo es un nombre en una página.

—Pero ¿podemos demostrarlo? —preguntó Theo. Tomó un pastel del plato que tenía a su lado, le dio un mordisco y lo acompañó con brandy sin mirar, luego hizo una mueca al ver la mezcla.

—Debemos Aprender a Thomas, señor —dijo Dover. Le pasó a Theo una taza de té y apartó la copa de brandy—. Inténtelo, milord. Podríamos sacarle una confesión y entregarlo a los magistrados.

—Sólo tenemos pruebas circunstanciales —señaló Jared—. Y tiene todos los incentivos para guardar silencio: la imagen de una sog a es una poderosa motivación.

—Podríamos sacarle la información a golpes —murmuró Dover. Cuando Guin lo vio, sorprendido de que por un momento su reacción hubiera sido de aprobación, añadió—: Supongo que a los magistrados no les gustaría eso.

—Pero, ¿Jared, cómo está involucrado, apartando el hecho de que Augustus lo contrató? —preguntó Guin, percatándose al decirlo de que había usado su nombre de pila delante de todos, y luego descubriendo que no le importaba—. ¿Cómo puede esto relacionarse con usted?

—Mi familia es de esta zona. De hecho, ahora son vecinos cercanos de los Quenten. Cuando yo era niño, Cross Holme era simplemente una granja llamada, creo, Crossholes. Obviamente intentaron aburguesarla cuando debieron mudarse.

—Sospecho que mi cuñada y Elizabeth Quenten son amigas. No puedo imaginar que Bella sea parte del complot para atacarla, Lady Northam, y mucho menos asesinar a su marido, pero la señora Quenten bien podría haber despertado su simpatía, convenciéndola de que usted había asesinado a Francis. Thomas habría informado de mi nombre a su amante.

—Pero lo cambiaste —señaló Guin—. Me dijiste que lo habías hecho.

—No lo suficientemente bien, creo.

—Ella te estaba buscando en Whitby, ¿no? A ti te tomó por sorpresa, pero no a ella. Estaba confirmando una sospecha.

Jared permaneció obstinadamente en silencio, pero Guin siguió pensando, resolviéndolo en voz alta. —Cuando me senté en el salón de los Quenten, la silla seguía caliente. Alguien acababa de retirarse. De haber sido tu cuñada, pudo habernos estado observando, mirándote. Creyó reconocerte, pero no estaba segura.

“Así que nos siguió hasta Whitby para confirmar, cara a cara”, dijo Dover.

“Entonces, ¿quién es ella?”, preguntó Theo. “¿Quién eres tú, ya que estamos en esto?”

Capítulo Veintiuno – Donde Guin Descubre un Secreto

—Soy Jared Hunt y su identidad no es relevante —dijo Jared rotundamente—. Bella me ha planteado un dilema y sospecho que pensará que puede presionarme para desviarme de mi lealtad a Lady Northam.

Hombre testarudo, pensó Guin. ¿De verdad creía que podía mantener en secreto su identidad ahora que tenía tantas pistas? Si no estuviesen la situación en la que se encontraban, entonces tendría que respetar su privacidad, pero no en ese momento en que Theo también se encontraba en peligro.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Theo—. Tenemos pruebas circunstanciales, podemos mostrar los motivos, pero eso será todo.

—Encontrar a Thomas —dijo Jared con tristeza—. El hecho de que haya desaparecido es condenatorio.

—A menos que el magistrado piense que yo también lo maté, para agregarle verosimilitud a mi historia —dijo Theo con tristeza.

—Tenemos que alertar al personal de aquí, a los que heredamos de los Quentens, que Thomas es peligroso —dijo Guin, levantándose—. ¿Y si regresa aquí y lo esconden bajo nuestras narices por una lealtad injustificada?

—Sí, alértalos, luego vete a la cama —dijo Jared, poniéndose de pie mientras ella lo hacía—. Debes estar agotada. Necesitamos consultarlo con la almohada.

Guin encontró a la cocinera, a la señora Mountjoy y a Porrett todos juntos tomando té en la habitación del ama de llaves.

—Por favor, siéntense y me uniré a ustedes si me permiten. Ante el acuerdo nervioso de la señora Mountjoy, cerró la puerta y se sentó al final de la mesa. —Se trata de Thomas Bainton. ¿Alguno de ustedes lo ha visto desde que salimos esta mañana?

Las tres cabezas negaron y los tres parecieron desconcertados. Podrían estar mintiendo, por supuesto, pero ella dudaba que fuesen tan buenos actores.

—Esto puede ser difícil de creer, pero tememos que Thomas es quien estuvo detrás de los ataques en mi contra y probablemente también de la muerte de Lord Northam. Creemos que la muerte de mi primer marido le ha trastornado la cabeza. Todavía no podía acusar a los Quenten, al menos no sin pruebas reales.

—Al parecer me culpa a mí y al nuevo Lord Northam por apoyarme. ¿Oyeron cómo nuestro carruaje fue tan dañado que casi hubo un accidente muy desagradable? De nuevo, un trío de asentimientos. La llegada de los cuatro a caballo fue el tema de conversación en la sala de servicio. —No cabe duda de que Thomas dañó el eje y el freno. Es peligroso.

—Siempre fue un joven alocado y el señor Frank lo llevó por mal camino con sus propios actos, si me perdona que lo diga, milady, ya que usted se casó con él.

Cuando Guin hizo un gesto vago, Cook insistió. —Era un encanto, señor Frank. Tenía solo quince años cuando la amante se casó con el señor Quenten y lo trajo con ella porque sus padres habían muerto hacía algunos años. Su hermana lo adoraba y Thomas habría caminado sobre el fuego por él. Malcriando a ese muchacho.

La señora Mountjoy lucía inquieta. —Fue un shock cuando nos enteramos de que usted se

había casado con él, milady. No nos gustaba hablar de él, viendo lo mal que había terminado, pero a lo mejor debimos haberlo hecho, y contarle cómo creció aquí el señorito Frank. —Miró fijamente a Guin—. ¿Esperan que Thomas regrese?

—Ahora necesita amigos, y un refugio. Debe sospechar que sabemos que él está detrás de todos los ataques. ¿Pensara que le ayudarían?

—Siempre fuiste demasiado blanda con él, señora T —le dijo la señora Mountjoy abruptamente a la cocinera—. Nunca confié en él, no es que haya sospechado que hiciera daño de verdad o se lo habría informado a su señoría cuando lo contrató. Sólo pensé que lo habían mimado porque fue amigo del señorito Frank y lo llevó por mal camino. Pero parecía haber madurado. Oh, Señor, si hubiera dicho algo, tal vez su señoría estaría vivo ahora.

Guin miró a Porrett, que se encontraba sentado sacudiendo la cabeza con desesperación. Parecía estar a punto de llorar. —No lo creo, señora Mountjoy —dijo con toda la serenidad que pudo reunir—. No teníamos ni idea de lo que iba a pasar. Pero no debe permitirle entrar si viene y además debemos asegurarnos de que todo esté en orden en todo momento.

—No se preocupe, milady —respondió la señora Mountjoy—. Usted ha sido una buena ama de casa aquí y su señoría fue un buen hombre. Si ese bribón aparece por aquí, le llevaré los cuchillos de trincar de la señora T.

—Cargaré el trabaquito —dijo Porrett—. El que guardo en la caja fuerte de la plata por si hay robos.

—Gracias a todos. El señor Hunt está haciendo todo lo posible para concluir a este asunto.

Se levantó y Porrett se apresuró a abrirle la puerta, con los hombros hacia atrás como si fuese un soldado en un desfile. Sí, estaba totalmente convencida de que no se pondrían del lado de Thomas en ese grave asunto.

Guin bajó lentamente por la escalera de servicio hasta la planta baja. Podía escuchar a Jared y Theo hablando mientras hacían sus rondas de puertas y ventanas en el otro extremo de la casa. No había nadie a la vista y entró en el estudio, bajó el atlas del estante y lo abrió sobre el escritorio.

La casa de Cross Holme no estaba marcada, presumiblemente porque todavía era una humilde granja cuando se inspeccionó el área, pero pudo encontrar Crossholes Beck, lo que redujo un poco el área a revisar.

Habría granjas dispersas por allí, y tampoco estarían señalizadas, pero de alguna manera dudaba que Jared fuese el hijo de un granjero. Hizo un círculo alrededor del área con la punta de su dedo. No había casas señoriales señaladas, ni aldeas cercanas, solo una casa llamada Ravenscar que estaba marcada con un pequeño cuadrado negro y etiquetada con minúsculas mayúsculas.

Ravenscar. ¿Cómo descubrió quién vivía allí? Tal vez uno de los libros de ruta que se encontraban en el carruaje se lo diría, pero era demasiado tarde para salir y buscar uno en ese momento. Frustrada, Guin regresó el libro al estante junto a la vieja copia igualmente maltratada del Peerage y abrió la puerta oculta de la escalera que conducía a su dormitorio. Jared tenía razón, todos necesitaban descansar, dormir sobre esto.

Y debería dejar de ser tan curiosa. Él me lo dirá cuando esté listo, se reprendió a sí misma mientras alcanzaba el pequeño rellano fuera de su puerta y entraba en la habitación, haciendo que Faith, que estaba preparando su camisón, se sobresaltara.

"Lo siento, Faith. Desátame los cordones y vete a la cama. Lamento que hayas tenido un día tan terrible. Faith resopló. —Le daré un susto a ese Thomas si lo atrapo. Y no te preocupes, milady, el señor Hunt se pondrá bien, ya verás. Ayudó a Guin a quitarse el vestido y ponerse el

camisón y destendió la cama. —¿Te cepillo el pelo, milady? Eso es muy relajante. —Lo haré yo misma, vete a la cama ahora, Faith, gracias. Guin se sentó en su tocador, sacó las horquillas y se soltó el pelo. Se le quedó sobre los hombros, susurrando sobre la seda. El pelo de Jared se había sentido como seda cruda y salvaje cuando lo había liberado. Liberado era la palabra, fue como soltar un animal enjaulado. El cepillo se enganchó en un pequeño enredo y dejó que su peso llevara su brazo a través de los movimientos del cepillado, tranquilizadamente repetitivos. Cepillarse el pelo le daba tiempo para pensar. Piensa en Augustus. Extendió la mano libre y tomó la miniatura que siempre se encontraba sobre su tocador. Un hombre querido. Un hombre amable. La dejó y recorrió con la punta del dedo sus fuertes rasgos. Ahora estaba muerto por un acto de galantería, un acto de generosidad hacia una joven desconocida.

Te vengaremos, prometió, parpadeando para contener las lágrimas.

Piensa en Jared en cambio.

Había un ligero matiz de Yorkshire en su voz, pero había admitido que había crecido en algún lugar cercano y que los chicos se volvían locos con sus amigos, sin importar lo que sus padres pudiesen decir al respecto. Dejando eso de lado, su acento era educado, refinado, sin una sospecha de superación personal. Al escucharlo en ese salón de baile la noche antes de que Augustus muriera, no había nada que lo distinguiera de los hombres que lo rodeaban.

Luego estaba ese orgullo, que rayaba en arrogancia, aunque tenía mucho por lo qué ser arrogante, pensó. Había huido de casa a los diecisiete años por un desaire a su honor y no estaba dispuesto a dejarlo así ahora.

No era el hijo de un hacendado, ni el hijo de un caballero rural. Era un aristócrata que había tenido orgullo, honor y seguridad en sí mismo inculcados en él, alimentados con la leche materna, inculcados en él por las implacables expectativas que los padres aristocráticos acumulaban sobre sus hijos.

Pero no había sido el hijo mayor, el heredero, el privilegiado. Cuando se presentó esa situación y su padre tuvo que elegir a qué hijo creer, su elección había sido, inevitablemente, su heredero. Que ahora estaba muerto.

Ella había dejado de cepillarse los dientes hacía algún tiempo, se dio cuenta. ¿Quién es él? ¿En qué se había convertido Jared? Abajo se encontraba el título de nobleza, cubierto de polvo en el estante. No quería que ella lo supiera, no quería que nadie lo supiera. ¿Sería una traición mirar?

Probablemente lo vería de esa manera, decidió Guin. Pero sentía una profunda repulsión por los secretos que podían causar tanto daño. Quería ayudar y por eso necesitaba saber quiénes podrían ser los enemigos de Jared.

¿Estaba justificando su propia curiosidad? Sí, admitió, dejando el cepillo sobre el tocador y ajustando mejor el cinturón de su bata.

Sí, pero de todos modos lo iba a hacer. Estaba lo suficientemente enojado por la forma en que sus sentimientos mutuos estaban interfiriendo con lo que él veía como su rol como su protector, ella podría ser ahorcada igual por una oveja que por un cordero.

Sus pies descalzos rozaron silenciosamente el sedoso pelo de la alfombra china y la puerta de la escalera se abrió a la oscuridad sobre bisagras bien engrasadas mientras una figura de blanco se levantaba del suelo directamente frente a ella. Guin golpeó instintivamente con su bastón de cámara, la cera caliente salpicó su mano antes de que hiciera contacto con la carne sólida.

“¿Qué rayos estás haciendo?”, preguntó Jared.

“¿Qué estoy haciendo? —¿Qué haces fuera de mi puerta? —Dejó la recámara con su vela que se apagaba en el suelo y se chupó la muñeca donde la cera caliente le había quemado—. Vigilándola. La cerradura de la puerta principal que da al pasillo es buena, pero Thomas conoce

esta casa. Si entra, bien podría venir por aquí para hacerte daño. —Guin miró hacia el estrecho espacio de aterrizaje, el polvo raspado—. ¿Estabas durmiendo al otro lado de mi umbral aquí afuera? —Intentando no dormir. —¿Captó el más leve destello de diversión en su voz? —¿Adónde ibas? —Guin no estaba segura de cómo había sucedido, pero estaba en los brazos de Jared y su pregunta era un suspiro en sus labios—. Estaba inquieta. —La idea es que te encierres en tu torre, mi Lady Guinevere, y tu caballero luche la batalla por ti. —Esto no es la Edad Media, no eres el misterioso caballero Lancelot disfrazado detrás de tu visera. De todos modos, quiero llevar una espada ancha al enemigo yo misma. Era difícil hablar con seguridad sobre espadas cuando un hombre te besaba a lo largo de la línea de la mandíbula y te mordisqueaba la oreja.

“Jared, ¿me estás escuchando? ¿Sabes lo que quiero?”

“Sí, lo estoy. Sí, lo sé”. Su voz se apagó en el ángulo del cuello y el hombro de ella, luego levantó la vista. “Quieres una espada y quieres que te lleve a la cama”. Se estaba riendo de ella, sus ojos despedían un fuego ámbar a la luz de las velas, sus manos se deslizaban sobre su cuerpo con peligrosa facilidad, esos hermosos y móviles labios se curvaban en una sonrisa.

“No necesariamente en ese orden”, susurró Guin mientras la llevaba de espaldas hacia la cama. Cuando sus rodillas tocaron el borde, se sentó y observó cómo él iba a cerrar la puerta de la escalera, colocaba una silla debajo del picaporte y luego hacía lo mismo con la puerta principal. Dejó su estoque sobre la mesilla de noche y luego se giró para mirarla.

En algún lugar se había quitado el abrigo, el chaleco y el pañuelo para el cuello y tenía los pies descalzos. No podía decir por qué, cuando lo había visto desnudo, los pies descalzos, la piel en forma de V en su garganta, la afectaban tan poderosamente, pero el calor la inundó.

—No es la preparación más romántica para hacer el amor —dijo Guin, más para tratar de evitar disolverse en un charco de lujuria que otra cosa—. Esta vez voy a tomar todas las precauciones. ¿También quieres romance? Sí, se estaba burlando de ella. O tal vez se reía con ella: no había filo, ninguna malicia en su diversión.

—Sería agradable —dijo Guin recatadamente.

—¿Qué es esto? Jared se inclinó para recoger un trozo de cuero rojo que estaba al lado de su tocador—. Encuadernación de libro. Alguien ha estado aquí.

—No. No, eso debe haber estado en mis faldas. Estaba mirando algo en el estudio antes de subir a la habitación.

El cuero rojo giró de nuevo entre sus dedos para revelar una estampación dorada.

—La nobleza terrateniente. Ya sabes lo maltratada que está la encuadernación de esa vieja copia —dijo.

—¿Por qué bajabas las escaleras, Guinevere? —Esta vez no había diversión sensual detrás de sus palabras.

Podría mentir. Había demasiadas excusas que podía encontrar—. Para buscarte en la nobleza.

—Dije...

—Lo entiendo. Pero no puedes mantenerlo en secreto para siempre. Necesitamos saberlo, no podemos luchar esta batalla faltando parte de la información.

Él le quitó importancia a sus palabras levantando ligeramente un hombro. —¿Querías romance?

El romance es para el cortejo. La risa se había ido, aunque la sonrisa persistía débilmente, vacía. —Estarías justificada en tener expectativas de eso, Guinevere, porque tienes razón y encontrarás mi nombre en la nobleza.

—No importa.

—Sí, importa y debí haber pensado en eso antes de entrar en tu habitación. Lo que tuvimos

antes fue un affaire, un breve estallido de pasión con un claro entendimiento de que nada podría resultar de una relación entre una dama y un maestro de espadas. Ahora las cosas son diferentes, pero no tengo nada que ofrecerte excepto un título de cortesía vacío, tomado de segunda mano de mi hermano y la perspectiva de no sé qué cuando mi padre ya no se encuentre. En este momento vivo de lo que gano y eso no ha cambiado.

—Entonces ahora eres Lord... Lord ¿qué?

—Vizconde Ravenlaw. James Andrew Jared Forrest, hijo del tercer conde de Huntingford.

Guin se puso de pie e hizo una reverencia. —Mi Lord. Y no tengo expectativas de ti que no tuviera del mismo Jared Hunt, maestro de espadas.

“Entonces deberías haberlo hecho. Deberías esperar que me case contigo. Un hombre honorable te ofrecería su mano. Un hombre honorable que pudiera cuidarte de la manera que te corresponde, es decir. No puedo hacer eso porque no tengo expectativas de ningún tipo ni ningún estatus en la sociedad.

“No me sorprendería que mi padre me desheredara de cada trozo de tierra no vinculada, y eso es lo que sostiene la casa y el hogar”.

Ahora incluso el fantasma de la sonrisa lo había abandonado. “Una dama puede condescender a tomar a un inferior como amante. Un vizconde empobrecido no se aprovecha de esa dama, no sin intenciones honorables”.

“Estás hilando fino, y no te aprovechaste de mí”.

“Mentí sobre quién soy. Pensé que estaba a salvo de tener que ser yo mismo nunca más”.

“Te quería y todavía te quiero. Como amante. He tenido dos maridos. Uno era un sinvergüenza, el otro era un buen sustituto de mi abuelo. No tengo prisa por aceptar un tercero simplemente porque tenga un título.

“Guinevere, seríamos un escándalo. Somos un escándalo, solo que no mucha gente sabe de nosotros”.

“Augustus nos habría aprobado. Theo, que es el jefe de la familia ahora, te aprueba a ti. Y tienes un duque y una duquesa como amigos cercanos; no nos condenarán, ¿seguro?

“Además”, agregó cuando eso no produjo respuesta, “me caricaturizan como una viuda libertina que conspiró con su amante y sobrino por matrimonio para asesinar a su propio marido. Después de eso, un maestro de espadas-vizconde es positivamente respetable”.

Tomó su cinturón de espada y se lo abrochó, la negativa tan clara como si la hubiera pronunciado.

¿Me queda algo de orgullo? Probablemente no. Supongo que puedo ser una desvergonzada por un último intento. “No quieres ser Ravenlaw. No crees que tu familia te quiera. Quédate como Jared Hunt, abre tu salle d’armes, sé el hombre que creaste para ti mismo. Sé mi amante.

“Antes yo era el repuesto con un vigoroso hermano mayor que se casó con una mujer fértil. No me necesitaban. Ahora William está muerto y no ha dejado ningún hijo. Tengo un deber.

“¿Con el padre que no te creería?”, exigió. ¿Cómo podía ser tan...

“Con el título, con el nombre, con la propiedad y su gente. No tengo idea de cómo es mi padre. Siempre fue un campesino solitario, igual que William, y no he hecho ningún esfuerzo por averiguarlo. Ya sea que me quiera o no, debo hacer el esfuerzo ahora.

“Solo te hará daño otra vez”, dijo apasionadamente, poniéndose de pie, cerrando su mano sobre la de él contra el pomo del estoque.

Jared se encogió de hombros, ahora ambos hombros, un movimiento cansado, resignado y completamente inglés, no el gesto elegante del espadachín entrenado en francés. “Ya no soy un niño y no me importa lo que piense o lo que diga. No hay nada que pueda hacer para herirme

ahora y, aunque lo hubiese, eso no cambia mi deber.

—¿Se lo dirás a Theo y a Dover?

Jared negó con la cabeza. Soltó el pomo y enroscó los dedos en los de ella. —Necesito descubrir quién soy, qué soy. Cómo está mi padre. Estará de luto, enojado con el destino, si es que lo conozco. Puede que me facilite la ayuda, puede que me la haga totalmente imposible, pero debo averiguarlo.

—Entrarás en un lugar donde tu cuñada es amiga y confidente de una asesina. Te hirió injusta y cruelmente hace todos esos años, no necesito tener los detalles para saberlo. Se sentirá culpable y la culpa a menudo se convierte en odio. Ahora te temerá.

—No tiene motivos para temerme. —Jared se giró hasta que estuvieron cara a cara, con los dedos entrelazados, enviando mensajes de presión y tacto aparentemente por voluntad propia—. Una vez la amé, así que pensé.

—¿Cuándo te irás? —preguntó Guin. Podía oler el jabón común en su piel y el polvo de la escalera y, casi al borde de su conciencia, el inquietante aroma de un hombre excitado. Todavía me desea.

—Mañana. Dover y Theo estarán contigo. Estarás a salvo. Yo lo dejaría más tiempo, pero puede que encuentre pruebas allí, con Bella. —Jared se inclinó y la besó, su boca cálida y posesiva, la presión fugaz.

—Debería tener más autocontrol —dijo con pesar mientras soltaba su mano y se dirigía a alejar la silla del pestillo de la puerta de la escalera de la torre—. Vuelve a la cama, Guinevere, necesitas dormir.

No se escuchó ningún chasquido en la cerradura del otro lado cuando cerró la vieja puerta de roble detrás de él. Él se quedó allí, apretado sobre la fría piedra, protegiéndola. Deseándola. Negándoles a ambos, el hombre honorable y enloquecedor que era.

Capítulo Veintidós – Donde Jared Enfrenta su Pasado

Guin se metió en la cama, apagó la vela y se quedó tumbada imaginando que podía escuchar la respiración de Jared al otro lado de la puerta. Por supuesto, eso nunca podría ser otra cosa que una aventura. ¿Cómo podría aceptar casarse con él ahora, si esa era la alternativa que le ofrecía a seguir siendo amantes?

Había perdido a dos maridos en circunstancias bastante sospechosas, las imprentas estaban llenas de su imagen. Su inocencia no ejercería ningún peso en esa balanza. Incluso si lograban resolver esa terrible situación, neutralizar el veneno de Elizabeth, demostrar que Theo era inocente, el escándalo seguiría aferrándose a ella.

El escándalo también se aferraría a Jared, el segundo hijo perdido hacía mucho tiempo reapareciendo convenientemente para reclamar su herencia, las razones de su desaparición eran tema de especulaciones y cotilleos.

Debía casarse y casarse bien para contrarrestar eso a los ojos de la sociedad. Sophie, la duquesa, sería capaz de encontrar cualquier cantidad de jóvenes elegibles y con buena dote para él. No necesitaba una esposa casada dos veces y rodeada de los escándalos de la oscura nobleza de Lancashire.

No iba a llorar, se dijo a sí misma. Se iría a dormir pensando en formas de exponer a Elizabeth y vengar a Augustus, encontrar una manera de vivir su vida cuando ya todo eso hubiese terminado.

Guin se dio la vuelta y hundió la cara en la almohada. El hombre tenía orejas de gato, probablemente sería capaz de escuchar hasta la lágrima más silenciosa...

Ravenscar era tan accidentada como su nombre. Incluso a la luz del sol era sombría, creciendo en el afloramiento de arenisca desde donde se alzaba sobre un profundo barranco con un estrecho torrente en el fondo. Todo alrededor del paisaje era más benigno, verde, próspero, pero Ravenscar parecía lo que era, una casa que podía resistir un asedio, construida en una época en la que los vecinos tomarían tu ganado por la fuerza de las armas y también a tus mujeres, si podían.

Pero era su hogar. Había pensado que lo odiaba, que no quería volver a verlo nunca más, pero ahora Jared parpadeó con fuerza para enfocar la maltrecha silueta y luego se dispuso a abrir una brecha en sus defensas.

Primero era necesario ingresar en los altos muros de piedra sin pasar por la caseta de entrada de dos pisos. No tenía intención de anunciar su presencia hasta que estuviese dentro y supiera quién se encontraba allí, pero la sección de la pared al sur, donde algunas reparaciones tacañas de mediados del siglo XVIII comenzaban a desmoronarse, ofrecía los mismos asideros que había usado cuando era un colegial.

El césped estaba blando cuando se dejó caer detrás de los arbustos. La sensación de tener catorce años de nuevo casi le hizo sonreír, antes de que la masa silenciosa de la casa lo calmara como siempre lo hacía el regreso. Era la clásica forma de E del siglo XVI, una gran extensión al oeste con dos alas laterales en cada extremo del lado este y un enorme porche que formaba el trazo central. No tenía intención de entrar por la puerta principal.

El terreno parecía desierto y la puerta del salón del jardín probablemente no estaría cerrada con llave. Jared se paseó por el césped entre los arbustos y la casa. Nadie que lo viera podría ver

movimientos sospechosos o furtivos.

El picaporte giró bajo la presión de su mano y entró, abriéndose paso entre bancos con jarras y jarrones, un par de tijeras, haces de alambre y un enorme cubo lleno de vegetación. Parecía que Bella, o el ama de llaves, todavía arreglaban flores en la casa.

El reloj del vestíbulo dio las diez cuando salió de las sombras bajo la gran escalera de roble tallado. A menos que su padre hubiese cambiado sus hábitos, en ese momento se encontraría en su estudio durante una hora. Esa sería la hora habitual para llamar a los chicos en desgracia.

Jared reconoció en ese momento que había sido deliberado para darle al culpable - generalmente él mismo- una noche de insomnio y sin apetito para el desayuno. Se preguntó si algún hábito arraigado le había hecho programar su llegada justo a esa hora. Unas veces que provenían del frente del vestíbulo (un par de criados, por lo que se escuchaba) lo sacaron del pasado y lo llevaron al presente, a lo largo del pasillo hasta la puerta del estudio. Las bisagras estaban tan bien engrasadas como siempre y él se encontraba dentro y frente al escritorio sin que el hombre sentado al otro lado levantara la vista. Siempre le había parecido una extraña elección, esa pieza de mobiliario francés de estilo rococó frívolo, cuando algo macizo y de roble seguramente hubiese sido más adecuado para su padre.

—Espera —el conde estaba escribiendo algo en la parte inferior de lo que parecía una factura, algo aburrido y agrícola por la ausencia de cualquier encabezado de factura elegante y las líneas de escritura apretadas.

Jared se puso de pie, tan paciente y silencioso como el criado mejor entrenado. La cabeza inclinada frente a él tenía el mismo cabello castaño dorado que el suyo, pero ahora corto y con una espesa capa de plata. Los hombros, con su luto negro, eran tan anchos como recordaba, la letra tan decidida.

Su padre colocó la pluma en su soporte y miró hacia arriba.

—¿Sí? —Se puso de pie mientras hablaba, el color se le fue de las mejillas curtidas por el clima del campo de caza y de cabalgar por las fincas en Yorkshire—. ¿Quién diablos eres? —Luego, —¿Jack?

—Ahora me llaman Jared.

—Jack. —Su padre parecía no haberlo escuchado—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Es bueno verte a ti también, querido padre.

—Oí lo de William. Lo lamento.

Por un momento, el rostro de su padre se arrugó, por el dolor crudo y brutal, luego recuperó su formidable compostura. —Has venido a ver qué puedes conseguir ahora, ¿no?

Bueno, no era como si hubiera esperado otra reacción, ciertamente nadie corriendo a matar terneros engordados y abrir el mejor champán. —No. Tengo mi propia vida, mis propias preocupaciones y mi propio negocio. Esto... —Hizo un gesto con la mano para abarcar el estudio, la casa, la propiedad, el título—... Esto sería una maldita molestia.

Su padre se sentó de nuevo con un ruido sordo. —Mi hijo está muerto y tú lo llamas una maldita molestia. Cuando Jared hizo un brusco gesto de negación, añadió—: ¿Despreciarías un condado?

—No tendré elección cuando llegue el momento, ¿verdad? Hasta entonces, pensé que tenía el deber de volver y ver si podía ayudar y cómo. ¿Bella no mencionó haberme visto el otro día, entonces?

—¿Bella? No, por supuesto que no. Ella no sabe más de ti y de tu paradero que yo. —El color estaba volviendo a su rostro y su respiración se estaba haciendo más pausada. Jared se dijo a sí mismo que realmente no quería que su padre muriera de apoplejía en su conciencia—. Ella sabe

dónde estoy, quién soy, desde hace casi un mes. Ayer me la encontré en Whitby.

No parecía que le fuesen a ofrecer una silla, así que Jared la tomó de todos modos. Su padre simplemente lo miró como si fuese un fantasma. Supuso que lo era.

—Probablemente sea una pérdida de aliento decir esto, pero no me impuse a ella hace todos esos años y no soy el padre de su hijo.

—Lo sé.

La conmoción lo mantuvo en la silla, le robó el aliento del pecho, las palabras de su boca. Miró a su padre, miró fijamente los ojos ámbar iguales a los suyos y luchó por controlarse. —Lo sabías. ¿Cuándo lo supiste?

—Un mes más o menos después de que te fuiste, cuando William dejó de despotricar, de hacer poses y de comportarse como un caballero y Bella dejó de fingir ser una mujer agraviada y se deshizo de las lágrimas de cocodrilo y puso un anillo de bodas en el dedo. Tu hermano nunca pudo decir una mentira con convicción, no para que se mantuviera firme.

—Lo sabías. Lo sabes desde hace once años. ¿Te molestaste en buscarme? El orgullo mantuvo su tono irónico, impidiéndole ponerse de pie y arrojar cosas por la habitación.

—Sí, lo sabía. Y busqué, créeme. Pero para entonces ya estaban casados. Mi hijo y heredero estaba casado con la hija de un comerciante de carbón de Whitby, me engañaron para que aceptara un matrimonio que William sabía muy bien que yo prohibiría, y tú habías desaparecido de la faz de la tierra. Al final hice correr el rumor de que te habías escapado para unirme al ejército, al menos eso evitó el escándalo del apellido.

—Es un alivio —dijo Jared con voz ronca—. Me preocupaba haber causado alguna deshonra. El Cielo no lo quiera.

—¿Qué querías que hiciera? —preguntó su padre, con el rostro enrojecido.

—¿Mirar más de cerca? Me acusaste de no tener ningún honor, tomaste la palabra de Bella contra la mía de que la había seducido sin intención de casarme con ella y le creíste a William cuando, por primera vez en su vida, mostró una inclinación a hacer algo que implicara autosacrificio.

Se levantó, ahora que tenía el impulso de destrozar los muebles bajo control, y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación. —¿Cómo estás? No finjas conmigo, esto debe haberte afectado mucho.

El conde se frotó sus ojos. —Es una pesadilla. Estaba en forma, saludable... y luego se fue. —Sacudió la cabeza, un toro herido y confundido—. Soy Huntingford y no cederé a este dolor.

El desafío afectó a Jared como las lágrimas no lo hubiesen hecho. Se volvió hacia el escritorio, con la mano extendida, y su padre se estremeció. Eso lo detuvo en seco como ninguna palabra podría haberlo hecho.

—¿Me temes?

—Vienes aquí con esa maldita espada a tu lado y todas las excusas del mundo para usarla. Su padre se levantó, de repente, todo el conde de Huntingford. —No te culparía si lo hicieras. Pensé que estabas muerto, pero sí, debí haber mirado más de cerca, no debí haberme dado por vencido y haberme dicho a mí mismo que el nombre de la familia y evitar el escándalo eran más importantes que mi hijo.

Se volvió, con las manos abiertas, indefenso. —No te culparía —repitió, las palabras casi en un susurro—. Y no te conozco, el hombre en el que te has convertido. Mi hijo.

Jared sacó el estoque de su vaina y lo dejó sobre el escritorio, con la empuñadura hacia la mano de su padre. —Me lastimaste más de lo que eso podría hacer jamás. Aferrarse al odio no lo curará. No sé si puedo olvidarlo, no tengo idea de si algo será fácil entre nosotros alguna vez y

esto está complicando mi vida casi más de lo tolerable, justo en este momento. Pero ahora soy Ravenlaw y por eso sugiero que intentemos hacer que esto funcione.

El conde tomó el arma, flexionó su muñeca y probó el equilibrio.

Una espada fina.

Estaba recuperando la compostura nuevamente, su respiración se estaba ralentizando. Se la devolvió a Jared.

¿Quién eres ahora, Jack?

Jared Hunt, el maestro de espadas contratado por el difunto vizconde Northam. Estoy buscando a su asesino.

Por un momento creo que pensó que estaba allí para matarlo. Jared se desabrochó el cinturón de la espada, dejó caer el estoque sobre la mesa a su alcance y se desplomó en la silla más grande y profunda que poseía el escondite de la torreta.

Pero eso es algo espantoso.

Guin tomó la silla de enfrente.

¿Entiende que lo perdonas ahora?

La mirada que Jared le dirigió fue decididamente amarga.

¿Lo entiendo, me pregunto? —Lo comprendo y supongo que eso es lo mejor que puede hacer. Siempre fui el hijo insatisfactorio y él estaba obligado a que su heredero se casara con alguien de un nivel inferior al suyo, como él pensaba. Razonó que no podía añadir escándalo a eso, supuso convenientemente que yo me había escapado para unirme al ejército y trató de no pensar demasiado en la situación. Si mi madre hubiese seguido viva no le habría permitido salirse con la suya, por supuesto, pero había muerto dos años antes. Ahora ha enviado a la calle Bow y a investigadores privados en un intento de rastrear a su heredero perdido. Al menos se ha ahorrado ese gasto.

—Debe estar devastado por la muerte de William.

Jared asintió. —Pero se lo está guardando todo para sí. Siempre fue bueno manteniendo la fachada, su compostura. No la ha perdido.

—Me recuerda a alguien —murmuró ella—. ¿Y ahora que te tiene a ti?

—Ahora quiere darme todo lo que William tenía: la asignación, el uso de la casa de Londres, el pabellón de caza. Afortunadamente, la ley no me permite casarme con la esposa de mi hermano o, sin duda, él querría que lo hiciera también para atar todos los cabos sueltos.

“Seguro que no, si solo ha tenido hijas”, comentó Guin, sintiéndose repentina e inusualmente malhumorada.

—Sí, por supuesto. —Jared sonrió por primera vez desde que había regresado—. ¿Hay una casa de dotes?

—No. Las viudas siempre han sido bien acogidas en ese lugar: es ridículamente grande y hay suites en los rincones más inverosímiles. Mi padre dice que está insinuando que le comprará una casa cerca de Scarborough, lo que me parece una idea excelente.

—Siempre que no la juzguen por conspiración para asesinar —dijo Guin con aspereza.

Debería estar contenta de que el enfrentamiento de Jared con su padre no hubiese sido tan terrible como había temido, pero tenía los nervios de punta y le resultaba difícil mantener el sentido del humor.

Podía imaginar la reacción del conde al verla como su próxima nuera: viuda dos veces, sin familia ni conexiones de las que hablar, sin dote, dejando tras de sí nubes de cotilleos y huellas escandalosas. Pero parecía que no podría tener a Jared de otra manera que no fuese por medio del matrimonio si su determinación de hacer lo correcto y honorable persistía y no la tomaba como

su amante.

—¿Y qué quiere tu padre de ti?

—Que me corte el pelo, que deje esta tontería de trabajar para vivir, que deje de relacionarme... —Hubo una pausa— con asesinos y vuelva a casa a vivir.

—Ha oído hablar de mí, ¿no? Supongo que los periódicos de Londres llegan a Yorkshire al día siguiente.

—Sí —convino él. Guin se dio cuenta de que estaba siendo tan cauteloso como si ella se encontrara afilando un cuchillo largo frente a él—. Y no me ha desheredado de todo lo que podía, como yo esperaba.

—Así que eres una perspectiva de matrimonio deseable.

—Sí. Jared entrecerró los ojos.

—Puedes relajarte, mi Lord. Su mirada se agudizó. Debía ser la primera vez que alguien se dirigía a él de esa manera. —No quiero casarme contigo, no he cambiado de opinión desde que discutimos eso anoche.

—¿Por qué no? —Se inclinó hacia delante, con las muñecas apoyadas en las rodillas, decidido—. Nos deseamos mutuamente, lo hemos hecho desde el principio. Pero eso es todo lo que hay, y no es la base para un matrimonio, especialmente uno desigual. A mí me gustaría una aventura agradable y convencional, pero tú, al parecer, no. Ella se encogió de hombros, segura de que estaba ocultando sus inseguridades.

Ya no me quiere, ya ha tenido lo que quería, se ha dado cuenta del atolladero en el que lo he metido...

—Además, si vas a cortarte el pelo, puede que ya no te desee más.

—Es más que probable. Menos mal que no tengo intención de hacerlo.

—¿Quieres que te desee? No me harás el amor, pero tu orgullo insiste en que jadee y me ahogue, ¿no es así? Ella saltó de la silla, impulsada por la indignación. Los hombres tenían todo el poder, toda la arrogancia, todo el descaro insolente del mundo, mientras que las mujeres...

Un par de manos le rodearon la cintura. —Deja de pavonearte. —Se movió como un fantasma. El fantasma de un gato.

—No estoy... ¿Qué estás haciendo? Ella no se dio la vuelta. No se movió. A través del delicado algodón de su vestido de mañana, sus manos eran cálidas y seguras y se sentían muy permanentes, anclándola allí.

—Seduciéndote. —Su cabello le rozó la oreja mientras se inclinaba y besaba el ángulo del cuello y el hombro, la pulgada de carne expuesta.

—Espero que jadees y suspires. Guinevere, quiero hacer lo correcto, quiero tratarte como deberías ser tratada. Debería ser lo suficientemente fuerte, pero parece que tengo suficiente autocontrol sobre todo lo demás, excepto sobre ti, cuando me dices que podrías... jadear y suspirar.

—Me gustaría que me trataran como una mujer adulta que puede tomar una decisión sobre lo que es correcto para ella. Ella inclinó un poco la cabeza para que descansara contra la de él.

—Touché. Je cède à toi. Me rindo ante ti.

“Tienes razón y no debería atreverme a tomar decisiones por ti”.

“Sobre todo cuando coinciden con lo que tú quieres en el fondo”, dijo.

“Eso es todo”.

“Te amo”, pensó Guin. “Te amo, pero esta vez no voy a aferrarme al amor ni a la seguridad”.

Se había fugado con Francis sin pensarlo ni contenerse y había aprovechado la tabla de salvación que Augustus le había ofrecido sin preocuparse por nada más: que eso pudiera

convertirlo en objeto de burla como un viejo marido cariñoso, que pudiera causar una ruptura con su familia. Ninguna de las dos cosas había sucedido, pero eso era suerte, no su propia previsión.

Jared podía parecer tranquilo y en control, pero debía estar agitado por dentro. Esa no era condición para tomar una decisión sobre algo tan vital como el matrimonio.

Su vestido se abrió de repente y se dio cuenta de que esos hábiles dedos no la habían estado acariciando, habían estado lidiando con cierres y ataduras. Sus manos rodearon sus pechos y el calor se deslizó hacia abajo mientras jugaba con sus pezones a través del fino lino de su camisón.

—¿No deberíamos estar haciendo planes?

—Más tarde —dijo Jared, todavía detrás de ella mientras lidiaba con las tiras de su corsé—. Mucho, mucho más tarde.

Capítulo Veintitrés – Donde la Muerte se Acerca

—Contamos con evidencias circunstanciales, pero no con pruebas —dijo Jared mucho, mucho después, mientras se encontraban en la tumbona y observaban como se oscurecía el cielo través de la ventana de la torreta—. Una confesión sería muy útil. —Guin jugó con su pelo, trenzando un mechón de ella y dos de él juntos, admirando el contraste entre el negro de él y el castaño dorado de ella—. Pero incluso si lográramos atrapar a Thomas, no sería tan estúpido como para poner su propio cuello en la soga confesando. Trató de atraerme para que saliera a dar un paseo en el carruaje, ya sabes. Luego nos acompañó a Faith y a mí al jardín, ambas veces armado con un garrote. No puedo evitar preguntarme qué habría hecho si el jardinero no hubiese llegado en ese instante.

Jared cerró los ojos por un segundo. Cuando habló, su voz era áspera. —No pienses en eso. Nunca más podrá hacerte daño. Lo que necesitamos es una confesión ante testigos. Un magistrado o dos, por ejemplo. Cuando ella se relajó, él le quitó la trenza y usó la punta para acariciarle los pezones, luego se inclinó para lamer sus endurecidos picos.

—¿De dónde vamos a sacar dos magistrados? Ella dejó que su mano se deslizara por su pecho, disfrutando la sensación del vello en sus palmas, luego sobre su vientre admirablemente plano, hundiendo su dedo en su ombligo hasta que él atrapó su mano.

—Bruja. Deberías permitir que tu pobre amante exhausto descanse antes de continuar exigiéndole algo.

—Estás tan exhausto como un caballo de carreras que ha salido a pasear antes del desayuno. ¿Magistrados?

—Mi padre es uno. Pero necesitamos más. Se quedó en silencio, pensando.

—Jared. Guin se dio la vuelta para quedar acostada sobre él, con las manos cruzadas sobre su pecho para sostener su barbilla mientras lo observaba pensar. Aunque no estaba pensando únicamente en su cuñada. Al menos, esperaba que no, porque había evidencias inequívocas de un renovado interés. Tuvo cuidado de no retorcerse.

—¿Crees que tu cuñada sepa lo que ha estado haciendo su amiga Elizabeth?

—Espero que no. Imagino que sabe que la señora Quenten ha estado intentando incomodarte, haciéndote bromas. Bella podría divertirse con eso.

Se encogió de hombros, una experiencia interesante cuando él yacía boca arriba con ella encima de él. Ambos se quedaron en silencio por un momento, muy quietos, disfrutándolo.

—Estaba enamorado de ella cuando tenía diecisiete años: podría ser la reencarnación de Lucrecia Borgia por lo que sé.

—Sin duda ha demostrado ser capaz de mentir y engañar para lograr lo que desea, incluso a costa de alguien más. ¿La viste en Ravenscar?

—No. Entré por la puerta de atrás, sin anunciarme, y salí por la misma puerta. No creo que nadie aparte de mi padre me haya visto. Sin embargo, se lo contará. Mencioné que me la había encontrado en Whitby.

Jared sonrió de nuevo, aunque esta vez sin atisbos de calidez. —Me pregunto cuándo le dirá que nos ha invitado a quedarnos.

—¿A nosotros?

—Le he explicado que tengo una obligación contigo, que Lord Northam fue envenenado y que el asesino sigue en libertad. No puedo dejarte y tú no puedes dejar a tu invitado, el nuevo Lord

Northam. A quien, como mi padre señaló tan acertadamente, no deberías recibir sin una acompañante. Y, por cierto, no deberías tenerme en casa sin una.

—Lo sé —dijo Guin, fingiendo estar triste—. Mira a dónde lleva eso. —Se retorció experimentalmente y fue recompensada con un gruñido.

—Así todos nos marcharemos a Ravenscar, donde la querida Bella podrá acompañarte y donde Faith y Dover podrán insinuarse debajo de las escaleras mientras Theo y yo hacemos lo que hacen los caballeros en las fiestas caseras en las profundidades de Yorkshire.

—¿No has estado en ninguna fiesta casera?

—No, en ninguna convencional no. En el único caso al que he asistido, alguien murió envenenado (un accidente) y alguien recibió un disparo. También fue un accidente, me alegra decirlo, y no fue letal.

—Qué vida tan emocionante llevas. Pero, Theo, ¿no lo estamos exponiendo a mayores peligros?

—Ya él es un adulto, puede cuidar de sí mismo y necesito su ayuda —dijo Jared, casi distraídamente.

Se percató de que estaba en algún lugar de su cabeza, conspirando y maquinando.

Una mujer debe saber cuándo rendirse con elegancia. Guin se deslizó fuera del delgado cuerpo y sonrió para sí misma cuando sus manos se apretaron posesivamente por un momento y luego se relajaron.

—Iré a decirles a todos que preparen sus maletas —dijo mientras vertía agua en la palangana y comenzaba a recuperar su apariencia para que fuese lo más diferente posible a la de una mujer que ha pasado la tarde disfrutando de las apasionadas atenciones de su amante.

Jared, con los párpados entrecerrados que ocultaban el proceso de pensamiento, emitió un ruido que ella reconoció, ese vago sonido masculino que significa todo, desde «Por supuesto que ese sombrero te queda deslumbrante» hasta «Estoy seguro de que tu madre sabe más, cariño».

Pedía que se le respondiera con algo escandaloso, solo para ver si se repetía.

—¿Sabías que hay un unicornio en la biblioteca? —preguntó Guin, mientras se ponía las medias.

Jared abrió un ojo y sonrió. —Qué bien. Ten cuidado con el cuerno. —Volvió a cavilar.

¿Qué voy a hacer sin ti? Se ajustó la liga de un tirón. Me las arreglaré como siempre lo he hecho. De algún modo.

Ravenscar era casi un castillo, pensó Guin, mientras descendía del carruaje cuatro días más tarde. Por alguna razón, la obra Macbeth le vino a la mente y la descartó con un escalofrío.

—Bienvenidos, Lady Northam, Lord Northam. El conde de Huntingford se encontraba de pie en lo alto de la escalinata justo fuera de las grandes puertas de roble que se habían abierto de par en par en señal de bienvenida. Detrás de él, en las sombras, una figura vestida de negro esperaba.

Era claramente el padre de Jared.

Subió los escalones y estrechó manos, sonrió, dijo todas las cosas apropiadas. Era más corpulento que Jared, pero con músculos que había desarrollado a base de duros deportes campestres y de montar a caballo, mientras que el físico de Jared era el de un atleta, musculoso y esbelto. Su rostro estaba surcado de arrugas, sus ojos estaban llenos de bolsas, supuso ella, por el dolor reciente, pero al igual que su hijo, sabía ocultar sentimientos profundos.

Theo se encontraba a su lado, estrechándole la mano también, sonriendo a la mujer de luto.

Jared le había contado algo en confianza sobre la ruptura con su padre y ya sabía que Bella podría estar involucrada en el asesinato de su tío, pero nada de eso se reflejaba en su rostro. Era todo encanto, el joven caballero que había sido antes de las muertes en su familia: alegre,

sociable y, se podría pensar, no muy brillante, excepto en la mesa de juego y en busca de una mujer bonita. Ya estaba sometiendo a Bella a una evaluación discreta pero apreciativa.

“Mi nuera, Lady Ravenlaw. Bella, Lady Northam, Lord Northam y, por supuesto, ya conoces a Jack”.

—Hace tanto tiempo que no respondo a ese nombre que será mejor que me llames Jared si deseas una respuesta —dijo Jared—. Bella. Te has vuelto aún más hermosa con el paso del tiempo. Parece casi imposible.

Era encantadora, admitió Guin para sí misma, aunque el pesado luto negro no le sentaba bien a su piel pálida y su cabello castaño claro. La delgada línea de sus labios cuando miró a Jared y las tenues arrugas entre sus cejas tampoco le favorecían. ¿El conde se había enfrentado a la pareja cuando se dio cuenta de que lo habían engañado y que Jared había sido culpado injustamente, o ella todavía creía que había escapado a la culpa por el cruel engaño?

Un leve rubor apareció en sus mejillas. Sí, ella lo sabía y sabía que Jared era consciente de que su padre también entendía la verdad.

—De niño siempre te impresionabas con facilidad —dijo Bella con una dulce sonrisa.

Ahora se encontraban en el vestíbulo, un lugar que parecía una mezcla entre una fortaleza medieval señorial y una cómoda entrada. Había demasiadas armaduras en los rincones y cabezas de animales en la pared para el gusto de Guin, pero aprobó el gran fuego y la pila de sombreros sobre la mesa auxiliar y la brida tirada sobre el respaldo de una silla y todas las pinturas de paisajes y caballos.

Bella la acompañó arriba, con Faith pisándole los talones. —Todas están en las habitaciones de invitados del ala principal —dijo mientras subían el primer tramo de escaleras.

La escalera subía en dos niveles hasta la altura del pasillo, los paneles estaban adornados con retratos y una exhibición de armas.

—Supuse que el conde querría instalar a Jack, Jared, en las habitaciones de mi difunto marido, pero parece tener cierta reserva al respecto. O tal vez supuso que querrían habitaciones muy juntas. La mirada que dirigió hacia Guin era astutamente insinuante.

—Absolutamente —dijo Guin con seriedad—. Lo más cerca posible. El señor Hunt, Lord Ravenlaw, debería decir, es mi guardaespaldas.

—Oh, sí. Un sirviente.

Llegó a una de las puertas de un amplio pasillo, la abrió y entró.

—Lord Ravenlaw es demasiado caballero como para quedarse sentado lamentando las injusticias del destino y viviendo a costa de los demás.

Guin miró alrededor de la habitación con una sonrisa perfectamente genuina: era, después de todo, encantadora.

—Hace lo que sea necesario para mantenerse honorablemente.

Puso un énfasis mínimo en la última palabra y vio que daba en el blanco.

Sí, sé lo que hiciste. Pero no mostraría ningún antagonismo manifiesto, ese no era el plan que habían elaborado durante tres días de discusión, escritura de cartas y especulaciones.

Ahora mantuvo la sonrisa en su lugar, moderándola hacia la simpatía. —Debe ser muy duro tener que entretener a invitados mientras te encuentras de luto. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que falleció tu marido?

—Un mes. Me sorprende que Jac... Jared no lo supiera. Bella se movió por la habitación cambiando la posición de un jarrón de flores, alineando los bordes de los libros en la mesilla de noche.

—Dudo que revise las esquelas, o cualquier otra nota, en busca de noticias de Yorkshire —

dijo Guin—. Todo debe haberle parecido muy remoto.

Tampoco había visto nada y pensó que habría notado noticias de una muerte tan cercana a Allerton, aunque no conocía a la familia. El fallecimiento accidental del heredero a un conde que vivía tranquilamente en el campo sin ambiciones políticas no era algo que atrajera mucha atención.

Su conciencia la estaba remordiando un poco. Si Bella y William habían recurrido a un subterfugio tan espantoso para casarse, este había sido un matrimonio por amor. —Debes extrañar mucho a tu marido.

Bella se encogió de hombros. —Uno se acostumbra al matrimonio, por supuesto. Una crece y se convierte en sí misma, ya no soy una niña. Se da cuenta de que no todo es pétalos de rosa y champán, ¿no es así?

Ella se desamoró de él y él de ella. Esta es una mujer que necesita pétalos de rosa y champán, no la vida en un páramo azotado por el viento con un suegro que la desaprobaba y un marido que no le ofrecía el romance de cuento de hadas por el que había perjurado.

“Tus hijas deben ser un consuelo para ti. Tienes tres, ¿no?”

“Están con mi madre en Whitby. No vi ninguna razón por la que debieran estar envueltas en la tristeza aquí”.

La tristeza estaba dentro de su madre, pensó Guin. Y dentro de su abuelo, por supuesto. No era de extrañar que Bella se hiciera amiga de los Quentens cuando llegaron al vecindario. Tal vez había sido casi una buena distracción apoyar a Elizabeth en sus problemas: los problemas financieros de la familia, su angustia por Francis.

Me estoy volviendo demasiado comprensiva, pensó. Ya es hora de eso una vez que hayamos dejado de lado estos juegos asesinos.

—No llevas luto —observó Bella, con la mano en la puerta.

—No. A Augustus no lo aprobaba.

Bella no hizo ningún comentario al respecto, simplemente dijo: —Habrás té en el Salón Verde dentro de un rato —mientras cerraba la puerta detrás de ella.

¿Qué sabe ella, me pregunto?

—¿Quieres que invite a un asesino a mi casa? —Su padre se reclinó en la silla de su escritorio con un gruñido de incredulidad—. Quiero que invites a tus vecinos, los Quentens, y a un completo desconocido a unirse a tu fiesta en la casa para tender una trampa. Cuando te cuente la historia de esto, creo que estarás de acuerdo.

No los escucharían, no con Dover interesándose tranquilamente en los trofeos de armas colocados a lo largo del pasillo exterior. Jared se dispuso a explicar la historia de los matrimonios de Guin y la herencia de Theo.

Cuando terminó, el conde se sentó y golpeó el escritorio con el puño. —Esa mujer está loca.

—No está en su sano juicio. Su sirviente, Thomas Bainton, está claramente en posesión de todas sus facultades. No sé si está actuando por devoción retorcida a su amante o por dinero. — Han asesinado a Northam, han intentado implicar a su sobrino y han acosado a Lady Northam de la manera más grave —resumió su padre, pareciendo de repente el magistrado que era—. Son personas que he recibido en mi casa, vecinos con los que mi nuera tiene intimidad.

—No tengo ni idea de si el propio Quenten estará al tanto de lo que está pasando —dijo Jared—. No hay pruebas de ningún tipo.

—Y debemos recibirlos de nuevo, ofrecerles hospitalidad bajo nuestro techo.

—Y darles la oportunidad de asesinar.

—¿Así ha sido tu vida desde que te fuiste? —preguntó de repente su padre—. ¿Asesinato,

traición?

—No tanto. Hubo momentos en los que viajaba por el mundo con Calderbrook en los que el hecho de que le cortaran el cuello a alguien era un peligro diario y ha habido momentos de cierto drama desde entonces, pero me estaba asentando en una tranquilidad perfecta como maestro de espadas con mi propia sala de armas y una perspectiva de pacífica respetabilidad.

Se escuchó un resoplido desde el otro lado del escritorio. Jared se dio cuenta de que el hombre empezaba a simpatizar con él, lo cual fue una sorpresa.

“Para ser precisos con respecto a esas invitaciones, el completo extraño ya está en camino y debería estar aquí mañana junto con los Quentens”.

Su padre hizo un gesto con la mano en señal de aceptación. “Esta es tu casa, invita a quien quieras”. Luego su mirada se agudizó. “¿Estoy haciendo suposiciones? ¿Te quedarás o te irás de nuevo, de regreso a Londres con tu alias y tus espadas?”.

Era la pregunta que Jared había estado evitando hacerse, pero conocía la respuesta. “Me quedo”. No es que le gustara esa respuesta, pero había una cosa de la que no podía alejarse y era un título que siempre lo seguiría y una propiedad llena de personas que dependían de él para su sustento. Y generaciones de historia que eran extrañamente convincentes ahora que la responsabilidad de llevarlas quedaba en sus manos.

“Me quedaré con la salle d’armes como una inversión y porque estoy interesado. Encontraré un maestro de espadas que la dirija”.

Y trasladaré mi gran cama tallada y mi baño de cobre a la casa de Huntingford en Londres. Alejó la preocupación de no ver nunca a Guinevere en esa cama.

—Usaré la casa de la ciudad si me lo permites, me trasladaré entre allá y aquí.

—Bien. —Hubo una pausa que, en un caballero inglés de cierta estatura, indicaba un desbordamiento de emoción, luego su padre se aclaró la garganta—. ¿Aceptarán los Quenten la invitación? —preguntó el conde.

—No veo por qué puedan resistirse: Guinevere y Theo bajo el mismo techo. —Se dio cuenta de que tenía los dedos en la empuñadura de su estoque y sonrió.

Bella sirvió el té, Theo y Jared llevaron las tazas de un lado a otro, Guin sonrió alegremente. Todos se comportaban de la mejor manera posible y la tensión crepitaba como electricidad estática. O tal vez ella era la única que podía sentirla.

Jared lucía completamente relajado, su padre se mostraba franco y cordial, Bella fría y Theo parecía decidido a encantar a su prima política, Elizabeth Quenten.

Elizabeth se sentó junto a su marido Julian, con una sonrisa cortés y social en los labios. Guin buscó algún parecido con Francis y lo encontró sólo en sus ojos, su único rasgo fino, azul y de largas pestañas en su rostro ovalado.

Cuanto más veía a Julian, más podía ver el parecido familiar con Augustus en la apariencia. Intelectualmente parecía más bien aburrido, el tipo de hombre sin gran intelecto ni iniciativa que se dejaba llevar por las corrientes de la vida. Cuando las cosas iban mal, como aparentemente les había ocurrido con sus finanzas, no tenía la resolución ni el impulso para sacar a la familia de los problemas, lo que les permitía hundirse en un torbellino de lamentaciones ineficaces.

Era un caballero, por lo tanto no podía trabajar, pero como terrateniente no tenía iniciativa. Elizabeth, su Lettie, tenía eso, claramente.

¿Por qué no te dedicas a rescatar la fortuna familiar por algún medio honesto, mujer tonta? Guin pensó, aceptando una galleta del plato que Theo le ofreció y asintiendo con seriedad ante la historia de cómo el joven maestro Charles Quenten había dominado su último texto en latín.

“Su tutor debe ser un excelente instructor”, comentó.

“Estudia con el vicario”, dijo el señor Quenten. Su esposa se aclaró la garganta. “Un erudito notable en su época”, agregó apresuradamente.

Junto a Lord Huntingford se encontraba sentado el último en llegar, Sir Andrew Hewson. Lo habían presentado como un viejo amigo del conde, que viajaba desde Nottinghamshire para unos asuntos en Newcastle y que interrumpía su viaje durante unos días. Eran, pensó Guin, muy convincentes con sus ocasionales menciones de la vida estudiantil en Oxford y sobre conocidos mutuos.

Sir Andrew parecía un poco vago en sus modales, pero los ojos grises soñolientos mostraron cierta diversión cuando se posaron en Theo y Guin los encontró evaluadores incómodos cuando sostuvo su mirada por unos momentos.

Habían pasado la cena de la noche anterior y el día anterior a la llegada de los Quenten y luego de Sir Andrew gracias al simple recurso de mostrarse rigurosamente formales y educados con la viuda Lady Ravenlaw.

Nadie hizo ningún intento de superar la antipatía de Bella y ahora Guin buscaba señales de que ella estaba en conocimiento de lo que pasaba por la mente de Elizabeth Quenten. No parecía haber nada, ningún intercambio de miradas encubiertas, ningún intento de irse y hablar más en privado.

—Entiendo que debo expresarles mis condolencias a ambas, damas —dijo de repente Sir Andrew—. Por supuesto, había escuchado hablar de la trágica pérdida de mi amiga. —Inclinó la cabeza hacia las elegantes cortinas negras de Bella—. Pero entiendo por los periódicos que usted también ha sufrido recientemente una pérdida, Lady Northam.

Guin, que llevaba un vestido azul oscuro con encaje rubio y cintas de un azul más claro, supuso que aquella falta de tacto era parte del plan. Jared había sido parco en detalles.

—A mi difunto esposo no le gustaba que las damas vistieran el luto. Elijo seguir sus deseos”.

“Lady Northam apenas había salido del luto por su primer marido cuando se casó con Northam”, comentó Lord Huntingford.

“Lady Northam ha sido muy desafortunada”, comentó Bella. “Lo siento por ella”.

“Pero ¿qué es lo que sientes?”, se preguntó Guin, inclinando la cabeza en señal de reconocimiento.

“Como estamos entre amigos”, dijo, con un completo desprecio por la realidad, “puedo admitir que mi primer matrimonio fue un desastre de principio a fin. Me dejé seducir por un sinvergüenza cuando me alejaba de casa, me casé con un escocés y luego lo perdí en un accidente”.

“Mal espectáculo”, dijo el conde, dándole un gran mordisco a un macarrón. “Pero todo fue para bien, ¿eh? Si era un tipo tan turbio, claro está”.

—Por supuesto —dijo Theo, mientras echaba alegremente brasas al fuego—. El hombre parece un completo derrochador, uno de esos tipos encantadores que se aprovechan de jovencitas inocentes. Pero si no hubiese sido por él, nunca habría conseguido una tía tan encantadora, ¿no? Guin vio que Jared se movía en su silla como si estuviera ajustando el cojín de su espalda. Estaba mirando a la señora Quenten, se dio cuenta, y se arriesgó a mirar en esa dirección. Su ex cuñada estaba sentada perfectamente quieta, la imagen de una respetabilidad bastante impasible que pretendía ignorar los comentarios un tanto faltos de tacto de los caballeros. Sus ojos estaban vacíos, inexpresivos y fijos en Guin. Guin dejó la taza y el platillo antes de que el retroceso instintivo enviara té por todas partes. Eso ni siquiera había sido odio en esas profundidades azules, solo una nada, un horror al vacío. Augustus le había contado que una vez había estado en un barco cuando los marineros atraparon un tiburón y lo sacaron a cubierta todavía vivo. Había

dicho que sus ojos no habían reflejado nada más que la absoluta indiferencia de algo desprovisto de conciencia, desprovisto de todo excepto el instinto de matar. Le había provocado pesadillas durante mucho tiempo, había mencionado con un escalofrío.

Esa mujer, tan cerca que podía tocarla, había deseado la muerte de Augustus, había acosado y asustado a Guin, había planeado que ahorcaran a Theo por sus crímenes.

Capítulo Veinticuatro – Donde se Monta una Trampa

—Disculpe —le dijo Guin a Theo, que se encontraba sentado junto a ella—. Me duele un poco la cabeza. Creo que debo salir a tomar un poco de aire fresco. —Hizo un gesto a los caballeros para que volvieran a sentarse y se detuvo junto a la silla de Bella—. ¿Sería tan amable de mostrarme cómo salir a la terraza, Lady Ravenlaw? Tal vez podríamos caminar unos minutos.

—Por supuesto. —Bella se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Podemos salir por aquí.

Caminaron por la terraza uno al lado del otro durante un rato, luego Guin dijo: —¿Cree que la señora Quenten se encuentre bien? Me parece extrañamente sumisa.

—Perdió a su hermano hace algún tiempo. La afectó profundamente. Bella no miró a Guin.

—Qué triste.

—Creo que lo describiría como un tipo un poco flojo —añadió Bella secamente—. Nunca lo conocí.

Llegaron al borde de la terraza y se dieron la vuelta. —Perdieron a sus padres cuando eran jóvenes y Lettie era más una madre para él que otra cosa y lo adoraba —continuó Bella. La diversión había desaparecido—. Es una mujer ferozmente leal. Su hermano, sus hijos... creo que haría cualquier cosa por ellos.

¿Sospecha? ¿Teme que su amiga haya cruzado el límite y haya caído en la obsesión e incluso el asesinato?

—Eso puede ser admirable, si no se lleva al extremo.

—Sí. —Avanzaron unos pasos más. —Aquí estamos muy solos —dijo Bella de repente—. A veces me da escalofríos. Uno hace amigos donde puede.

—Allerton Grange ahora pertenece a Theo. Debo admitir que estoy muy contenta de poder retirarme a Londres y dejar que él decida si vendrá aquí en invierno.

—Dicen... Perdóname, pero los rumores... Dicen que él...

—¿Asesinó a mi marido y tiene una aventura conmigo? No, ninguna de esas cosas es cierta. —Si lo fueran, no necesitaría un guardaespaldas —añadió, observando para ver cuál sería su reacción a eso—. Pero pensé que mi suegro comentó que los problemas que habías tenido no eran serios, que fueron más como bromas pesadas que ataques.

—El tipo de bromas pesadas que pueden salir muy mal con mucha facilidad, bromas que involucran armas de fuego y explosivos —dijo Guin secamente—. Y luego, cuando regresábamos de Whitby, ese día en que tú y Jared se conocieron, hubo un serio intento de matarnos a todos.

—¿Seguro que no? —Bella se detuvo antes de la balaustrada y tomó a Guin por el antebrazo—. Seguro que no.

—No sé de qué otra manera categorizarías debilitar el eje y dañar los frenos en un carruaje a punto de viajar completamente cargado por esa carretera.

—Pero eso es...

—No es una broma pesada, no. Es difícil saber quién tendría motivos para desagradarme tanto. Aunque supongo que este último ataque pudo haber estado dirigido a Lord Ravenlaw.

—¿Por qué alguien querría atacar a Jared? Bella soltó su brazo y fue a apoyarse en la balaustrada para contemplar el páramo que se extendía más allá de los muros.

—Es difícil decirlo. Por supuesto, a veces, cuando la gente hace algo despreciable a otra persona, llega a odiar a la víctima como una forma de controlar su propia culpa.

—Eso va dirigido a mí, ¿no? Bella seguía sin darse la vuelta. Hizo un gesto con los hombros, una especie de encogimiento de hombros. —Tienes toda la razón, por supuesto. Yo era joven y egoísta y estaba muy enfadada por no poder tener lo que creía que quería porque el conde despreciaba a mi familia.

—¿Fuiste feliz cuando lo tuviste?

—No mucho. Bella se dio la vuelta entonces.

Quizás me esté hablando porque no estoy mostrando hostilidad, simplemente una curiosidad fría, pensó Guin. Y quizás ella realmente se siente sola. Si su única amiga es una mujer amargada y afligida obsesionada con su hermano muerto, ¿quién ayudará a Bella?

—William era tan joven y tan egoísta como yo. Y luego no pude darle hijos, así que tanto él como su padre me despreciaron. Y Jack, Jared, me odia, ¿no es así?

“Tendrías que preguntárselo a él. Su padre y su hermano lo lastimaron mucho, eso lo sé. Pero no sé si fuiste lo suficientemente importante para él como para que lo que hiciste le doliera lo suficiente como para que te odiara”.

“No necesitas llevar un estoque, ¿verdad?” La encantadora curva de la boca de Bella se torció en una fea línea. “Esa fue la mejor puñalada que Jared pudo infligir”.

—No estoy segura de que Jared sea capaz de odiar. Creo que ya ha tenido suficiente tiempo para aceptar lo que pasó, pero podrías disculparte y ver qué pasa —sugirió Guin. Bella alzó las cejas. —¿Disculparme? ¿Por algo tan malo como eso? —¿Por qué no? Me imagino que tienes el valor, y ahora no eres feliz, podría ayudar. —¿Por qué eres tan amable conmigo? La boca de Bella tembló, se volvió hermosa de nuevo, vulnerable. Se la mordió y la expresión familiar de desdén aburrido volvió. —Porque sé lo que es ser joven, tonto y estar solo. Estar lleno de remordimientos. Estar solo. —¿Serás mi amiga cuando seas la amante aquí? ¿Cuándo te cases con Jared? —Cuando yo... no me voy a casar con él. No soy del todo adecuada para heredar un condado. Y eso fue una falta de tacto, Guin. —¿Después de mí? El conde te aceptará y te lo agradecerá. Además, dudo que alguien le diga que no a Jared estos días. La forma en que te mira deja muy claro lo que quiere.

“Me mira porque me está protegiendo”.

“Está enamorado de ti. Si tengo razón, ¿serás mi amiga o te pondrás de su lado?”

“Si... ahora seré tu amiga si haces las paces con él”. ¿Podía confiar en la otra mujer o esta repentina muestra de confianza era una forma de hacer que Guin bajara la guardia permitiendo que la aliada de Elizabeth tuviese un acceso cercano?

“Lo intentaré. Lady Northam...”

“Guin”.

“Guin, ten cuidado. Sabes quién está detrás de estos ataques contra ti, ¿no? No”. Levantó una mano. “No digas nada. ¿Por qué deberías confiar en mí? Solo ten cuidado y trataré de corresponderte la amistad que me has ofrecido”.

Ella se dio la vuelta antes de que Guin pudiese responder, caminó rápidamente por la terraza, el viento agitaba las puntas de su cabello y las cintas de su vestido, sus brazos apretados alrededor de su cuerpo como si estuviese conteniendo su infelicidad por pura fuerza.

La puerta se abrió cuando Bella se acercó y Jared salió. Él los había estado observando, Guin se dio cuenta. Observándola.

Bella se detuvo en seco, se dio media vuelta como para empujarlo y luego vaciló, levantó la cabeza para mirarlo directamente a la cara. Guin vio que sus labios se movían, pero no pudo

escuchar lo que dijo. Jared sacudió la cabeza, luego sonrió, asintió y dijo algo.

Bella se cubrió la cara con una mano por un segundo, luego se dio la vuelta, abrió la puerta de golpe antes de que Jared pudiera alcanzarla y desapareció dentro.

Caminó lentamente por la terraza hacia Guin. "¿Qué te dijo?", preguntó tan pronto como llegó a su lado.

"¿Me odias?"

"¿Qué dijiste?"

"No. Entonces me preguntó si podía perdonarla y dije que sí. No fue un intercambio complicado y supongo que puedo deberle eso a usted.

Ella no podía percibir si él estaba contento o si le molestaba su interferencia.

Ella necesita un amigo. Si se hubiese arrepentido y querido perdón si su matrimonio hubiese sido feliz, ¿quién puede decirlo? Tal vez sería una mujer diferente si eso hubiese sucedido. Espero que podamos confiar en ella, porque parece sospechar y sentirse incómoda con Elizabeth Quenten y si eso no es parte de una trama sutil, entonces puede ser de gran ayuda para nosotros.

—Tienes razón. Y gracias por intentarlo, sea sincera o no. No nos hace ningún bien a ninguno de los dos contar con esa nube del pasado.

La miró, sus ojos oscurecidos por pensamientos que no parecían agradables.

—¿Ella no era feliz con Will, dices?

—Era el tipo de hombre que traiciona a su propio hermano. ¿Cómo crees que sería como esposo?

—Un infierno.

Jared entrelazó su brazo con el de ella y caminó hasta el final de la terraza y la vista. —Todo eso para conseguir un matrimonio por amor y terminan atrapados juntos por el matrimonio que creían desear.

—No sabía que fueses una romántica acerca del matrimonio.

—¿No lo sabías? —Habló distraídamente, con la mirada aparentemente fija en el horizonte.

Y sin embargo, me propone que me case con él y no habla de amor. ¿Por qué no? Porque no me ama, supongo. Si le digo lo que siento por él, ¿qué hará? ¿Me dirá la verdad o simplemente mentirá?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ginebra con vivacidad, como si no hubieran estado hablando de nada más que cuestiones prácticas.

Cuando terminara este asunto, él la cortejaría seriamente si ella se lo permitiera. Nunca antes había sentido eso por una amante, pero tampoco había tenido a una condesa en su cama. No podía decir si era el pensamiento de las presiones de la sociedad lo que lo hacía estar tan seguro de que debían casarse, o algo más.

Romance. ¿Amor? ¿Qué sé yo de todo eso? Solo lo que observo, que es Cal y Sophie. Cal ha cambiado, todo su enfoque ha cambiado. También lo ha hecho el mío, pero también lo ha hecho mi vida. Guinevere—

—¿Estás en trance?

Eso fue suficientemente mordaz como para agitar la inconsciencia. —No. Estoy pensando.

—¿Cuál es el plan para esta noche?

Guinevere estaba descontenta por algo, ya la conocía lo suficiente para saberlo. Había muchas razones para que estuviese así, pero Jared tenía la incómoda sensación de que era culpa suya, fuera lo que fuese. Había pensado que tenía suficiente experiencia con las mujeres para entenderlas, pero estaba aprendiendo que estaba equivocado. O más bien, cuando se trataba de la mujer por la que estaba empezando a preocuparse profundamente, estaba equivocado.

—Esta noche. —Concentrándose nuevamente en el problema en cuestión: mantener viva a esa mujer, lo cual era mucho más urgente que preguntarse qué estaría pasando por su cabeza o qué sentía por ella.

—Tenemos que sacar el tema de Thomas Bainton, introducir una cuña de sospecha entre él y su verdadero empleador —dijo. —No creo que se encuentre lejos y es bastante fácil entrar en esta casa. Dudo que alguien haya mejorado las cerraduras desde el siglo XVII, pero con un poco de trabajo podemos asegurar la mayoría de ellas y dejar un punto vulnerable que podamos vigilar.

Necesitamos que él y la señora Quenten estén juntos, hablando delante de testigos, y cuanto más agitada esté ella, si esa mujer alguna vez se agita, mejor.

Theo está haciendo un excelente trabajo al aparentar más entusiasmo que tacto o ingenio. Haremos que él ponga la pelota en movimiento.

Pero iba a mantener a Theo fuera de esto tanto como fuese posible. Como sospechoso, cuanto menos involucrado estuviera, mejor y, si Jared estaba equivocado sobre él, entonces cuanto más supiera, más peligroso sería.

Solo esperaba que esa leve y persistente sospecha desapareciera, le causaría una gran angustia a Guinevere si Theo demostraba ser un traicionero. Era un acto de equilibrio del demonio.

—¿Puedo cortarle un poco de carne, señora Quenten? Se ve excelente. Theo colocó rodajas de solomillo en el plato de su vecina y miró alrededor de la mesa. —¿Alguien más? Oh, sí, gracias, Ravenlaw, tomaré un poco de capón. Eres un excelente cocinero, Huntingford.

Aceptó el cuenco de guisantes, ayudó a la señora Quenten a tomar algunos y se los pasó. —Es difícil encontrar buen personal. He heredado una suerte mixta de mi padre, debo decir. El grupo de criados más inútil de la creación.

Jared observó a Elizabeth Quenten con el pretexto de prestar mucha atención a Theo. —Tuve suerte cuando quise un caballero entre caballeros, pero fue una recomendación del hombre de Calderbrook.

—¡El famoso Flynn, el criado de cámara que todos los caballeros de la ciudad quieren cazar! No es que necesite un criado de cámara, solo algunos sirvientes confiables.

—Confiables es la palabra —intervino Guinevere con cierta aspereza mientras asentía con la cabeza para agradecerle a Jared una rebanada de capón que había cortado. —Estábamos muy contentos con ese sirviente que nos envió usted, señora Quenten, Thomas Bainton, si lo recuerda, pero el desgraciado ha desaparecido.

—Quizás sea una oferta mejor —dijo la señora Quenten, con un tono incoloro.

—Pero ¿por qué no le ofrece su renuncia y recibe el pago que le corresponde? Creo que hay algo turbio en ello. Debo volver a comprobar la vajilla de plata cuando regresemos a Allerton —añadió Guinevere sombríamente.

—Creo que hay algo más que eso —dijo Jared—. Me parece demasiada coincidencia que desaparezca el día en que se tocaron la rueda y el freno del carruaje.

—¿Qué? No crees que él sea el responsable de los ataques, ¿verdad? Theo puso su copa de vino con un golpe sobre la mesa, aparentemente ignorando los gestos de Jared para que se callara. —Ay, me disculpo, señoritas, ¡habéis tenido al asesino bajo vuestro techo todo este tiempo!

—¿Qué asesino? Sir Andrew dejó el cuchillo y el tenedor y miró alrededor de la mesa. —¿Qué es esto?

Guinevere explicó.

Jared notó que Bella palideció aún más de lo que ya era, el señor Quenten mostró todo tipo de

signos de interés, sorpresa y animación y su esposa parecía estar discutiendo el precio de la caballa.

—El hombre hablará una vez que le tengáis en las manos —dijo Sir Andrew—. A menos que sea un maníaco, habrá alguien detrás de él, eso es seguro. Atrápenlo, pónganlo en manos de un hombre con el don de interrogar y entre el temor a una paliza y la incitación del transporte en lugar de la sogá, soltará todo. Tengo un amigo entre los magistrados de Westminster y conoce a uno o dos agentes con la habilidad necesaria para extraer información.

—Estamos alarmando a las damas —dijo Jared—. No pueden tener idea de lo brutales y efectivos que pueden ser esos interrogatorios. Pero aparte de eso, una vez que lo encontremos, las pruebas aparecerán. Tenemos fechas, lugares y una montaña de evidencia circunstancial bajo la cual enterrarlo. Desde el incidente con el carruaje he estado recabando las piezas. Todo lo que tenemos que hacer es ponerle las manos encima a Bainton. —Miró alrededor de la mesa—. Ya he iniciado medidas para cazarlo.

—Es terriblemente angustioso para usted, señora Quenten —observó su padre—. Antiguo sirviente de su familia y demás. ¿Alguna indicación de que no fuese de fiar?

—Ninguna —dijo ella con frialdad—. Siempre lo he considerado muy leal.

Apuesto a que sí, pensó Jared. —Pero hablemos de temas más agradables. Entiendo que tiene un caballo de carreras que es el favorito para la próxima reunión de York, Sir Andrew.

La conversación giró en torno a las carreras y a los caballos en general. Quenten parecía muy a gusto, pensó Jared, cada vez más convencido de que el hombre no tenía idea de lo que su esposa estaba haciendo.

Una vez terminado el postre, Bella se levantó de su asiento al pie de la mesa y las otras damas la siguieron.

Hubo un aire inmediato de relajación, como si los cinco hombres se hubieran soltado varios botones del chaleco. Incluso Quenten pareció relajarse en ausencia de su esposa. El mayordomo colocó las licoreras y las nueces sobre la mesa y, obediente a un gesto de la mano del Conde, hizo salir a los sirvientes.

Jared se recostó en su asiento, se sirvió una copa de oporto mientras pasaba la licorera e hizo todo lo posible por no preocuparse de que Guinevere se encontrara sola con Lettie Quenten y Bella con sus inciertas lealtades. Dover estaba ayudando a llevar la bandeja del té y se quedaría al acecho discretamente, pero aun así se alegró cuando su padre se puso de pie después de sólo dos copas.

—¿Nos reunimos con las damas?

Era el momento del siguiente empujoncito. Jared le hizo un gesto a su padre y el conde y sir Andrew atravesaron el salón hasta que estuvieron detrás, aunque a poca distancia, del sofá donde la señora Quenten yacía sentada en silencio junto a Bella.

Sir Andrew lanzó una exclamación y se volvió hacia el Conde. —Uno de estos días olvidaré mi propio nombre. Huntingford, tengo una confesión: le hice algo a la cerradura de esa pequeña puerta de la sala de estar, la que da a la terraza. No sé qué, debo haber presionado demasiado el picaporte. Quería comentártelo antes pero ya es un poco tarde para convocar a un cerrajero. Hablaba en voz baja, pero su voz tenía cierta claridad penetrante.

—Oh, esa puerta siempre es un problema, quería cambiar toda la cerradura. Está lo suficientemente rígida como para mantenerse cerrada por el momento, no tengo ninguna duda.

El Conde hizo una seña a un sirviente. —Durrant, asegúrate de girar la llave de la puerta del pasillo de la pequeña sala de estar esta noche, así estarás lo suficientemente seguro. No hay nada de valor allí —añadió dirigiéndose a Sir Andrew.

Jared pensó con aprecio que los murmullos de su padre nunca eran precisamente discretos. No alcanzó a escuchar lo que decía, sólo lo había leído en los labios del conde, pero estaba seguro de que la señora Quenten habría podido escucharlo todo. Sólo esperaba que no fuesen demasiado obvios al tenderle una trampa, pero sospechaba que estaba demasiado obsesionada como para ser cautelosa.

Continuó hablando con Theo, a quien había hecho girar para que estuviera de espaldas a la habitación.

Bella sirvió el té, Sir Andrew se sentó al lado de la señora Quenten e hizo valientes intentos de entablar una conversación. Theo se acercó y mantuvo una charla superficial sobre cuestiones deportivas con el conde mientras Jared se inclinaba sobre el respaldo de la silla de su padre, haciendo algún comentario ocasional mientras observaba la habitación.

Guinevere se quedó hablando con el señor Quenten, que lanzaba miradas nerviosas a su esposa cada vez que Guinevere se reía o se inclinaba más cerca de él.

Bajo la pata del gato, pensó Jared. Pobre diablo. O bien no tiene ni idea de lo que hace su Lettie y parece lo bastante aburrido como para que eso sea posible, o bien lo han obligado a mostrarse complaciente, si no a involucrarse realmente.

La señora Quenten se levantó. —Me retiraré, si me disculpa. Bella querida, ¿cómo puedo salir a la terraza? No puedo dormir a menos que haya dado un pequeño paseo al aire libre.

—Por aquí. Bella se puso de pie y abrió la marcha. —Subiré yo misma cuando se lo haya enseñado. Buenas noches a todos.

Dover abrió la puerta y se deslizó detrás de ellos llevando una bandeja con tazas sucias. Poco después lo siguió Theo, bostezando y disculpándose.

Dover regresó diez minutos después con una jarra de agua caliente para refrescar la tetera y Jared caminó casualmente por la habitación para hablar con él bajo la excusa de entregarle su propia taza.

—Ella despidió a su señoría, dijo que sólo tardaría un minuto y así fue. Fingí que la acompañé cuando volvió y fui a cerrar la puerta con llave, pero eché un vistazo cuando estuvo fuera. Hay un pequeño montón de piedras blancas junto a la puerta de la sala de estar. Jared soltó un suspiro que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo. “Enganchado”. “Yo diría que sí, señor. Mi señor, quiero decir”. “Señor servirá”. Le estaba costando acostumbrarse. Hasta ahora Jared no había respondido a al menos tres miembros del personal que usaban su título hasta que lo repitieron. “Estaré arriba en media hora. Dígaselo a Sir Andrew”. Dover se fue, sosteniendo la puerta para que Sir Andrew se retirara. El Señor Quenten anunció que descansaría y en cuestión de minutos Jared se encontraba solo con su padre y Guinevere. “Mi dormitorio, señor. Guinevere, te sugiero que vayas a tu habitación, que te quedes con Faith y cierres la puerta con llave”. “Puedes sugerir lo que quieras, pero me uniré a tu consejo de guerra, Jared”. Ella le sonrió a su padre, quien le devolvió la sonrisa. Al parecer, el viejo demonio aprobaba a Lady Northam.

Capítulo Veinticinco – Donde Jared Teme lo Peor

Los participantes se distribuyeron alrededor del dormitorio de Jared, dejando un sillón para Guinevere.

—Hay una puerta corrediza oculta en los paneles de madera a cada lado de la pequeña sala de estar —dijo sin preámbulos—. De día son obvias si las miras, pero de noche no. Dover ha colocado biombo delante de cada una. Dover y yo estaremos detrás de la puerta de la biblioteca, mi padre y Sir Andrew detrás de la otra, en la sala del jardín. Las mantendremos cerradas hasta que escuchemos a alguien allí y luego las abriremos un poco. Dover ha engrasado las cerraduras.

—¿Espera que Bainton venga a encontrarse con la señora Quenten allí? —preguntó Sir Andrew.

—Sí, señor. No puedo creer que no digan lo suficiente para un arresto. Me presentaré en el momento en que sienta que hemos llegado a ese punto, pero si usted siente, como magistrado, que ha escuchado lo suficiente, entonces saldrá. Dover irá a bloquear la puerta exterior, mi padre, la interior. Me encargaré de Bainton si usted se ocupa de la señora Quenten.

—Eres el magistrado de Theo, el que convenció a la justicia de Londres de no arrestarlo —dijo Guinevere—. Creí reconocer tu nombre.

Sir Andrew hizo una ligera reverencia.

—¿Por qué no está Theo aquí?

—No deseamos comprometer su posición —dijo el magistrado—. Dados los rumores y acusaciones, cuanto menos tenga que ver con esto, mejor.

—Será mejor que bajemos ahora. Jared abrochó el cinturón de la espada, sintiéndose cómodo por primera vez desde que se lo había quitado para cenar. Deslizó un cuchillo largo por la manga de su abrigo. —Lady Northam, no olvides cerrar la puerta con llave.

—Sí, Lord Ravenlaw. —Habló con tanta mansedumbre que él la miró con sospecha, pero ella solo dijo: —Tengan cuidado, todos.

La casa se estaba quedando en silencio a su alrededor mientras bajaban las escaleras y tomaban posiciones en la oscuridad. Unas voces se alzaban débilmente desde abajo de la escalera, pero luego cesaron. Entonces se escucharon los pesados pasos de Durrant mientras caminaba por los pasillos, deteniéndose para girar la llave en la puerta de la sala de estar y pasar a su sillón con capota en el vestíbulo principal, donde pasaría la noche, dormitando. Jared se relajó, dejó caer los hombros y controló la respiración. A su lado, oyó a Dover apoyar un hombro contra la pared, con la oreja cerca de la rendija de la puerta de caracol. No habría nada durante un rato. El suave crujido de una tabla del suelo detrás de él lo hizo girar en redondo, con el cuchillo de la manga ya en la mano antes de ver la tenue silueta contra la ventana sin cortinas y percibir el aroma a jazmín. —¿Guinevere? —Se acercó, sus pies en silencio sobre las tablas, y él se dio cuenta de que estaba descalza y vestía algo sencillo y negro. —Vete —susurró—. Es peligroso. —Adonde tú vayas, yo voy —murmuró. La tenía en sus brazos y la besaba antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Ella se aferró a él, amoldándose a él mientras él escuchaba el leve susurro cuando Dover se dio la vuelta y él se controló. —Guinevere...

Se acercó de puntillas, sus labios cálidos contra su oído. —Siempre.

Su corazón latía tan fuerte que Dover tuvo que darle un codazo en las costillas para estabilizarlo. Entonces lo escuchó, el sonido de la llave en la puerta de la sala de estar.

Jared abrió la puerta del tejado en silencio, pero la dejó cerrada. La luz inundó sus pies y luego

se apagó. Alguien había traído una vela alrededor de la mampara para comprobarlo. Dentro de la habitación, apenas podía distinguir el sonido del movimiento, luego el chirrido de la cerradura defectuosa en la puerta exterior. Abrió suavemente la puerta del tejado unos quince centímetros al mismo tiempo y luego se quedó escuchando.

A su lado, Guinevere y Dover permanecían en silencio, todavía.

Ella me ama. Estoy seguro de eso.

Se obligó a concentrarse, oliendo el aire fresco del páramo que entraba en la habitación, escuchando el ulular de una lechuza, los crujidos de la vieja casa preparándose para la noche, el paso suave de la mujer en la habitación de al lado.

—¿Señorita Lettie?

A su lado, Dover se estremeció, luego se calmó.

—Pase. La señora Quenten hablaba en voz baja, pero no susurraba, debía sentirse segura. —¿Cómo puede armar semejante alboroto, tonto? Deberían haberlos matado.

—Sí, deberían haberlo hecho y no sé por qué no. Yo no estaba allí, ¿verdad?

Bainton parecía ofendido. —Ese Hunt es un tipo listo, debe haber visto algo. ¿Qué hacemos ahora?

—Matarlos a los tres.

Podría haber estado dando órdenes de sacrificar algunos pollos para la cena, pensó Jared. Detrás de él sintió, más que escuchó, el jadeo de Guinevere.

—Hunt está enamorado de la perra, o la desea, eso no importa. Estará celoso si piensa que el amo Theo se está metiendo entre sus piernas. Tenemos que matarla, luego llevar a Northam a su habitación y matarlo con una de las espadas de Hunt.

—¿Qué pasará con Hunt? Thomas sonaba incrédulo.

Como debería ser, pensó Jared con tristeza.

—Llamaré a su puerta en pánico, habré escuchado algo que me alarmó. Saldrá corriendo como un perro tras una perra en celo. Lo golpearás cuando entre por la puerta, lo apuñalarás en el pecho.

—Pero, señorita Lettie... —Se interrumpió al escuchar el sonido de la puerta del pasillo al abrirse—. Ah, pensé que la encontraría aquí. Buenas noches de nuevo, señora Quenten. Y Thomas.

—Theo. —La voz de Guinevere era un hilo de sonido que contenía dolor, traición y rabia, todo en dos sílabas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó la señora Quenten. Hubo un temblor bajo la dura pregunta.

—Vine a agradecerte. —La puerta se cerró y la voz de Theo se hizo más clara mientras entraba en la habitación—. Mi padre estaba a punto de irse de todos modos, pero el querido tío Augustus estaba repugnantemente sano, podía ver al viejo diablo seguir al menos otros veinte años, engendrando hijos, y estaba recortando mis fondos. Me hiciste un favor, prima Elizabeth.

—¿Cómo te enteraste? —Se había acercado más a él.

Jared intentó leer el divertido acento. ¿Theo estaba actuando o era real? ¿Tenía sus sospechas sobre él, después de todo, eran correctas? La tensión que emanaba de Guinevere era casi palpable. Se obligó a ignorarla.

—No soy tan estúpido como la gente piensa. Lo resolví. Sin embargo, todavía estoy confundido por lo que tienes en contra de Guinnie, linda criatura, sería buena en la cama, estoy pensando. Agradecida después de meses de un hombre viejo. Pero ella no importa. Sé que mataste al tío Augustus y sé que has estado tratando de que me ahorquen por eso. Me quedaré

callado si dejas de intentar incriminarme.

—No, no eres estúpido, por supuesto que hice que Thomas lo matara. Julian será un conde perfectamente bueno, pero mi hijo Charles, será un gran hombre. Un gran hombre. En cuanto a tu querida Guinnie, mató a su primer marido, mi hermano. Pagaré por eso, seguirá pagando.

Jared abrió la puerta con cuidado, salió detrás de la mampara cuando la escuchó moverse de nuevo. El cuchillo largo estaba en su mano, a su lado Dover también se movió, un destello de metal delató que él también blandía un arma.

—Pero aun así eres tonto primo. Olvidas que todavía te interpones en mi camino. Mátalo, Thomas.

—No tan tonto como para no tener testigos. Theo se estaba riendo, incluso cuando dio un gruñido de esfuerzo y se escuchó el sonido de un puñetazo en la carne.

Jared empujó la mampara y Dover se dirigió a la puerta de la calle. Se escuchó un ruido sordo y se encendió la luz cuando la corriente de aire de la mampara que caía avivó la llama de la vela.

Al otro lado de la habitación, entraron dos figuras grandes y su padre se dirigió a la puerta del vestíbulo, con la espalda apoyada en ella y sosteniendo una pistola en alto.

En el suelo había una maraña de miembros. Jared apartó la pantalla, hizo rodar el cuerpo inerte de Theo y tiró de Thomas Bainton para ponerlo de pie.

Con un grito de furia, Lettie Quenten se abalanzó sobre él, pasando de largo, y él se percató de que había visto a Guinevere. La luz deslumbrante captó el brillo del acero en su mano.

Thomas lo atacó, el dolor era agudo y caliente en el antebrazo y él lo paró instintivamente, seguido de una patada en la ingle que hizo que el hombre cayera en los brazos de Sir Andrew.

Detrás de él, la puerta del foyé se cerró de golpe sobre Guinevere y una loca con un cuchillo.

No había luz excepto el resplandor de las estrellas de la ventana. Guin retrocedió rápidamente, sus pies descalzos encontraron el borde de la alfombra. ¿A qué distancia se hallaba la mesa de la biblioteca y un cortapapeles?

Buscó a tientas detrás de ella con la mano mientras se alejaba de las obscenidades silbadas.

Al menos puedo escucharla. ¿Puede escucharme?

Lettie había estado en una habitación con luz, su visión nocturna debía ser peor que la de Guin, lo cual era un consuelo. Aunque no demasiado.

Hubo un golpe sordo cuando algo golpeó la puerta de la sala de estar, pero la mujer debió haberla cerrado con llave detrás de ella. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Jared pudiera llegar allí?

Guin golpeó el borde de la mesa y reprimió un grito de dolor. Extendió las manos para mantener el equilibrio y encontró el cortapapeles. Se deslizó por la superficie pulida y cayó con un estrépito al otro lado. Pasó la mano de nuevo y encontró algo más, algo pesado. Sus manos se cerraron alrededor de eso y el contenido se movió.

El tamiz de arena para secar la tinta. Lettie estaba casi sobre ella ahora, podía ver su forma, sólida y negra, amenazante, y el movimiento del cuchillo cuando extendió la mano hacia adelante, moviéndolo de un lado a otro. Se escuchó un estruendo cuando la puerta del pasillo se abrió de golpe, chocó contra una estantería y la parte superior del tamiz de peltre se movió entre sus manos retorcidas, desenroscándose.

Lettie se abalanzó sobre ella mientras la habitación parecía llenarse de luz. Oyó a Jared insultar a alguien mientras parpadeaba, aturdida por el resplandor, y luego arrojó el tamiz directamente a la hoja.

Se escuchó un grito y vio a Lettie Quenten agitar los brazos, restregándose los ojos con una mano.

Jared se acercó a ella, con el estoque en la mano y la sangre corriendo por su mano con la espada. Cuando Lettie se abalanzó sobre él, él dio la vuelta al arma, colocó el pomo en su puño cerrado bajo su barbilla y la golpeó, haciéndola caer de espaldas.

Guin corrió tras el cuchillo que la otra mujer había dejado caer, pero Jared ya estaba dando vuelta el cuerpo inerte, atando las manos de Lettie con un poco de la cinta roja para documentos de la mesa de la biblioteca.

Ella se arrodilló a su lado.

“¿Te tocó?” Dejó que Lettie cayera de espaldas sin ceremonia y agarró a Guin por los hombros. —Guinevere, mi corazón. Demonios, me asustaste.

—Estoy bien. ¿Theo?

—Mandíbula magullada y un golpe en la cabeza por donde empujé la mampara que estaba encima de él.

—Estaba actuando, ¿no?

—Sí. Atrapó a Sir Andrew cuando venía hacia aquí y le dijo lo que pretendía. Aparentemente es bastante capaz de leer los labios lo suficiente en un espejo como para tener una idea de lo que estábamos planeando hacer con la puerta de la sala de estar.

—Gracias al Cielo. Creí en él, pero eso me causó un momento desagradable.

—Mi noche ha sido una serie de momentos desagradables —dijo Jared con sentimiento—. Encontrarte detrás de mí cuando pensaba que estabas a salvo en tu habitación, escuchar los actos heroicos de Theo, ver esa puerta cerrarse de golpe sobre ti y este engendro.

—Estás herido. Quítate el abrigo, déjame ver tu brazo.

—No es nada, un corte limpio. Jared se sentó sobre sus talones y dejó que ella le quitara el abrigo y le desgarrara la camisa hasta poder verle el antebrazo. Guin tragó saliva. Con fuerza.

—¿Ves? Un corte bonito y prolijo. —Jared juntó los bordes del corte con el pulgar y el índice de la mano opuesta—. Eso se coserá con bastante facilidad. ¿Guinevere?

La agarró cuando se desplomó sin elegancia hacia el suelo.

—Casi me desmayo —dijo mientras la ponían de pie y la dejaban plantada en una silla sin contemplaciones—. Nunca me desmayo.

—Es casi un alivio descubrir que no eres perfecta después de todo —dijo Jared mientras Dover entraba corriendo por la puerta, se detenía en seco y resoplaba.

—¿Estás herida, milady?

—No, pero lord Ravenlaw sí. Tiene el brazo cortado.

—El Conde ya ha mandado a buscar al médico, milady. Con lord Northam viendo doble y la nariz rota de Bainton (Lord Northam tiene una izquierda terrible) y sir Andrew recibiendo un golpe en el hombro por la mampara que se le cayó, esto parece un hospital de campo de batalla.

—¿Mi padre se encuentra bien?

—Sí, señor. Si me disculpas por decirlo, se lo está pasando genial.

“¿Qué demonios está pasando?” Bella estaba de pie en la puerta, con una bata cubriendo su camisón y su cabello en una trenza sobre un hombro. “¿Es Lettie la que está atada en el suelo? Y Jared, tu brazo. Estás sangrando por toda la alfombra”.

“Todos están bien”, dijo Guin. “Pero Lettie hizo que Bainton asesinara a Augustus y ella era quien estaba detrás de los ataques contra mí porque mi primer marido era su hermano. Sir Andrew es juez de paz y también lo es el Conde, por supuesto, así que los están arrestando a ambos”.

Le tendió la mano a Bella. “Sé que es tu amiga, y todo esto va a ser horrible ahora, con un juicio. Lo siento, Bella”.

“¿Lo sientes?” Bella entró en la habitación y se sentó en una silla junto a Guin. “La conozco desde hace casi dos años y nunca me di cuenta. Esos pobres niños. Y su marido. No es el hombre más brillante, pero estaba dedicado a ella”.

—Lo sé. Tendremos que ayudarlos de alguna manera.

Capítulo Veintiséis – Donde el Amor lo Conquista Todo

Finalmente, después de que el médico hubiera cosido y vendado a los heridos y los alguaciles hubieran venido y llevado a los dos prisioneros al calabozo del pueblo y Julian Quenten se encontrara sedado y durmiendo, la fiesta de la casa se reunió en el salón con coñac, chocolate caliente y teteras.

—Todo lo que Lettie y yo teníamos en común era que no éramos felices —dijo Bella, con las manos enroscadas alrededor de una copa de coñac como para calentarse—. Me sentía sola y quería a alguien con quien compartir mis miserias, recién ahora puedo verlo.

—Ese Thomas está enamorado de la señora Quenten. Dover estaba tratando su coñac de una manera más directa. —Había estado con ella y su hermano desde que eran jóvenes, eso comentan en la sala de servicio aquí. Era capaz de hacer cualquier cosa por ella. Parece que también lo colgarán por ella.

—¿Colgarán a Lettie? —preguntó Guinevere.

Sus manos agarraban el chocolate caliente que Jared había mezclado con coñac. La observaba de cerca, pero parecía que se estaba sobrellevando muy bien.

—¿Conspiración para asesinar? —dijo Sir Andrew—. Todo dependerá de si la encuentran apta para declarar. Si no está en sus cabales, será recluida. Si está apta para declarar, puede ser deportada. Dependerá del juez.

—Pobre mujer —dijo Guinevere. Cuando todos la miraron, sacudió la cabeza—. Estaba tan infeliz, tan enojada, tan obsesionada. Debe haber habido algún momento, en algún lugar, en el que se la pudo haber detenido, se la pudo haber salvado. Y esos niños pequeños. Un día descubrirán lo que hizo su madre, y qué fue de ella.

—Haré lo que pueda por ellas —dijo Theo. Se le restringió el té por orden del médico después del golpe en la cabeza y no estaba contento con eso—. Hasta que tenga hijos propios, su padre es mi heredero. Debemos hacer que esto vuelva a ser una relación normal, de alguna manera.

—¿Estamos seguros de que no lo sabía? Jared preguntó.

“Está tratando de culparse a sí mismo”, respondió Sir Andrew. “Tuve algunas palabras antes de que el sedante hiciera efecto. Le prohibió a Lettie enviar más dinero a su hermano —ese había sido uno de los factores que contribuyeron a la crisis financiera de los Quentens— e hizo todo lo posible para que dejara de escribirle. Dice que la desesperó. Creo sinceramente que no imaginaba lo que estaba desatando”.

“Al menos eso resuelve el misterio de por qué Francis pensó que encontraría a su hermana en Allerton Grange”, dijo Guinevere. “No estaba recibiendo cartas de Elizabeth”.

Continuaron hablando, relajándose de la tensión y el peligro. Jared se percató de que Guinevere se había quedado en silencio. Quería ir y tomarla en sus brazos, llevársela a la cama, pero eso no era lo que ninguno de los dos necesitaba ahora.

Miraba de un rostro a otro, con una leve sonrisa en los labios, claramente pensando en algo más agradable que lo que acababa de ocurrir.

Casi la pierdo. Si ella no hubiese sido fuerte, valiente y decidida, él podría haberlo hecho. Adondequiera que vayas, yo voy, había susurrado y lo había dicho en serio.

Señor, qué tonto había sido al proponerle matrimonio porque era lo más honorable, porque ella

era una dama. Eso no era lo que Guinevere necesitaba escuchar, no era la verdad que finalmente se había abierto camino en su duro cráneo.

Mañana, se prometió.

Guinevere despertó con el amanecer y se quedó allí tumbada observando cómo la tenue y fría luz se acumulaba y se hacía más fuerte hasta que las sombras comenzaron a desvanecerse y los colores de las cortinas de su dormitorio se hicieron más claros.

De alguna manera había dormido la noche anterior, o lo que quedaba de ella. Ahora estaba despierta de nuevo, por mucho que su cuerpo protestara que realmente le agradecería dormir otras seis horas, al menos.

Salió de la cama, con los moretones quejándose, y se dirigió a la ventana. Jared estaba abajo, medio sentado en la pared que bordeaba la pendiente más pronunciada, contemplando el paisaje mientras el sol salía, dando forma y color a las colinas. Eso era lo que la había despertado, se dio cuenta, su presencia allí afuera, llamándola. Había tomado una decisión la noche anterior, ahora tenía que descubrir si sus pensamientos también habían cambiado.

Mientras lo observaba, él miró a su alrededor, hacia arriba, y la vio. Es extraño cómo una mirada puede ser un toque. Yo también lo siento, cuando él me mira.

Jared levantó una mano y ella asintió. Espérame.

Guin se abrió paso entre los escombros de la pequeña sala de estar y salió a la terraza, con zapatillas en los pies descalzos, una capa cálida sobre el camisón y el pelo suelto por la espalda. Bastante impactante, pensó, sonriendo al ver la expresión de Jared.

—¿Estás bien? —preguntó. Como era Jared, estaba vestido, con el estoque a un lado, sin señales de que su brazo izquierdo estuviese cosido y vendado.

—Rígido, todavía conmocionado. Casi vacío por dentro ahora que toda esa sospecha y ese miedo se han ido. Y ¿tú?

—Igual, supongo. —Flexionó la mano izquierda—. Y sintiéndome como una tonta.

—N... No, eso es ridículo. ¿Por qué tienes que sentirte como una tonta?

—La forma en que te seguí proponiendo matrimonio. El sol naciente le dio en el lado derecho de la cara, dorándolo, haciendo brillar luces ámbar en sus ojos, en su cabello. El otro lado de su cara estaba en sombras. Eso hacía difícil leer su expresión.

Oh. Bueno. Eso responde a la pregunta que me estaba haciendo. Mantuvo la barbilla en alto, sus labios firmes. No voy a llorar por eso.

—Lo que debería haber dicho es que te amo —dijo Jared como si ella no estuviese parada frente a él tan muda y receptiva como un poste de la puerta.

—Tú... —Estaba hablando inglés, ¿por qué no podía entenderlo?

—Te amo —repitió Jared pacientemente—. No pareces muy feliz por eso.

—Nunca lo dijiste antes. Guin se abrió camino entre las palabras que se le agolpaban en la boca, obstruyéndole la lengua.

—Te dije que era una tonta. No me di cuenta. Nunca me he enamorado antes, ya ves. Cuesta acostumbrarse.

Esto no era una broma. Él estaba perfectamente serio y, se dio cuenta, nervioso. La tensión lo recorrió, temblando bajo su piel, haciendo que el pulso en su garganta latiera con fuerza donde su camisa estaba abierta.

—¿Deseas casarte conmigo, Guinevere? No porque debas hacerlo, no porque crea que es honorable pedírtelo, sino porque no puedo imaginarme vivir sin ti ahora.

—Sí —dijo ella y extendió la mano para ponerla sobre la de él, sintiendo el latido de su pulso, sintiendo el momento de quietud, de conmoción, antes de que sus dedos se cerraran alrededor de

los de ella—. Sí. Te amo. Sí, quiero casarme contigo, Jared.

—Antes, dijiste que no.

—Antes pensé que sería un matrimonio desigual, que me proponías matrimonio por deber porque pensabas que era lo correcto, que lo que había habido entre nosotros había cambiado de alguna manera cuando te convertiste en el heredero de un condado. Anoche miré alrededor de esa habitación y no vi a un Conde y su heredero sino a dos hombres. A uno lo amaba, los dos me agradaban.

—Me miré en el espejo sobre la chimenea y vi a una mujer que había pensado que no era digna de un título, a quien la sociedad había menospreciado por casarse con un noble para protegerse —dijo, las palabras surgían ahora con facilidad. —Y ella me miró y vi a otra persona, una mujer que había luchado, una mujer que te había apoyado. Vi a una mujer que te amaba y recordé tu voz cuando me abrazabas y me llamabas mi corazón. Y decidí decir que sí cuando me lo volvieras a pedir.

Entonces estaba en sus brazos y él la besaba, la levantaba, la llevaba a través de la terraza. —Tu brazo —logró decir ella.

—Puedo llevarte a la cama, mi amor. Podría llevarte a York y al arzobispo y una licencia, si fuese necesario.

Se escuchó un grito ahogado cuando él atravesó la puerta con el hombro hacia el pasillo, luego una risita y un aleteo de faldas, el ruido de un recogedor al caer, el sonido de los sirvientes dispersándose ante la visión del nuevo heredero llevando a Lady Northam por las escaleras con una intención obvia y malvada.

Jared dejó de besarla solo cuando la dejó caer sobre su cama. Ella lo miró de pie junto a ella, posesivo, frunciendo el ceño.

—¿Qué sucede?

—Maldición. Causaremos un escándalo si nos casamos tan pronto después de la muerte de Northam.

—Se producirá un escándalo monumental una vez que comience el juicio. Te casarás conmigo para protegerme, todo el mundo lo creerá. Augustus...

Guin parpadeó. No iba a comenzar a llorar en ese momento. Sabía lo que el pobre y querido hombre habría dicho. No seas tonta, Guinnie. Cástate con el hombre. —Augustus nos habría dado su bendición, lo sabes.

—En ese caso, iré a York mañana para conseguir una licencia especial. Iría hoy mismo.

—Pero tu padre te necesita aquí, lo sé. Te necesito aquí, sólo un día más, Jared. —Desató los cordones de su capa, las cintas del cuello de su camisón.

—No tardaré mucho. —El cinturón y la vaina de su espada cayeron al suelo con un estrépito y se sacó la camisa por la cabeza—. Dos días, quizá tres. Entonces podremos casarnos aquí, Theo podrá entregarte —añadió mientras se desabrochaba las correas y se quitaba los pantalones.

—Theo puede crearlo, pero yo me entregué a ti hace mucho tiempo.

—Veintiún días, para ser precisos —dijo Jared mientras se arrodillaba sobre la cama y se ocupaba del camisón de ella con el simple recurso de rasgarlo desde el cuello hasta el dobladillo.

Era una cosa escandalosa, tan mala como llevarla arriba en brazos delante de la mitad del personal, y ambas situaciones eran ridículamente románticas y a ella le encantaban por eso.

—¿Tres semanas? ¿Eso es todo?

—Eso es todo —dijo mientras se agachaba sobre ella, su cuerpo cálido, duro y exigente.

Guin enroscó las piernas alrededor de las estrechas caderas y los brazos alrededor de los fuertes hombros—. Te necesito dentro de mí ahora, rápido —dijo.

—Rápido —convino Jared mientras se deslizaba dentro de ella, con su frente apoyada contra la de ella—. Y luego despacio. Tenemos el resto de nuestras vidas, Guinevere. Miles de días, quién sabe cuántos miles de minutos, de segundos, de respiraciones para compartir. Y un millón de besos, mi amor.

Y entonces ya no hicieron falta más palabras.

Acerca de la Autora

Louise Allen vive en la costa norte de Norfolk, cerca de la ciudad costera de Cromer, que data del siglo XVIII. Es una coleccionista apasionada de efemérides y grabados de finales de la época georgiana y de la Regencia, y autora de más de setenta novelas románticas históricas y obras de no ficción, ambientadas principalmente en los periodos georgiano y de la Regencia. Además, escribe un blog sobre la vida georgiana en

<http://janeaustenslondon.com/>

Encontrará información detallada sobre todos sus libros, con extractos y enlaces de compra, en www.louiseallenregency.com

Espero que haya disfrutado de este libro y me encantaría que dejara una reseña. Cada reseña me ayuda a conectar con los lectores y a mejorar un poco más mi próximo libro.

Muchas gracias..